



LA IDEA

ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barrett - Malatesta
Fabbri - Gilimón - Goldman

LA IDEA ANARQUISTA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 94

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS. Selección de textos

Carlos Marx y Federico Engels

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milciades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina. Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA. Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELLECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henry Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman



“Mi viejo amigo: nunca he comprendido mejor que ahora cuánta razón tienes al abrazar la gran cruzada de la revolución económica, invitándonos a seguirla y despreciando a cuantos se extravían por senderos nacionales o exclusivamente *políticos*. Yo hago ahora lo mismo que tú vienes haciendo desde hace más de veinte años. Desde aquella despedida pública y solemne con que me separé de los burgueses del Congreso de Ginebra no conozco más sociedad ni otro mundo circundante que el mundo de los obreros. Mi patria es ahora la Internacional, entre cuyos más destacados fundadores te cuentas tú. Ya ves, pues, querido amigo, que soy discípulo tuyo, y me siento orgulloso de serlo. Y no te digo más de mi posición y de mis ideas personales.”

Carta de Mijail Bakunin a Karl Marx
Ginebra. Suiza . 22 de diciembre de 1868



<https://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los hijos de la revolución social

LA IDEA ANARQUISTA

Selección de textos

ÍNDICE

MIJAIL BAKUNIN

- DIOS Y EL ESTADO

PEDRO KROPOTKIN

- EL COMUNISMO ANARQUISTA
- EL APOYO MUTUO

LUIGI FABBRI

- EL CONCEPTO ANARQUISTA DE LA REVOLUCIÓN

RAFAEL BARRETT

- LA TORRE DE MARFIL
- INMORALIDAD DE LOS EXÁMENES
- EL VULGO Y EL GENIO

EDUARDO G. GILIMÓN

- DEL AMBIENTE
- LOS PRIMEROS ANARQUISTAS
- LA CONMEMORACIÓN DE LA COMUNA

ERRICO MALATESTA

- LOS ANARQUISTAS Y LAS ELECCIONES:
POLÉMICA CON SAVERIO MERLINO
- ANARQUISMO
- COMUNISMO
- EL MOMENTO DE LA ACCIÓN
- ¡DISCIPLINA!
- REVUELTAS Y REVOLUCIÓN
- LAS LEYES HISTÓRICAS Y LA REVOLUCIÓN
- REFORMAS Y REVOLUCIÓN
- MAYORÍAS Y MINORÍAS
- LOS PARTIDOS DE LA REVOLUCIÓN
- NOSOTROS Y LOS SOCIALISTAS
- FRENTE ÚNICO PROLETARIO
- LOS ANARQUISTAS Y EL MOVIMIENTO OBRERO
- LUCHA ECONÓMICA Y SOLIDARIDAD
- LIBERTAD DE PRENSA Y PRODUCCIÓN CONSCIENTE
- REVOLUCIÓN Y PRODUCCIÓN
- LOS DOS CAMINOS
- DICTADURA BURGUESA Y “DICTADURA PROLETARIA”
- LA PSICOSIS AUTORITARIA DEL PARTIDO SOCIALISTA
- LA DICTADURA DE... MALATESTA
- MIRANDO EL PORVENIR

EMMA GOLDMAN

- LAS MINORÍAS FRENTE A LAS MAYORÍAS
- MATRIMONIO Y AMOR
- MI MAYOR DESILUSIÓN CON RUSIA

MIJAIL BAKUNIN

De Bakunin puede afirmarse con seguridad que amigos y enemigos lo consideraban por su fidelidad a la causa proletaria. Marx y Engels, con los cuales se enfrentó en la Primera Internacional, aún en el calor de la lucha, tuvieron hacia él una actitud de respeto personal. Nació en 1814 en una familia burguesa rusa. Pasó la mayor parte de su vida en el exilio por su actividad revolucionaria contra el zarismo. Era partidario del llamado “colectivismo anárquico”, doctrina a la cual llega después de muchos años en los que adhiere a movimientos democrático-burgueses revolucionarios. Participó en la revolución de junio de 1848 en Francia. En 1849 pasa a Dresde (Alemania) para encabezar la revolución; es detenido y condenado a muerte. Reclamado por Rusia es entregado por los alemanes, pero en 1861 huye nuevamente. Vivió desde entonces preferentemente en Italia o Suiza. Participa en la Primera Internacional de la cual es expulsado, combatiendo el “estatismo y autoritarismo” de Marx y Engels desde la *Alianza de la Democracia Socialista*. Su mayor influencia cristaliza en España e Italia. Murió en Suiza en 1876.¹

DIOS Y EL ESTADO²

I

Hasta el siglo de Galileo y de Copérnico todo el mundo había creído que el sol giraba en torno de la tierra. Y ¿no se había engañado todo el mundo? ¿Hay algo más antiguo y más universal que la esclavitud? La antropofagia, quizás. Desde el origen de la sociedad histórica hasta nuestros días, siempre y en todas partes existió la explotación del trabajo obligatorio de las masas, esclavas, siervas o asalariadas por una minoría dominadora; opresión de los pueblos por la Iglesia y por el Estado. ¿Se ha de deducir de esto que tal explotación y tal opresión son necesidades absolutamente inherentes a la existencia de la sociedad humana? Hay ejemplos que demuestran que la argumentación de los abogados del buen Dios no prueba nada.

Nada es, en efecto, ni tan universal ni tan antiguo como lo inicuo y lo absurdo; la verdad y la justicia, por el contrario, son lo menos universal y lo más joven en el desarrollo de las sociedades humanas. De este modo se explica, por otra parte, un fenómeno histórico constante: las persecuciones de que los que primero proclaman la verdad han sido y continúan siendo objeto por parte de los representantes oficiales, interesados en el desarrollo de las creencias “universales” y “antiguas”, y con frecuencia por parte de aquellas mismas masas populares, que, después de haber sido por ellos atormentadas, concluyen por adaptar y por hacer triunfar sus ideas.

¹ Julio Godio, en *“La destrucción del Estado. Antología del pensamiento Anarquista”*. pp.47-62 CEAL. Centro Editor de América Latina. Biblioteca fundamental del hombre moderno. Libro n° 47. Bs. As. 1972

² En *“Dios y el Estado”*, Valencia, Sempere, sin fecha.

Para nosotros, materialistas y socialistas revolucionarios, nada hay de sorprendente en ese fenómeno histórico que ningún miedo nos causa. Orgullosos de nuestra conciencia, de nuestro amor a la verdad, de esta pasión lógica que constituye por sí sola un gran poder, y fuera de la cual no hay pensamiento; orgullosos de nuestra pasión por la justicia y de nuestra fe inquebrantable en el triunfo de la humanidad contra todas las bestialidades teóricas y prácticas; orgullosos, en fin, de la confianza y del apoyo mutuos que se prestan los pocos hombres que profesan nuestras convicciones, nos resignamos por nosotros mismos ante todas las consecuencias de ese fenómeno histórico, en el que vemos la manifestación de una ley social tan natural, tan necesaria y tan invariable como las demás leyes que gobiernan el mundo.

Esta ley es una consecuencia lógica, inevitable, del *origen animal* de la sociedad humana: y frente a todas las pruebas científicas fisiológicas, psicológicas e históricas que se han acumulado en nuestros días, así como ante las hazañas de los alemanes conquistadores de Francia, que hoy se entregan a una demostración tan resonante, no es posible dudar. Pero, desde el momento en que se acepta este origen animal del hombre, todo queda explicado. La historia se nos presenta entonces como la negación revolucionaria, tan pronto lenta, apática, semidormida, como apasionada y poderosa, del pasado. Consiste ella precisamente en la negación progresiva de la animalidad primera del hombre por el desarrollo de su humanidad. El hombre, animal feroz, primo del gorila, partió de la noche profunda del instinto animal para llegar a la luz del espíritu, lo que explica de una manera completamente natural todas sus pesadas divagaciones y nos consuela en parte de sus presentes yerros. Partió de la esclavitud animal, y, atravesando la esclavitud divina, término transitorio entre su animalidad y su humanidad, marcha hoy hacia la conquista y a la realización de la humana libertad. De donde resulta que la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar algo en su favor, debe, por el contrario, hacérsela sospechosa. Porque tras de nosotros está nuestra animalidad y ante nosotros nuestra humanidad; la luz humana, única que puede darnos calor y alumbrarnos, la única que nos puede emancipar, hacernos dignos, libres, felices, y realizar la fraternidad entre nosotros, no está nunca en su principio, sino que se halla en relación con la época en que se vive, siempre al final de la historia.

Miremos, pues, siempre delante, nunca atrás, porque delante está nuestro sol, nuestra salvación; si nos está permitido, si hasta nos es útil, necesario, volvemos para estudiar nuestro pasado, no es sino a fin de que nos fijemos en lo que fuimos y veamos lo que no debemos ser lo que creímos y pensamos, y lo que no debemos ya creer ni pensar, lo que hicimos y no debemos hacer.

Esto en cuanto a la antigüedad. Respecto a la universalidad de un error, no prueba más que una cosa; la similitud, sino la perfecta identidad de la naturaleza humana, en todos los tiempos y bajo todos los climas.

¿Y porque esté probado que todos los pueblos, en todas las épocas de su vida, han creído y creen aún en un Dios, debemos de decir sencillamente que la idea divina, salida de nosotros mismos, es un error históricamente necesario en el desarrollo de la humanidad, y preguntarnos Por qué y Cómo se ha

producido en la historia porque la inmensa mayoría de la especie humana la acepta todavía como una verdad?

Mientras no nos expliquemos cómo la idea de un mundo sobrenatural o divino se produjo y pudo fatalmente producirse en el desarrollo histórico de la conciencia humana, podremos encontrarnos científicamente convencidos de lo absurdo de esta idea, mas nunca llegaremos a destruirla en la opinión de la mayoría, porque nunca sabremos atacarla en las profundidades del ser humano en que naciera. Condenados a una lucha estéril, sin resultado y sin fin, siempre tendremos que limitarnos a atacarla superficialmente, en sus innumerables manifestaciones, cuyo absurdo apenas domado por los golpes del buen sentido, reaparecerá inmediatamente bajo una forma nueva y no menos insensata. Mientras la raíz de todos los absurdos que atormentan el mundo no haya sido destruida, la creencia en Dios continuará intacta y no dejará de producir nuevos retoños. Así es como en nuestros días, en ciertas regiones de la más elevada sociedad, el espiritismo tiende a instalarse sobre las ruinas del cristianismo.

No es solamente en interés de las masas; es también en el de la salud de nuestro espíritu. Debemos esforzarnos para conocer la génesis histórica, la sucesión de las causas que desarrollaron y produjeron la idea de Dios en la conciencia de los hombres. Podremos llamarnos y creernos ateos; mientras no hayamos comprendido tales causas, en balde trataremos de no dejarnos dominar más o menos por los clamores de aquella conciencia universal cuyo secreto no habremos descubierto; y, vista la debilidad natural del individuo, aun del más fuerte, contra la poderosísima influencia del medio social que la sujeta, Siempre estamos expuestos a caer, tarde o temprano y de un modo o de otro, en el abismo del absurdo religioso. Los ejemplos de estas conversiones son algo frecuentes en la sociedad actual.

II

He dicho: “la razón práctica principal del poder que todavía ejercen las creencias religiosas sobre las masas”. Estas disposiciones místicas antes denotan en el hombre un profundo descontento del corazón, que una aberración de espíritu. Son la protesta instintiva y apasionada del ser humano contra las estrecheces, las vulgaridades, los dolores y las vergüenzas de una existencia miserable. Y dije y repito que para combatir esta enfermedad no hay más que un remedio: la revolución social.

En otros trabajos quise exponer las causas que precedieron al nacimiento y al desarrollo histórico de las alucinaciones religiosas en la conciencia del hombre. No es mi intención tratar hoy de la existencia de un Dios, ni del origen divino del mundo y del hombre sino desde el punto de vista de su utilidad moral y social, y sólo diré algunas palabras acerca de la razón teórica de esta creencia, a fin de explicar mejor lo que pienso.

Todas las religiones, con sus dioses, sus semidioses y sus profetas, sus mesías y sus santos, fueron creadas por la fantasía crédula de los hombres, que aún no llegaron al pleno desarrollo y a la plena posesión de sus facultades intelectuales. Por consiguiente, el cielo religioso no es otra cosa que un espejo

en que el hombre, exaltado por la ignorancia y la fe, mira su propia imagen, pero prolongada en todo sentido y su posición contraria a la natural, es decir, *divinizada*. La historia de las religiones, la del nacimiento, de la grandeza y de la decadencia de los dioses que se sucedieron en la creencia humana, no es, pues, otra cosa que el desarrollo de la inteligencia y de la conciencia colectivas de los hombres. A medida que, en su marcha históricamente progresiva, descubrían, ya en sí mismos, ya en la naturaleza exterior, una fuerza, una cualidad, hasta un gran defecto cualquiera, los atribuían a sus dioses, después de haberlos exagerado, como acostumbra a hacerlo los niños, por medio de un acto de su fantasía religiosa. Gracias a esta modestia y a esta piadosa generosidad de los hombres creyentes y crédulos el cielo se enriqueció con los despojos de la tierra, y, por una consecuencia necesaria, cuanto más rico se hacía el cielo, la humanidad y la tierra se tornaba más miserables. Una vez instaurada la divinidad, fue naturalmente proclamada como causa, razón, árbitro y dispensador absoluto de todas las cosas: el mundo no fue ya nada, ella lo fue todo; y el hombre, su verdadero creador, después de sacarla de la nada a su pesar, se arrojó ante ella, la adoró y se proclamó su criatura y su esclavo.

El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, porque expone y manifiesta, en su plenitud, la naturaleza, la propia esencia de todo sistema religioso, que es el *empobrecimiento, la esclavitud y el aniquilamiento de la humanidad en beneficio de la divinidad*.

Siéndolo Dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. Siendo Dios la verdad, la justicia, el bien, lo bello, el poder y la vida, el hombre es la mentira, la iniquidad, el mal, la fealdad, la impotencia y la muerte. Siendo Dios el amor, el hombre es el esclavo. Incapaz de hablar por sí mismo la justicia, la verdad y la vida eterna, el hombre no puede alcanzarla sino por medio de una revelación divina. Pero quien dice revelación dice revelaciones, mesías, profetas, sacerdotes y legisladores inspirados por el mismo Dios; y, una vez reconocidos éstos como los representantes de la divinidad en la tierra, como los santos instauradores de la humanidad, elegidos por el mismo Dios para dirigirla en la vía de salvación, ejercen forzosamente un poder absoluto. Todos los hombres les deben una obediencia pasiva e ilimitada; porque contra la razón divina no hay razón humana, y contra la justicia de Dios no hay justicia terrestre. Esclavos de Dios, los hombres deben serlo igualmente de la Iglesia y del Estado, *mientras este último esté consagrado por la Iglesia*. Esto es lo que, de todas las religiones que han existido, el cristianismo comprendió mejor que las otras, sin exceptuar la mayoría de las religiones orientales, las cuales no abrazaron más que pueblos distintos y privilegiados, mientras que el cristianismo tiene la pretensión de abrazar la humanidad entera; esto es lo que, de todas las sectas cristianas, el catolicismo romano comprendió y realizó con una rigurosa consecuencia. Tal es el motivo porque el cristianismo es la religión absoluta, la última religión; porque la iglesia apostólica y romana es la única consecuente, legítima y divina.

No les disguste, pues, a los metafísicos y a los idealistas religiosos, filósofos, políticos o poetas, que diga:

La idea de Dios implica la abdicación de la razón y de la justicia humanas; es la negación más decisiva de la libertad humana y conduce necesariamente a la esclavitud de los hombres, así en la teoría como en la práctica.

Salvo que deseemos la esclavitud y el envilecimiento de los hombres, como los jesuitas, los monistas, los pietistas o los metodistas protestantes, no podemos, no debemos hacer la menor concesión, ni al Dios de la teología ni al de la metafísica. El que, en el alfabeto místico, empiece por Dios, deberá fatalmente acabar por Dios; el que quiera adorar a Dios, sin hacerse pueriles ilusiones, debe de principiar por renunciar valientemente a su libertad y a su humanidad.

Si Dios existe, el hombre es esclavo; y el hombre puede, debe ser libre; luego Dios no existe.

Desafío a quien quiera aceptar el reto a que salga de este círculo.

III

¿Hará falta recordar cómo y hasta qué punto las religiones embrutecen y corrompen los pueblos? Matan en ellos la razón, el principal instrumento de emancipación humana, y los reducen a la imbecilidad, condición esencial de la esclavitud. Deshonran el trabajo humano y hacen de él muestra y fuente del servilismo. Matan la noción y el sentimiento de la justicia humana, haciendo que la balanza se incline siempre del lado de los picaros triunfantes, objetos privilegiados de la divina gracia. Ahogan en el corazón de los pueblos todo sentimiento de fraternidad humana, llenándola de crueldad.

Todas las religiones son crueles, todas tienen por base la sangre; porque todas reposan principalmente sobre la idea de sacrificios, es decir, sobre la inmolación perpetua de la humanidad en la insaciable venganza de la divinidad. En este sangriento misterio, el hombre siempre es la víctima, y el sacerdote, hombre también, pero hombre privilegiado por la gracia, es el verdugo divino. Esto nos explica porqué los sacerdotes de todas las religiones, los mejores, los más humanos, los más tiernos, tienen siempre, en el fondo de su corazón –si no en el corazón en la imaginación, en el espíritu–, algo de cruel y de sanguinario.

IV

Nuestros idealistas contemporáneos saben mejor que nadie todo esto. Son hombres sabios que conocen su historia al dedillo; y, como son a la vez hombres vivos, grandes almas penetradas de un amor sincero y profundo encaminado a hacer la dicha de la humanidad, maldijeron y procuraron echar tierra sobre aquellas acciones, sobre tales crímenes religiosos con una elocuencia incomparable. Rehúsan indignados toda solidaridad con el Dios de las religiones positivas y con sus representantes pasados y presentes en la tierra.

El Dios a quien adoran, o al que creen adorar, se diferencia precisamente de los dioses reales de la historia en que no es un Dios del todo positivo, determinado de una u otra manera, teológica o metafísicamente. No es ni el Ser Supremo de Robespierre y J. J. Rousseau, ni el dios panteísta de Spinoza, ni aun el dios a la vez inocente, trascendental y muy equívoco de Hegel. Se guardan mucho de darle una determinación positiva cualquiera, comprendiendo muy bien que toda determinación sería someterlo a la acción disolvente de la crítica. No dirán de él si es un dios personal o impersonal, si creó o no creó el mundo; ni tampoco hablarán de su divina providencia. Todo esto podría comprometerlos. Se limitarán a decir: “Dios”; y ni una palabra más. Pero, ¿quién es, entonces, su dios? No es ni siquiera una idea; es una aspiración.

Es la palabra genérica de todo cuanto parece grande, bueno, hermoso, noble, humano. Pero, ¿por qué no dicen: el hombre? Sucede que el rey Guillermo de Prusia y el emperador Napoleón III eran también hombres. Eso es lo que les preocupa. La humanidad real nos presenta el conjunto de todo lo que hay de más sublime, de más bello y de todo lo que hay de más vil y de más monstruoso en el mundo. ¿Como salir del círculo? Para escapar llaman, recurren a uno, divino, y a otro, animal, y en ellos se representan la divinidad y la animalidad como dos polos, entre los cuales colocan la humanidad. No quieren o no pueden comprender que estos tres términos no forman sino uno, y que se les destruye si se les separa.

No están fuertes en lógica, y se diría que la desprecian. Esto es lo que les distingue de los metafísicos, panteístas y deístas, y lo que imprime a sus ideas el carácter de un idealismo práctico, encaminando sus aspiraciones menos hacia el desarrollo severo de un pensamiento sobre las experiencias, casi diría las emociones, históricas, colectivas e individuales, de la vida. Lo cual da a su propaganda una apariencia de riqueza y de poder vital, pero sólo una apariencia; porque aún la vida se torna estéril cuando se ve paralizada por una contradicción lógica.

Esta es la contradicción: quieren a Dios y quieren a la humanidad. Se obstinan en juntar dos términos que, una vez separados, no pueden volverse a encontrar sino para destruirse mutuamente. Dicen:

“Dios es la libertad del hombre, Dios es la dignidad, la justicia, la igualdad, la fraternidad, la prosperidad de los hombres.”

Eso sin acordarse de la lógica fatal, en cuya virtud, si Dios existe, todo esto está condenado a no existir. Porque si Dios existe es necesariamente el amo eterno, supremo, absoluto; y si este amo existe, el hombre es esclavo; y si es esclavo no hay ni justicia, ni igualdad, ni fraternidad, ni prosperidad posibles. Podrán contra el buen sentido y contra todas las experiencias de la historia, representarse a su Dios animado por el más tierno amor a la libertad humana: un amo, haga lo que quiera y por liberal que quiera mostrarse, no deja de ser amo. Su existencia implica necesariamente la esclavitud de cuanto está debajo de él. Luego si Dios existiera, no habría para él sino un solo medio de servir a la libertad humana; cesar de existir.

Enamorado y celoso de la libertad humana, y considerándola como la condición absoluta de todo cuando adoramos y respetamos en la humanidad, enmiendo la frase de Voltaire, y digo que: *si Dios no existiera, sería necesario inventarlo.*

La severa lógica que me dicta estas palabras es demasiado evidente para que tenga necesidad de desarrollar mi argumentación. Me parece imposible que los hombres ilustres cuyos nombres he citado, célebres y respetados con justicia, no se hayan sentido sorprendidos, no hayan notado la contradicción en que incurrieron al hablar a un tiempo de Dios y de la libertad humana. Para que ellos continuaran con sus ideas, sin duda debieron pensar que aquella inconsecuencia, que aquella contradicción, era *prácticamente* necesaria al bienestar de la humanidad.

Es también probable que, siempre hablando de libertad, que es para ellos muy respetable y muy querida, la comprendan de otro modo del que la concebimos en nuestra cualidad de materialistas y socialistas revolucionarios; pues, en efecto, nunca hablan de ella sin agregar en seguida otra palabra, la de *autoridad*, palabra y concepto que detestamos con toda la fuerza de nuestros corazones.

¿Qué viene a ser la autoridad? ¿Es el poder inevitable de las leyes naturales que se manifiestan en el encadenamiento y en la sucesión fatal de los fenómenos del mundo físico y del mundo social? En efecto, contra estas leyes, la rebelión está prohibida, y se hace además imposible. Podemos desconocerlas o no conocerlas aún pero no podemos desobedecerlas, porque constituyen la base y las condiciones de nuestra existencia; nos envuelven, nos inundan, regulan nuestros movimientos, nuestros pensamientos y nuestras acciones. Por consiguiente, aun cuando creamos desobedecerlas, no hacemos otra cosa que manifestar su inmenso poder.

Sí somos absolutamente esclavos de esas leyes. Pero no hay nada humillante en tal esclavitud. Porque la esclavitud supone un amo exterior, un legislador que se halla fuera de aquel a quien manda; mientras que esas leyes no están en esa posición; no están fuera de nosotros; nos son inherentes, constituyen nuestro ser, corporal, intelectual y moral: no vivimos, no respiramos, no obramos, no pensamos, no queremos más que por ellas. Fuera de ellas no somos nada, *no existimos*. ¿De dónde sacaríamos, pues, el poder y el querer rebelarnos contra ellas?

Ante las leyes naturales, no hay para el hombre sino una libertad posible: reconocerlas y aplicarlas cada vez más, conforme al objeto de emancipación o de humanización colectiva e individual que persiga. Reconocidas estas leyes, la autoridad que ejercen no es nunca discutida por la masa de los hombres. Es necesario ser un teólogo, o por lo menos un metafísico, un jurista o un economista burgués, para rebelarse contra una ley según la cual 2 y 2 son 4. Es necesario tener fe para imaginarse que no se arderá en el fuego y que no se ahogará uno en el agua, a menos de recurrir a un subterfugio cualquiera y fundado igualmente en cualquier otra ley natural.

Pero estas rebeliones, mejor dicho estas tentativas o estas locas ideas de una rebelión imposible, no forman sino una excepción bastante rara; porque, en general, se puede decir que la masa de los hombres, en su vida cotidiana, se dejan gobernar por el buen sentido, lo que quiere decir por la suma de las leyes naturales generalmente reconocidas, de una manera poco menos que absoluta.

La gran desgracia es que muchas leyes naturales, ya reconocidas como tales por la ciencia, son desconocidas para las masas populares, a causa de los cuidados de esos gobiernos tutelares que no existen, como es sabido, sino para bien de los pueblos.

Hay, además, un grave inconveniente: la mayoría de las leyes naturales, que se hallan unidas al desarrollo de la sociedad humana y que son tan necesarias e invariables como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido debidamente reconocidas por la ciencia. En cuanto lo estén, primeramente por la ciencia, y cuando ésta, por medio de un amplio sistema de educación y de instrucción popular, las haya hecho pasar a la conciencia de todos, la cuestión de la libertad estará perfectamente resuelta.

Las autoridades más recalcitrantes deberán reconocer que entonces no habrá necesidad ni de organización, ni de dirección, ni de legislación políticas, tres cosas que, ya emanen de la voluntad del soberano, ya de la votación de un parlamento elegido por sufragio universal, y aun cuando estén de acuerdo con el sistema de las leyes naturales –lo que nunca ha ocurrido, ni puede nunca ocurrir– son siempre igualmente funestas y contrarias a la libertad de las masas, por el solo hecho de imponerles un sistema de leyes exteriores y por consiguiente despóticas.

La libertad del hombre consiste únicamente en que obedezca a las leyes naturales, que *él mismo* reconoció como tales, no porque le fueran exteriormente impuestas por una voluntad extraña, humana o divina, colectiva o individual.

Suponed una academia de sabios, compuesta de los representantes más ilustres de la ciencia; suponed que esta academia se halla encargada de la legislación, de la organización de la sociedad, y que, no inspirándose sino en el amor a la verdad más pura, sólo dicte leyes absolutamente conformes con los más recientes descubrimientos de la ciencia. Pues bien, yo afirmo que esta legislación y esta organización serán una monstruosidad, por dos razones: la primera, que la ciencia humana no es nunca perfecta, y que comparando lo que ha descubierto con lo que le falta descubrir, puede decirse que aún está en la cuna. De modo que si se quisiera obligar a la vida práctica, así colectiva como individual de los hombres, a conformarse estricta, exclusivamente a los últimos adelantos de la ciencia, se condenaría a la sociedad y a los individuos a ser martirizados sobre un lecho de Procusto, que concluiría pronto por dislocarlos y por ahogarlos, por ser la vida infinitamente más amplia que la ciencia. La segunda razón reside en que una sociedad que obedeciera a una legislación emanada de una academia científica, no porque ella hubiera comprendido su carácter racional, en cuyo caso, la existencia de la academia sería inútil, sino por esta legislación, se impondría en nombre de una ciencia que ella veneraría sin comprenderla, tal sociedad sería una sociedad no de

hombres, sino de animales. Sería una segunda edición de aquellas misiones del Paraguay que se dejaron gobernar durante tanto tiempo por la compañía de Jesús. No dejaría de descender pronto al grado más bajo de imbecilidad.

Y existe una tercera razón que haría imposible tal gobierno: que una academia científica revestida de esa soberanía, por así decirlo absoluta, aun cuando estuviera compuesta de los hombres más ilustres, concluiría, infaliblemente y pronto, por corromperse, moral e intelectualmente.

Esa es hoy ya, con los escasos privilegios que se les conceden, la historia de todas las academias. El más grande genio científico, desde el momento en que se hace académico, sabio oficial, desciende inevitablemente y se duerme. Pierde su espontaneidad, su atrevimiento revolucionario, y esa energía incómoda y salvaje que caracteriza la naturaleza de los más grandes genios, llamada siempre a destruir los mundos viejos y a extender los cimientos de los nuevos. Es indudable que gana en ceremonia, en sabiduría útil y práctica, lo que pierde en poder de pensamiento. Se corrompe, en una palabra.

Es propio del privilegio y de toda posición privilegiada matar el talento y el corazón de los hombres. El ser privilegiado, ya política, ya económicamente, es un hombre depravado de espíritu y de corazón. Esta es una ley social que no admite excepción, y que se aplica tanto a naciones enteras como a las clases, a las compañías y a los individuos. Es ésta la ley de la igualdad, condición suprema de la libertad y de la humanidad. El objeto principal de este estudio es precisamente demostrar esta verdad en todas las manifestaciones de la vida humana.

Un cuerpo científico al que se hubiera confiado el gobierno de la sociedad, concluiría pronto por no ocuparse de la ciencia,) y *¡sí* de otro tema, el de todos los poderes establecidos; ello equivaldría a eternizarse, llevando a la sociedad a sus cuidados, confiada, más estúpida y, por consiguiente, más necesitada de su gobierno y de su dirección.

Y lo que es verdad en cuanto a los académicos científicos, lo es igualmente en lo que respecta a las asambleas constituyentes y legislativas, aun cuando éstas fuesen resultados del sufragio universal. Ciertamente éste puede renovar la composición, lo cual no impide que no se forme con el curso de los años un cuerpo de políticos, privilegiados de hecho, no de derecho, y que entregándose exclusivamente a la dirección de los asuntos públicos de un país, concluyan por formar una especie de aristocracia o de oligarquía política. Testigos de este proceso son los Estados Unidos de América y Suiza.

Así, nada de legislación exterior, nada de autoridad, por ser la una inseparable de la otra y ambas tender al servilismo de la sociedad y al embrutecimiento aun de los mismos legisladores.

VI

¿Se Deduce de esto que rechazo toda autoridad? Lejos de mí tal idea. Cuando se trata de botas, fío en la autoridad de los zapateros; si se trata de una casa, de un canal o de un camino de hierro, consulto la de un arquitecto o un ingeniero. Para tal o cual ciencia especial me dirijo a tal o cual sabio. Mas de ningún modo permito se me imponga el zapatero, ni el ingeniero, ni el sabio. Los acepto libremente y con todo el respeto que merezcan su inteligencia, su carácter, su saber, reservándome siempre mi derecho incontestable de crítica y de examen. No me limito a consultar a una autoridad especialista, consulto a muchas; comparo sus opiniones y elijo la que más justa me parece. Pero no reconozco autoridad infalible ni aún en los asuntos especiales. Por consiguiente, aunque mucho sea el respeto que me inspire la humanidad y la sinceridad de tal o cual individuo, no tengo fe absoluta en nadie. Tal fe sería fatal a mi razón, a mi libertad y aun al éxito de mis empresas; me transformaría inmediatamente en esclavo estúpido, en instrumento de la voluntad y de los intereses de otro.

Si me inclino ante la autoridad de los especialistas, y si me declaro dispuesto a seguir con cierta medida y mientras me parezca necesario, sus indicaciones y aun su dirección, es porque tal autoridad no me fue impuesta por nadie, ni por los hombres, ni por Dios. De otro modo, las rechazaría con horror, y enviaría al diablo sus consejos, su dirección y sus servicios, seguro de que de lo contrario me harían pagar con mi libertad y mi dignidad las apariencias de verdad, envueltas en muchas mentiras, que pudieran ofrecerme.

Me inclino ante la autoridad de los especialistas, porque su autoridad me es impuesta por mi propia razón. Tengo la conciencia de no poder abrazar, en todos sus detalles y sus desarrollos positivos, sino una pequeñísima parte de la ciencia humana. La inteligencia mayor no bastaría para abrazarla toda. De donde resulta, para la ciencia como para la industria, la necesidad de la división y de la asociación del trabajo. Recibo y doy; tal es la vida humana. Todos gobernamos y somos gobernados. Luego no hay autoridad fija y constante, y sí un cambio continuo de autoridad y de subordinación mutuas, pasajeras, y sobre todo, voluntarias.

Esta misma razón me prohíbe, pues, reconocer una autoridad fija, constante y universal, porque no hay ningún hombre universal, hombre que sea capaz de abrazar, con la riqueza de detalles sin la que la aplicación de la ciencia a la vida no es posible, todas las ciencias y todas las ramas de la vida social. Y, si tal universalidad se hallara en un hombre, si éste quisiera valerse de ella para imponernos su voluntad, sería necesario arrojar a ese hombre de la sociedad, porque su autoridad reduciría inevitablemente a los demás a la esclavitud y a la imbecilidad. No pienso que la sociedad debe maltratar a los hombres de genio como lo ha venido haciendo hasta la fecha; pero no pienso que su deber sea cebarlos, ni concederles, sobre todo, privilegios o derechos exclusivos. Y esto por tres razones: primero, porque con frecuencia sería tomado por genio un charlatán; en segundo término porque, gracias a este sistema de privilegios, podría transformar en charlatán al verdadero hombre de genio, desmoralizándole y embruteciéndole; y, en tercer lugar, porque se impondría un amo.

Resumo: reconocemos, por la autoridad absoluta de la ciencia, porque la ciencia no tiene otro objeto que la reproducción mental, reflexionada y tan sistemática como posible sea, leyes naturales que son inherentes a la vida material, intelectual y moral, así del mundo físico como social, dos mundos que no constituyen, en realidad, sino un solo mundo natural. Fuera de esta autoridad, la única legítima, porque es racional y se halla de acuerdo con la libertad humana, declaramos a todas las otras autoridades embusteras, arbitrarias y funestas.

Reconocemos la autoridad absoluta de la ciencia, pero rechazamos la infalibilidad y universalidad del sabio. En nuestra iglesia –permitanme servirme por un momento de esta expresión que, por otra parte, detesto, pues la Iglesia y el Estado son mis dos arañas negras– en nuestra iglesia, como en la Iglesia protestante, hay un jefe, un Cristo invisible: la ciencia, y como los protestantes o más consecuentes aún que los protestantes, no queremos sufrir ni papa, ni concilio, ni cónclaves de cardenales infalibles, ni obispos, ni aun sacerdotes. Nuestro Cristo se distingue del Cristo protestante y cristiano en que este último es un ser personal, y el nuestro es impersonal; el Cristo cristiano, ya reconocido en un pasado eterno, se presenta como un ser perfecto, mientras que el reconocimiento y la perfección de nuestro Cristo, la ciencia, dependen siempre del porvenir; lo que equivale a decir que no se realizarán nunca. No reconociendo más autoridad absoluta que la de la *ciencia absoluta*, no comprometemos de ningún modo nuestra libertad.

Por ciencia absoluta entiendo la ciencia verdaderamente universal que reprodujera idealmente, en toda su extensión y en todos sus detalles íntimos, el universo, el sistema o la coordinación de todas las leyes naturales que manifestara el desarrollo de los mundos. Es evidente que esta ciencia, objeto sublime de todos los esfuerzos del espíritu humano, nunca se realizará en su plenitud absoluta.

Nuestro Cristo permanecerá, pues, eternamente inacabado, lo que debe domar mucho el orgullo de sus representantes. Contra aquel Dios hijo, en nombre del cual pretendieron imponernos su autoridad insolente y pedante, llamaremos al Dios padre, que es el mundo real, la vida real, de la que aquél no es sino la expresión demasiado imperfecta, y de la que nosotros somos los representantes inmediatos, nosotros, seres reales, que vivimos, trabajamos, combatimos, amamos, aspiramos, gozamos y sufrimos.

Pero, rechazando la autoridad absoluta, universal e infalible de los hombres de ciencia, nos inclinamos de buen grado ante la autoridad respectiva, aunque relativa y muy pasajera, muy limitada, de los representantes de las ciencias especiales; no pretendemos otra cosa que consultarlas una tras otra; agradeceremos mucho las preciosas indicaciones que nos den, a condición de que quieran recibirlas de nosotros sobre las cosas y en las ocasiones en que seamos más entendidos que ellos. En general, no deseamos sino ver cómo los hombres dotados de gran saber, de gran experiencia, de gran espíritu, y sobre todo, de un gran corazón, ejercen sobre nosotros una influencia natural y legítima, libremente aceptada y nunca impuesta en nombre de ninguna autoridad celestial o terrestre.

Aceptamos todas las autoridades naturales y todas las influencias de hecho, ninguna de derecho; porque toda autoridad o influencia de derecho, y como tal oficialmente impuesta, tornándose en seguida una opresión y una mentira, nos impondría infaliblemente, como me parece haberlo demostrado, la esclavitud y el absurdo.

Rechazamos, en una palabra, toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiada, patente, oficial y legal, aunque resulta del sufragio universal, convencidos de que nunca podrían obrar sino en provecho de una minoría dominante y explotadora contra los intereses de la mayoría esclavizada.

En este sentido somos realmente anarquistas.

PEDRO KROPOTKIN

Nació en Moscú en 1842; proviene de una familia de príncipes; murió cerca de esa misma ciudad en 1921. Estudió en la escuela de cadetes de San Petersburgo y fue oficial en Siberia. Dimitió después de la insurrección polaca y participó en varias expediciones científicas. En 1872 adhiere al grupo bakuninista de la Primera Internacional. Es detenido en 1874 en Rusia y se refugia primero en Gran Bretaña y luego en Suiza. Funda el periódico anarquista *“La Revolte”*. Expulsado de Suiza se traslada a Francia donde en 1883 es condenado a prisión por actos terroristas. Es indultado en 1886, se refugia nuevamente en Inglaterra; regresa a Rusia luego de la revolución de febrero de 1917. Toma posición junto con Plejánov y los mencheviques frente a la Revolución Socialista de Octubre.

Su teoría del “comunismo anárquico” es desarrollada en Campos, fábricas y talleres y varios artículos. Sin embargo ocupa un lugar en la historia del anarquismo no tanto por su actividad política como por sus investigaciones científicas e históricas. Sus principales obras son *“El apoyo mutuo”*, *“Historia de la Revolución Francesa”* y *“Origen y evolución de la moral”*.

EL COMUNISMO ANARQUISTA³

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá en situación de organizarse en comunismo anarquista.

Hubo un tiempo en que una familia de aldeanos podía considerar el trigo que hacía crecer y las vestiduras de lana tejidas en la choza como productos de su propio trabajo. Aún entonces, esta manera de ver no era enteramente correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos costeaban. Una mejora en las artes de tejer o en el modo de tintar los tejidos, beneficiaba a todos; en aquella época, una familia de labradores no podía vivir sino a condición de hallar apoyo en la ciudad, en el municipio.

Pero hoy, con el actual estado de la industria, en que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente inadmisibles la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o la metalurgia han alcanzado pasmosa perfección en los países civilizados, lo deben al simultáneo desarrollo de otras mil industrias; lo deben a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación transatlántica, a la destreza de millones de trabajadores, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera; en fin, a trabajos ejecutados de un extremo a otro del mundo.

Los italianos que morían del cólera cavando el canal de Suez o de anemia en el túnel de San Gotardo y los americanos segados por las granadas en la guerra abolicionista de la esclavitud, han contribuido al desarrollo de la

³ En *“La conquista del pan”*, Buenos Aires, Domingo Ferrari Editor, sin fecha

industria algodonera en Francia y en Inglaterra no menos que las jóvenes que se vuelven cloróticas en las manufacturas de Manchester o de Rouen o el ingeniero autor de alguna mejora en la maquinaria de tejer.

Colocándonos en este punto de vista general y sintético de la producción, no podemos admitir con los colectivistas que una remuneración proporcional a las horas de trabajo suministradas por cada uno en la producción de las riquezas, pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal. Sin discutir aquí si realmente el valor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producirlas (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), bástenos decir que el ideal colectivista nos parecería irrealizable en una sociedad que considerase los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, se vería obligada a abandonar en el acto cualquiera forma de salario.

Estamos persuadidos de que el individualismo mitigado por el sistema colectivista no podría existir junto con el comunitarismo de la posesión, por todos, del suelo y de los instrumentos del trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una forma nueva de producción no podría mantener la antigua forma de consumo, como no podría amoldarse a las formas antiguas de organización política.

El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos para la producción.

Era la condición necesaria para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella, aunque se trata de disfrazarla bajo la forma de “bonos de trabajo”. La posesión común de los instrumentos de trabajo, traerá consigo necesariamente el goce en común de los frutos de la labor común.

Sostenemos, no sólo que es deseable el comunismo, sino que hasta las actuales sociedades, fundadas en el individualismo, *se ven obligadas de continuo a caminar hacia el comunismo.*

El desarrollo del individualismo, durante los tres últimos siglos, se explica, sobre todo, por los esfuerzos del hombre, que quiso precaverse contra los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento –y así lo han predicado los que formulan su pensamiento por él– que podía libertarse por completo del Estado y de la sociedad. “Mediante el dinero –se decía–, puedo comprar todo lo que necesite”. Pero el individuo ha tomado mal camino, y la historia moderna le conduce a confesar que sin el concurso de todos no puede nada, aunque tuviese sus arcas atestadas de oro.

Junto a esa corriente individualista, vemos en toda la historia moderna, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que queda del comunismo parcial de la antigüedad, y por otra a restablecer el principio comunista en las mil y mil manifestaciones de la vida.

En cuanto los municipios de los siglos X, XI y XII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, dieron inmediatamente gran extensión al trabajo en común, al consumo en común. La ciudad era la que fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, cuyos beneficios eran para todos y no para los individuos; también compraba las provisiones para sus

habitantes. Las huellas de esas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan religiosamente el recuerdo de ellas en sus leyendas.

Todo eso ha desaparecido. Pero el municipio rural aun lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras no eche el Estado su abrumadora espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo mil diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de *a cada uno según sus necesidades*, porque sin cierta dosis de comunismo no podrían vivir las sociedades actuales.

El puente, cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes, se ha hecho de uso común. El camino, que antiguamente se pagaba a tanto la legua, ya no existe más que en Oriente. Los museos, las bibliotecas libres, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines abiertos para todos, las calles empedradas y alumbradas, libres para todo el mundo; el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener en cuenta la cantidad consumida, son otras tantas instituciones fundadas en el principio de “Tomad lo que necesitéis”.

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Tras de esto no falta mucho para el precio uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones y otras mil, hay la tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro solamente quinientas. Esas son necesidades personales, y no hay razón alguna para hacer pagar a uno doble que a otro sólo porque sea dos veces más intensa su necesidad.

Hay también la tendencia a poner las necesidades del individuo por encima de la valuación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Llegase a considerar la sociedad como un todo, cada una de cuyas partes están tan íntimamente ligada con las demás, que el servicio prestado, a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos.

Cuando vais a una biblioteca pública –por ejemplo, las de Londres o Berlín–, el bibliotecario no os pregunta qué servicios habéis prestado a la sociedad para daros el libro o los cincuenta libros que le pidáis, y en caso necesario, os ayuda a buscarlos en el catálogo. Mediante un derecho de entrada uniforme, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas, laboratorios, y da fiestas anuales a cada uno de sus miembros, ya sea un Darwin o un simple aficionado.

En San Petersburgo, si perseguís un invento, vais a un taller especial, donde os dan sitio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas necesarias, todos los instrumentos de precisión, con tal que sepáis manejarlos, y se os deja trabajar todo lo que gustéis. Ahí están las herramientas, interesad amigos por vuestra idea, asociaos a otros amigos de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os conduce, y eso basta.

Los marinos de una falúa de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufrago; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas, y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué necesitan conocerlos?

“Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda asentado. ¡Salvémoslos!”.

Si mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas en tiempos corrientes, es visitada por una calamidad cualquiera –por ejemplo, un sitio–, esa misma ciudad decidirá que las primeras necesidades que se han de satisfacer son las de los niños y los viejos, sin informarse de los servicios que hayan prestado o presten a la sociedad; es preciso ante todo mantenerlos, cuidar a los combatientes independientemente de la valentía o de la inteligencia demostrada por cada uno de ellos, y hombres y mujeres a millares rivalizarán en abnegación por atender los heridos.

Existe esa tendencia. Se acentúa en cuanto quedan satisfechas las más imperiosas necesidades de cada uno, a medida que aumenta la fuerza productora de la humanidad; se acentúa aún más cada vez que una gran idea ocupa el puesto de las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana.

El día en que se devuelvan todos los instrumentos de producción, en que las tareas sean comunes y el trabajo –ocupando el sitio de honor en la sociedad– produjese mucho más de lo necesario para todos, ¿cómo dudar de que esta tendencia ensanchará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por esos indicios somos de parecer que, cuando la revolución haya quebrado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será realizar inmediatamente el comunismo.

Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Esto es la síntesis de los dos fines perseguidos por la humanidad a través de las edades: la libertad económica y la libertad política.

II

Condenando la “anarquía” como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad. Cada vez que lo permitía el curso del desarrollo de las sociedades europeas, sacudían éstas el yugo de la autoridad y esbozaban un sistema fundado en los principios de la libertad individual. Y vemos en la historia que los períodos durante los cuales fueron derribados los gobiernos a consecuencia de rebeliones parciales o generales, han sido épocas de repentino progreso en el terreno económico e intelectual.

Ya es la independencia de los municipios, cuyos monumentos –fruto del trabajo libre de asociaciones libres– no han sido superados desde entonces; ya es el levantamiento de los campesinos, que hizo ja Reforma y puso en peligro al papado; ya la sociedad –libre en los primeros tiempos– fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el desarrollo presente de las naciones civilizadas, vemos una tendencia cada vez más acentuada en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Esta es la evolución actual, aunque dificultada por el fárrago de instituciones y preocupaciones herederas del pasado. Lo mismo que todas las evoluciones, no espera más que la revolución para barrer las vetustas ruinas que le sirven de obstáculo, tomando libre vuelo en la sociedad regenerada.

Después de haber intentado largo tiempo resolver el insoluble problema de inventar un gobierno que “obligue al individuo a la obediencia, sin cesar de obedecer aquel también a la sociedad”, la humanidad intenta libertarse de toda especie de gobierno y satisfacer sus necesidades de organización, mediante si libre acuerdo entre individuos y grupos que persigan los mismos fines. La independencia de cada mínima unidad territorial es ya una necesidad apremiante; el común acuerdo reemplaza a la ley, y pasando por encima de las fronteras, regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Todo lo que en otro tiempo se tuvo como función del gobierno se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente y mejor sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos llevados a afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, ésto es a abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio.

Ciertamente que la idea de una sociedad sin Estado provocará por lo menos tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio, que se estudia con el nombre de derecho romano, y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos habitúan a creer en el gobierno y en las virtudes del Estado-Providencia.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Con el mismo fin se han dictado leyes. Toda la política se funda en ese principio y cada político, cualquiera que sea su matiz, dice siempre al pueblo:

“¡Dame el poder; quiero y puedo librarte de las miserias que pesan sobre tí!”.

Abrid cualquier libro de sociología, de jurisprudencia y encontraréis en él siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando tan gran lugar, que nos acostumbramos a creer que fuera del gobierno y de los hombres de Estado ya no hay nada.

La prensa repite en todos los tonos la misma cantinela. Columnas enteras se consagran a las discusiones parlamentarias, a las intrigas de los políticos; apenas si se advierte la inmensa vida cotidiana de una nación en algunas líneas que tratan de un asunto económico, a propósito de una ley o en la sección de noticias o en la de sucesos de! día. Y cuando leéis esos periódicos, lo que menos pensáis es en el incalculable número de seres humanos que nacen y mueren, trabajan y consumen, conocen los dolores, piensan y crean, más allá de esos personajes de estorbo, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubran y oculten la humanidad entera.

Y sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac había hecho notar ya cuántos millones de campesinos permanecen su vida entera sin conocer nada del Estado, excepto los pesados impuestos que están obligados a pagarle. Diariamente se hacen millones de tratos sin que intervenga el gobierno, y los más grandes de ellos –los de! comercio y la bolsa–, se hacen de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes tuviese la intención de no cumplir sus compromisos. Hablad con un hombre que conozca el comercio, y os dirá que los cambios operados todos los días entre comerciantes serían de absoluta imposibilidad si no tuvieran por base la confianza mutua. La costumbre de cumplir su palabra, el deseo de no perder el crédito, bastan ampliamente para sostener esa honradez comercial. El mismo que sin el menor remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas cubiertas de etiquetas pomposas, tiene como empeño de honor el cumplir sus compromisos. Pues bien; si era moralidad relativa ha podido desarrollarse, hasta en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y el único objetivo, ¿podemos dudar que no progrese rápidamente, en cuanto ya no sea la base fundamental de la sociedad, la apropiación de los frutos de la labor ajena?

Hay otro rasgo característico de nuestra generación, que aun habla mejor en pro de nuestras ideas, y es el continuo crecimiento del campo de las empresas debidas a la iniciativa privada y el prodigioso desarrollo de todo género de agrupaciones libres. Estos hechos son innumerables, y tan habituales, que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los escritores de socialismo y de política los ignoran, prefiriendo hablarnos siempre de las funciones del gobierno. Estas organizaciones, libres y variadas hasta lo infinito, son un producto tan natural, crecen con tanta rapidez y se agrupan con tanta facilidad, son un resultado tan necesario del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado y reemplazan con tantas ventajas a la ingerencia gubernamental, que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en la vida de las sociedades.

Si no se extienden aún al conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque encuentran un obstáculo insuperable en la miseria del trabajador, en las castas de la sociedad actual, en la apropiación privada del capital colectivo, en el Estado. Abolid esos obstáculos, y las veréis cubrir el inmenso dominio de la actividad de los hombres civilizados.

La historia de los cincuenta años últimos es una viva prueba de la impotencia del gobierno representativo para desempeñar las funciones con que se le ha querido revestir.

Algún día se citará el siglo XIX como la fecha del aborto del parlamentarismo.

Esta impotencia es tan evidente para todos, son tan palpables las faltas del parlamentarismo y los vicios fundamentales del principio representativo, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (J. Stuart Mill, Laverdais) no han tenido más que traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar algunos hombres y decirles:

“Hacednos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de vosotros las ignore”.

Se empieza a comprender que el gobierno de las mayorías parlamentarias significa el abandono de todos los asuntos del país, a los que forman las mayorías en la Cámara y en los comicios, a los que no tienen opinión.

La unión postal internacional, las uniones ferrocarrileras, las sociedades sabias, dan el ejemplo de soluciones halladas por el libre acuerdo, en vez de por la ley.

Cuando grupos diseminados por el mundo quieren llegar hoy a organizarse para un fin cualquiera, no nombran un Parlamento internacional de diputados *para todo* y a quienes se les dice:

“Votadnos leyes; las obedeceremos”.

Cuando no se pueden entender directamente o por correspondencia, envían delegados que conozcan la cuestión especial que va a tratarse, y les dicen:

“Procurad ponerlos de acuerdo acerca de tal asunto, y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una proposición de acuerdo, que aceptaremos o no aceptaremos”.

Así es como obran las grandes compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todas clases que hay en gran número en Europa y en los Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad libertada. Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentores del capital, se acomoda con el parlamentarismo. Pero una sociedad libre que vuelva a entrar en posesión de la herencia común, tendrá que buscar en el libre agrupamiento y en *la* libre federación de los grupos una organización nueva que convenga a la nueva fase económica de la historia.

EL APOYO MUTUO⁴

Si consideramos ahora lo que surge del examen de la sociedad moderna en relación con los hechos que señalan la importancia de la ayuda mutua en el desarrollo gradual del mundo animal y de la humanidad, podemos extraer de nuestra investigación las siguientes conclusiones:

Estamos persuadidos que, en el mundo animal, la enorme mayoría de las especies viven en sociedades y que encuentran en la sociabilidad la mejor arma para la lucha por la existencia, entendiéndolo, es claro, este término en el amplio sentido darwiniano: no como una lucha por los medios directos de existencia, sino como lucha contra todas las condiciones naturales, desfavorables para la especie. Las especies animales en las cuales la lucha entre individuos ha sido llevada a los límites más restringidos, y en las que la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el desarrollo máximo, invariablemente son las especies más numerosas, más florecientes y más aptas para el máximo progreso. La protección mutua, obtenida en tales casos y debido a esto la posibilidad de alcanzar la vejez y acumular experiencia, el alto desarrollo intelectual y el máximo crecimiento de los hábitos sociales, aseguran la conservación de la especie y también su propagación sobre una superficie más amplia, y la máxima evolución progresiva. Por el contrario, las especies insociables, en la inmensa mayoría de los casos, están condenadas a la degeneración.

Pasando luego al hombre, lo hemos visto viviendo en clanes y tribus, ya en el umbral de la Edad Paleolítica; hemos visto también una serie de instituciones y costumbres sociales constituidas dentro del clan ya en el grado más bajo de desarrollo de los salvajes. Y hemos visto que los más antiguos hábitos y costumbres tribales dieron embrionariamente a la humanidad todas aquellas instituciones que más tarde funcionaron como los elementos impulsores más importantes del máximo progreso. Del régimen tribal de los salvajes deriva la comuna aldeana de los "bárbaros", y un nuevo círculo aún más amplio de hábitos, costumbres e instituciones sociales, una parte de los cuales subsistió hasta nuestros días, se desarrolló a la sombra de la posesión común de una tierra dada y bajo la protección de la jurisdicción de la asamblea comunal aldeana en federaciones de aldeas pertenecientes, o supuestamente pertenecientes a una tribu y que se defendían de los enemigos con las fuerzas comunes. Cuando las nuevas necesidades impulsaron a los hombres a dar un nuevo paso en su desarrollo, formaron el derecho popular de las ciudades libres que constituían una doble red: de unidades territoriales (comunidades aldeanas) y de gildas, nacidas de las ocupaciones comunes en un arte u oficio determinado, o para la protección y el apoyo mutuos. Ya hemos tratado en dos capítulos, el quinto y el sexto, cuán enormes fueron los éxitos del saber, del arte y de la educación en general en las ciudades medievales que tenían derechos populares.

En los dos últimos capítulos se han reunido finalmente hechos que indican cómo la formación de los estados, según el modelo de la Roma imperial, destruyó violentamente todas las instituciones medievales de apoyo mutuo y

⁴ "El apoyo mutuo", Capítulo final, *Conclusión*. Buenos Aires, América lee, 1946.

creó una nueva forma de asociación, sometiendo toda la vida de la población a la autoridad estatal. Pero el estado, apoyado en conglomerados de individuos poco vinculados entre sí y asumiendo la tarea de ser único principio de unión, *no respondió a su finalidad*. La tendencia de los hombres al apoyo mutuo y su necesidad de unión directa para él, nuevamente se pusieron de manifiesto en una infinita diversidad de todas las sociedades posibles que también tienden actualmente a abarcar todas las manifestaciones de vida, a dominar todo lo necesario para la existencia humana y para reparar los gastos condicionados por la vida: crear un cuerpo viviente, en lugar del mecanismo muerto, sometido a la voluntad de los funcionarios.

Probablemente se nos objetará que la ayuda mutua, a pesar de constituir una de las grandes fuerzas activas de la evolución, es decir del desarrollo progresivo de la humanidad, es sólo una de las diversas formas de las relaciones de los hombres entre sí; además de esta corriente, por poderosa que fuera, existe y siempre existió una corriente de autoafirmación del individuo, no sólo en sus intentos por alcanzar la superioridad personal o de casta en la relación económica, política y espiritual, sino también en una actividad aún más importante a pesar de ser menos notable; romper los lazos que siempre tienden a la cristalización y petrificación, que imponen sobre el individuo el clan, la comuna aldeana, la ciudad o el estado. En suma, en la sociedad humana, la autoafirmación de la personalidad también es un elemento de progreso.

Ningún esquema del desarrollo de la humanidad puede pretender ser completo si no considera estas dos corrientes principales. Pero el caso es que la autoafirmación de la personalidad o grupos de personalidades, su lucha por la superioridad y los conflictos y la lucha que se derivan de ella, fueron, ya en épocas remotas, analizados, descritos y ensalzados. En realidad, hasta la época actual sólo está corriente ha merecido la atención de los poetas épicos, cronistas, historiadores y sociólogos. La historia, como ha sido escrita hasta ahora, es casi íntegramente la descripción de los métodos y medios con los cuales la teocracia, el poder militar, la monarquía política y más adelante las clases pudientes, establecieron y conservaron su gobierno. La lucha entre estas fuerzas constituye en realidad la esencia de la historia. Podemos considerar, por ello, que la importancia de la personalidad y de la fuerza individual en la historia de la humanidad es absolutamente conocida, pese a que en este dominio ha quedado no poco que hacer en el sentido recientemente indicado.

A su vez, otra fuerza activa —la ayuda mutua— ha sido relegada hasta ahora al olvido total; los escritores de la presente generación y de las pasadas, simplemente la negaron o se burlaron de ella. Darwin, hace ya medio siglo, señaló brevemente la importancia de la ayuda mutua para la conservación y el desarrollo progresivo de los animales. Pero, ¿quién tocó ese tema desde entonces? Sencillamente se empeñaron en olvidarla. Debido a esto, fue necesario, primeramente, establecer el papel enorme que desempeña la ayuda mutua tanto en el desarrollo del mundo animal como de las sociedades humanas. Sólo después que esta importancia sea plenamente reconocida, será posible comparar la influencia de una y otra fuerza: la social y la individual.

Evidentemente, con un método más o menos estadístico, es imposible efectuar siquiera una apreciación grosera de su importancia relativa. Cualquier guerra, como es sabido, puede producir, ya sea directamente o bien por sus consecuencias, más daños que beneficios pueden producir cientos de años de acción, libres de obstáculos, del principio de ayuda mutua. Pero cuando vemos que en el mundo animal el desarrollo gradual y la ayuda mutua van de la mano, y la guerra intestina en el seno de una especie, por el contrario va acompañada “por el desarrollo regresivo”, es decir la decadencia de la especie; cuando observamos que hasta el éxito en la lucha y la guerra es para el hombre proporcional al desarrollo de la ayuda mutua en cada una de las dos partes en lucha, ya sean naciones, ciudades, tribus, o solamente partidos, y que en el proceso del desarrollo la guerra misma (en cuanto puede cooperar en este sentido) se somete a los objetivos finales del progreso de ayuda mutua dentro de la nación, ciudad o tribu, por todas estas observaciones ya tenemos una noción de la influencia predominante de la ayuda mutua como factor del progreso.

Pero vemos asimismo que el ejercicio de la ayuda mutua y su desarrollo subsiguiente crearon las condiciones mismas de la vida social, sin las cuales el hombre nunca hubiera podido desarrollar sus oficios y artes, su ciencia, su inteligencia, su espíritu creador; y vemos que los períodos en que los hábitos y costumbres que tienden a la ayuda mutua alcanzaron su elevado desarrollo, siempre fueron períodos de gran progreso en el campo de las artes, la industria y la ciencia. El estudio de la vida interior de las ciudades de la antigua Grecia, más adelante de las ciudades medievales, revela el hecho de que precisamente la combinación de la ayuda mutua, como se practicaba dentro de la guilda, con la comuna o el clan griego —con la amplia iniciativa permitida al individuo y al grupo conforme al principio federativo—, precisamente esta combinación, decíamos, dio a la humanidad los dos más grandes períodos de su historia: el período de las ciudades de la antigua Grecia y el período de las ciudades de la Edad Media; mientras que la destrucción de las instituciones y costumbres de ayuda mutua, realizada durante los períodos estatales de la historia que siguieron luego, corresponde en ambos casos a las épocas de rápida decadencia.

Se nos replicará, sin embargo, haciendo mención del súbito progreso industrial, que se llevó a cabo en el siglo XIX y que suele atribuirse al triunfo del individualismo y de la competencia. No obstante, este progreso, más allá de toda duda, tiene un origen incomparablemente más profundo. Después que fueron hechos los grandes descubrimientos científicos del siglo XV, especialmente el de la presión atmosférica, apoyado por una serie completa de otros en el campo de la física —y estos descubrimientos fueron hechos en las ciudades medievales—, después, de estos descubrimientos, la invención de la máquina a vapor, y toda la revolución industrial iniciada por la aplicación de la nueva fuerza, el vapor, fue una consecuencia necesaria.

Si las ciudades medievales hubieran durado hasta el desarrollo de los descubrimientos comenzados por ellos, es decir hasta la aplicación práctica del nuevo motor, las consecuencias morales, sociales, de la revolución provocada por la aplicación del vapor, podrían tomar entonces y probablemente hubieran tomado otro carácter; pero la misma revolución en el dominio

de la técnica de la producción y de la ciencia también hubiera sido inevitable. Solamente hubiera encontrado menos obstáculos. Queda sin respuesta la pregunta: ¿No fue acaso retardada la aparición de la máquina de vapor y también la revolución subsiguiente en el campo de las artes, por la decadencia general de los oficios que siguió a la destrucción de las ciudades libres y que se notó sobre todo en la primera mitad del siglo XVIII?

Teniendo en cuenta la rapidez asombrosa del progreso industrial en el período que se extiende del siglo XII al siglo XV, en el tejido, el trabajo de metales, la arquitectura, la navegación, y reflexionando sobre los descubrimientos científicos a los cuales condujo este progreso industrial a fines del siglo XIX, tenemos derecho a formular esta pregunta: ¿No se retrasó la humanidad en la utilización de todas estas conquistas científicas cuando comenzó en Europa la decadencia general en el campo de las artes y de la industria, después de la caída de la civilización medieval? La desaparición de los artistas artesanos, como los que produjeron Florencia, Nüremberg y muchas otras ciudades, la decadencia de las grandes ciudades y la interrupción de las relaciones entre ellas no podían favorecer, es claro, la revolución industrial. Sabemos, por ejemplo, que a James Watt, el inventor de la máquina de vapor moderna, le llevó alrededor de doce años de su vida para hacer su invento prácticamente utilizable, ya que no pudo encontrar en el siglo XVIII aquellos ayudantes que hubiera encontrado fácilmente en la Florencia, Nüremberg o Brujas, de la Edad Media, es decir artesanos capacitados para realizar su invento en el metal y darle la terminación artística que necesite para la máquina de vapor que trabaja con precisión.

Así, atribuir el progreso industrial del siglo XV a la guerra de todos contra uno, significa juzgar como aquel que sin saber las verdaderas causas de la lluvia la atribuye a la ofrenda hecha por el hombre al ídolo de barro. Para el progreso industrial, lo mismo que para cualquier otra conquista en el campo de la naturaleza, la ayuda mutua y las relaciones estrechas indudablemente fueron siempre más ventajosas que la lucha mutua.

Sin embargo, la gran importancia del principio de ayuda mutua aparece principalmente en el campo de lo ética, o sea el estudio de la moral. Que la ayuda mutua es la base de todas nuestras concepciones éticas, es algo bastante evidente. Pero cualesquiera que sean las opiniones que tuviéramos con respecto al origen primitivo del sentimiento o instinto de ayuda mutua –sea que lo atribuyamos a causas biológicas o bien sobrenaturales– es forzoso reconocer que se puede ya observar su existencia en los grados inferiores del mundo animal. Desde estos grados primarios podemos seguir su desarrollo ininterrumpido y gradual a través de todas las especies del mundo animal y, no obstante la cantidad importante de influencias que se le opusieron, a través de todos los grados de la evolución humana, hasta la época actual. Aun las nuevas religiones que surgen de tiempo en tiempo –siempre en épocas en que el principio de ayuda mutua había decaído en los estados teocráticos y despóticos de Oriente, o tras la caída del imperio Romano–, aún las nuevas religiones no fueron sino la afirmación de ese mismo principio. Hallaron sus primeros continuadores en los estratos humildes, inferiores, oprimidos de la sociedad, en los que el principio de la ayuda mutua era la base primordial de la vida cotidiana; y las nuevas formas de unión que fueron introducidas en las

antiguas comunas budistas y cristianas, en las comunas de los hermanos moravos, etc., adquirieron el carácter de regreso a las mejores formas de ayuda mutua que se practicaban en el primitivo período tribal.

No obstante, cada vez que se hacía una tentativa por volver a este venerado principio antiguo, se extendía su idea fundamental. Desde el clan se prolongó a la tribu, de la federación de tribus abarcó la nación, y por último –por lo menos en el plano ideal–, toda la humanidad. Al mismo tiempo cobraba gradualmente un carácter más elevado. En el primitivo cristianismo, en las obras de algunos predicadores musulmanes, en los movimientos primitivos del período de la Reforma, y especialmente en los movimientos éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestra época se elimina cada vez más la idea de venganza o de la “retribución merecida”: “bien por bien y mal por mal”. La noble concepción: “No vengarse de las ofensas”, y el principio: “Da al prójimo sin contar, da más de lo que piensas recibir”; estos principios se proclaman como verdaderos principios de moral, como principios que ocupan un lugar más elevado que la simple “equivalencia”, la ecuanimidad, la fría justicia, como principios que conducen más rápidamente y mejor a la felicidad. Incitan al hombre, por ende, a guiarse en sus actos no sólo por el amor, que siempre tiene un carácter personal o, en el mejor de los casos, tribal, sino por la *concepción de su unidad con todo ser humano*, por lo tanto de una *igualdad de derecho general* y, además, en sus relaciones con los demás, a entregar a los hombres, sin calcular, la actividad de su razón y de su sentimiento y fincar en esto su felicidad superior.

En el ejercicio de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos remontar hasta en los más antiguos rudimentos de la evolución, hallamos, de tal modo, el origen positivo e indudable de nuestras concepciones morales, éticas, y podemos afirmar que el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue llevado a cabo por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de los principios de ayuda mutua, aun en la época actual, vemos asimismo la mejor garantía de una evolución aún más elevada del género humano.

LUIGI FABBRI

Comunista anárquico italiano, militó en la *Unión Anárquica Italiana* y fue amigo de Enrique Malatesta, célebre anarquista que vivió en Argentina desde 1885 a 1889 organizando Círculos y sociedades de resistencia.

La vida política de Fabbri comienza a fines del siglo XIX y finaliza prácticamente con el ascenso del fascismo al poder; emigra y muere en Uruguay en la década del cuarenta.

EL CONCEPTO ANARQUISTA DE LA REVOLUCIÓN⁵

Una revolución que, al menos en la Europa latina, y más especialmente en Italia, no tuviera en cuenta el elemento anarquista y creyera posible desarrollarse independientemente de éste o en su contra chocaría con los más graves peligros: el primero entre todos sería la guerra civil en el seno de la revolución, el peligro de suscitar una revolución dentro de la revolución misma, antes aun que toda posibilidad de contrarrevolución haya desaparecido.

Se debe pensar que en Italia los anarquistas disponen hoy de una fuerza numérica nada indiferente, que tienen una influencia y un vigor de irradiación por todos reconocidos y que, en un período revolucionario, no podría menos que multiplicarse.

Se trata de una fuerza *revolucionaria*, y no de carnets y de papeletas electorales, con la cual tiene que contar todo aquel que quiere hacer la revolución en serio, no como un peso muerto que sea explotado materialmente a su debido tiempo, sino como una fuerza consciente, que posee una orientación y una voluntad de acción determinadas y cuyo desacuerdo podría ser perjudicial no sólo para los partidos discordes, sino también y sobre todo para la causa de la revolución.

No se trata, por parte de los anarquistas, de una cuestión de honor, de una presunción o de un necio deseo de ser tenidos en consideración. Los anarquistas tienen escaso espíritu de partido; no se proponen ningún fin inmediato que no sea la extensión de su propaganda. No son un partido de gobierno ni un partido de intereses —a menos que por interés no se entienda el del pan y la libertad para todos los hombres— sino sólo un partido de ideas. Es esta su debilidad por cuanto les está vedado todo éxito material y los otros, más astutos o más fuertes, explotan y utilizan los resultados parciales de su obra.

Pero ésta es también la fuerza de los anarquistas, “pues sólo afrontando las derrotas, ellos —los eternos vencidos— preparan la victoria final, la verdadera victoria. No teniendo intereses propios, personales o de grupo, para hacer valer y rechazando toda pretensión de dominio sobre la multitud en cuyo medio viven y de la cual comparten las angustias y las esperanzas, no dan órdenes que después deben obedecer, no piden nada, pero dicen: vuestra suerte será tal cual la queráis; la salvación está en vosotros mismos; conquistadla con

⁵ En “*Dictadura y Revolución*”, Buenos Aires, Argonauta, 1921.

vuestro mejoramiento espiritual, con vuestro sacrificio y vuestro riesgo. Si queréis venceréis. Nosotros no queremos ser en la lucha más que una parte de vosotros”.

Si por consiguiente los anarquistas hacen siempre llamados a una entente entre todos aquellos que trabajan por la revolución, si se preocupan de las posibles discordias en el seno de ésta, lo que les mueve en tal sentido es únicamente un sincero deseo de que no se continúe prolongando la revolución misma o haciéndola más difícil con una intransigencia que es más bien intolerancia, no hacia las clases y los partidos burgueses –ante los cuales no podrán ser nunca bastante intransigentes– sino también hacia las fuerzas y fracciones proletarias, sinceramente revolucionarias, anticapitalistas, internacionales y enemigas sin transacciones de las instituciones actuales, como son indudablemente los anarquistas.

La intolerancia de muchos socialistas, revolucionarios también, frente al anarquismo depende en gran parte de su absoluta ignorancia de las ideas, los fines y los métodos de los anarquistas.

Es asombroso constatar como personas inteligentes, de una vasta cultura política y económica, entre los socialistas, cuando se trata de la anarquía no saben decir otra cosa que lugares comunes sin sentido, difundidos por la peor prensa burguesa: las afirmaciones más estrambóticas y difamatorias, las interpretaciones más necias. Toda la ciencia socialista sobre el anarquismo parece condensada en aquel viejo libelo en que Plejánov, en 1893, desahogaba su bilis antianarquista, sin respeto alguno por la verdad y sin ninguna honestidad intelectual; o bien en el conocido libro de Lombroso sobre los anarquistas, que toma por documentos verdaderos los relatos de la policía y de los directores de las cárceles y cataloga quién sabe por qué entre los anarquistas a gente que en sus nueve décimas partes no ha soñado serlo jamás.

En los periódicos, en los libros, en las revistas, han aparecido innumerables refutaciones socialistas del anarquismo; pero salvo laudables excepciones, casi siempre se refutaban ideas que no tenían absolutamente nada de anárquicas, atribuidas a los anarquistas por ignorancia o por artificio polémico. Especialmente sobre el concepto de la revolución se han puesto en circulación pretendidas teorías anarquistas tan extravagantes que impulsan a dudar de la buena fe de aquellos que las enuncian. ¡Cuánta tinta esparcida para demostrar a los “ilusos anarquistas” que la revolución no se hace con piedras, con viejos fusiles o con algunos revólveres, que las barricadas no corresponden ya a las necesidades de la lucha actual! ¡Que los movimientos aislados e improvisados no bastan! ¡Que los atentados individuales por sí no hacen la revolución! ¡Que el motín es una cosa y la revolución es otra!... Y así sucesivamente, con descubrimientos peregrinos de semejante tenor, ignorando o fingiendo ignorar que los anarquistas tienen de la revolución el concepto más exacto, y más práctico al mismo tiempo, según el significado etimológico, tradicional e histórico de la palabra.

La revolución, en el lenguaje político y social, –y también en el lenguaje popular– es un movimiento general a través del cual un pueblo o una clase, saliendo de la legalidad y transformando las instituciones vigentes,

despedazando el pacto leonino impuesto por los dominadores a las clases dominadas, con una serie más o menos larga de insurrecciones, revueltas, motines, atentados y luchas de toda especie, abate definitivamente el régimen político y social, al cual hasta entonces estaba sometido, e instaura un orden nuevo.

El derrumbe de un régimen se efectúa por lo general en un tiempo relativamente breve: en pocos días la revolución de julio de 1830 sustituyó en Francia una dinastía por otra; en poco más de un año la revolución italiana de 1848; en seis o siete años la revolución francesa de 1789; en una docena de años la revolución inglesa de la mitad del siglo XVII. La revolución, y por lo tanto la demolición de hecho de un régimen político y social preexistente, es en realidad la culminación de una evolución anterior que se traduce en la realidad material rompiendo violentamente las formas sociales y la envoltura política que ha dejado de ser apta para contenerla. Acaba con el retorno a un estado normal, cuando la lucha ha cesado, sea que la victoria permita a la revolución instaurar un nuevo régimen sea que su derrota parcial o total restaure en parte o totalmente lo antiguo, dando lugar a la contrarrevolución.

La característica principal, por la que se puede decir que la revolución ha comenzado, es el apartamiento de la legalidad, la ruptura del equilibrio y la disciplina estatal, la acción impune y victoriosa de la calle contra la ley. Previamente a un hecho específico y resolutivo de este género no hay revolución aún. Puede haber un estado de ánimo revolucionario, una preparación revolucionaria, una condición de cosas más o menos favorable a la revolución; pueden darse episodios más o menos afortunados de revuelta, tentativas insurreccionales, huelgas violentas o no, demostraciones sangrientas también, atentados, etc. Pero mientras la fuerza se encuentre de parte de la ley vieja y del viejo poder no se ha entrado todavía en el período revolucionario.

La lucha contra el Estado, defensor armado del régimen es, pues, la condición *sine qua non* de la revolución. Esta tiende a limitar lo más posible el poder del Estado y a desarrollar el espíritu de libertad; a impulsar hasta el máximo límite posible al pueblo, a los súbditos de la víspera, a los explotados y a los oprimidos, hacia el uso de todas las libertades individuales y colectivas.

En el ejercicio de la libertad, no impedido por leyes y gobiernos, reside la salvación de toda revolución, la garantía de que ésta no sea limitada o detenida en sus progresos, su mejor salvaguardia contra las tentativas internas y externas de despedazarla.

Algunos dicen:

“Comprendemos que siendo vosotros como anarquistas, contrarios a toda idea de gobierno, seáis adversarios de la dictadura que es su expresión más autoritaria; pero no se trata de proponerla como fin sino como medio, antipático quizás pero necesario como la violencia es también un medio necesario pero antipático durante el período previo a la revolución, indispensable para vencer las resistencias y los contraataques burgueses”.

Una cosa es la violencia y otra la autoridad gubernamental, sea ésta dictatorial o no. Aunque es verdad, en efecto, que todas las autoridades gubernamentales se basan en la violencia, sería inexacto y erróneo decir que toda “violencia” es un acto de autoridad, por lo cual si la primera es necesaria se hace indispensable la segunda.

La violencia es un medio que asume el carácter de la finalidad en la cual es adoptada, de la forma cómo es empleada y de las personas que de ella se sirven. Es un acto de autoridad cuando se adopta para imponer a los demás una conducta al paladar del que manda, cuando es emanación gubernamental o patronal y sirve para mantener en la esclavitud a los pueblos y clases, para impedir la libertad individual de los súbditos, *para hacer obedecer por la fuerza*. Es al contrario violencia libertaria, es decir, acto de libertad y de liberación, cuando es empleada contra el que manda por el que no quiere obedecer ya; cuando está dirigida a impedir, disminuir o destruir una esclavitud cualquiera, individual o colectiva, económica o política, y es adoptada por los oprimidos directamente, individuos o pueblos o clases, contra el gobierno y las clases dominantes. Tal violencia es la revolución en acción. Pero cesa de ser libertaria y por consiguiente revolucionaria cuando, apenas vencido el viejo poder, quiere ella misma convertirse en poder y se cristaliza en una forma cualquiera de gobierno.

Es ése el momento más peligroso de toda revolución: es decir cuando la violencia libertaria y revolucionaria vencedora se transforma en “violencia autoritaria y contrarrevolucionaria”, moderadora y limitadora de la victoria popular insurreccional; es el momento en que la revolución puede devorarse a sí misma, si adquieren ventaja las tendencias jacobinas, estatales, que hasta ahora, a través del socialismo marxista, se manifiestan favorables al establecimiento de un gobierno dictatorial. Deber específico de los anarquistas, derivado de sus mismas concepciones teóricas y prácticas, es el de reaccionar contra tales tendencias autoritarias y liberticidas, con la propaganda hoy y con la acción mañana.

Aquellos que hacen una distinción entre anarquía teórica y anarquía práctica, para sostener que la anarquía práctica no debiera ser anárquica sino dictatorial, no han comprendido bien la esencia del anarquismo, en el que no es posible dividir la teoría de la práctica, en cuanto para los anarquistas la teoría surge de la práctica y es a su vez una guía de la conducta, una verdadera y propia pedagogía de la acción.

Muchos creen que la anarquía consiste sólo en la afirmación revolucionaria e ideal a la vez, de una sociedad sin gobierno para instaurar en el porvenir, pero sin relación con la realidad actual; según tales hoy podemos o debemos obrar en contradicción con los fines que nos proponemos, sin escrúpulos y sin límites. Así, con respecto a la anarquía, ayer nos aconsejaban votar *provisoriamente* en las elecciones, como hoy nos proponen que aceptemos *provisoriamente* la dictadura llamada proletaria o revolucionaria.

¡Pero nada de eso! Si fuéramos anarquistas sólo en el fin y no en los medios nuestro partido sería inútil; porque la frase de Bovio de que *anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia* puede ser dicha y aprobada (como en efecto muchos dicen suscribirla), también por aquellos que

millitan en otros partidos progresistas. Lo que nos distingue, no sólo en teoría sino también en la práctica, de los otros partidos es que no sólo tenemos un propósito anárquico sino también un movimiento anárquico, una metodología anárquica, en cuanto pensamos que el camino a recorrer, sea durante el período preparatorio de la propaganda sea en el revolucionario, es el camino de la libertad.

La función del anarquismo no es tanto la de profetizar un porvenir de libertad como la de prepararlo. Si todo el anarquismo consistiera en la visión lejana de una sociedad sin Estado, o bien en afirmar los derechos individuales, o en una cuestión puramente espiritual, abstracta de la realidad vivida y concerniente sólo a las conciencias particulares, no habría ninguna necesidad de un movimiento político y social anárquico. Si el anarquismo fuera simplemente una ética individual, para cultivar en sí mismo, adaptándose al mismo tiempo en la vida material a actos y a movimientos en contradicción con ella, nos podríamos llamar anarquistas y pertenecer al mismo tiempo a los más diversos partidos; y podrían ser llamados anarquistas muchos que, no obstante ser en sí mismos espiritualmente e intelectualmente emancipados, son y permanecen en el terreno práctico enemigos nuestros.

Pero el anarquismo es otra cosa. No es un medio para encerrarse en la torre de marfil, sino una manifestación del pueblo, proletaria y revolucionaria, una activa participación en el movimiento de emancipación humana con criterio y finalidad igualitaria y libertaria al mismo tiempo. La parte más importante de su programa no consiste solamente en el sueño, que sin embargo deseamos que se realice, de una sociedad sin patrones y sin gobiernos, sino sobre todo en la *concepción libertaria de la revolución*, en la revolución contra el Estado y no por medio del Estado, en la idea que la *libertad* no sólo es el calor vital que animará el nuevo mundo futuro, sino también y sobre todo hoy mismo, un arma de combate contra el viejo mundo. En este sentido la anarquía es una verdadera y propia teoría de la revolución.

Tanto la propaganda de hoy como la revolución de mañana tienen y tendrán por consiguiente necesidad del máximo posible de libertad para desenvolverse. Esto no impide que se deban y puedan proseguir lo mismo, aunque una menor o mayor porción de libertad nos sea quitada; pero nuestro interés es tener y querer la mayor parte posible. De otro modo no seríamos anarquistas. En otros términos, nosotros pensamos que cuanto más libertariamente obremos tanto más contribuiremos, no sólo al acercamiento hacia la anarquía, sino también a consolidar la revolución; mientras que alejaremos y debilitaremos la revolución toda vez que recurramos a sistemas autoritarios. Defender la libertad para nosotros y para todos, combatir por la libertad siempre más amplia y completa, tal es, pues, nuestra función de hoy, de mañana y de siempre, en la teoría y en la práctica.

¿Libertad también para nuestros enemigos?, se nos pregunta. La pregunta es ingenua y equívoca. Con los enemigos estamos en lucha y en la pelea no se reconoce al enemigo ninguna libertad, ni siquiera la de vivir. Si fueran solamente enemigos... teóricos, si los encontráramos desarmados, en la imposibilidad de atentar contra nuestra libertad, despojados de todo privilegio y por tanto en igualdad de condiciones, sería entonces admisible.

Pero preocuparse de la libertad de nuestros enemigos cuando nosotros tenemos algún pobre diario y unos pocos semanarios, mientras ellos poseen centenares de diarios de gran tirada, cuando ellos están armados y nosotros desarmados, mientras ellos están en el poder y nosotros somos los súbditos, mientras ellos son ricos y nosotros pobres... Sería ridículo... ¡Sería lo mismo que reconocer a un asesino la libertad de matarnos! Tal libertad se la negamos y la negaremos siempre, aún en el período revolucionario, mientras ellos conserven sus condiciones de verdugos y nosotros no hayamos conquistado toda y completamente nuestra libertad, no sólo de derecho sino también de hecho.

Pero esta libertad no podremos conquistarla sino empleándola también como instrumento, donde la acción dependa de nosotros; es decir, dando desde hoy una dirección siempre más libre y libertaria a nuestro movimiento, al movimiento proletario y popular: desarrollando el espíritu de libertad, de autonomía y de libre iniciativa en el seno de las masas; educando a éstas en una intolerancia cada vez mayor hacia todo poder autoritario y político, estimulando el espíritu de independencia de juicio y de acción hacia los jefes de toda especie; acostumbrando al pueblo al desprecio de todo freno y disciplina impuesto por otros y desde arriba, es decir que no sea el freno de la propia conciencia y la disciplina libremente escogida y aceptada, y apoyada sólo mientras sea considerada buena y útil a los fines revolucionarios y libertarios que nos hemos propuesto.

Es claro que una masa educada en esta escuela, un movimiento que tenga esta dirección (como lo es el movimiento anarquista) encontrará en la revolución la ocasión y el medio para desarrollarse en su sentido propio hasta límites hoy ni siquiera imaginables, y ése será el obstáculo natural y voluntario al mismo tiempo para la formación y afianzamiento de cualquier gobierno más o menos dictatorial. Entre ese movimiento hacia una siempre mayor libertad y la tendencia centralizadora y dictatorial no puede existir más que un conflicto, más o menos fuerte y violento, con mayores o menores treguas, según las circunstancias. ¡Pero nunca podrá haber armonía!

Y esto ha de ocurrir no por una ilusión exclusivamente doctrinaria y abstracta, sino porque los negadores del poder —es éste, repetimos, el lado más importante de la teoría anárquica, que quiere ser la más práctica de las teorías— piensan que la revolución sin la libertad nos llevaría a una nueva tiranía; que el gobierno, por el solo hecho de ser tal, tiende a detener y limitar la revolución; y que está en interés de la revolución y de su progresivo desarrollo combatir y obstaculizar toda centralización de poderes, impedir la formación de todo gobierno, si es posible, o impedir al menos que se refuerce se haga estable y se consolide. Vale decir que el interés de la revolución es contrario a la tendencia que tiene en sí toda dictadura, por proletaria o revolucionaria que se diga, a hacerse fuerte, estable y sólida.

¡Pero no!, replican otros; se trataría de una dictadura *provisoria* en tanto que dure la labor de destrucción de la burguesía, a fin de combatir a ésta, de vencerla y de expropiarla.

Cuando se dice *dictadura* se subentiende siempre provisoria, aun en el significado burgués e histórico de la palabra. Todas las dictaduras, en los tiempos pasados, fueron provisorias en las intenciones de sus promotores y, nominalmente, también de hecho. Las intenciones en tal caso valen poco, ya que se trata de formar un organismo complejo que seguiría su naturaleza y sus leyes y anularía toda apriorística intención contraria o limitadora. Lo que debemos ver es: primero, si las consecuencias del régimen dictatorial son más dañinas que ventajosas para la revolución; segundo, si los fines destructores y reconstructivos para los que se quisiera la dictadura no pueden ser logrados también, o mejor aún, sin ella, por el ancho camino de la libertad.

Nosotros creemos que esto es posible; y que la revolución es más fuerte, más incoercible, más difícil de derrotar cuando no tiene un centro donde pueda ser herida; cuando está en todas partes, sobre todos los puntos del territorio y en todas partes el pueblo procede libremente a realizar los dos fines principales de la revolución: la destitución de la autoridad y la expropiación de los patrones.

Cuando censuramos la concepción dictatorial de la revolución el grave error de imponer la voluntad de una pequeña minoría a la gran mayoría de la población, se nos responde que *las revoluciones son hechas por las minorías*.

También en la literatura anarquista se encuentra a menudo repetida esa expresión, que contiene, efectivamente, una gran verdad histórica. Pero es preciso comprenderla en su verdadero significado revolucionario y no darle, como los bolcheviques, un sentido que nunca tuvo antes de ahora. Que las revoluciones sean hechas por la minoría es en efecto verdad... hasta cierto punto. Las minorías, en realidad, inician la revolución, toman la iniciativa de la acción, destrozán las primeras puertas, abaten los primeros obstáculos, ya que saben atreverse a lo que amedrentaría a la mayorías inertes o misoneístas en su amor a la vida sosegada y en su temor a los riesgos. Pero si una vez destrozadas las primeras ligaduras, las masas populares no siguen a las minorías audaces, el acto de éstas será seguido por la reacción del viejo régimen que se toma la revancha, o bien se resuelve en la sustitución de una dominación por otra, de un privilegio por otro. Es decir, es preciso que la minoría rebelde tenga más o menos el consentimiento de la mayoría, que interprete las necesidades y los sentimientos latentes y, vencido el primer obstáculo, realice las aspiraciones populares, deje a las masas en libertad de organizarse a su modo y llegue a ser en cierto sentido mayoría.

Si esto no ocurre, no decimos por eso que la minoría deje de tener el mismo derecho que antes a la revuelta. Según el concepto anárquico de la libertad todos los oprimidos tienen derecho a rebelarse contra la opresión, el individuo igual que la colectividad, las minorías lo mismo que las mayorías. Pero una cosa es rebelarse contra la opresión y otra convertirse en opresor a su vez, como muchas veces hemos dicho. Aún cuando las mayorías toleran la opresión o sean sus cómplices, la minoría que se sienta oprimida tiene derecho a rebelarse, a desear su libertad. Pero el mismo o mayor derecho tendría la mayoría contra cualquier minoría que pretendiera con algún pretexto sojuzgarla.

Por lo demás, en los hechos reales, los opresores constituyen siempre una minoría, tanto si oprimen abiertamente en su propio nombre como si ejercen la opresión en nombre de hipotéticas colectividades o mayorías. La revuelta es por consiguiente al principio la obra de una minoría consciente, insurreccionada en medio de una mayoría oprimida, contra otra minoría tiránica; pero tal revuelta transformada en revolución puede tener eficacia renovadora o libertadora solamente si con su ejemplo logra sacudir a la mayoría, arrastrarla, ponerla en movimiento, conquistar su apoyo y adhesión.

Abandonada o rechazada por las mayorías populares, la revuelta, si es derrotada, pasará a la historia como un movimiento heroico y malogrado, fecundo precursor de los tiempos, etapa sangrienta pero indispensable, de una segura victoria en el futuro. Por otra parte, si resulta vencedora la minoría rebelde y se convierte en dueña del poder a despecho de la mayoría, en nuevo yugo sobre el cuello de los súbditos, acabaría matando la misma revolución por ella suscitada.

En cierto sentido se podría decir que, si una minoría rebelde no logra con su ímpetu arrastrar tras de sí a la mayoría de los oprimidos, sería más útil para la revolución que fuera derrotada y sacrificada. Ya que si con la victoria ella se vería transformada en opresora, acabaría extinguiendo en las masas toda fe en la revolución, haciéndoles quizás odiosa una revolución de la cual surge nada menos que una nueva tiranía, cuyo peso y cuyo mal sería sentido por todos, cualquiera que fuere el pretexto y el nombre con que la cubriera.

Especialmente después de la revolución rusa, la idea del poder dictatorial de la revolución viene siendo defendida como un medio necesario de lucha contra los enemigos internos, contra las tentativas de los ex dominadores deseosos de reconquistar el poder económico y político. El gobierno serviría pues, para organizar en los primeros momentos de mayor peligro el terrorismo antiburgués en defensa de la revolución ⁶.

No negamos absolutamente la necesidad del uso del terror, especialmente cuando vienen en ayuda de los enemigos internos, con sus fuerzas armadas, los enemigos externos. El terrorismo revolucionario es una consecuencia inevitable toda vez que el territorio donde la revolución no ha sido reforzada todavía suficientemente es invadida por ejércitos reaccionarios. Toda emboscada de la contrarrevolución, en el interior, es demasiado funesta en tales circunstancias para que no deba ser exterminada a sangre y fuego.

La leyenda de Bruto, que manda al patíbulo a sus hijos, cómplices, en el interior, de los Tarquinos expulsados de Roma y que amenazaban la libertad romana a la cabeza de un ejército extranjero, es el símbolo de esta trágica necesidad del terror. Así en Francia, se sintió la necesidad, en 1792, de exterminar a los nobles, sacerdotes y reaccionarios, cuando Brunswich se acercaba amenazador a París, guiado por los emigrados.

⁶ Hablamos del "terrorismo" no en su significado particular de política terrorista de gobierno, sino en el sentido general del uso de la violencia hasta los extremos límites más mortíferos, que puede realizarse tanto por un gobierno por intermedio de sus gendarmes, como directamente por el pueblo en el curso de un motín y durante la revolución.

El terror se hace inevitable cuando la revolución está asediada por todas partes. Sin la amenaza externa, las amenazas contrarrevolucionarias internas no causarían miedo; basta para tenerlas inactivas la visión de su impotencia material. Dejarlas tranquilas puede ser igualmente un error, y quizás un peligro para el porvenir, pero no constituye un peligro inmediato.

Por esto se puede fácilmente dejarse arrastrar por un sentimiento de generosidad y de piedad hacia los propios enemigos. Pero cuando estos enemigos tienen más allá de las fronteras fuerzas armadas listas para intervenir en su socorro, cuando encuentran aliados en los enemigos del exterior entonces se convierten en un peligro, que se hace tanto más fuerte cuanto más avanza desde fuera el otro peligro. Su supresión llega entonces a ser cuestión de vida o muerte.

Cuanto más inexorable es la revolución en tales escollos, tanto mejor logra evitar más grandes luchas en el porvenir. Una excesiva tolerancia de hoy podría mañana hacer necesario un rigor doblemente grave. ¡Si después ella tuviera por consecuencia la derrota de la revolución, mucho más tremendos estragos vendrían a castigar la debilidad con el terror blanco de la contrarrevolución!

No es preciso, por otra parte, valorizar demasiado la retórica de que hace alarde de la prensa burguesa para vituperar y calumniar el terrorismo revolucionario.

Desde hace cinco años no hacen más que hablar de los horrores, de las matanzas, de las infamias, de los desórdenes revolucionarios de Petrogrado y de Moscú. Pero si se tuviera la paciencia de ir a las bibliotecas a revisar los diarios de Roma, Turín, Viena, Coblenza, Berlín, Londres y Madrid, desde 1789 hasta 1815, aproximadamente, se leerían idénticas palabras de horror sobre las matanzas, las infamias y los desórdenes de la revolución francesa que hoy es llamada por todos *la Gran Revolución*. Los que recuerdan la época de la Comuna de París, en 1871, recordarán igualmente con que lenguaje repugnante se habla de las "matanzas" de los comunales: no había bastantes palabras para vituperarlos como a los peores asesinos. No obstante, ¡cuántos apologistas de la Comuna parisiense hay hoy entre los vituperadores de la Comuna moscovita!

Los patriotas italianos sinceros deben recordar las infamias que se escribían en los periódicos moderados y bonapartistas parisienses —de acuerdo con los periódicos clericales vieneses— contra la república romana de 1849 y como entonces se escandalizaron y horrorizaron las almas pías por los estragos atribuidos a carbonarios y mazzinianos. También sobre la revolución rusa se sabrá un día la verdadera verdad y tal vez muchos de sus actuales difamadores se convencerán. ¡Entonces, probablemente, los únicos que persistirán en la crítica serán... los anarquistas!

Ningún derecho tiene la burguesía para escandalizarse del terrorismo de la revolución rusa, cuando en sus revoluciones ha hecho otro tanto y cuando se ha servido después del terror en su beneficio, empleándolo contra el pueblo toda vez que éste ha intentado seriamente sacudir el yugo, con una ferocidad que ninguna revolución alcanzó jamás.

Como anarquistas, sin embargo, nosotros hacemos todas nuestras reservas, no contra el uso del terror en líneas generales, sino contra el terrorismo codificado, legalizado, convertido en instrumento de gobierno, aunque sea de un gobierno que se diga y se crea revolucionario. El *terrorismo autoritario*, en realidad, por el hecho de ser tal, cesa de ser revolucionario, se transforma en una amenaza perenne para la revolución y también en una causa de debilidad. La violencia encuentra en la lucha y en la necesidad de liberarse de una opresión violenta su justificación; pero la legalización de la violencia, el gobierno violento, es ya por sí mismo una prepotencia, una nueva opresión.

Resulta por eso causa de debilidad para el terrorismo revolucionario ser ejercido, no libremente por el pueblo y sólo contra sus enemigos, ni tampoco por iniciativa independiente de los grupos revolucionarios, sino únicamente por el gobierno, con la consecuencia natural que el gobierno persigue al mismo tiempo que a los verdaderos enemigos de la revolución, a los revolucionarios sinceros, más avanzados que él pero que no le son afectos. Además el terrorismo, como acto de autoridad gubernamental es más susceptible de recoger aquellas antipatías y aversiones populares que siempre se determinan en oposición a todo gobierno, de cualquier especie que sea, y sólo porque es gobierno. El gobierno, aun cuando recurra a medidas radicales, por la responsabilidad que pesa sobre sí y por todo el complejo de influencias que sufre del exterior y del interior, es llevado inevitablemente a consideraciones y a actos más violentos o más suaves que los criterios sugeridos, más que por el interés del pueblo y de la revolución, por la necesidad de defender su poder y su personal seguridad presente o futura o también por el simple buen nombre de sus componentes.

Para desembarazarse en cada lugar de la burguesía, para proceder a la realización de aquellas medidas sumarias que pueden ser necesarias en una revolución, no hay necesidad de órdenes de arriba. Pues quien está en el poder, por su sentido natural de responsabilidad, puede tener vacilaciones y escrúpulos peligrosos que las masas no tienen. La acción directa popular –que podríamos llamar *terrorismo libertario*– es por lo tanto siempre más radical, sin contar que, localmente, se puede saber dónde y cómo actuar mucho mejor que desde el lejano poder central, el cual estaría obligado a confiarse en tribunales, mucho menos justos y al mismo tiempo más feroces que la sumaria justicia popular. Estos tribunales, aún cuando realicen actos de verdadera justicia, no obran por sentimiento sino por mandato, se hacen, por consiguiente, antipáticos al pueblo, por su frialdad y se sienten inclinados a rodear sus actos de crueldad quizás necesaria con una teatralidad inútil y con una hipócrita ostentación de la igualdad legislativa inexistente e imposible.

En todas las revoluciones, apenas la justicia popular se hace legal, organizada desde arriba, poco a poco, se transforma en injusticia. Se hace tal vez, más cruel, pero es llevada también a herir a los mismos revolucionarios, a respetar frecuentemente a los enemigos, a convertirse en un instrumento del poder central en sentido siempre más represivo y contrarrevolucionario. También la misma violencia es más eficaz y radical cuanto menos se concentra en una autoridad determinada.

RAFAEL BARRETT⁷**LA TORRE DE MARFIL**

Lástima es que se metan a escribir los que no saben, y mayor lástima que abandonen la pluma los que podrían con fruto manejarla. Él inepto, a fuerza de trabajo, se hace menos inepto. A fuerza de caminar, aunque sea a ciegas, algo alcanza. Los tropezones le guían; los fracasos le enseñan, y en todo caso, resta el recurso de no leerle y de negar la circulación y el aliento. Pero el talento ocioso disminuye y no hay defensa contra los daños que causa su esterilidad. El necio charlatán nos fastidia; el sabio que calla, nos roba.

Estos avaros de su inteligencia, estos traidores a su fama, se dividen en dos clases. Los unos pretextan que el oficio de las letras es criadero de pobres, y prefieren lucrar en un rincón. Con tal de cenar, renunciarían a concluir el *Quijote*. Los otros, enredados en su pereza, dicen que se preparan, que aun es tiempo, y que de no producir cosas notables, mejor es no producir cosa alguna.

La defección de los primeros no es tan calamitosa como la de los segundos. Debemos desconfiar de los que no estiman bastante su carrera. Entre escribir y ser ricos, eligieron ser ricos. Demostraron que no merecían ser escritores. Nacieron verdaderamente para picar pleitos o para vender porotos o, lo que es peor, para mandar. No lloremos demasiado la fuga de los infieles al arte que se acomodan con el destino de un Rotschild, y llamemos a la torre de marfil donde se encierran los indecisos:

- ¡Salid! Perfumemos los pies en el rocío de los campos. Descubramos lo que el monte oculta. Viajemos.
- Nuestra torre es muy bella.
- No hay cárcel bella.
- Estamos cerca del cielo.
- ¿De qué os servirá lanzar al cielo vuestra simiente, si no cae a tierra? Sólo la humilde tierra es fecunda.
- El polvo nos asfixia. El pataleo de la plebe nos da asco. El sudor de la soldadesca hiede. La realidad mancha y aflige: es fea.

Porque no sois bastante agudos para penetrar su hermosura. El mundo os abruma, porque no sois bastante fuertes para transformarlo. Os parece obscuro y triste, porque sois antorchas apagadas.

- En cambio, nos entregamos al maravilloso resplandor de nuestros ensueños.
- ¿Qué valen vuestros sueños, si no los comunicáis? Hacedlos universales y los haréis verídicos. Mientras los guardéis para vosotros, los tendremos por falsos.

⁷ Rafael Barrett, "*Anarquismo y Denuncia*". Biblioteca Política Argentina. Libro n° 184. CEAL Centro editor de América Latina. Bs. As. 1987

– Nuestras ideas solitarias baten sus alas en el silencio.

– Ideas de plomo, incapaces de marchar diez pasos. Alas de gallina. De los muros de vuestra torre de marfil, nada se desprende, nada parte. Decoráis vuestro egoísmo: bostezáis con elegancia. Complicáis vuestra inutilidad. Prisioneros del humo de vuestra pipa, confundís la filosofía con la *toilette*, el genio con su pulcritud. Tomáis la timidez por el buen gusto; envejecéis satisfechos de vuestros modales. Alejados de la ciudad, nadie os busca, porque nadie os necesita. Sois muy distinguidos: os distingue vuestra debilidad. Desdeñáis; pero ya se os ha olvidado.

– El presente nos rechaza tal vez, por no doblegarnos a sus exigentes miserias. os refugiamos en el pasado. Somos los eruditos de la tumba. En nuestras salas, vagan los tintes tenues de los venerables tapices. La claridad discreta de las lámparas de bronce arranca un noble relámpago sombrío a las armaduras milanesas, y en la paz nocturna, sólo se oye el pasar de las rígidas hojas de pergamino bajo nuestros dedos pálidos, donde brilla un sobrio y denso sello antiguo.

– Os refugiáis en el pasado, como muertos que sois: Si estuviérais vivos, os refugiaríais en el porvenir. Desenterrad en buena hora, mas no cadáveres. Resucitad a los difuntos o dejadlos tranquilos. ¿Para qué traer su podre al sol? Ya que tanto afán tenéis de frecuentarlos, id vosotros a ellos: huid a la región de eterna sombra. Mas si os decidís a vivir con nosotros, vivid de veras, no en simulacro; vivid en vida y no en muerte. Respirad el aire de combate común y empezad vuestra propia obra.

– La queremos perfecta. La perfección a que aspiramos nos paraliza. Apenas trazamos una línea, nos detenemos, porque la reputamos indigna de nuestro ideal. Lo perfecto o nada.

¡Suicidas! Lo primero y lo último y lo perfecto es vivir. Esa perfección es una forma del egoísmo. Ansiáis lo perfecto, es decir, lo acabado, lo intangible, aquello en que nadie colabora ya, aquello a que nadie llega, lo que aparta y humilla, lo que os eleva y aísla, el mármol impecable y frío, la torre de marfil. Por aparecer perfectos según vuestros patrones del minuto, os inutilizáis y mentís. Atentáis a la secreta armonía de vuestro ser, destruis en vosotros y alrededor de vosotros, la misteriosa, exquisita, salvaje belleza de la vida.

Sobre lo perfecto está lo imperfecto. Sobre la augusta serenidad de las estatuas, hay que poner nuestros espasmos y nuestros sollozos y nuestras muecas de criaturas efímeras. Lavad vuestra alma, encontradla y dadla toda entera, con sus grandezas y con sus bajezas, con sus fulgores sublimes y con sus tinieblas opacas, con sus cobardías y hasta con sus monstruosidades. Libertaos de vosotros mismos y os salvarais y nos salvaréis a nosotros. Habráis aumentado la sinceridad y la luz del universo. Abrid la mano del todo, ¡oh, sembradores! Que no quede en ella un solo germen.

INMORALIDAD DE LOS EXÁMENES

No es lo peor que los exámenes sean neciamente inútiles, sino que sean inmorales, que se monte un complicado mecanismo y se gaste un dinero precioso en corromper la juventud.

En primer lugar, el resultado de un examen es cuestión de suerte. Se sube o se baja la nota según el paciente soporte un número limitado de preguntas dirigidas al azar. Notemos que en cuanto deja el profesor de interrogar a ciegas, es decir, cuando hace de abogado, o de fiscal y especula sobre lo que le contestará su víctima, se sale de lo equitativo y favorece o perjudica a los demás alumnos, tratados de otro modo. En el caso más decente, pues, cuando el juez no cede a recomendaciones, ni a personales simpatías o antipatías, ni al buen o mal humor de la digestión reciente, ni al cansancio de la jornada, sólo queda al acusado la defensa del azar. Injusticia o azar; es el juicio de Dios.

Como coronación de sus tareas del año, si estudiante, al ser armado caballero provisorio del saber, encuentra en su persona confirmada la ciencia por medio de un sorteo, cuando es precisamente la más alta misión de la ciencia combatir al azar, rechazarlo, ahuyentarlo, desterrarlo en lo posible del humano horizonte. Acoger y amar al azar, llamarlo, explotarlo, será siempre un suicidio de la razón y hábito propio de fracasados, aventureros y tahúres. Cosa grotesca: la geometría, por ejemplo, el álgebra, el conjunto de las más rigurosas y fecundas leyes intelectuales, cortado en cincuenta o cien trozos, con una cifra pegada sobre cada uno, para sortearlos con pedante ceremonia. ¡La mesa de examen es una mesa de juego, y no se comprende por qué no hay código contra ella, ya que lo hay contra la ruleta y contra la baraja!

Esta lotería pedagógica conduce a la impostura. Tres señores, sin más datos confesables que los que la casualidad les proporciona en algunos minutos, firman un documento en donde consta su descarada, absoluta e inexorable opinión, precisa hasta el matiz sobre *el total* de los conocimientos del candidato en una materia. Por mucho que semejante farsa impuesta por la costumbre, prepare el ánimo de los jóvenes a la farsa más peligrosa de los tribunales de justicia, legítimo es lamentarnos de verla pomposamente practicada por los mismos encargados de inculcar la sinceridad austera sin la que son estériles los esfuerzos del sabio. ¿Qué respeto, qué consideración conservarán los discípulos hacia el maestro, cuando después de un año de culto a la verdad y al Orden, le contemplen juguete del azar y cómplice de la mentira? Ningún respeto, y además ninguna fe. Perdida la confianza moral, se pierden todas las confianzas. Si se empieza a dudar de la rectitud del hombre cuyo oficio es enseñar, se acabará declarándole ignorante, falsificador no sólo de la justicia, sino de la ciencia, que estoy analizando y que deriva de una inmoralidad mayor. El que todavía estemos sujetos grandemente al negro azar y en que muchos de nuestros hermanos sean servidores de la iniquidad y del engaño, sino en nuestra actitud ante ello. Lo inmoral no es que exista el mal, sino cederle. Lo inmoral es recibirlo, instalarlo en nuestro corazón y glorificarlo públicamente, como hacen los exámenes.

Todo está unido. La aparentemente pequeña inmoralidad que estoy analizando deriva de una inmoralidad mayor. El sistema de enseñanza entero es inmoral. No se debe permitir que el Estado, cuyo único objeto es reprimir la violencia y hacer cumplir los contratos, se meta a criar una casta especial de dómines y los imponga al pueblo. En los colegios y en las universidades, establecimientos burocráticos, condenados a la misma carcoma rutinaria e intrigante que el ministerio de que dependen, es imposible profesar ni aprender dignamente la ciencia. El gobierno es conservador; la ciencia revolucionaria y su peor enemigo. La ciencia estará siempre detenida y desfigurada por el artefacto administrativo, que no anda si no le untan manos culpables. Un diploma no es más que una patente de resignación, o un premio al desparpajo, a la memoria y a la charlatanería. Al terminar su carrera oficial, esmaltada de sainerías de seminario y ayudada por habilidades de político, habrá de volver a comenzarla por su cuenta, y en serio el honrado ciudadano a quien repugne abusar del terrible poder social que le confiere la marca que en el anca lleva. Porque es así: no se tolera que se venga un puente abajo, como ha ocurrido hace poco en Ponts de Cé, sin que un título sellado legalice la ineptitud del profesional. El mismo requisito ha sido necesario para que entre nosotros se haya envenenado con ácido fénico a los enfermos, y se haya abierto el vientre, creyéndolo ocupado para un tumor, a una mujer encinta.

¡Qué lentitud en barrer esos restos sacramentales de un pasado teológico!
 ¿Acaso exigimos a un zapatero a un sastre, diplomas universitarios?
 ¿Corremos por ello riesgo alguno de ir desnudos o descalzos por la calle? Lo esencial es que hagan buena ropa, buenos botines, en lo que no hay trampa. Las profesiones han de probarse por sus obras, como las virtudes, y han de emanciparse del vergonzoso monopolio gubernamental, forzosamente envenenado por el virus político. El privilegio doctoral ha de suprimirse como han ido suprimiéndose los demás privilegios. Significatorio es que las empresas ferrocarriles, industriales, bancarias, organismos enormes y complejos cuya dirección supone excepcionales dotes, se confíen a particulares desprovistos de toda estampilla al dorso, pero no de su historia de obreros útiles. Hace ya siglos que las energías creadoras se han apartado de la mohosa maquinaria académica. Pasteur, renovador de la medicina, no era médico. Quintón, que la renueva ahora, tampoco. Sabido es que en arte no se avanza sin dar un puntapié al dogma catedrático del momento. Y no hablemos de los inventores mecánicos de nuestra época, que sin haber saludado al *magister* de texto han cambiado la faz del mundo.

Sí; la enseñanza en uso es inmoral porque no es libre, y los exámenes, ruedecita de ese equivocado engranaje, tenían que funcionar mal y ser también inmorales. ¿Remedio? Abolirlos. ¿Cómo? Muy sencillo. Para que haya exámenes es preciso por lo menos el alumno. Pues bien, abolir los alumnos. Huelga de estudiantes. Trabajar mucho todo el año, y al llegar el interrogatorio inquisitorial, buenas noches. Algo resultaría.

EL VULGO Y EL GENIO

Dice Cuvier que la especie es:

“una colección de individuos, que se parecen tanto más entre ellos cuanto menos se parecen a todos los otros, y cuya posteridad es indefinidamente fecunda”.

Así los hombres forman una especie porque se parecen más entre sí que a otros animales, y porque son indefinidamente fecundos, sobre todo los que no consiguen alimentar a su prole. Dentro de la especie humana, y atendiendo a los rasgos espirituales, no es difícil definir una subespecie o variedad compuesta de aquellos que entre sí se parecen mucho más que a “los otros”. Esta variedad es el vulgo, casi universal, y de fecundidad extraordinaria. “Los otros”, que cuando tuvieron suerte fueron llamados profetas, héroes, genios, son ejemplares rarísimos, se parecen poco entre sí, y no se reproducen.

La omnipotencia del vulgo es evidente. A él pertenecen casi todos los pobres, casi todos los siervos, casi todos los ignorantes, casi todos los ricos, casi todos los reyes y casi todos los sabios. El vulgo, donde tantos talentos brillan, es la masa ancha, larga y profunda que todo lo llena; es el material humano. Ninguna revolución suprimirá el vulgo. Ningún destino se cumplirá sin él.

En cambio el genio es débil. ¿Qué hace el vulgo? Repetirse; se hizo legión por repetirse. ¿Qué hace el genio? Empezar; camina solo. La muerte ve reaparecer en el vulgo las generaciones que le quita; nada puede contra él, mientras el genio no tiene hijos ni padres; nace del abismo y en el abismo se hunde. El vulgo queda; el genio pasa.

Pasa inexplicado; es un monstruo siempre diverso inesperado siempre, semilla solitaria de formas desconocidas, caída de otros mundos, al azar de los siglos. Los hombres le han creído descendiente ya de Dios, ya del Diablo: ya le han juzgado malhechor, ya loco. La ciencia de ahora procura igualmente asimilar el genio a la manía y a la degeneración; jamás lo ha contemplado de cerca e ignora que tan distante está del juicio como de la demencia, y de la virtud como del crimen. No sabe todavía que el genio no es humano.

El genio trae lo nuevo, o sea el desorden. Es el intruso de la historia. Mueve los cimientos, agrieta los muros, dispersa las ideas, estorba los intereses. Amenaza la paz del pensamiento y la de los instintos. En su presencia el poderoso teme perder el poderío, y el esclavo la esclavitud.

El genio es el enemigo común. Se le olfatea, se le descubre y se le caza. Es una bestia mitológica, extraviada en el inmenso corral. A veces hurta una espada, y juega con los pueblos, pero por lo general indefenso y desnudo, pronto se le deshonra, se le encarcela, se le atormenta y se le ejecuta. La especie se defiende. Otras veces el genio oculta su lepra, nadie la adivina; otras la disfraza; Dante, y deja que el futuro sospeche. No le es fácil huir, y menos curarse.

Acorralado y difunto, se le devora. Vivo, es el terror, más su carne muerta suele aprovecharse. Sus restos se vulgarizan, o lo que es igual, se humanizan. No nos nutrimos del genio, cuyo único testigo es él, sino de su cadáver. Doscientos años se rieron a carcajadas del libro más melancólico de la tierra, el “Quijote”, y de Jesús venimos a parar a Pío X.

Si Galileo nos visitara hoy, tal vez nos contentaríamos con domesticarle. La física es amiga de las armas y del oro, y hemos aprendido a considerarla útil.

EDUARDO G. GILIMÓN

Sobre Eduardo G. Gilimón, anarquista catalán, existen escasas noticias ciertas: se sabe que vivió en Argentina desde fines de siglo hasta el Centenario, cuando el gobierno conservador le aplicó la ley 4144 de Residencia y lo deportó a España. No fue admitido en ese país y por consiguiente, se trasladó a Uruguay, donde probablemente murió. Fue redactor de *La Protesta*.

Su obra *Hechos y comentarios* es una notable y muy poco conocida; verdadero crónica del movimiento obrero en Argentina recoge aquello que suele escapar a los grandes tratados teóricos: la aprensión de lo singular, de lo cotidiano.

DEL AMBIENTE

– Vean, vean lo que traigo.

– ¿Qué es?

– ¿No lo veis? Un periódico.

– ¿Con algún verso tuyo?

– ¿Te han publicado algo?

– ¿Es tu nombramiento de ministro?

– Un periódico anarquista. Algo originalísimo y que seguramente no sabía si existiese en Buenos Aires. Salía de casa y un hombre con cara de pobre diablo sacó recelosamente del interior del saco este papel y me lo dio alejándose presuroso.

“El Perseguido”, “Periódico anarquista. Aparece cuando puede. Se publica por suscripción voluntaria”. Leí esto, miré hacia atrás, y ya el repartidor había desaparecido. ¿Qué curioso, no?

– A ver, a ver...

– Vean. Trae un artículo negando la existencia de Dios. Dice que si el hombre existe, no puede existir Dios, porque lo uno es la negación de lo otro y que lo absoluto deja de serlo cuando hay algo que no es ello mismo. No concibiéndose un Dios que no es absoluto y no siéndolo Dios desde que el hombre existe, no puede Dios existir.

– ¡Qué cosa rica!

– En otro artículo dice que hay que exterminar a los patrones, volar las iglesias, destruir las cárceles y ajusticiar a todos los reyes, presidentes de república, ministros, gobernadores y policías. Lo más original es la lista de los donantes que costean el periódico. Hay pocos nombres. La mayoría de los donativos van precedidos de frases que quieren ser terribles y resultan cómicas.

“Uno que quiere despanzurrar al Papa, diez centavos. Para dinamita, cinco centavos. Mueran los burgueses, quince centavos. Producto de un café no pagado, diez centavos”.

Y así por el estilo todos.

– Yo no sé cómo permite la policía ese papelucho.

– ¿Y qué? Media docena de locos, pocos peligrosos ciertamente y más divertidos que otros muchos de los que a diario tropezamos en todas partes.

– No tan locos. Yo he leído ya varios números de “*El Perseguido*” y en el fondo de ese lenguaje grosero y al través de una sintaxis de analfabetos he podido vislumbrar una doctrina grandiosa. Se expresan mal, o mejor no aciertan a dar forma a sus ideas esos pobres diablos, pero yo creo que tienen mucha razón.

– ¡Cómo! ¿Eres dinamitero? ¡Viva la nitroglicerina!

– ¡Hurra por el futuro *compañero* director de “*El Perseguido*”!

– ¡Mueran los ricos! ¡Vivan los descamisados!

– ¡Viva la igualdad! ¡Todos iguales! ¡Todos rengos, todos tuertos, todos jorobados!

– No digáis tonterías.

– A repartir la plata.

– Y las mujeres.

– Qué punta de locos sois.

– ¿Pero hablas en serio?

– Y tan en serio.

– Señores: Julián habla en serio. Escuchadle. Oíd al oráculo.

– Sigán, sigán no más. Yo ya he concluido.

– Se dice “he dicho”, como los oradores de mitin.

– No. Vamos. Hablando formalmente. ¿Eres anarquista?

– Dejen de embromar.

– No creas. No tengo la más mínima idea de *farrear*. Me gustaría que te explicases. Quisiera saber qué es eso de la Anarquía.

– ¿No van a interrumpir?

– No, no, habla.

– Bien. He pensado muchas veces por qué siempre los pueblos están descontentos de sus gobiernos y por qué ante una crítica serena y concienzuda no hay, ni ha habido en la historia gobierno alguno bueno. Por lo común se achaca todo esto a los hombres. Tal gobierno fue perjudicial al país porque los ministros eran ladrones. Tal otro porque los gobernantes eran ineptos. Tal otro porque eran malvados. Y siempre así.

Pensando en esto se me ha ocurrido si no residirá el mal en la institución, más que en los hombres. Reflexionando sobre el particular he llegado a la conclusión de que posiblemente están en lo cierto los anarquistas y de que los pueblos van inconscientemente a la Anarquía, haciendo imposible la existencia y el buen funcionamiento de todos los gobiernos, con su descontento sistemático, ese descontento que es la causa de la transformación constante del gobierno, cuya forma varía sin cesar, no habiendo llegado aun a una definitiva que satisfaga a todos, como nos lo indican las turbulencias de nuestras democracias, esta serie de motines y revueltas que sólo sirven para poner unos hombres en lugar de otros, sin que con ello se logren la tranquilidad y el bienestar.

– ¿Me permites?

– ¡Cómo no!

– La culpa es de los pueblos. Se ha dicho que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Y esto es verdad, principalmente en las repúblicas, en donde el pueblo es soberano y elige sus mandatarios. ¿Por qué no elige hombres sanos, inteligentes, patriotas?

– ¿Y cómo saber cuáles lo son? Además: ¿Se puede estar seguro de que el elegido obre en el gobierno como prometió en el comicio? No me negarás que muchos de los gobernantes en quienes se tuvo plena fe, de quienes se esperó un gobierno ejemplar, fueron después tiranos, malvados... Acordémonos de Rosas.

– Créeme; es cuestión de civismo y educación popular. El día en que el pueblo tenga conciencia de sí mismo, de su rol de soberano, ni serán posibles los Rosas ni los Juárez Celman. ¿El partido radical no haría en nuestro país un gobierno ejemplar, modelo?

– Entre los radicales hay sin duda hombres honestos, íntegros y de gran valor intelectual. Pero no lo son todos. Yo conozco, y vosotros también, radicales que son meros caudillos, plagados de defectos y en cuyas manos no depositaría ni un peso.

¿Y quién nos garantiza que Alem, el gran prohombre del radicalismo, el intransigente por excelencia, no sería un nuevo tirano desde la presidencia de la república? Esa su misma férrea voluntad, su formidable fuerza de carácter, podría muy bien desde el gobierno convertirse en poder aplastador. No es infalible, como no lo es nadie en este mundo –dicho sea con licencia del Padre Santo– y cualquier disposición, y al ser resistida por el pueblo, empeñarse en aplicarla, en imponerla a todo trance creyendo que los descontentos estaban manejados por sus adversarios políticos. Yo creo que Alem sería implacable. No os sulfuréis. Estos hombres indomables, suelen ser, cuando mandan, terribles.

– Ahora me explico por qué no tomaste parte en el movimiento del 26 de julio.

– Alem es para mí preferible a Juárez. Pero yo creo que esas revueltas, esa serie de escándalos que se repiten como las horas del reloj en nuestros países de América, son peores que la peor calamidad. En Europa tienen razón al decir ¡*South América!*

– ¡Pavadas! Eso no rige con la Argentina, en donde, desde el 80 no hemos tenido más revolución que la del 90. Y ésta la justifican en todo el mundo; era necesaria, imprescindible; de vida o muerte para el país.

– Miren; yo he andado por Europa y allí nadie sabe nada de América, ni se preocupan de las cosas nuestras. Eso de *South América* lo dice algún gacetillero que otro de la *City* y lo repiten los accionistas que se llevan toda la plata del país. Los demás saben tanto de la América del Sur como nosotros de los hotentotes. Menos aún. Lo que hay es que acá nos preocupamos demasiado de lo que en Europa pueden pensar de nosotros y hemos llegado a sugestionarnos, convenciéndonos de que efectivamente piensan en nosotros. Y no hay tal.

De todos modos, entre las revoluciones nuestras y los atentados de los anarquistas en Europa, de esos anarquistas que a tí te están encantando, me quedo con las revueltas. Son más nobles. Y de resultados más saludables.

– ¿Por qué muere más gente?

– Porque los hombres se baten frente a frente y no se asesina a nadie como hacen los anarquistas, esos tigres que asaltan al descuido a su víctima.

– Y pagan con su cabeza el acto que realizan.

– No ¡si les deberían levantar estatuas!

– ¡Quién sabe!

– Mira. Lo mejor que podemos hacer es cambiar de conversación. Si yo fuera jefe de policía, esos gringos y gallegos en vez de venir a trabajar aprovechando la riqueza inagotable de nuestra tierra y la libertad sin límites de nuestras leyes, se dedican a escribir papeluchos como ese, los embarcaría en el primer vapor y los enviaría a su tierra. Que se metan allá en lo que quieran y se dejen de jorobar aquí. Si no les gusta esto, ¿para qué han venido? Que se marchen.

– Muy bien. Para trabajar como bestias, para hacer producir los campos abandonados, para poblar el desierto y hacer del país una nación, son buenos. Para pensar, para influir en la civilización como influyen en el progreso material, no los queremos; nos bastamos nosotros con nuestros partidos sin ideales; con nuestras revoluciones; con nuestras *montoneras*, y aunque ellos sufran las consecuencias de las torpezas de unos, los despilfarros y atrocimos de los agiotistas sin entrañas y los trastornos que dificultan la vida, detienen el progreso material y empobrecen al trabajador, deben callarse

– ¡Muy bien; muy bien!

LOS PRIMEROS ANARQUISTAS

– ¿Repartiste muchos ejemplares?

– Yo todos, ¿y tú?

– También. Le di uno a un *cajetilla*, leyó el título y volvió la cabeza para mirarme. Vieras qué cara de espantado... Lo menos se le figuró que era una bomba lo que tenía en las manos.

– Yo tengo un marchante burgués. Un día le di un número y al poco tiempo me encontró en la calle y me preguntó si no tenía más. Al pronto creí sería un *perro* y me hice como que no sabía de qué me hablaba, pero al fin me di cuenta de que al hombre le había gustado la cosa y prometí enviarle el periódico siempre que saliera. Me dio las señas de su casa y se lo remito por correo dentro de *La Prensa*. Últimamente lo vi y me dio cinco pesos para la suscripción. Me preguntó si no había libros que trataran del anarquismo y le he dado una lista de folletos de los que hay en francés. Me ha prometido traducir algunos.

– Eso, eso es lo que hace falta. Folletos, muchos folletos en castellano para repartirlos gratis. ¡Qué propaganda se podría hacer!

– Sí, algo más se haría que con “*El Perseguido*”, pero no mucho, no creas. En este país no lograremos nada. Están todos fanatizados por el Dr. Alem. Esperan otra revolución, la revolución salvadora, el Mesías que ha de darles maná llovido del cielo.

– Tienes razón. Entre tanta gente bruta como todos los días llega, ansiosos todos de enriquecerse, hablando cada uno distinta lengua, y los de aquí que creen que Alem es mejor que Pellegrini, y Mitre que Roca y Juárez, y que en subiendo los radicales todos vamos a ser millonarios y la policía no se va a meter con nadie, estamos aviados.

– Hay que desanimar a todos esos burros.

– Si todos los anarquistas tuviésemos el alma de Bakunin, a estas horas esta podrida sociedad estaría hecha pedazos.

– ¿Y cómo, si cada día vienen mil nuevos, más burros que los del día anterior?

– Yo no me desanimo por eso.

– Ni yo tampoco. Hay que propagar en todas partes sin cansancio.

– La propaganda más eficaz es la propaganda por el hecho.

– ¡Ah, si yo tuviera el coraje que me falta! Pero no puedo. Mis deseos más grandes serían hacer algo, pero no me acompaña el corazón. Qué quieres, soy así; no lo puedo remediar.

– Y yo, atado con tanta familia... Tenía razón Bakunin. El revolucionario debe ser solo.

- No estoy muy conforme con eso. El mismo Bakunin era bien revolucionario a pesar de tener familia. Creo por el contrario que la familia lo hace a uno más rebelde. Ver a los hijos sin pan, a la mujer enferma, careciendo uno de todo lo necesario, subleva al más cobarde.
- A mí no; no es la familia quien me ata. Lo poco que hago, lo hago más por ella que por mí mismo. Lo que me falta es valor.
- Y luego esos *adormideras* del socialismo con su propaganda legalitaria, pacífica, que todo lo vienen a entorpecer.
- No son sólo ellos. También entre nosotros habría que expurgar; y mucho. Ahí están los organizadores perdiendo el tiempo en formar rebañíos, en organizar sociedades de resistencia. Eso es un socialismo disfrazado.
- Que lo digas. No sé adonde van a ir con los gremios. A ninguna parte.
- Son gentes que se sienten pastores.
- Es propaganda lo que se debe hacer. Y a ser posible la propaganda por el hecho que es la más eficaz.
- Cierto. Dime, ¿cuándo se podrá sacar otro número de “*El Perseguido*”?
- No sé. No hay plata. Luego Antonio se *comió* el importe de una lista. Eran tres o cuatro pesos. Me dijo que estaba sin trabajo y con uno de los chicos enfermo. Qué quieres, ¡cosas de la vida!
- Antonio no es mal compañero, pero bien podía haber expropiado a un burgués y no disponer de la plata del periódico.
- ¿Cultivas ahora la moral?
- Ya sabes que no soy moralista. Eso no quita para que yo crea que siempre es mejor expropiar a un burgués que no comerse la plata de la propaganda.
- Uno echa mano donde puede. Eso que tú dices no deja de ser una moral. Lo que a mí me daña es malo, lo que me beneficia es bueno. Esa es la moral. Y un burgués diría lo mismo que tú, es decir que antes que lo expropiaran a él, bien podían expropiar a otro, comerse el dinero de la propaganda, por ejemplo.
- No es lo mismo.
- Sí que lo es. La verdadera moral, o sea lo amoral, que es lo que los anarquistas sustentamos, consiste en hacer siempre lo que nos beneficie. Y a Antonio lo beneficiaba más quedarse con la plata de la lista, que expropiar a un burgués, pues esto último podría haberle llevado a la cárcel y por lo tanto en vez de mejorar la situación de su hijo y la suya propia, la habría empeorado.
- Bueno; yo no las voy con eso. Y de Antonio no me volveré a fiar más.
- Está bien. Toma las precauciones que quieras, como las toman los burgueses colocando vigilantes en las puertas de sus casas, pero no niegues que eres moralista.

– No lo soy. Lo que es que hoy vivimos en una sociedad de cuyos engranajes no podemos escapar sin romperlos, y hasta tanto que no lo logremos, tenemos que fastidiarnos y atenernos a su modo de ser. En la sociedad futura, Antonio no tendría necesidad ni de expropiar burgueses, ni de quedarse con dinero alguno, ni correría el riesgo de ir a la cárcel o de que yo le rompa una costilla.

Entonces se podrá ser todo lo amoral que se quiera, pero hoy por hoy la propaganda es antes que Antonio y está por encima de él y de su hijo.

Si todos hiciéramos lo que él, no sé cuándo íbamos a concluir con toda esta podredumbre.

– Pero...

– No hay pero que valga.

– No, si no digo eso. Digo que a pesar de todo eres un moralista y nada me puede asegurar que en la sociedad futura no lo serías también, sino en las cuestiones de dinero porque no lo habría, en otras.

– Puedes creer lo que quieras. Lo que te aseguro es que Antonio no se comerá más plata de la propaganda, al menos con mi consentimiento. Y en cuanto le veo voy a hacer que se le indigesten los tres o cuatro pesos. Ya estoy cansado de ver que los esfuerzos y sacrificios de unos se malogran por las pillerías de otros.

– ¡Cómo te enojas! Pareces un patrón al que sus obreros se le han declarado en huelga.

– ¿Y tú? ¡Vaya un amor que tienes a la Idea que ves que la propaganda se estanca por falta de medios y aun disculpas a los causantes de ello!

– Mira, yo creo que la propaganda no se hace sólo con dinero. Sin un peso yo estoy haciendo propaganda en todas partes y a todas horas y no creo que sea menos eficaz que la que hace el periódico. Creo que es mejor aún la propaganda individual, de palabra, porque si le objetan a uno, se rebate y de la controversia sale la luz. ¿Estás? Y no merece ese *pucho* de centavos tanto alboroto. ¿Estás?

– Se acabó el *bochinche*. No hablemos más de esto. Tú sigue con las tuyas y yo con las mías. Esta es la verdadera libertad.

– Ahora sí que has hablado como un anarquista. Nada de imposición. Que cada uno obre como crea que debe obrar.

– ¿Vas a ir a la conferencia de los socialistas? Si vas, allí nos veremos.

– Sí, que iré. – Bueno, hasta luego.

– Salud. Y no te olvides que debemos estar una hora antes de la anunciada para coparles la banca a los socialeros.

LA CONMEMORACIÓN DE LA COMUNA

El centro socialista se hallaba instalado en una pequeña casa, ocupando dos habitaciones contiguas cuyo tabique medianero había sido volteado.

Unos cuantos bancos de madera y una mesa que servía para las reuniones del comité, presidir asambleas, doblar el periódico órgano del centro y de tribuna en días de conferencia, completaban el mobiliario del salón.

Como único decorado, un retrato de Carlos Marx.

Se conmemoraba el aniversario de la *Comuna de París*.

Dos líneas en los grandes diarios bonaerenses, perdidas en las inmensas columnas de prosa amazotada de aquellos tiempos, anunciaban el en verdad extraordinario hecho histórico.

Extraordinario por su mismo valer y extraordinario porque tal conmemoración en Buenos Aires indicaba que también en la Argentina empezaba a bullir el proletariado, con una orientación internacional bien marcada.

A las siete ya el local estaba casi lleno.

El conserje, un alemán silencioso y taciturno, que balbucía con dificultad el castellano y a quien el pequeño núcleo socialista respetaba, tal vez por ese mismo mutismo y porque se sabía que conocía a Bebel –según declaración propia– y había leído la obra monumental de Carlos Marx –*El Capital*– que aún no había sido vertida ni al francés siquiera, estaba admirado al ver tan temprano lleno el local de concurrencia.

– Qué éxito –decía cuando algún socialista entraba.

– Son anarquistas –susurró receloso uno.

– Hay que echarlos –rugió más bien que dijo el alemán.

– ¿Por qué? –intervino un jovencito, estudiante de medicina, vivaracho y travieso que traía con sus agudezas y desplantes revuelto al Centro y desconcertado al conserje. Para celebrar el acto en familia –continuó– más valía no verificarlo. ¿No son socialistas? Pues mejor. Eso es lo que necesitamos para hacer propaganda.

– Sí, pero estos son anarquistas y en Alemania a los anarquistas no se les permite entrar en las reuniones del partido, ni en acto alguno.

– Bueno, échelos usted.

El alemán consideró la cosa asaz difícil y refunfuñando se internó en su habitación.

Los anarquistas se habían apercebido del secreto de los socialistas y unos a otros se pasaban la voz de no salir de allí de ninguna manera.

En esto, una voz clara y fuerte empezó a entonar la primera estrofa del “*Hijo del Pueblo*”, himno anarquista de vibrantes notas y de versos violentos, demoleedores. Todo un himno de batalla.

Contagiados los demás, acompañaron al iniciador y un coro de doscientos hombres enardecidos, hizo retumbar la casa atrayendo a los transeúntes y vecinos no acostumbrados ciertamente a serenatas de aquella especie.

Cuando la última nota vibró en la estancia, una formidable salva de aplausos aprobó el canto. Eran los mismos cantantes, quienes desbordando de entusiasmo aplaudían.

Y como si el programa hubiese sido trazado de antemano con escrupulosidad, millares de hojitas sueltas volaron por el aire, cayendo sobre los concurrentes que se apresuraban a leerlas. Eran pequeños manifiestos en que se reivindicaba para los anarquistas el derecho a conmemorar el aniversario de la Comuna, hecho violento y por lo tanto antisocialista, anárquico.

Los socialistas protestaban.

El salón ofrecía pintoresco aspecto.

La concurrencia se había dividido en pequeños grupos y en cada grupo discutían a la vez acaloradamente, sin entenderse ni casi oírse, uno o dos socialistas con cuatro o cinco anarquistas.

Se oían insultos, imprecaciones, amenazas. Se discutía en castellano, en italiano, en francés. Aquello era una Babel.

Un socialista, pintor de oficio, guapetón y que entre los del centro era el que en todas las ocasiones mostraba más audacia, pretendió acallar el griterío, declarando empezada la conferencia.

Los grupos se deshicieron y una avalancha de hombres se precipitó sobre la mesa.

Todos querían hablar primero.

Los socialistas pretendían que los anarquistas no hablaran.

El local era de ellos, para eso lo pagaban.

Los anarquistas no reconocían derecho alguno de propiedad.

El escándalo fue aumentando cada vez más.

En lo más agudo, sonó un tiro y la concurrencia se precipitó hacia la calle, dejando el salón casi vacío.

Cuando los agentes de policía llegaron, apenas si pudieron detener a una docena de personas.

Los bancos habían sido volcados, la mesa tenía una pata rota y el suelo estaba cubierto materialmente de manifiestos pisoteados.

Un socialista, el estudiante de medicina, había resultado ligeramente herido en un brazo por la rozadura de la bala.

Al día siguiente la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la crónica sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y de que se querían unos a otros como los gatos y los perros.

ERRICO MALATESTA

UNA POLÉMICA CON SAVERIO MERLINO

ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS FRENTE A LA LUCHA ELECTORAL ⁸

Me preguntan desde varios lugares mi parecer acerca de si se debe o no tomar parte en las elecciones políticas.

En el número de hoy del “*Messaggero*” leo que también, en una reunión mantenida en Senigallia, se ha interpretado de una manera *sui generis* cuanto he dicho a propósito del tema en una conferencia pronunciada en Nápoles.

Es manifiesto que carece de importancia conocer lo que pienso: en cambio, importa muchísimo saber cuál de las dos opiniones –la favorable o la contraria a la participación en las elecciones– es la verdadera. Y esto es lo que yo querría discutir de una vez por todas y para todos.

Es de sobra sabido que los socialistas, en lucha con los republicanos y con los demócratas, han sostenido por muchos años –y muchos lo sostienen todavía– que las formas políticas no tienen ningún valor, que tanto vale la monarquía como la República y que las libertades sancionadas por los estatutos son una simulación, porque quien es pobre es esclavo.

La cuestión social –se ha dicho– consiste enteramente en la dependencia económica de los obreros con respecto a los patronos: socavemos ésta y la libertad vendrá por sí sola.

Esto es una gran verdad. Las libertades políticas existen, ¿pero quién las tiene? ¿Quién puede ejercerlas verdaderamente bajo el régimen actual? No puede ser políticamente libre el pueblo que económicamente es esclavo. Pero, si las libertades políticas y constitucionales tienen menos valor que el que generalmente se cree, no se sigue de ello que no sirvan para nada. Sirven mientras que el gobierno nos las arranca, tratando de retardar la emancipación de la clase obrera. En consecuencia tienen un valor innegable. Pero estas libertades no consisten simplemente en el derecho al voto y en el uso que se puede hacer de él.

Son también los derechos de reunión y asociación, la inviolabilidad personal y del domicilio, el derecho de no ser castigado o perseguido por simple sospecha (como sucede en los casos de la amonestación y del domicilio forzado), etc., etc.

Y estas libertades se defienden no sólo en el parlamento (el parlamento, dijo una vez Lemoine, se asemeja a cierto juego de niños, que hace mucho ruido sin ningún fruto), sino que se defienden sobre todo fuera del parlamento, luchando cada vez que el poder ejecutivo comete una arbitrariedad o una prepotencia contra una clase de ciudadanos o incluso contra un solo individuo (como sucede en otros países, donde incluso sin tener representantes en el parlamento, el pueblo sabe imponer el respeto a sus libertades).

⁸ “*Messaggero*”, 9 de enero de 1897.

Con esto no quiero decir que la lucha por la libertad –y hasta cierto punto también la lucha por el socialismo– no se pueda y deba hacer también durante las elecciones y en el parlamento.

Yo creo que nosotros, combatiendo a ultranza, como lo hemos hecho, el parlamentarismo, nos hemos pillado los dedos: porque hemos contribuido a crear esta horrible indiferencia de la población, no solamente por el sistema parlamentario, sino también por las libertades constitucionales, de modo que el gobierno ha podido impunemente violarlas sin que un solo grito de protesta se haya elevado de los hijos de aquellos que dieron la vida para conquistarlas.

El parlamentarismo no es el fénix de los sistemas políticos; al contrario. Pero por pésimo que sea, es siempre mejor que el absolutismo, al cual nos encaminamos a grandes pasos.

Por tanto, hoy por hoy, al partido socialista (en el cual incluyo también a los anarquistas no individualistas) le corresponde también la defensa de la libertad.

Esta lucha, según mi opinión, debe ser librada sobre todos los terrenos –comprendido el de las elecciones– pero no solamente sobre éste.

Los socialistas anárquicos no tienen necesidad de candidatos propios: no aspiran al poder y no sabrían qué hacer con él. Pero deben protestar contra la reacción gubernamental, tomando parte en la agitación electoral. Y está claro que entre un candidato crispino, rudiniano o zanardelliano –dispuesto a votar estados de sitio, leyes de excepción, elegibilidad de candidatos políticos, quizá masacres de multitudes hambrientas– y un socialista o republicano sincero, sería locura preferir al primero.

Sin embargo, deben decir claramente al pueblo que no se hacen ilusión (como les sucede a algunos socialistas) de poder abrir brecha en la ciudadela burguesa, y conquistarla, a golpes de papeleta.

Asimismo, sólo pueden y deben decir a los socialistas que el voto no es más que un episodio de la lucha por el socialismo, y no el más importante; la verdadera lucha debe ser llevada acabo en el pueblo y con el pueblo sobre los terrenos económico y político.

La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; no puede ser obra de los políticos.

He aquí mi opinión sobre la más grave razón de disidencia entre socialistas y anarquistas.

Desgraciadamente, éstos y aquellos se han hecho daño y -lo que es peor- se han insultado recíprocamente: y el recuerdo de tales cosas nubla su vista y les impide considerar el verdadero interés de la causa.

Algunos cabecillas legalistas son intolerantes y mezquinos (el periódico máximo del partido no ha tenido una palabra de protesta por mi arresto singularísimo en Florencia); los anarquistas son iracundos e implacables.

Con estas peleas el gobierno disfruta.

LOS ANARQUISTAS CONTRA EL PARLAMENTO⁹

Estoy informado de que los socialistas parlamentarios de Italia dicen que yo, de acuerdo con Merlino, encuentro útil que los socialistas anárquicos participen en las luchas electorales votando por el candidato más avanzado.

Dado que me hacen el honor de ocuparse de mi opinión, no se me estimará presuntuoso si me apresuro a poner en su conocimiento y en el de la población lo que verdaderamente pienso de la cuestión.

Por cierto, no critico a mi amigo Merlino que piense como quiera y lo diga sin reticencias. Hubiera preferido que antes de anunciar públicamente un cambio de táctica -que no tiene ningún valor si no es aceptado por los compañeros- discutiera más a fondo la cosa entre aquellos del partido al cual ha pertenecido hasta ahora y con el cual espero que querrá continuar combatiendo. Pero también esto, más que culpa de Merlino, lo es de la crisis prolongada que ha afligido a nuestro partido y del estado de reorganización todavía incipiente en el que nos encontramos.

Sin embargo, es necesario hacer constar que lo que Merlino ha dicho en relación al parlamentarismo y a las luchas electorales no es otra cosa que una opinión personal, que no puede prejuzgar la táctica que adoptará el partido socialista anárquico.

Por mi parte -a pesar de que me disguste disentir en asunto tan importante con un hombre de valor como Merlino y al que me ligan tantos vínculos de afecto- me siento obligado a declarar que, según mi parecer, la táctica preconizada por Merlino es nefasta y conduciría fatalmente a la renuncia de todo el programa socialista anárquico. Y creo poder afirmar que así lo piensan todos o casi todos los anarquistas.

Los anarquistas permanecen, como siempre, adversarios decididos del parlamentarismo y de la táctica parlamentaria.

Adversarios del parlamentarismo porque creen que el socialismo sólo debe y puede realizarse mediante la libre federación de las asociaciones de producción y de consumo, y que cualquier gobierno -el parlamento inclusive- no sólo es impotente para resolver la cuestión social y armonizar y satisfacer los intereses de todos, sino que constituye por sí mismo una clase privilegiada con ideas, pasiones e intereses contrarios a los del pueblo, a quien tiene forma de oprimir con las fuerzas del pueblo mismo. Adversarios de la lucha parlamentaria, porque creen que ésta, lejos de favorecer el desarrollo de la conciencia popular, tiende a deshabituarse al pueblo del cuidado directo de sus propios intereses y es una escuela, para unos de servilismo, y para otros de intrigas y mentiras.

Estamos lejos de desconocer la importancia de las libertades políticas. Pero las libertades políticas no se obtienen sino cuando el pueblo se muestra decidido a conseguirlas; ni, una vez obtenidas, duran y tienen valor sino cuando los gobiernos sienten que el pueblo no soportaría la supresión de las mismas.

⁹ "Messaggero", 7 de febrero de 1897.

Acostumbrar al pueblo a delegar en otros la conquista y la defensa de sus derechos, es el modo más seguro de dejar vía libre al arbitrio de los gobernantes.

El parlamentarismo es mejor que el despotismo, es verdad; pero sólo cuando representa una concesión hecha por el déspota por miedo a lo peor.

Entre el parlamentarismo aceptado y elogiado y el despotismo sufrido por la fuerza, con el ánimo dispuesto a la rebelión, es mil veces mejor el despotismo.

Sé bien que Merlino da a las elecciones una importancia mínima y quiere, como nosotros, que la lucha verdadera se lleve adelante en el pueblo y con el pueblo. Sin embargo, los dos métodos de lucha son incompatibles, y quien acepta ambos, acaba fatalmente sacrificando al interés electoral toda otra consideración. La experiencia lo prueba, y la natural tendencia a vivir tranquilo lo explica.

Y Merlino demuestra comprender bien el peligro cuando dice que los socialistas anárquicos no tienen necesidad de presentar candidatos propios, dado que ellos no aspiran al poder y no saben qué hacer con él.

Pero, ¿es ésta una posición sostenible? Si en el parlamento se puede hacer el bien, ¿por qué habrán de hacerlo los demás y no nosotros, que creemos tener más razón que ellos?

Si no aspiramos al poder, ¿por qué ayudar a quienes aspiran a él?

Si no sabemos qué hacer con el poder. ¿Qué harían los demás, sino ejercerlo en contra del pueblo?

Que Merlino esté seguro de esto; si hoy le dijéramos a la gente que vote por alguien, aconsejaría rápidamente votar por mí, dado que creo (y en esto probablemente estoy equivocado, pero es una equivocación humana) valer tanto como cualquiera y me siento seguro de mi honestidad y firmeza.

Por cierto, con las precedentes consideraciones no he dicho todo lo que se podría decir, pero temo abusar demasiado de vuestro espacio. Me explicaré más ampliamente en un escrito adecuado; ni faltará, lo espero, un acto colectivo del partido que reafirme los principios antiparlamentarios y la táctica abstencionista de los socialistas anárquicos.

Esperando que consideréis que la presente es de utilidad para informar al público sobre la actitud que los diversos partidos observarán en las próximas elecciones y que por ello querréis publicarla, os agradezco anticipadamente.

Malatesta

ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS EN LAS ELECCIONES POLÍTICAS ¹⁰

El amigo Malatesta, en nombre –parece– de todos o casi todos los anarquistas, ha creído poder reafirmar, en respuesta a mi carta del 9 de enero –y parece que se prepara a reafirmarlo también con otro escrito y con un acto colectivo del partido– los principios antiparlamentarios y la táctica abstencionista de los socialistas anárquicos.

Envidio a estos anárquicos. Yo también querría poder nutrir la antigua fe acostumbrada a los triunfos (verdaderamente, no se si a los triunfos, pero ciertamente a las batallas). Yo también querría haber conservado las ideas simples e íntegras de hace diez años. Entonces, también yo me ilusionaría y llamaría al estado de desintegración del partido anárquico un estado de reorganización incipiente. También yo podría decir que sé con seguridad de qué manera –y no de otra– actuará el socialismo. También yo repetiría que el gobierno, todo gobierno, no es sino la organización de la clase privilegiada que oprime al pueblo con las fuerzas del pueblo mismo y que éste, nombrando diputados, delega en ellos la conquista y la defensa de sus derechos. Y cuando hubiera dicho esto, me sentiría satisfecho y esperaría el día de la gran revolución, que debe cambiar la faz de la tierra (pero que tiene el inconveniente, según pienso yo gravísimo, de hacerse esperar demasiado).

Desgraciadamente, lo confieso, me he hecho más maduro, a pesar de que me resultaría cómodo, no quiero dejar de lado la experiencia de diez o quince años. Estoy convencido de que el partido anárquico ha equivocado el camino; estoy convencido de que los anarquistas, todos o casi todos, tienen mi misma convicción; sólo que no osan confesarlo y no tienen la fuerza de ánimo necesaria para separarse de su pasado.

La táctica abstencionista ha traído dos resultados:

1. Nos ha separado de la parte activa y militante del pueblo;
2. Nos ha debilitado frente al gobierno.

Es muy lindo decir que abstención no quiere decir inacción, sino participación en la agitación electoral con propaganda antiparlamentaria. Con esta lógica, que mi amigo invoca, los anarquistas abstencionistas debían terminar y han terminado por quedarse en casa; cuando no han votado por algún candidato de su corazón (como individuos se entiende, no como partido), sin hablar de aquellos que además han pasado el Rubicón y han ido a alinearse –por el mero deseo de hacer algo– con los socialistas legalistas.

El gobierno, luego, ha aprovechado nuestro aislamiento para sacudirnos por todos lados, legal o ilegalmente (el gobierno, como se ve, no tiene nuestros mismos escrúpulos).

Estamos maniatados hasta el punto de no poder hacer la menor propaganda. La policía puede, a su albedrío, encarcelarnos, hacernos condenar, confinarnos. ¿Qué resistencia oponemos nosotros? Ninguna.

¹⁰ “*Messaggero*”, 10 de febrero de 1897.

Nuestra guerra ha sido de brazos cruzados. Si por lo menos fuéramos partidarios de la no resistencia al mal, tendríamos con qué consolarnos. Pero no, nosotros esperamos que madure la revolución. Entre tanto, hemos visto en estos días que quien ha podido llevar una palabra de apoyo a los huelguistas de Civitavecchia ha sido un diputado socialista. ¡Y continuamos diciendo que no sirve para nada la lucha parlamentaria!

Malatesta dice:

“Si debemos votar por los socialistas o por los republicanos, tanto más valdría ir nosotros mismos al parlamento”.

Para nosotros no se trata –como para los socialistas– de triunfar e ir a defender nuestro programa en pleno parlamento, en presencia de elementos cultos y célebres sino que se trata de conseguir cuantos más opositores sinceros y enérgicos al gobierno sea posible –trescientos Imbriani, por así decir– pero Imbriani que no se contenten con bombardear con interpelaciones a los ministros del parlamento, sino que lleven adelante una guerra seria y continua al gobierno del país, aprovechándose inclusive, hasta que les priven de ellas, de las prerrogativas parlamentarias.

Malatesta afirma que la lucha extraparlamentaria por la libertad no se puede librar cuando se adopta la lucha electoral. Yo pienso justamente lo contrario.

Lo que no puedo admitir de ninguna manera es que la táctica parlamentaria, lejos de favorecer el desarrollo de la conciencia popular, tienda a deshabituarse al pueblo del cuidado directo de sus propios intereses.

Esto es doctrinarismo puro. La agitación electoral socialista arranca a las multitudes de su indiferencia hereditaria en los asuntos públicos: en Italia ha conquistado para nuestra causa regiones que ya se habían demostrado y son todavía refractarias a la propaganda anarquista.

El parlamentarismo tiene sus inconvenientes: ¿Pero qué cosa no los tiene?

¿Qué táctica, o agitación, o acción, podría aconsejar Malatesta que no presente inconvenientes iguales, si no mayores? Algunos de nuestros amigos se han puesto a organizar cooperativas: trabajo éste utilísimo también, pero no es nuestro trabajo.

Ni los socios de las cooperativas pueden ser todos socialistas y anarquistas, ni el gobierno toleraría cooperativas así formadas. Sin contar que no pocas cooperativas se convierten en empresas capitalistas y que algunas, incluso, nacen como tales.

¿Qué hacer entonces? ¿Organizar sociedades obreras de resistencia? Pero apenas éstas empiezan a ser numerosas y potentes (como las Uniones inglesas) surge un estado mayor de presidentes, vicepresidentes, secretarios y cajeros; en suma, un parlamentarismo peor que el otro.

El parlamentarismo no es un principio, es un medio: se equivocan los que hacen de él una panacea, pero se equivocan también los que lo miran con santo horror como si fuera la peste bubónica.

Y, por otra parte, no es verdad que el parlamentarismo esté destinado a desaparecer enteramente. Algo quedará de él incluso en la sociedad que anhelamos. Yo recuerdo un escrito que Malatesta envió a la conferencia de Chicago de 1893 donde sostenía que para algunas cosas el parecer de la mayoría deberá necesariamente prevalecer sobre el de la minoría.

Pero aparte de esto, incluso en caso de unanimidad, no todos aquellos que han deliberado se pondrán a ejecutar en masa el resultado de sus deliberaciones. A menos de no admitir este aforismo —que tengo razones para creer que Malatesta repudia tanto como yo— será necesario distribuir los encargos confiándolos a los más capaces.

Y he aquí que estos encargados formarán un gobierno o una administración... por favor, no hagamos sutilezas con las palabras. Un mínimo de gobierno o de administración lo habrá incluso en la sociedad menos organizada; sólo debemos estudiar las maneras de hacerlo inocuo, de impedir que una minoría se apropie del poder en contra de la mayoría, obtener que el pueblo ejercite una censura continua y efectiva sobre sus administradores o delegados.

Yo reconozco los inconvenientes del sistema parlamentario y deseo eliminarlos, pero no deseo volver al despotismo.

Reconozco pésimo el ordenamiento actual de la justicia, pero no vería con gusto el retorno a la ley de Lynch, ni al sistema de la venganza privada; como reconozco los errores del poder judicial, no querría poner mi libertad en manos del juez togado.

Reconozco la injusticia de las leyes, pero no querría volver al tiempo en que la voluntad del príncipe era ley.

Quiero, en suma, progresar como un buen positivista, que cree que la sociedad se perfecciona, no se refunde y remodela, ni se hace con una receta de principios abstractos. Estoy convencido de que los socialistas, todos -anarquistas, marxistas y republicanos- tienen poco más o menos las mismas aspiraciones, y querría verlos luchar juntos; y, francamente, querría ver algún resultado. Me resultaría lamentable morir con la expectativa en que vivo desde hace varios años.

Merlino

LOS ANARQUISTAS Y LAS ELECCIONES ¹¹

Una declaración mía en el “*Messaggero*” del 29 de enero a favor de la lucha política parlamentaria como medio y estímulo para una vasta y fecunda agitación popular ha dado lugar a una polémica que, de las columnas de ese diario, se ha desplazado hacia la prensa socialista y anarquista. No he respondido sino a uno de mis contradictores. Malatesta, amigo mío desde hace muchos años, con quien he acabado siempre, bien que difiriésemos temporalmente –y espero acabar también esta vez– por ponerme de acuerdo. A los demás les respondo ahora colectivamente, porque me urge decir todo mi pensamiento y cerrar, por mi parte, una polémica por demás ingrata.

Se afirma que la lucha política parlamentaria es contraria a los principios socialistas anárquicos.

La aserción es de aquellas que, expresadas por alguien, pasan de boca en boca y se repiten hasta convertirse en axiomáticas dentro de un círculo dado de personas, sin que nadie las haya analizado.

Entendámonos. Lo que es contrario a nuestros principios es participar en el gobierno como ministros, como funcionarios, como policías, como jueces, tal vez como legisladores... Sí también como legisladores, porque yo sostengo que el diputado o socialista u obrero o revolucionario no debe ser un legislador, sino un agitador. Pero no es contrario a nuestros principios que el pueblo ejercite una injerencia, por indirecta y de poco valor que esta sea, en la administración de la cosa pública. Podemos y debemos lamentarnos que esta injerencia hoy sea mínima; que la soberanía popular no se ejerza más que durante el cuarto de hora de las elecciones, que luego, al volver a casa los electores –el campesino al arado, el obrero a la fábrica– los elegidos sean árbitros de la cosa pública y dispongan a su guisa de los más graves intereses del país. Esto es lo malo, no la participación de una parte del pueblo en las elecciones a diputados y concejales.

Pero este mal no se remedia absteniéndose de votar, sino más bien induciendo al pueblo ante todo a ejercer con conciencia y vigor la poca autoridad que tiene, y luego reclamando más; habituándolo a luchar y prolongando la lucha más allá del breve periodo electoral.

La lucha política debe desarrollarse en el parlamento y fuera de él. Aquí está la diferencia entre mi modo de entender y el de los políticos y también el de algunos socialistas y el de muchos demócratas.

Para éstos, la lucha política consiste enteramente en mandar a la cámara el mayor número posible de diputados del propio partido.

Para mí, en cambio, la elección de los diputados hostiles al gobierno no es sino un modo de agitación popular, y el objetivo de los diputados nos es ya proponer leyes y charlar sobre órdenes del día presentados a la cámara; sino combatir a la mayoría parlamentaria y al gobierno, denunciar al país las arbitrariedades y las prepotencias y tomar parte en todas las agitaciones populares, dejándose incluso encarcelar con sus electores.

¹¹ “*Avanti!*”, 9 de marzo de 1897.

Sin embargo, los diputados democráticos de hoy no hacen nada de esto; hacen esperar inútilmente al pueblo con discursos e interpelaciones, pero evitan cuidadosamente promover o secundar agitaciones serias.

El gobierno disuelve asociaciones, prohíbe reuniones, pisotea las libertades populares. El honorable Cavallotti, a quien preguntaba qué pensaba hacer, respondía: hablaré en la Cámara.

Las aulas universitarias son invadidas por policías que maltratan a profesores y estudiantes. Paciencia: el honorable Cavallotti hablará en la Cámara.

Las flotas europeas bombardean a los insurgentes de Creta y la diplomacia sofoca el grito de libertad de los pueblos que gimen bajo la dominación turca. Consolémonos: Cavallotti hablará en la Cámara.

Francamente, ésta no es una conducta de demócrata, sino de uno que desconfía del pueblo y cree que las grandes y pequeñas cuestiones políticas se deben tratar en las alcobas ministeriales o en esa antecámara del ministerio que es el parlamento nacional.

Nosotros, en cambio, debemos querer que el pueblo haga valer su voluntad y sus intereses contra la voluntad y los intereses de la camarilla dominante, que luche –sobre el terreno político como sobre el económico– por la propia emancipación; y que mire al gobierno, no como a un patrón al que se deben obediencia y pleitesía, sino como a un servidor al que se manda y que se puede despedir cuando no cumpla su deber o cuando ya no haya necesidad de sus funciones.

Años atrás, los obreros de nuestras grandes ciudades se avergonzaban de inmiscuirse en política. Los conservadores insinuaban que era deber de los obreros ocuparse únicamente de los propios intereses económicos y permanecer extraños a toda agitación política; y a lo sumo les permitían aclamar a los reyes y a los ministros y votar, en las elecciones generales y municipales, por sus herméticos patronos.

Fue un progreso que los obreros empezaran a votar por los individuos de su clase, y muchos de ellos concibieron la ambición de ir al parlamento y a los consejos municipales y provinciales; y se logró un progreso mayor cuando, constituido el partido socialista, fueron a votar por una gran idea.

Todavía hoy, multitudes de obreros y campesinos permanecen ligados a los patronos, que los explotan económica y políticamente, como trabajadores y como electores. ¿Es quizá contrario a nuestros principios tratar de arrancar a estas multitudes de su servidumbre y arrojarlas en la lucha política, incluso cuando sea necesario comenzar por las elecciones?

Pero -se dirá- si no es contrario a nuestros principios que el pueblo, en lugar de dejar la elección de los diputados y de los concejales de la clase dominante, se presentara a ser elegido, es ciertamente contrario a nuestros principios aceptar el mandato, ir a la cámara o al ayuntamiento, votar las leyes, convalidar los actos del gobierno y participar en las expoliaciones del poder.

De acuerdo, pero yo repito, se puede ir al parlamento o al ayuntamiento no a gobernar, sino a combatir al gobierno; no a hacer leyes, sino a demostrar la injusticia de las leyes que existen; no a mancharnos, sino a gritar al ladrón. Se puede ir al parlamento como un obrero, delegado por sus compañeros, va a una reunión de patronos a discutir las condiciones de trabajo; o como un acusado o su defensor van al tribunal a decir sus razones o las de su cliente, incluso si no reconocen la autoridad de los jueces. En tanto esté vigente el actual sistema, el acusado se debe defender, el obrero se debe esforzar por obtener condiciones menos duras por parte de los patronos y el pueblo debe protegerse de la tiranía poniéndole dificultades al gobierno.

Por poco que valgan las elecciones, sirven para arrancar alguna concesión al gobierno o para imponerle un cierto respeto por la opinión pública. Y por poco que valga la presencia de los socialistas o de los revolucionarios en el parlamento, sirve a veces para impedir una grave injusticia. Y por poco que valgan las inmunidades parlamentarias, no se puede negar que muchas reuniones se efectúan gracias a la presencia de los diputados. ¡Oh! El gobierno restringiría con gusto al electorado, el número de los diputados y las inmunidades de que éstos gozan; y sería feliz si pudiera actuar sin la rémora de los diputados y de las elecciones.

Los mismos anarquistas abstencionistas reconocen que algún fruto se puede extraer de las elecciones; y aquí en Roma han deliberado acerca de proponer a Galleani para liberarlo del confinamiento. Óptima idea, también porque Galleani es un joven inteligente, sincero y enérgico, tres cualidades que no se encuentran reunidas en muchos hombres. Pero —digo yo— suponed que tenga éxito, ¿renunciará luego para volver al confinamiento —de donde vosotros deberéis sacarlo con una nueva elección— y así continuamente?

Y si no es contrario a los principios votar para liberar a un confinado político, ¿será contrario a ellos votar para impedir que el gobierno nos convierta en otros tantos confinados políticos?

El gobierno anuncia para el próximo período parlamentario la revisión de la ley sobre el domicilio, una restricción del electorado y continuar disolviendo asociaciones y prohibiendo reuniones; sus candidatos están dispuestos a aprobar todo esto, y tal vez nuevos estados de excepción y nuevas masacres de multitudes hambrientas.

¿Dejaremos hacer? ¿Permaneceremos como espectadores inermes de una lucha cuyas consecuencias recaen sobre nosotros? Por poco que nuestra obra sirva para impedir el éxito de candidatos ministeriales. ¿Renunciaremos nosotros? Y, renunciando, ¿no le haremos un favor al gobierno?

Pero algunos en verdad se complacen con la reacción. Porque las ideas progresan a pesar de las persecuciones, ellos se imaginan que progresan a causa de éstas. Hay quien repite lo que escribe Malatesta: el despotismo es preferible al híbrido sistema actual.

Supongamos que el gobierno les tome la palabra y dé un golpe de Estado: suprima el parlamento, elimine la libertad de prensa y reduzca a Italia a la situación política de Rusia.

Díganme sinceramente, amigos míos: ¿La causa del socialismo ganaría algo con ello? ¿O la lucha por el constitucionalismo absorbería e impediría por muchos años la lucha por el socialismo, como justamente sucede en Rusia?

Me dirán: Éstas a las que os habéis referido, son las ventajas de la lucha electoral. A ellas se contraponen daños largamente mayores: la corrupción, las ambiciones, los compromisos con los partidos afines.

Podría responder que daños de este género se verifican en toda obra nuestra: son el tributo que se debe pagar a la imperfección de la naturaleza humana.

Si fundamos un diario, he aquí que surgen ambiciones, envidias, celos y tal vez (si el diario prospera) un interés económico en éste o en aquel redactor o administrador. ¿Renunciaremos nosotros, por este inconveniente, a propagar nuestras ideas por medio de la prensa?

Y no diré que la ambición puede ser útil, porque no todos los hombres que luchan por una idea son movidos a actuar por la pura convicción de la justicia de su causa. Muchos héroes de las revoluciones pasadas fueron empujados al sacrificio por el deseo de hacer hablar de sí, por celos, por los problemas financieros en que se veían envueltos; y podemos admitir que también hoy los hombres practican el bien por una variedad de motivos buenos, mediocres y malos.

En algunas localidades el partido socialista ha salido adelante porque algunos han advertido en él un medio de acceder a los ayuntamientos o al parlamento. Mejor que haya sido así y no que no surgiese en absoluto. Poco a poco se irá depurando; porque la fuerza del socialismo está en esto, que responde a los grandes intereses de la gran mayoría del pueblo; y cuando ello es así, las ambiciones y las vanidades individuales deben ceder y desaparecer.

Pero ¿es verdad entonces que las elecciones no son sino una escuela de corrupción? Los que van a votar por un candidato socialista u obrero o revolucionario, desafiando iras gubernamentales e iras patronales y poniendo algún dinero, no me parece que se corrompan; al contrario, se apasionan por la causa, y el mismo ardor que ponen en la lucha electoral, pueden ponerlo en otro género de lucha. No creo que los partidarios fervientes de la lucha electoral deban ser necesariamente tibios revolucionarios.

Pero la lucha electoral nos obliga a compromisos. También aquí podría responder que compromisos contraemos todos los días, ya sea trabajando para un patrón, ejerciendo una profesión, un comercio, notificando a la policía las reuniones públicas concertadas por nosotros, mandando al fiscal el primer ejemplar de nuestros diarios, recurriendo a abogados que nos defiendan ante los tribunales o entendiéndonos con otros partidos para organizar campañas conjuntas. Y si mañana, hecha la revolución, debiéramos poner en práctica el socialismo, digo y sostengo que estaríamos constreñidos a contraer compromisos, salvo que quisiéramos imponer nuestras ideas a los demás o someternos a las suyas.

Por otra parte, si nuestra participación en las elecciones no produjese otra ventaja que la de acercarnos a los partidos afines, haciéndonos reconocer lo que puede haber de justo en sus programas y lograr que los partidos afines se

acerquen a nosotros, haciéndoles coincidir por lo menos en una parte de nuestras reivindicaciones y finalmente acercarnos a todo el pueblo e inducirnos a tener en cuenta las verdaderas necesidades, sentimientos y aspiraciones de éste, sólo por esto habría que aprobarlo.

En Alemania, en Francia, en Bélgica, el interés electoral ha empujado a los socialistas a consagrar una parte de sus fuerzas a la propaganda para ganar a los campesinos a la causa del socialismo. Bastaría este hecho para justificar la táctica electoral; porque, ¿quién no ve que sin el concurso de los campesinos una revolución socialista es imposible y que, en caso de estallar, terminaría en un desastre?

Yo no soy profeta, pero he predicho a mis amigos abstencionistas que (donde no presenten candidatos-protesta) no desarrollarán ni siquiera la propaganda abstencionista.

Las elecciones se realizarán, todos los partidos saldrán reforzados, y de vosotros, de vuestros principios y de los intereses que os importan, no se hablará. Seréis olvidados.

Lo repito, los hechos me darán la razón. La abstención tiene su lógica. Desde el momento en que las elecciones no sirven, lo mismo da quedarse en casa. Por otra parte, la gente está poco dispuesta a escuchar sermones; y durante la agitación electoral no se apasiona sino por aquellos principios que toman cuerpo o identidad; que se convierten, por así decir, en candidatos.

Por tanto, si queréis que se discuta de anarquía –les he dicho y repetido a mis amigos– debéis alinearos en pro o en contra de alguno. Con esta condición vuestra palabra será escuchada; vuestra opinión respetada, admitida o combatida, y de todas maneras discutida; vuestra amistad buscada y vuestra enemistad temida.

Pero los abstencionistas no entienden estas razones. Son doctrinarios y argumentan así:

“El parlamentarismo es contrario a los principios anarquistas. Por tanto debemos combatirlo con la palabra, esperando que se presente la ocasión de destruirlo con los hechos.”

“Si nuestras fuerzas bastan o no para esta obra; si la ocasión se demora y entre tanto el pueblo languidece y se descorazona; si el pueblo sigue o no nuestra iniciativa; si nuestras ideas se pondrán en práctica hoy o de aquí a mil años; o si, por ventura, son demasiado simples y abstractas para ser aplicadas, todo esto no nos importa. Afirmemos las ideas: éstas encontrarán el medio de hacerse realidades.”

“El pueblo admirará nuestra coherencia y vendrá a nosotros. E incluso si no viniese, si nuestras ideas no debieran ser puestas en práctica ni ahora ni nunca, nosotros habríamos cumplido nuestro deber. Los términos medios nos debilitan, nos corrompen, nos dividen; sólo la verdad, expresada enteramente y sin ambages, nos puede salvar.”

Ante todo, este modo de razonar implica el convencimiento de que ellos solos –los anarquistas abstencionistas– están en lo cierto, que poseen toda la verdad y que no hay más que una manera de resolver la cuestión social: la propuesta por ellos.

En segundo término, el razonamiento está radicalmente equivocado. Las ideas no valen por sí mismas, sino por la acción que ejercen sobre el destino de los hombres.

Una verdad que no puede convertirse en actos, no puede ser perfectamente verdadera; un partido que no logra ganar a las multitudes a su causa, ha equivocado el camino. La lucha debe tener un fin inmediato; cuando tantos millones de nuestros semejantes sufren diariamente, es insensato consumir las propias energías en luchas de partido y en enfrentamientos académicos.

El sistema parlamentario quizás no convenga a la sociedad futura; pero entretanto, la lucha electoral nos ofrece medios y oportunidades de propaganda y de agitación. También tiene inconvenientes, como todas las cosas de este mundo. Mucho depende del modo en que se lleva a cabo.

¿Qué dirán los anarquistas a quien argumentase así: la violencia es contraria a nuestros principios; por tanto, no debemos usar la fuerza ni siquiera para defender nuestra vida?

Responderían ciertamente que el uso de la fuerza nos es impuesto por las condiciones de la sociedad en que vivimos; así respondo yo a sus argumentos contra la lucha política parlamentaria.

¿Es cierto o no que el uso de los medios legales nos es impuesto en los tiempos ordinarios, como el de la violencia en las ocasiones extraordinarias?

Yo digo que sí.

No nos ilusionemos. Sobre cien personas, se pueden encontrar quizá diez capaces de afrontar la muerte en el campo de batalla o en una insurrección; pero difícilmente se encontrará una dispuesta a afrontar las pequeñas persecuciones de todos los días, a ir a la cárcel, a hacerse expulsar por el patrón, a ver a su mujer y a sus hijos pasar hambre.

Y a las poquísimas que resisten estas persecuciones, el gobierno las cuenta, las vigila, las reprime y las dispersa en un momento.

Un partido verdaderamente revolucionario debe ser comprendido por el pueblo, y esto no se puede conseguir sino mediante una acción que no esté expuesta a demasiados peligros en tiempos ordinarios. La lucha electoral responde efectivamente a esta condición; y no se puede negar que, por haberla adoptado, el partido socialista ha logrado reunir un gran número de obreros en sus filas.

Por el contrario, los anarquistas han visto las suyas debilitarse, justamente porque se han querido obstinar en su práctica abstencionista; y yo no dudo que, si continúan obstinándose, dejarán incluso de existir como partido; y no se hablará de ellos –como ya no se habla– sino cuando al gobierno le de la gana de perseguirlos para liberar su ansia de persecución.

Resumiendo, sin creer que la cuestión social pueda ser resuelta por medio de leyes y decretos, estoy por la lucha electoral y parlamentaria, porque no es contrario a los principios socialistas y anarquistas el que el pueblo haga valer su voluntad y sus intereses de todas las maneras posibles; porque es necesario sustraer a las clases trabajadoras de su dependencia hereditaria respecto de los propietarios y patronos, impedir que sean tratadas como rebaños en las elecciones y ejercitarlas en las vidas pública y política; porque las elecciones ofrecen oportunidad de propaganda, agitación y protesta contra las arbitrariedades y las prepotencias del gobierno, como los mismos abstencionistas reconocen son sus candidaturas-protesta; porque en el momento actual es casi la única afirmación que nos es consentida; el gobierno quiere privarnos también de ésta, y sería insensato ceder; porque, en general, tenemos el deber de no perder las libertades que nuestros padres conquistaron combatiendo, sino que debemos defenderlas enérgicamente y acrecentarlas; porque, sin creer muy eficaz la obra de los diputados socialistas, obreros o revolucionarios en la cámara, es en cambio utilísima la acción que pueden y deben desplegar en pro de la causa fuera del parlamento; porque la experiencia ha demostrado que eran exagerados nuestros temores en cuanto a la influencia corruptora del ambiente parlamentario sobre los elegidos de nuestro partido; más bien, el evidente contraste entre los hombres desinteresados de carácter y que representan el socialismo y los representantes corrompidos y astutos de la burguesía, no puede sino conquistar para nuestra causa la simpatía de la parte sana de la población; porque, en fin, debemos participar en todas las luchas y agitaciones populares y desplegar nuestra acción en medio de la masa, no en los pequeños conciliábulos de partido.

Puedan estas razones convencer a mis amigos e inducirlos a salir de la reserva que se han impuesto, para prestar en cambio la contribución de sus fuerzas a la actual campaña electoral contra el gobierno y en la defensa de la libertad y la justicia. En cuanto a mí, repito que mi finalidad, al combatir la estéril táctica abstencionista,

no ha sido la de satisfacer una ambición personal y acrecentar en uno el número de los diputados socialistas en el parlamento.

Merlino

LAS CANDIDATURAS-PROTESTA ¹²

Los compañeros de Roma presentan candidato a nuestro amigo Luigi Galleani, que se halla confinado y parece que en otros lugares se han presentado otras candidaturas-protesta. Es difícil y penoso para nosotros decir franca y claramente nuestra opinión. Cuando hombres que estimamos y amamos y que han hecho mucho y harán más todavía por nuestra causa, están presos o confinados y se propone un medio para hacerlos salir, ¿cómo se hace para decir, por malo que sea el medio: no, dejadlos donde están?

No obstante, nos esforzaremos y abriremos nuestro corazón. Si alguien nos encuentra demasiado intransigentes, que nos perdone en consideración al hecho de que también nosotros hemos estado en la cárcel y confinados; que estamos expuestos a volver siempre, y que podemos permitirnos ser severos con los demás porque tenemos conciencia de que sabríamos serlo con nosotros mismos. En cuanto a los amigos candidatos, ciertamente nos lo perdonarán, porque sabrán apreciar nuestros motivos: incluso con respecto a algunos de ellos, sabemos que están completamente de acuerdo con nosotros acerca del tema. La candidatura-protesta, especialmente cuando se está seguro de que el elegido no querrá de ninguna manera hacer de diputado, no es, por sí misma, contraria a nuestros principios y tampoco a nuestra táctica; pero es, no obstante, una puerta abierta al equívoco y a las transacciones. Es el primer caso en una pendiente resbaladiza en la que es difícil detenerse.

Si se quiere votar por un candidato-protesta, es necesario ser elector; por tanto, es necesario inscribirse, y quien no se inscribe es un negligente que no prepara los medios para alcanzar sus fines. Un paso todavía, un pequeño paso, y diremos también nosotros, imitando a los socialistas: no es un buen anarquista quien no se inscribe como elector. Y cuando se está inscrito y no se tiene a mano un candidato-protesta, es fuerte la tentación de ir a votar para favorecer a un amigo o para dar un disgusto a un adversario. Somos todos hombres y cuesta tan poco ir a poner una papeleta en una urna. La experiencia enseña.

Luego viene la cuestión de la conducta del elegido. ¿Escucháis a Merlino? Éste ya señala la contradicción al decir: cuando hayáis sacado a Galleani del confinamiento nombrándolo diputado. ¿Deberá dimitir para que lo manden de nuevo allí y vosotros os divirtáis sacándolo otra vez?

Estamos seguros que Galleani, si fuera elegido, no iría a Montecitorio o iría sólo un momento para escupir su desprecio en la cara a los diputados, pero esta vez, la razón está de parte de Merlino. Y además, ¿tendrían todos la fuerza de ánimo que conocemos en Galleani?

Las candidaturas-protesta nos han devuelto a algunos compañeros y nos alegramos de corazón. Pero no podemos ocultarnos que éstas han hecho a nuestro partido un daño grandísimo.

La candidatura de Cipriani, por ejemplo, consiguió liberar a Cipriani; pero fue la que insinuó el parlamentarismo en Romana y rompió la unidad anarquista de aquella región.

¹² "L' Agitazione", 4 de marzo de 1897.

Con esto no deseamos criticar a los compañeros de Roma. Al contrario, comprendemos y apreciamos sus generosos motivos. Sólo nos lamentamos de que nuestro partido esté en tan tristes condiciones de no poder hacer otra cosa en pro de nuestros proscritos que recurrir al medio débil y peligroso de las candidaturas de protesta.

Trabajemos, propaguemos, organicemos y podremos a continuación obtener, a favor de los nuestros, manifestaciones de la opinión pública mucho más significativas y eficaces que las elecciones.

Malatesta

ANARQUÍA Y PARLAMENTARISMO¹³

Los parlamentaristas están de fiesta, según ellos, no hay más abstencionistas porque... Merlino se ha convertido al electoralismo. Creen que los anarquistas siguen ciegamente, como a menudo sucede entre ellos, a este o a aquel hombre; nosotros en cambio consideramos que Merlino se quedará sólo y deberá buscar sus colaboradores fuera del campo anarquista, porque los principios anarquistas se concilian mal con el trabajo sostenido por él. Consta entretanto que hasta ahora ningún anarquista, que yo sepa, ha suscrito las ideas de Merlino.

Merlino niega que la lucha política parlamentaria sea contraria a los principios socialistas-anárquicos.

Entendámonos bien.

Lo que es contrario a nuestros principios es el parlamentarismo, en todas sus formas y gradaciones. Consideramos que la lucha electoral y parlamentaria educa al parlamentarismo y termina por transformar en parlamentaristas a quienes la practican.

Merlino –que parece que todavía se considera anarquista y va haciendo continuas reservas sobre la abolición plena del parlamentarismo y sustenta la fe novísima de la posibilidad de un gobierno que sea servidor del pueblo y al que se pueda despedir cuando no cumpla con su deber o no se tenga más necesidad de su obra– debería ante todo explicarnos cómo sería su anarquía parlamentaria. Hasta ahora el socialismo anarquista, a fin de cuentas, no ha sido sino el socialismo antiparlamentario, ¿por qué, entonces, continuar llamándolo anarquista?

La abstención de los anarquistas no debe confrontarse con la de, por ejemplo, los republicanos. Para éstos, la abstención es una simple cuestión de táctica: se abstienen cuando creen inminente la revolución y no quieren distraer fuerzas de la preparación revolucionaria; votan cuando no tienen nada mejor que hacer y para ellos lo mejor es el trabajo minoritario, dado que rehuyen, por razones de clase, las agitaciones que pueden destruir el orden social. En realidad, están siempre en el buen camino: quieren un gobierno parlamentario y los electores que conquistan ahora les servirán para mandarlos un día a la constituyente.

Para nosotros, en cambio, la abstención está estrechamente ligada con las finalidades de nuestro partido. Cuando llegue la revolución nos negaremos a reconocer los nuevos gobiernos que traten de implantarse, no queremos darle a ninguno un mandato legislativo; por tanto, tenemos la necesidad de que el pueblo tenga repugnancia a las elecciones, se niegue a delegar en otros la organización del nuevo estado de cosas, y que, más bien, se encuentre en la necesidad de actuar por sí mismo.

Debemos hacer que los obreros se habitúen desde ahora –en la medida de lo posible, en las asociaciones de todo género– a regular por sí mismos sus propios asuntos y no sigan con su tendencia a delegarlos en otros.

¹³ “*L' Agitazione*”, 4 de marzo de 1897.

Merlino por ahora dice, todavía, que las elecciones deben servir como medio de agitación, que los socialistas elegidos no deben ser legisladores y que la lucha importante se debe librar fuera del parlamento.

Pero escuchad un poco a sus amigos del *Avanti!* Ellos son lógicos. Ellos quieren ir al poder –para hacer el bien al pueblo, no lo dudamos– y por tanto tienen todo el interés en educar al pueblo para que elija diputados, mientras ellos aprenden a gobernar.

Pero ¿dónde quiere llegar Merlino? ¿Se quedará siempre entre el sí y el no, entre el me decido y no me decido?

Él, con su temperamento de hombre activo, se decidirá ciertamente –creemos, y lo lamentamos de verdad- se decidirá por deshacerse de toda reminiscencia anarquista y convertirse en un simple parlamentarista.

No faltan los síntomas que indican esa decisión definitiva.

En su primera carta al *"Messaggero"* la lucha parlamentaria era un simple episodio de escasa importancia. En la segunda, las asociaciones de resistencia, las cooperativas y el resto no tienen éxito y no se puede hacer otra cosa que ir al parlamento. En su primera carta, los anarquistas debían mandar a los demás al parlamento, pero no ir ellos; en el artículo del *"Avanti!"* ya se dice que los diputados pueden hacer tan buenas cosas que verdaderamente sería una traición el negarnos a hacerlas también nosotros. Y luego se habla de hacerse arrestar con el pueblo. ¿Cómo perder la magnífica ocasión de sacrificarse por el pueblo?

Merlino –estamos convencidos porque le conocemos– es sincero cuando dice que no quiere ir al parlamento. Pero la lógica de su posición será más fuerte que él, e irá al parlamento... si quieren mandarlo.

Toda la fuerza de la argumentación de Merlino consiste en un equívoco. Contrapone por una parte la lucha electoral y por otra la ciencia, la indiferencia y la aquiescencia supinas a las prepotencias del gobierno y de los patronos; y está claro que, en ese caso, la ventaja corresponde a la lucha electoral.

De esta manera, sería fácil demostrar que es bueno ir a misa y esperar bondades de la divina providencia, dado que el hombre que cree en la eficacia de la plegaria es superior al idiota que nada desea, nada espera y nada teme.

¿Se deduce de todo esto que deberíamos ponernos a predicar a la gente que se vaya a la iglesia y confíe en Dios?

La cuestión es otra. Se trata de buscar cuál es el camino que –mientras satisface las necesidades del momento- conduce más directamente a los destinos futuros de la humanidad; cuál es el modo más útil de emplear las fuerzas socialistas.

No es cierto que sin el parlamento falten los medios para hacer presión sobre el gobierno y poner freno a sus excesos. Al contrario. Cuando en Italia no había sufragio universal, había una libertad que hoy nos parecería grande; y la violencia gubernativa, mucho menor que la de Crispi y Di Rudini, provocaba una indignación y una reacción popular de las que hoy no tenemos ni idea.

El mismo sufragio al que dan tanta importancia, ha sido obtenido naturalmente, cuando no había sufragio; y ahora que lo hay, amenazan con eliminarlo. ¡Efecto milagroso de su eficacia!

Merlino dice que Malatesta ha escrito que el despotismo es preferible al híbrido sistema actual. Si la memoria no me falla, Malatesta escribió que el parlamentarismo aceptado y elogiado es preferible al despotismo sufrido por la fuerza y con el ánimo dispuesto a la rebelión. Es una cosa bien distinta, y en esa diferencia está la razón de nuestra táctica. Si el gobierno redujese a Italia al estado político de Rusia, no deberíamos recomendar la lucha por el constitucionalismo, porque sabemos ya cuánto valen las constituciones y encontraríamos modos de luchar por nuestros ideales incluso sin las migajas de libertad que sirven más bien para ilusionar a las masas que para favorecer el progreso.

Los socialistas parlamentarios, en cambio, empeñando toda su actividad en torno a la lucha electoral, se condenan a un trabajo de Sísifo; y cada vez que el gobierno quiere minimizar las libertades políticas y garantías constitucionales, ellos deben dejar de lado el programa socialista y volver a ser constitucionalistas. Como prueba de ello, la Liga de la Libertad de los tiempos crispinos, en que Turati, Cavallotti y Di Rudini se habían convertido en correligionarios y hermanos.

Por otra parte el hecho es éste: si en el país hay conciencia y fuerza de resistencia, si hay partidos extraconstitucionales que amenazan al Estado, entonces el gobierno respeta el estatuto, extiende el sufragio, concede libertades (para abrir válvulas de seguridad a la creciente presión); y en el parlamento los diputados burgueses, para hacerse populares, truenan contra los ministros. Si en cambio el gobierno ve que los partidos populares fundan sus esperanzas sobre la acción parlamentaria y que la cosa que más molestias le da son los diputados socialistas, entonces rechaza el sufragio, cierra el parlamento, viola el estatuto; y si los diputados tienen agallas -cosa rara- de resistir más que por burla, van presos a pesar de la medallita y de la inmunidad.

Cuando Merlino dice que los abstencionistas son doctrinarios, y se complace en poner en boca de éstos una serie de razonamientos separados de toda realidad y que conducen al más completo quietismo, entonces Merlino es... menos que sincero.

Hay, es verdad, anarquistas que se cuidan poco de la viabilidad de sus ideas y limitan su objetivo a la defensa de nociones abstractas que consideran la verdad absoluta... alcanzables hoy, o dentro de mil años, no importa.

Pero Merlino sabe que esa tendencia no es mayoritaria ente los anarquistas, que en Italia apenas se encontraría la traza de esa posición, incluso en el exterior, en el fondo sólo está representada por unas cuantas personalidades.

Servirse de la existencia de una tal tendencia para atribuirle a todos los anarquistas y darse así el aire de tener razón, puede ser hábil estratagema polémica, pero no es digno de quien busca y quiere propagar la verdad.

Esa tendencia quietista, por el hecho de haber encontrado simpatías en algunos hombres de ingenio y de fama, ha sido ciertamente una de las causas que han detenido el desarrollo del movimiento anarquista. Merlino y nosotros (y muchos más), hemos combatido esta tendencia; y si él hubiese continuado por el camino anterior, aún nos tendría por compañeros. Pero Merlino, justamente cuando los anarquistas comienzan a salir de la crisis y a retomar un trabajo fecundo, reniega de todo lo que él mismo había dicho; y sin presentar una sola razón nueva que no hubiese sido dicha ya mil veces por los legalistas -y por él mismo refutada- querría que nosotros le siguiésemos.

Hoy, las críticas que puedo hacer acerca de los errores en que han caído los anarquistas, no tienen ya eficacia, porque no son más las observaciones de un compañero expresadas en bien de la causa común, sino los ataques de un adversario, que corren el riesgo de no ser tomados en cuenta por considerárselos sospechosos.

Malatesta

MAYORÍAS Y MINORÍAS¹⁴

Me alegro de la próxima publicación del diario “*L’Agitazione*”, y os deseo de corazón el más completo éxito.

Vuestro diario aparece en un momento en que es grande la necesidad de él y espero que podrá ser un órgano serio de discusión y propaganda, así como un medio eficaz para reunir y consolidar las esparcidas filas de nuestro partido.

Podéis contar con mi colaboración para todo lo que mis fuerzas –sin embargo escasas– me permitan.

Por esta vez –tanto como para desbrozar el terreno de la futura colaboración– os escribiré algunos puntos que, si en cierto modo me competen personalmente, no dejan de tener importancia para la propaganda general.

Nuestro amigo Merlino –que, como sabéis, se pierde hoy en la inútil tentativa de querer conciliar la anarquía con el parlamentarismo– en una carta suya al “*Messaggero*”, queriendo sostener que el parlamentarismo no está destinado a desaparecer enteramente y que algo quedará de él, incluso en la sociedad que anhelamos, recuerda un escrito enviado por mí a la conferencia anarquista de Chicago de 1893, en que yo sostenía que para algunas cosas el parecer de la mayoría deberá necesariamente prevalecer sobre el de la minoría.

La cosa es cierta, y mis ideas no son hoy distintas de las expresadas en el escrito de que se trata. Pero Merlino, tomando una frase fuera de contexto parece sostener una tesis distinta de la que yo sostenía, deja en la sombra y en el equívoco lo que yo verdaderamente entendía.

Helo aquí: había en aquella época muchos anarquistas –y hay todavía algunos– que confundiendo la forma con la sustancia y cuidándose más de las palabras que de las cosas, habían elaborado una especie de ritual del verdadero anarquista que paralizaba su acción y los arrastraba a sostener cosas absurdas y grotescas.

Así éstos, partiendo del principio de que la mayoría no tiene el derecho a imponer su voluntad a la minoría, concluían que nada se debía hacer nunca si no era aprobado por la totalidad de los presentes. Confundiendo el voto político, que sirve para nombrar patronos, con el voto emitido para expresar de modo expeditivo la propia opinión, consideraban antianarquista toda clase de votación. Así, si se convocaban unas elecciones para protestar contra una violencia gubernativa o patronal, o para mostrar la simpatía popular por un suceso dado, la gente venía, escuchaba los discursos de los promotores, escuchaba los de los opositores, y luego se iba sin expresar su propia opinión, porque el único medio para expresarla era la votación sobre varios órdenes del día... y votar no era anarquista. Un círculo quería hacer un manifiesto: había diversas redacciones propuestas que dividían los pareceres de los socios; se discutía sin fin, pero no se lograba nunca saber la opinión predominante, porque estaba prohibido votar, y entonces, o el manifiesto no se publicaba o algunos publicaban por su cuenta lo que preferían; el círculo se dividía cuando no había en realidad ninguna disensión real y se trataba sólo de una cuestión de estilo.

¹⁴ “*L’Agitazione*”, 14 de marzo de 1897

Una consecuencia de estos usos, que decían ser garantías de libertad, era que sólo algunos, con más facultades oratorias, hacían y deshacían, mientras aquellos que no sabían o no osaban hablar en público y que son siempre la gran mayoría, no contaban para nada. Mientras la otra consecuencia, más grave y verdaderamente mortal para el movimiento anarquista, era que los anarquistas no se creían ligados por solidaridad obrera, y en tiempo de huelga iban a trabajar, porque la huelga había sido votada por mayoría y contra su parecer. Y llegaban hasta no combatir a los esquirols, autodenominados anarquistas, que pedían y recibían dinero de los patronos –podría citar nombres de ser necesario– para combatir una huelga en nombre de la anarquía.

Contra éstas y similares aberraciones estaba dirigido el escrito que mandé a Chicago.

Yo sostenía que no habría vida social posible si en verdad no se pudiera hacer nunca nada en conjunto sino cuando todos estuviesen de acuerdo. Que las ideas y las opiniones están en continua evolución y se diferencian por matizaciones insensibles, mientras las realizaciones prácticas cambian a saltos bruscos; y que, si llegase un día en que todos estuvieran perfectamente de acuerdo sobre las ventajas de una cosa dada, ello significaría que en la misma todo progreso posible estaba agotado. Así, por ejemplo, si se tratara de hacer una vía férrea, habría ciertamente mil opiniones distintas sobre el trazado de la línea, sobre el material, sobre el tipo de máquinas y de vagones, sobre el lugar de las estaciones, etc., y estas opiniones cambiarían de día en día; pero si se quiere hacer la vía férrea, hay que elegir entre las opiniones existentes, y no se puede modificar cada día el trazado, cambiar de lugar las estaciones y cambiar las máquinas. Y dado que se trata de elegir, es mejor que estén contentos los más que lo menos, con la salvedad, naturalmente, de dar a los menos toda la libertad y todos los medios posibles para propagar y experimentar sus ideas en intentar ser mayoría.

Por tanto, en todas aquellas cosas que no admiten varias soluciones simultáneas, o en las cuales las diferencias de opinión no son de tal importancia que valga la pena estar divididos y actuar cada fracción a su manera, o en que el deber de solidaridad impone la unión, es razonable, justo, necesario, que la minoría ceda a la mayoría.

Pero este ceder de la minoría debe ser efecto de la libre voluntad, determinada por la conciencia de la necesidad; no debe ser un principio, una ley, que se aplica en todos los casos, incluso cuando no hay realmente necesidad. Y en esto consiste la diferencia entre la anarquía y una forma de gobierno cualquiera. Toda la vida social está llena de estas necesidades en que uno debe ceder las propias preferencias para no ofender los derechos de los otros. Entro en un café, encuentro ocupado el lugar que me gusta y voy tranquilamente a sentarme a otro, donde quizás hay una corriente de aire que me molesta. Veo personas que hablan dando a entender que no quieren ser escuchadas y me mantengo a distancia, quizás a disgusto, para no incomodarlas. Pero esto lo hago porque me lo impone mi instinto de hombre social, mi hábito de vivir en medio de las gentes y mi interés por no hacerme tratar mal; si procediera de otra manera, aquellos a quienes incomodo me

harían sentir pronto, de un modo o de otro, las consecuencias de ser grosero. No quiero que los legisladores vengan a prescribirme cuál es el modo en que debo comportarme en un café, ni creo que ellos logran enseñarme aquella educación que yo hubiese sabido aprender de la sociedad en medio de la cual vivo.

¿Cómo hace Merlino para obtener de esto que un resto de parlamentarismo deberá haberlo incluso en la sociedad que anhelamos?

El parlamentarismo es una forma de gobierno en la cual los elegidos del pueblo, reunidos en cuerpo legislativo, promulgan, por mayoría de votos, las leyes que les place y las imponen al pueblo con todos los medios coercitivos de que disponen.

¿Es una muestra de esta aberración lo que Merlino querría conservar también en la anarquía? O bien, dado que en el parlamento se habla, se discute y se delibera –y esto se hará siempre en cualquier sociedad posible– ¿Merlino llama a esto un resto de parlamentarismo?

Pero realmente, eso sería jugar con las palabras, y Merlino está capacitado para emplear otros y mucho más serios procedimientos de discusión.

¿No se acuerda Merlino que cuando polemizábamos juntos contra los anarquistas enemigos de todo congreso –porque justamente consideran los congresos como una forma de parlamentarismo– sosteníamos que la esencia del parlamentarismo está en el hecho de que los parlamentos crean e imponen leyes, mientras un congreso anarquista no hace sino discutir y proponer resoluciones que no tienen valor ejecutivo sino después de la aprobación de los mandantes y sólo para aquellos que las aprueban?

¿O es que las palabras han cambiado de significado ahora que Merlino ha cambiado de ideas?

Malatesta

SOBRE LA LÍNEA DEL ANARQUISMO ¹⁵

Osvaldo Gnocchi Viani, hablando en *“Lotta di classe”* acerca de la discusión entre Merlino y yo a propósito de la lucha electoral, dice que nosotros –Merlino y yo– nos hemos separado del estilo anárquico-individualista y hemos evolucionado hacia el método de organización y la acción política y, por tanto, concluye que ambos hemos sufrido una evolución del mismo género y que sólo diferimos porque uno ha avanzado más que el otro, y que yo no sé y no quiero llegar hasta allí (esto es, hasta aceptar la táctica electoral).

Todos estos despropósitos serían aceptables por alguien que ignorara completamente la historia del movimiento en Italia; pero en un Gnocchi Viani son excesivos y muestran hasta qué punto el tomar partido puede nublar el juicio (incluso en los hombres informados y, de ordinario, más serenos y ecuánimes).

¡Separados del tronco anarco-individualista! Pero, ¿cuándo Merlino y yo hemos sido individualistas? ¿Y qué es ese tronco anarco-individualista? En Italia, durante mucho tiempo, todos los anarquistas fueron socialistas; más bien, el socialismo nació anarquista, hace hoy casi treinta años. Gnocchi Viani debe recordarlo. El individualismo llamado anarquista vino mucho más tarde y siempre nos tuvo por adversarios, tanto a Merlino como a mí.

¡Evolución hacia el método de la organización y de la acción política! Pero, ¿quién de nosotros ha dejado alguna vez de reconocer y propugnar la suprema necesidad de la organización y de la lucha política? Acerca del primer punto, siempre hemos sostenido que la abolición del gobierno y del capitalismo sólo será posible cuando el pueblo, organizándose, se ponga en condiciones de hacer frente a las funciones sociales que realizan hoy, explotándolas en su provecho, los gobernantes y los capitalistas. Por tanto, no queriendo gobierno, tenemos una razón más que todos los demás para ser cálidos partidarios de la organización.

Y en cuanto al segundo punto, ¿quién ha puesto más énfasis que nosotros en sostener que a la lucha contra el capitalismo hay que unir la lucha contra el Estado, es decir, la lucha política?

Existe actualmente una escuela que por lucha política entiende la conquista de los poderes públicos mediante las elecciones; pero Gnocchi Viani no puede ignorar que la lógica impone otros métodos de combate a quien quiera abolir el gobierno y no ya ocuparlo.

Merlino y yo hemos estado de acuerdo en señalar los errores que, en nuestra opinión, se habían deslizado en las teorías anarquistas, así como los males que habían afligido a nuestro partido (en ese aspecto Merlino ha desarrollado, me complazco en reconocerlo, más actividad que yo). Pero cuando los males que lamentábamos son ya reconocidos por casi todos; cuando los errores comienzan a ser rechazados; cuando el partido empieza a organizarse en serio y se alientan esperanzas, Merlino cree encontrar la salvación en la táctica electoral –que ha causado tantas desdichas a la causa socialista– y nos deja. Tanto peor. Continuaremos lo mismo sin él.

¹⁵ *“L’Agitazione”*, 21 de marzo de 1897.

Esto significa haber avanzado un poco más o un poco menos por el mismo camino, y luego, llegados a la bifurcación, habernos separado, siguiendo uno por un lado y otro por otro. ¿No le parece así también a Gnocchi Viani?

Malatesta

DE UNA CUESTIÓN DE TÁCTICA A UNA CUESTIÓN DE PRINCIPIOS ¹⁶

NOTA DE MALATESTA:

Bajo este título hemos recibido de Saverio Merlino el artículo siguiente, que publicamos con placer.

Merlino puede estar seguro de encontrar siempre en nosotros la serenidad y el amor sin límites por la verdad, que él desea. Por otra parte, convenimos con él en que a menudo los anarquistas nos hemos mostrado intolerantes y demasiado inclinados a la ira; pero no es necesario por ello, en el entusiasmo de los mea culpa, cargar con todos los errores y olvidar que el ejemplo y la provocación, a menudo han venido de los demás. Sin remontarnos a los tiempos de Bakunin y a las calumnias infames y mentiras desvergonzadas que todavía se cuentan a los jóvenes que no conocen nuestra historia, nos basta con recordar la manera en que los socialistas demócratas se han conducido en los últimos congresos internacionales respecto a los anarquistas, así como ciertos artículos aparecidos, no hace mucho, en la prensa socialista democrática de varios países.

De todas maneras, en lo posible, buscamos ser justos, a pesar de cuanto hagan y digan nuestros adversarios.

He aquí el artículo de Merlino:

Veamos si es posible continuar discutiendo serenamente, sin iras ni sospechas, tal como hemos comenzado. Sería una cosa casi nueva y de tan buen augurio, que debería alegrarme haber ofrecido a mis amigos la oportunidad de demostrar que el partido anarquista comienza a educarse en la observancia de los principios que profesa.

Y, antes que nada, ¿soy yo anarquista?

Respondo: si la abstención es dogma de fe anarquista, no. Pero yo no creo en el dogma. No creo que la defensa y el ejercicio de nuestros derechos, ni siquiera de los mínimos, sean contrarios a nuestros principios. No creo que ejerciendo el derecho al voto, que nos es concedido, renunciemos a otros mayores, que se nos niegan y que debemos reivindicar.

Creo que la agitación electoral nos ofrece modos y oportunidades de propaganda, a los cuales sería locura renunciar —especialmente en este momento en Italia, donde prácticamente nos está prohibida toda afirmación— y creo también que no se extrae todo el provecho posible cuando se sostiene la abstención. Esto lo hemos probado aquí en Roma en estos días, cuando por medio de la candidatura de Galleani hemos podido hacer manifestaciones, difundir manifiestos, ganarnos la simpatía de muchos que eran hostiles o indiferentes, como no habríamos podido hacerlo nunca si hubiéramos permanecido abstencionistas.

¹⁶ "L'Agitazione", 28 de marzo de 1897.

Por otra parte, no creo en la conquista de los poderes públicos, sostengo que la lucha, tanto por la libertad como por la emancipación económica, debe ser librada principalmente fuera del parlamento. La obra de los diputados obreros, socialistas y revolucionarios la considero útil pero no por sí misma sino como apoyo a la lucha extraparlamentaria. Y si pensando así no me encuentro perfectamente de acuerdo ni con los anarquistas ni con los socialistas-democráticos, lo lamento sinceramente, pero, ¿puedo desdecirme?

En pro y en contra de la participación en las elecciones, me parece que se ha dicho poco más o menos todo cuanto se podía decir. Me complace que la disputa haya sido llevada por Malatesta a la esfera de los principios (y, también por esto, no me arrepiento de haberla suscitado).

Es innegable que en torno a nuestros principios —que son verdaderos, si se los interpreta rectamente— han pululado muchos errores y muchos sofismas.

Algunos de éstos dicen que los hombres deben hacer todo por sí, individualmente; que un hombre no debe hacerse nunca representar por otro; que las minorías no deben ceder ante las mayorías (siendo más probable que se engañen éstas y no aquellas); que en la sociedad futura los hombres se encontrarán milagrosamente de acuerdo o, de lo contrario, los disidentes se separarán y cada uno actuará a su guisa; y que toda otra conducta sería contraria a nuestros principios.

Querría repetir aquí, palabra por palabra, las muy justas y lúcidas consideraciones que formula Malatesta en el número 1 de "*L'Agitazione*" (y no por primera vez), contra ese modo de entender la anarquía. Concluye diciendo:

“Por tanto, en todas aquellas cosas que no admiten varias soluciones contemporáneas, o en las cuales las diferencias de opinión no son de tal importancia que valga la pena estar divididos y actuar cada fracción a su manera, y cuando el deber de la solidaridad impone la unión, es razonable, justo, necesario que la minoría ceda a la mayoría.”

Sin embargo, creo disentir con él en dos puntos: en primer lugar, Malatesta parece creer que las cosas en las cuales —por varias razones que expone— se hace necesario estar de acuerdo, son todas de poca monta. Esta impresión surge de los ejemplos que emplea. Voy a un café, encuentro ocupados los mejores lugares; debo resignarme a estar en una corriente de aire o irme. Veo personas hablar bajo: debo alejarme para no ser indiscreto, etc. Yo en cambio creo (y quizá Malatesta también, pero no lo dice) que entre las cuestiones en la que convendrá el acuerdo —y, si éste no es posible, habrá que buscar un compromiso— las hay de índole muy grave, y tales son justamente las cuestiones referentes a la organización general de la sociedad y a los grandes intereses públicos. En la sociedad puede haber alguien que considere justa la venganza, pero la mayoría de los hombres tiene derecho a considerarla injusta e impediría. Puede haber una minoría que prefiera organizar los transportes por ferrocarril según un modelo cooperativista, colectivista, comunista o de cualquier otra manera; pero, al no poder adoptar más que un tipo de organización, es necesario que prevalezca el parecer de la mayoría.

Puede haber, incluso, quien considere como una vejación determinado procedimiento adoptado para impedir la difusión de una enfermedad contagiosa, pero la sociedad tiene derecho a defenderse de las epidemias.

La segunda diferencia entre Malatesta y yo consiste en que yo creo poder profetizar que en la sociedad futura la minoría, siempre y en todos los casos, se rendirá voluntariamente al parecer de la mayoría. Malatesta, en cambio, dice: Pero este ceder de la minoría debe ser efecto de la libre voluntad, determinada por la conciencia de la necesidad.

¿Y si esa voluntad no existe? ¿Si esta conciencia de la necesidad no existe en la minoría? ¿Si más bien la minoría resistiendo está convencida de cumplir con su deber? Evidentemente, la mayoría –no queriendo sufrir la voluntad de la minoría– hará la ley, dará a su propia deliberación (como dice Malatesta a propósito de los congresos), un valor ejecutivo.

Malatesta dice más aún; y, a propósito de quién encuentra ocupado el lugar preferido de un café o de quien se debe alejar de una conversación confidencial, manifiesta, si procediera de otra manera, aquellos a quienes incomodo me harían pronto darme cuenta, de un modo u otro, de las consecuencias de mi grosería. ¡Coacción! Y se trata sólo de relaciones individuales con escasas consecuencias. ¡Figurémonos si se tratara de un grave asunto de interés público, como aquellos a que me he referido más arriba!

Está bien que la coacción deba ser mínima -y posiblemente más bien moral que física- que se deban respetar los derechos de las minorías e incluso admitir, en algunos casos, la separación de la minoría disidente. Pero, en suma, es sólo cuestión de más o menos; de modalidad y no de principios.

En los casos en que resulte útil y necesario –digo yo– no es contrario a los principios anarquistas ni el llegar a una votación ni el proceder a la ejecución de las deliberaciones tomadas; y cuando no puedan hacerlo los interesados directamente (por razones de número o de capacidad), tampoco es contrario a los principios anarquistas que -tomadas las debidas precauciones contra los posibles abusos- dichas funciones sean delegadas.

Por tanto, concluyo:

O se cree en la armonía providencial que reinará en la sociedad futura, y entonces está equivocado Malatesta y tienen razón los individualistas; o Malatesta tiene razón, no se tiene derecho a decir que toda representación todo acto mediante el cual el pueblo confíe a otros el cuidado de sus intereses, es contrario a nuestros principios.

Me parece difícil esquivar este dilema.

Merlino

SOCIEDAD AUTORITARIA Y SOCIEDAD ANÁRQUICA ¹⁷

Sin duda, Merlino dice muchas cosas justísimas que también decimos nosotros; pero al afirmar ideas generales sobre las necesidades de la vida social, pierde de vista –a nuestro parecer– la diferencia entre autoritarismo y anarquismo y las razones de dicha diferencia. De modo que todo su argumentar podría servir muy bien para sostener la necesidad de un gobierno y, por tanto, la imposibilidad de la anarquía.

Establezcamos rápidamente cuáles son los puntos en los que estamos de acuerdo, de manera que, ni Merlino ni otro a quien plazca polemizar con nosotros, pierda el tiempo en combatirnos a causa de ideas que no sustentamos, y sólo logre así desperdiciar sus energías en cerrar puertas que están abiertas.

Nosotros pensamos que en muchos casos la minoría –incluso cuando está convencida de tener razón– debe ceder a la mayoría, porque de otra manera no habría vida social posible, y fuera de la sociedad es imposible toda vida humana. Sabemos muy bien que los casos en que no se puede alcanzar la unanimidad y que es necesario que la minoría ceda, no son los casos de menor importancia, sino que son, especialmente, los de importancia vital para la economía de la colectividad.

No creemos en el derecho divino de las mayorías, pero tampoco creemos que las minorías representen, siempre, la razón y el progreso. Galileo tenía razón contra todos sus contemporáneos; pero hay todavía quienes sostienen que la Tierra es plana y que el sol gira a su alrededor, y nadie dirá que tienen razón porque se han convertido en minoría. Por otra parte, si es verdad que los revolucionarios son siempre una minoría, también están siempre en minoría los explotadores y los esbirros.

Así estamos de acuerdo con Merlino en admitir que es imposible que cada hombre haga todo por sí mismo, y que, incluso si fuera posible, sería sumamente desventajoso para todos. Por tanto, admitimos la división del trabajo social, la delegación de las funciones y la representación de las opiniones y de los intereses propios confiada a otros.

Y sobre todo rechazamos como falsa y perniciosa toda idea de armonía providencial y de orden natural en la sociedad, porque creemos que la sociedad humana y el hombre social mismo son el producto de una larga y fatigosa lucha contra la naturaleza, y que si el hombre cesara de ejercitar su voluntad consciente y se abandonara a la naturaleza recaería pronto en la animalidad y en la lucha brutal.

Pero –y aquí está la razón por la que somos anarquistas– queremos que las minorías cedan voluntariamente cuando así lo requiera la necesidad y el sentimiento de solidaridad. Queremos que la división del trabajo social no divida a los hombres en clases y haga a unos directores y jefes, exceptuados de todo trabajo ingrato, y condene a los otros a ser las bestias de carga de toda la sociedad. Queremos que delegando a otros una función, esto es encargando a otros de un trabajo dado, los hombres no renuncien a la propia

¹⁷ “*L’Agitazione*”, 28 de marzo de 1897

soberanía y que, donde sea necesario un representante, éste sea el portavoz de sus mandantes o el ejecutor de sus voluntades, y no ya quien hace la ley y la hace aceptar por la fuerza, y creemos que toda organización social no fundada sobre la libre y consciente voluntad de sus miembros conduce a la opresión y a la explotación de la masa por parte de una pequeña minoría.

Toda sociedad autoritaria se mantiene por coacción. La sociedad anarquista debe estar fundada sobre el acuerdo mutuo: en ella es necesario que los hombres sientan vivamente y acepten espontáneamente los deberes de la vida social y se esfuercen por organizar los intereses discordantes y por eliminar todo motivo de lucha intestina; o al menos que, si se producen conflictos, éstos no sean nunca de tal importancia como para provocar la constitución de un poder moderador, que con el pretexto de garantizar la justicia a todos, reduzca a todos a la servidumbre.

Pero ¿si la minoría no quiere ceder? Dice Merlino, ¿si la mayoría quiere abusar de la fuerza? Preguntamos nosotros.

Es claro que en un caso como en el otro no hay anarquía posible.

Por ejemplo nosotros no queremos policía. Esto supone naturalmente que pensamos que nuestras mujeres, nuestros hijos y nosotros mismos podemos andar por las calles sin que nadie nos moleste, o al menos que si alguno quisiera abusar de su fuerza superior con nosotros, encontraremos en los vecinos y en los paseantes una protección más válida que en un cuerpo de policía pagado para ello.

Pero ¿si en cambio bandas de malhechores van por las calles insultando y apaleando a los más débiles y la población asiste indiferente a tal espectáculo? Entonces naturalmente los débiles y aquellos que aman la propia tranquilidad invocarían la institución de la policía y ésta no dejaría de constituirse. Se podría quizá sostener que, dadas esas circunstancias, la policía sería el menor de los males; pero no se podría decir, ciertamente, que se vive en anarquía. La verdad sería que cuando hay tantos prepotentes de un lado y tantos bellacos del otro, la anarquía no es posible.

Más bien es que el anarquista debe sentir fuertemente el respeto de la libertad y del bienestar de los otros, y debe hacer de este respeto el objetivo preciso de su propaganda.

Pero, se objetará, los hombres hoy son demasiado egoístas, demasiado malos para respetar los derechos ajenos y ceder voluntariamente a las necesidades sociales.

En verdad, nosotros siempre hemos encontrado en los hombres, incluso en los más corrompidos, una tal necesidad de ser estimados y amados y, en circunstancias dadas, tanta capacidad de sacrificio y tanta consideración por las necesidades de los otros como para esperar que, una vez destruidas con la propiedad individual las causas permanentes de los más grandes antagonismos, no será difícil obtener la libre cooperación de cada uno al bienestar de todos.

Sea como sea, los anarquistas no somos toda la humanidad y no podemos ciertamente hacer solos toda la tarea para la realización de nuestros ideales intentando eliminar la lucha y la coacción en la vida social.

Y después de esto ¿tiene razón Merlino al sostener que el parlamentarismo no puede desaparecer completamente y que deberá quedar algo incluso en la sociedad que nosotros anhelamos?

Creemos al llamar parlamentarismo o proyecto de parlamentarismo a ese intercambio de servicios y a esa distribución de las funciones sociales sin las cuales la sociedad no podría existir, es alterar sin razón el significado aceptado de las palabras y no puede sino oscurecer y confundir la discusión.

El parlamentarismo es una forma de gobierno; y un gobierno significa poder legislativo, poder ejecutivo y poder judicial; significa violencia, coacción, imposición por la fuerza de la voluntad de los gobernantes a los gobernados.

Un ejemplo esclarecerá nuestro concepto.

Los varios Estados de Europa y del mundo están en relación entre ellos, se hacen representar los unos ante los otros, organizan servicios internacionales, convocan congresos, hacen la paz o la guerra, sin que haya un gobierno internacional, un poder legislativo que haga las leyes a todos los Estados y un poder ejecutivo que se imponga a todos.

Hoy las relaciones entre los diversos Estados están todavía en gran parte fundadas sobre la violencia y sobre la sospecha. A las supervivencias atávicas de las rivalidades históricas, de los odios de raza y religión y del espíritu de conquista, se agrega la competencia económica, y cada día los grandes Estados hacen la violencia a los pequeños.

Pero ¿quién osaría sostener que para remediar este estado de cosas sería necesario que cada Estado nombrase representantes, los cuales, reunidos, establecieran entre ellos, por mayoría de votos, los principios de derecho internacional y las sanciones penales contra los transgresores y que poco a poco legislaran sobre todas las cuestiones entre Estado y Estado y tuvieran a su disposición una fuerza para hacer respetar sus decisiones?

Esto sería el parlamentarismo extendido a las relaciones internacionales; y lejos de armonizar los intereses de los diversos Estados y destruir las causas de los conflictos, tendería a consolidar el predominio de los más fuertes y crearía una nueva clase de explotadores y de opresores internacionales. Algo de este género existe ya en germen en el concepto de las grandes potencias y vemos sus efectos liberticidas.

Y todavía dos palabras sobre el concepto de *abstencionismo electoral*.

Merlino sigue hablando de la actividad propagandística que se puede desplegar por medio de las elecciones; pero no piensa en lo que se podría hacer si, rechazando la lucha electoral, se llevase esa actividad sobre otro campo más consonante con nuestros principios y nuestros fines.

Merlino no cree en la conquista de los poderes públicos; pero nosotros no querríamos esa conquista, ni para nosotros ni para los demás, ni aún si la creyésemos posible. Somos adversarios del principio de gobierno y no creemos que quien fuera al gobierno se apresuraría luego a renunciar al poder conquistado. Los pueblos que quieren la libertad demuelen las Bastillas; los tiranos en cambio, piden entrar y fortificarse, con la excusa de defender al

pueblo contra los enemigos. Por tanto nosotros no queremos que el pueblo se acostumbre a mandar al poder a sus amigos, o pretendidos tales, y a esperar la emancipación de su ascensión al poder.

La abstención para nosotros es una cuestión de táctica; pero es tan importante que, cuando se renuncia a ella, se acaba por renunciar también a los principios. Y esto por la natural conexión de los medios con el fin.

Merlino se lamenta de no estar completamente de acuerdo ni con nosotros ni con los socialistas democráticos; pero dice que no se puede desdecir. No le pedimos ciertamente que se desdiga, contra sus convicciones y contra su conciencia. Pero nos permitimos hacerle una observación.

Una táctica, por buena que sea, no vale sino cuando es captada por aquellos que deberían practicarla. Ahora, con razón o sin ella, nosotros y todos los anarquistas no queremos saber nada de la táctica propuesta por Merlino. ¿No es mejor que él esté con nosotros, con quienes tienen ideales comunes y medios principales de lucha también comunes, mejor que gastar sus fuerzas en una tentativa que permanecerá estéril, estamos seguros, a menos que él renuncie a la anarquía y busque sus partidarios entre los adversarios nuestros y suyos?

Malatesta

POCAS PALABRAS PARA CERRAR UNA POLÉMICA ¹⁸

Me parece que nos estamos acercando.

En una sociedad organizada según los principios del socialismo anárquico, las minorías deberán, en las cosas de grave interés común indivisible, ceder al parecer, o digamos mejor, al querer de las mayorías; pero las mayorías no deberán abusar de su poder dañando los derechos de las minorías. Sin un compromiso de este género, la convivencia no sería posible.

Hasta aquí estamos de acuerdo.

Pero ¿si una minoría no quiere doblegarse al parecer de la mayoría en una de estas cuestiones? Vosotros decís que en este caso no se podrá ya estar en anarquía. Por tanto la voluntad de una pequeña minoría, incluso de un solo hombre, podrá hacer que la anarquía –como vosotros la entendéis– no se aplique en absoluto.

Un puñado de matones o de reaccionarios o de excéntricos o de neuróticos, incluso un solo individuo podrá impedir que funcione el sistema anárquico, solamente con decir que no; negándose a ceder voluntariamente a la mayoría. Y como algún ruin siempre lo habrá en cualquier sociedad, la consecuencia de vuestro razonamiento es que la anarquía es algo muy grande y bello, pero no existirá jamás.

Yo en cambio tomo la anarquía con un sentido menos absoluto. No pongo la intransigencia que ponéis vosotros. La idea anarquista para mi comenzará a practicarse mucho antes de que los hombres alcancen el estado de perfección por el cual, compenetrados de las ventajas de la asociación, cederán voluntariamente los unos a los otros. Ella nos debe sugerir desde ahora modos de proveer a los intereses comunes y de resolver los conflictos que puedan nacer, sin autoridad, sin centralización, sin un poder constituido en medio de la sociedad, capaz de imponer la voluntad propia y los propios intereses a la multitud de sujetos.

Esta es la única anarquía viable incluso a corto plazo; sólo de ella vale la pena ocuparse.

Tomemos los ejemplos adoptados por vosotros; decís: en una sociedad anarquista no puede haber policía. Pero para que no haya policía, es necesario que los hombres se respeten mutuamente, que un hombre de bien pueda caminar por las calles sin miedo a ser atacado o al menos, con la seguridad de ser defendido por los vecinos y viandantes si es agredido por uno más fuerte que él. Si los débiles temieran ser atacados en la vía pública, pedirían policía para que los protegiese y la anarquía desaparecería.

Exponéis el dilema: o ninguna forma de defensa social o colectiva contra el delito –salvo la defensa fortuita de la muchedumbre– o bien la policía, el gobierno, el orden de cosas actual.

¹⁸ “*L’Agitazione*”, 19 de abril de 1897

Yo en cambio creo que entre el sistema actual y el que presupone el cese del delito hay lugar para formas intermedias –para una defensa social que no sea la función de un gobierno, pero que se ejercite, en cada localidad, bajo los ojos y el control de los ciudadanos como cualquier servicio público de higiene, transporte, etc.– y por tanto no pueda degenerar en opresión y dominación.

Preparar estas formas, y hacerlas prevalecer sobre la forma autoritaria actual u otras similares, es justamente la tarea de los socialistas anárquicos. Pero esta tarea no la ejecutarán si dicen: la anarquía no es posible cuando la sociedad tiene la necesidad de luchar contra el delito.

Entre las relaciones entre los pueblos vosotros decís: los Estados hoy hacen la paz y la guerra, observan ciertas normas de justicia en sus relaciones (derecho de gentes, etc.). Sin un gobierno, un parlamento, una policía internacional. ¿Cómo nos os dais cuenta de que el gobierno de los gobiernos existe, y es de aquella potencia de donde consiguen el mayor número de cañones y el mayor número de hombres para cargarlos y defenderlos? ¿Cómo no os dais cuenta de que las relaciones actuales entre pueblos son embrionarias, los tratados de comercio, las convenciones postales, sanitarias, monetarias, y el así llamado derecho de gentes, son las primeras líneas de un organización de los intereses internacionales que se irá desarrollando cuando los Estados actuales hayan cesado de existir?

Nosotros debemos trabajar para que esta organización sea hecha en forma federativa y libertaria; no negar la necesidad y la utilidad. A mi me parece que vosotros permanecéis a medio camino entre el individualismo y el socialismo.

Dejadme ahora volver a la cuestión de principios a la de la táctica.

En el artículo de fondo del número 3 vosotros os ocupáis de las recientes elecciones y decís: Nos alegramos mucho del triunfo de los socialistas, porque, si bien excepcional, demuestra siempre que la idea del socialismo avanza, que crece el número de aquellos que se rebelan a las órdenes del patrón, del cura y del carabinero y que esta Italia no es ya realmente aquella tierra de muertos que parecía ser en estos últimos años.

Preciosa confesión que en realidad me ha maravillado. Vosotros abstencionistas, que predicáis que un pueblo que vota abdica su soberanía en la minoría, ahora en cambio veis nada menos en el voto reciente de los electores italianos una rebelión a las órdenes del patrón, del cura y de la autoridad, una afirmación tan importante de los derechos y de las aspiraciones del pueblo, que exclamáis jubilosos que por estas elecciones ha quedado probado no ser Italia esa tierra de muertos que era estos últimos años.

¿Os parece poco esta demostración?

Poned si queréis en la cuenta del parlamentarismo los compromisos, el difuminar de los programas, la corrupción, etc. Estos males no podrán jamás hacer contrapeso a la inmensa ventaja de haber sentido batir el alma de un pueblo que, como vosotros decís, parecía muerto y resignado a la quietud de la tumba.

Ahora, si a vosotros está permitido decir después de las elecciones que éstas han logrado una espléndida afirmación del socialismo, no se me puede negar el decir antes de las elecciones que era necesario votar. Si no obstaculiza a los principios anarquistas que vosotros os congratuléis del triunfo de los socialistas, no debe tampoco obstar el que yo declare que lo deseaba. Vuestras congratulaciones no habrían llegado si alguno no hubiese trabajado para el triunfo del socialismo en las elecciones.

Y yo no me equivoco si me obstino en sostener que los anarquistas pueden hacer bastante más que mirar y congratularse del triunfo de los demás.

Al gobierno no le basta para continuar existiendo la fuerza material de las bayonetas: necesita también una fuerza moral que intenta conseguir en las elecciones una apariencia de consentimiento popular. Y la adquisición de esta fuerza moral nosotros debemos intentar quitársela, porque reducido a la sola fuerza material, nosotros podremos combatirlo con éxito en la primera ocasión.

Una última palabra. Vosotros decís que todos los anarquistas son abstencionistas. ¡Cómo os engañáis! Los abstencionistas más encarnizados votan ahora por los republicanos, luego por los socialistas, más tarde por amigos personales, sin hablar de los Azzaretti, ¡que no son pocos! Lo que se gana con la táctica abstencionista es participar en las elecciones, no en nombre de nuestros principios sino bajo falso nombre o a beneficio de otros partidos.

Merlino

CONCEPCIÓN INTEGRAL DE LA ANARQUÍA ¹⁹

Merlino está aprendiendo un modo curioso de discutir. Elige una frase aislada, la estira, la retuerce y logra, dado que no tiene en cuenta el contexto, hacerse decir lo que él quiere. Además, no contesta nunca a tus preguntas y a tus refutaciones, sino que se agarra a un ejemplo tuyo o a un argumento incidental y discute éste sin recordar más la cuestión principal, de modo que el objeto de la polémica a cada réplica se convierte en otro.

De hecho, ¿quién podría adivinar que nosotros estábamos discutiendo si el parlamentarismo es compatible o no con la anarquía?

Continuando así podríamos discutir un siglo, pero no lograremos saber ni siquiera si estamos de acuerdo o no.

De todas maneras sigamos a Merlino en su terreno. ¿Por qué dice Merlino que nos estamos acercando?

¿Porque nosotros admitimos la necesidad de la cooperación y del acuerdo entre los miembros de la sociedad y nos plegamos a las condiciones fuera de las cuales cooperación y acuerdo no son posibles? Pero esto es socialismo, y Merlino sabe que nosotros siempre hemos sido socialistas y por ello siempre muy cercanos.

La cuestión ahora es si el socialismo debe ser anárquico o autoritario, vale decir si el acuerdo debe ser voluntario o impuesto.

¿Pero si la gente no quiere ponerse de acuerdo? Entonces habrá tiranía o guerra civil, pero no anarquía. Por la fuerza la anarquía no se hace; la fuerza puede y debe servir para abatir los obstáculos materiales, para poner al pueblo en condiciones de elegir libremente cómo quiere vivir, pero más no se puede hacer.

¿Pero si un puñado de matones o neuróticos o incluso un solo individuo se obstina en decir no, entonces no es posible la anarquía?

¡Diablos! No falsifiquemos. Estos individuos son libres de decir no, pero no podrán impedir a los otros actuar, y más bien deberán adaptarse lo mejor que puedan. Y si luego los matones o los neuróticos fueran tantos como para poder perturbar seriamente la sociedad e impedirle funcionar pacíficamente, entonces... sin embargo, no estaríamos todavía en la anarquía.

Nosotros no hacemos de la anarquía un edén ideal, que por ser demasiado bello, se deba postergar para las calendas griegas.

Los hombres son demasiado imperfectos, demasiado habituados a rivalizar y a odiarse ente sí, demasiado embrutecidos por los sufrimientos, demasiado corrompidos por la autoridad, para que un cambio de sistema social pueda, de un día para otro, transformarlos a todos en seres idealmente buenos e inteligentes. Pero cualquiera que sea la extensión de los efectos que se puedan esperar del cambio, el sistema es necesario cambiarlo y para cambiarlo es necesario que se realicen las condiciones indispensables de dicho cambio.

¹⁹ "L'Agitazione", 19 de abril de 1897.

Nosotros creemos que la anarquía es posible, porque creemos que las condiciones necesarias para su existencia están ya en los instintos sociales de los hombres modernos, a pesar de la continua acción disolvente, antisocial, del gobierno y de la propiedad. Y creemos que como remedio contra las malas tendencias de algunos y contra los intereses creados de otros no es un gobierno cualquiera, que al estar compuesto de hombres no puede sino hacer inclinar la balanza de la parte de los intereses y de los gustos de quien está en el gobierno, sino la libertad, que, cuando tiene por base la igualdad de condiciones, es la gran armonizadora de las relaciones humanas.

Nosotros no esperamos para ser aplicada la anarquía que el delito, o la posibilidad del delito, haya desaparecido de los fenómenos sociales; pero no queremos la policía, porque creemos que ésta, mientras que es impotente para prevenir el delito, o reparar las consecuencias, es luego por sí misma fuente de mil males para la sociedad; y si para defenderse hubiera necesidad de armarse, queremos estar armados todos y no constituir en medio de nosotros un cuerpo de pretorianos. Nosotros nos acordamos demasiado de la fábula del caballo que se hizo poner el bocado y montar la grupa al hombre para mejor cazar al ciervo; y Merlino sabe bien qué mentira es el control de los ciudadanos, cuando los controlados son aquellos que tienen en mano la fuerza.

Merlino es también inexacto cuando se sirve de nuestro ejemplo del concierto europeo. Nosotros no hemos dicho que en las relaciones actuales entre los Estados haya igualdad y justicia, ni hemos negado la necesidad de una organización federativa y libertaria de los intereses internacionales. Hemos dicho solamente que la prepotencia y la injusticia que prevalecen hoy entre los Estados, no las remediaría un gobierno y un parlamento internacional. Grecia sufre hoy la oposición de las grandes potencias y resiste; si ella tuviera un representante en un parlamento internacional y se hubiera empeñado en respetar las resoluciones de la mayoría de dicho parlamento, sufriría una igual o mayor prepotencia y no tendría ya el derecho de resistirse.

Y luego, ¿qué pretende Merlino cuando dice que nosotros estamos a medio camino entre el individualismo y el socialismo?

El individualismo, o es la teoría de la lucha: cada uno para sí y mueran los débiles, o bien es aquella doctrina que sostiene que pensando cada uno en sí mismo y haciendo a su modo sin preocuparse de los demás resulta, por ley natural, la armonía y la felicidad de todos.

En un sentido o en el otro nosotros estamos en las antípodas de los individualistas, tanto cuanto puede estarlo Merlino. La diferenciación entre nosotros se refiere a la autoridad y a la libertad y, francamente, a nosotros no nos parece que él esté o, mejor, haya retornado, a medio camino entre el autoritarismo y el anarquismo.

Y ahora la cuestión de la táctica.

Merlino se maravilla de que nosotros nos hayamos alegrado del triunfo de los socialistas. La maravilla nos parece extraña realmente.

Nosotros nos alegramos cuando los socialistas democráticos triunfan sobre los burgueses, como nos alegraríamos de un triunfo de los republicanos sobre los monárquicos, y hasta de uno de los monárquicos liberales sobre los clericales.

Si hubiésemos podido convertir al anarquismo a aquellos que han votado por los socialistas y obtener que éstos no hubieran tenido ni siquiera un voto, nos habríamos alegrado aún más. Pero en el caso concreto, si los más de cien mil electores que han votado por los socialistas no lo hubieran hecho, no es porque hubieran sido anarquistas, sino porque hubieran sido o conservadores de varios grados o bien que se abstendían por indiferencia o votaban por quien pagaba o amenazaba más. ¿Merlino se maravilla de que nosotros prefiramos saberlos socialistas, o medio socialistas?

El bien y el mal son cosas relativas; y un partido, por reaccionario que sea, puede representar el progreso frente a uno más reaccionario todavía.

Nosotros nos alegramos siempre que vemos un clerical volverse liberal, un monárquico hacerse republicano, un indiferente convertirse en algo; pero de ahí no deriva que debamos hacernos monárquicos, liberales o republicanos nosotros, que creemos estar mucho más adelante.

Por ejemplo, visto el estado presente de las provincias meridionales, habría sido un óptimo síntoma si hubieran triunfado aunque sólo fuera los cavallottianos; y nosotros nos habríamos alegrado, como creemos que se habrían alegrado también los socialistas democráticos. Pero no por esto socialistas y anarquistas habrían debido defender a los cavallottianos en el sur. Al contrario, los socialistas meten sus candidaturas en todas partes, incluso si esto disminuye la capacidad de éxito del candidato menos reaccionario, y nosotros predicamos en todas partes la abstención consciente, sin preocuparnos si ésta puede favorecer a un candidato o a otro. Para nosotros no es el candidato el que importa, porque no creemos en la utilidad de tener buenos diputados; lo que importa es la manifestación del estado de ánimo de la población; y entre los curiosos estados de ánimo en que puede encontrarse un elector, el mejor es el que le hace comprender la inutilidad y los daños de ser diputado en el parlamento y lo empuja a trabajar por la que desea, asociándose directamente con todos aquellos que tienen sus mismos deseos.

En fin, ¿por qué Merlino ha querido cerrar su carta con insinuaciones que, vistas las relaciones en que en este momento se encuentra él con los anarquistas, son por lo menos de mal gusto? Merlino se dice siempre anarquista y se esfuerza por hacernos concebir la anarquía como la entiende él y por hacernos aceptar la táctica suya; y está en su derecho. Pero, ¿por qué adopta un tono que se puede quizás emplear con el adversario que no nos importa ofender, pero que no conviene con los compañeros que se quiere convencer y atraer?

Hace ya tiempo, respondiendo en el *"Messaggero"* a Malatesta que había hablado de la incipiente reorganización del partido anarquista, Merlino se burlaba, cuando él sabía que los anarquistas se reorganizaban realmente, y habían ya obtenido resultados, modestos sí, pero bien reales. Ahora cita a los anarquistas que se dicen abstencionistas y votan y nos echa a la cara a Azzaretti, que nosotros mismos hemos denunciado en estas columnas.

Y bien, si hay abstencionistas que votan –y de hecho, sabemos que los hay– esto quiere decir o que no tienen conciencia completa de las opiniones que profesan, o bien que no encuentran en medio de los anarquistas la fuerza suficiente para resistir a las influencias de fuera, y el remedio no es renunciar todos al programa, o aumentar las causas de confusión y de debilidad, sino acrecentar la conciencia de los individuos y reforzar la organización del partido.

Y si además hay también matones que se venden, no hay sino que descubrirlos y echarlos.

Malatesta

INCOMPATIBILIDAD²⁰

Merlino nos escribe de nuevo y se lamenta del tono poco amistoso de nuestro artículo. Pero al hacerlo toma un tono tal que impide que nosotros, que realmente queremos permanecer tranquilos, publiquemos íntegramente su respuesta. Nos esforzamos, por otra parte, en contrarrestar, con sus mismas palabras, todos sus argumentos.

Merlino está ofendido porque decimos que él había hecho insinuaciones. Insinuaciones no siempre significan mentiras; y nosotros por otra parte advertíamos que sabíamos lo que Merlino decía. Pero lamentábamos que él viniese con acusaciones generales e impersonales a turbar la serenidad de la discusión.

Ahora Merlino nos viene a hablar de gente que ha trabajado para Zuccari entre los anarquistas, de uno que ha tomado cien liras de un candidato monárquico y de otras porquerías. Nosotros conocemos demasiado a Merlino para poder pensar que miente; pero ¿qué significa introducir la sospecha entre nosotros, cuando luego no menciona los nombres y no nos pone en condiciones de poder distinguir los buenos compañeros de los falsos, los convencidos de los vacilantes?

Que Merlino nos mande hechos y nombres; que nos autorice a publicarlos bajo su responsabilidad y le estaremos agradecidísimos. Queremos ante todo ser un partido de gente limpia.

Pero lo que es realmente extraño es que Merlino encuentra que este fango electoral, que arroja sus salpicaduras en medio de nosotros, es la consecuencia de la táctica... abstencionista. A nosotros nos parecen en cambio una razón más para hacer del abstencionismo electoral un punto importante de nuestro programa y por ello somos hostiles también a las candidaturas-protesta. Y pasemos a otra cosa.

Merlino dice que él no sabía, cuando escribió al "*Messaggero*", que los anarquistas se reorganizaban. Y le creemos; pero nos preguntamos entonces si Merlino, antes de mostrar al público su nueva táctica, no habría hecho bien en ponerse un poco más en contacto con sus viejos compañeros. Merlino agrega que en la reorganización no cree tampoco ahora, esto es asunto suyo. A todos los compañeros les toca darle, con los hechos, una elocuente respuesta.

Y ahora a los argumentos, Merlino escribe:

“La defensa social (escribís vosotros) debe estar al cuidado de toda la sociedad; y si para defenderse hubiera necesidad de armarse, queremos estar todos armados. Razonando así, la administración de la riqueza pública debe estar al cuidado de toda la sociedad; y si para administrarla fuera necesario hacer proyectos, compilar estadísticas, estudiar ciencias técnicas, bien, esas cosas queremos hacerlas todos. La educación y la instrucción de los niños debe estar al cuidado de toda la sociedad. ¿Quién no sabe lo peligroso que es confiar a pocos individuos la

²⁰ "*L'Agitazione*", 25 de abril de 1897

educación de las nuevas generaciones? Por tanto, hagámonos todos profesores. Y de esta manera, se niega el principio de la división del trabajo, se llega al concepto kropotkiniano de que el pueblo en masa distribuirá las casas, los víveres, el trabajo, hará todo.”

Si le dijéramos a Merlino que, para refutarnos, nos asigna ideas que él debería saber que no son las nuestras, se ofendería, y nosotros no queremos ofenderle.

Admitimos, ciertamente, la división del trabajo y apreciamos sus ventajas; pero conocemos también los daños y los peligros. La división del trabajo ha sido una de las causas de la sujeción de las masas al dominio de las castas privilegiadas. Y con el principio de la división del trabajo se puede tentar la justificación de todas las monstruosidades sociales: división entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, división entre el trabajo de dirección y el de ejecución, división entre el trabajo de producción y el de defensa de los productores... que luego se resumen y se concretan en la división entre el trabajo de consumir y el de producir, entre el trabajo de apalear y el de hacerse apalear. Menenio Agripa conocía ya este argumento.

Nosotros creemos que es carácter esencial, no sólo del anarquismo, sino del socialismo en general, el querer que ciertas funciones deban pertenecer indistintamente a todos los miembros de la sociedad, a pesar de las ventajas técnicas que podría haber en confiarlos a una clase especial. Por tanto, que se divida el trabajo hasta el límite de lo posible para aumentar la producción y facilitar el funcionamiento de la vida social, pero estén a salvo ante todo el desarrollo integral y la igual libertad de todos los individuos.

Entre las funciones que, según nosotros, no se pueden confiar sin grandes inconvenientes a una clase especial de individuos, están aquellas en que podría haber necesidad de emplear la fuerza física contra un ser humano.

Así, por ejemplo, podría, no lo negamos, haber una ventaja técnica en tener un cuerpo de especialistas encargados de diagnosticar la locura peligrosa y llevar a los locos al manicomio; pero ¿qué queréis? Nosotros tenemos miedo a que los señores doctores y enfermeros juzguen locos a todos aquellos que no piensan como ellos. Lombroso enseñó que nos encerraría a todos. ¡Incluido Merlino! Para la policía propiamente dicha, peor que peor, adiestrada a un hombre a cazar hombres y tendréis, técnicamente hablando, un buen agente de policía; pero al mismo tiempo habréis apagado en él todo sentimiento de simpatía humana, habréis apagado al hombre y no encontraréis más que al esbirro.

Y no nos extendemos sobre este tema porque, polemizando con Merlino, no pensábamos discutir sobre los mejores modos de satisfacer las necesidades de la sociedad, sino sobre la cuestión específica de las elecciones y del parlamentarismo. Los varios problemas que se pueden presentar en la vida social pueden ser resueltos, bien o mal, de diversas maneras. La cuestión que tratábamos era más bien el modo de resolverlos: autoridad o libertad, delegación de poder o delegación del trabajo, gobierno parlamentario o anarquía, y sobre esta cuestión nos parece que con Merlino, a pesar de su ruidosa protesta, hay acuerdo.

Merlino continúa:

“La divergencia entre nosotros está en el modo de entender la anarquía.

Vosotros decís: la anarquía será cuando los hombres sepan vivir de acuerdo. ¿Cuándo? Yo digo: la anarquía será cuando los intereses colectivos de la sociedad estén organizados, no ya absolutamente sin coacción; sino, aunque sea con el mínimo de coacción moral, económica o física que es inevitable, sin aquel poder constituido en medio de la sociedad, armado de leyes y de bayonetas y árbitro de los bienes y de la vida de los ciudadanos que se llama gobierno.”

Vale decir que Merlino, no creyendo posible la anarquía completa –la organización sin coacción– querría acercarnos la más posible. Y está bien, nosotros ya hemos dicho que no siendo nosotros la humanidad, no podemos –y justamente porque somos anarquistas, no pretendemos– hacer solos toda la historia humana.

La humanidad camina según la resultante de las mil fuerzas que en varios sentidos la solicitan. Nosotros no somos sino una de estas fuerzas. La cuestión a discutir es si, posibilitando nuestro programa, obtendremos un resultado más ventajoso, vale decir más rápido y más cercano a nuestro ideal, que combatiendo por la actuación del programa pleno y entero.

Nosotros creemos que no.

En fin, Merlino vuelve sobre la cuestión de la táctica, pero no hace sino repetir lo ya dicho muchas veces. Nosotros no querríamos repetirnos, por tanto cerramos aquí la polémica.

Ahora los compañeros y todos aquellos que se han interesado en la discusión ya han oído lo suficiente para hacerse una opinión propia.

Malatesta

NO CONFUNDAMOS ²¹

Leemos en algunos periódicos anarquistas del exterior, juicios sobre la evolución de Merlino, que nosotros consideramos erróneos por lo que se refiere a la cosa e injustos por lo que se refiere a la persona.

Merlino ha hecho una activísima propaganda para una más amplia participación de los anarquistas en el movimiento obrero y en la vida popular, y contra las tendencias individualistas que en determinado momento se insinuaron como predominantes en nuestro campo; y con esta propaganda se ha atraído, de cierto lado, muchas antipatías y muchos odios que ha afrontado con coraje.

Ahora que aconseja la participación en la lucha electoral y acepta, hasta cierto punto, también el parlamentarismo, aquellos que estaban en desacuerdo con él aprovechan para decir que su evolución era una cosa esperada y que la participación en el movimiento obrero y en la lucha práctica no era y no podía ser sino el primer paso hacia la táctica parlamentaria.

Nosotros no tenemos necesidad de repetir lo que pensamos del parlamentarismo y de todo lo que a él se refiere, y cuánto deploramos que Merlino se haya ido por ese camino.

Pero no por esto dejaremos que se presente bajo una falsa luz la influencia benéfica que Merlino ha tenido sobre el movimiento anarquista; y que, al explicar su evolución, se tome por causa lo que ha sido efecto y viceversa.

No es cierto que Merlino haya buscado poner al movimiento anarquista en un camino práctico porque quería llegar a la táctica parlamentaria. En cambio él ha aceptado, con más o menos reservas, esta táctica porque los anarquistas, con su exclusivismo, se habían reducido a la inacción y a la impotencia.

Merlino, de quien nadie que lo conozca querrá poner en duda su profunda sinceridad y su enorme buena voluntad, ha cometido, según nosotros, un error grandísimo comprometiéndolo los resultados de su propaganda antecedente con la tentativa de hacer aceptar la lucha electoral. Pero no hay necesidad de esconder el error colectivo que ha hecho que hombres de valor, viéndose perdidos en las abstracciones y no logrando, tan pronto como habrían querido, llevarnos al mundo de la realidad, han buscado en otra parte el camino de la acción fecunda ... y se han equivocado de camino.

Sepamos ser un partido vivo, sepamos ejercer una acción eficaz sobre el movimiento social, y entonces no tendremos que temer otras defecciones que aquellas -bienvenidas- de los débiles y los traidores, y podremos esperar que aquellos que nos han abandonado con la esperanza sincera de poder ser más útiles a la causa, volverán a combatir a nuestro lado.

Malatesta

²¹ "L'Agitazione", 18 de junio de 1897

COLECTIVISMO, COMUNISMO, DEMOCRACIA SOCIALISTA Y ANARQUÍA ²²

Con este título y con el subtítulo “*Tentativa de conciliación*”, Saverio Merlino ha publicado en la “*Revue Socialiste*” de París, un artículo que la dirección de aquella revista llama una contribución a la síntesis de las doctrinas socialistas.

Contribución a dicha síntesis quizá lo sea, ya que todo estudio de las diversas doctrinas aclara el tema, tiende a eliminar las disensiones que no tienen razón de ser y puede llevar a la conciliación si llega a establecer que no existen diferencias sustanciales. Pero el fin práctico que Merlino se proponía, el de demostrar que las doctrinas de los socialistas democráticos y de los socialistas anárquicos, lejos de ser inconciliables, se corrigen y se completan recíprocamente, ciertamente ha fallado, dado que él confunde doctrinas y partidos de una manera que maravilla realmente en un hombre de mente tan lúcida y tan bien informado como es Merlino.

El artículo se divide en dos partes. En la primera, Merlino habla de la diferencia entre comunismo y colectivismo, tomando estas palabras en el sentido, digamos clásico, que éstas tenían para todos en tiempo de la Internacional: vale decir, comunismo, como el sistema en que todo, instrumentos y productos del trabajo están a disposición de todos, sin calcular la contribución de cada uno a la obra colectiva, conforme la fórmula de cada uno según sus posibilidades, y a cada uno según sus necesidades; colectivismo como el sistema en que, establecida la igualdad de condiciones, garantizado a todos el uso de las materias primas y de los instrumentos de su trabajo, cada uno es patrón del producto de su trabajo. Él sostiene que tanto el comunismo como el colectivismo, si se los interpreta de una manera ajustada, absoluta, son uno y otro imposibles o no satisfactorios, y hace muchas observaciones justas, que también hemos hecho nosotros en este diario o en otros. Y concluye que con la adopción contemporánea de un sistema y el otro –haciendo distinción entre relaciones sociales necesarias y fundamentales y relaciones voluntarias y variables entre los individuos– se puede llegar a una buena organización social que no sofoque la energía del individuo quitándole toda iniciativa y toda libertad de acción, y al mismo tiempo asegure el funcionamiento armónico de las actividades individuales o, en otros términos, que concilie la libertad individual con la necesaria solidaridad social.

La cuestión es muy interesante y puede ser, y ha sido, objeto de útil discusión; pero no tiene nada que ver con las diferencias que dividen a demócratas y anarquistas. Puede haber, y ha habido y hay, anarquistas colectivistas y anarquistas comunistas, a la par que demócratas colectivistas y demócratas comunistas.

En los últimos años los socialistas democráticos, llamándose insistentemente *colectivistas*, han logrado casi identificar el colectivismo con la democracia socialista; pero en este sentido el colectivismo más que un sistema de distribución de los productos del trabajo es el sistema de la organización socialista por obra del Estado y no es más el colectivismo de que discute Merlino en parangón con el comunismo.

²² “*L’Agitazione*”, 6 de agosto de 1897

Para los anarquistas, la síntesis y la conciliación entre *colectivismo* y *comunismo* se puede decir ya como un hecho cumplido, dado que nadie más interpreta aquellos sistemas de manera estrecha y absoluta; y lo prueba el hecho de que, al menos como partido militante, ellos se denominan generalmente con el apelativo compresivo de socialistas anárquicos, dejando a las discusiones teóricas de hoy y a los experimentos prácticos de mañana la elección entre los varios modos de organización del trabajo y de distribución de los productos.

En la segunda parte de su artículo, Merlino habla de la necesidad de una organización permanente de los intereses colectivos, y de las formas que asumirá tal organización; y llega a una conciliación verbal, que en realidad deja la cuestión en el punto de partida.

Él habla de los grandes intereses sociales, que exceden el interés y la vida misma del individuo y a los que debe proveer la colectividad; busca cuál es la forma política que puede dar una más sincera expresión de la voluntad colectiva y evitar mejor todo peligro de opresión, y concluye:

“Ni gobierno centralizado ni administración directa. La organización política de la sociedad socialista debe consistir en el reconocimiento de los derechos y libertades intangibles del individuo (derecho al uso de los instrumentos colectivos de trabajo, derecho de asociación, de instrucción, libertad de pensamiento, de palabra, de elección de trabajo, etc.) y en la organización de los intereses colectivos por delegación a administradores capaces, revocables y responsables, que obren bajo el mandato directo del pueblo, le sometan sus actos más importantes (referéndum) y permanezcan separados e independientes uno de otro a fin de que no haya coalición para el ejercicio de una autoridad similar a la autoridad gubernativa actual. La esencia de la democracia está en la ausencia de una tal coalición y en la búsqueda de las formas de administración que dejen lo menos posible al arbitrio de los administradores. En este sentido no hay diferencia sustancial entre democracia y anarquía. Gobierno del pueblo -nada de oligarquía- significa en su sustancia no gobierno. El gobierno de todos en general (democracia) equivale al gobierno de ninguno en particular (anarquía).”

Otra vez Merlino se sale de la cuestión.

El modo de organizar o administrar los intereses colectivos es una cuestión importantísima y demasiado descuidada, como justamente observa Merlino, por los socialistas de todas las escuelas. Pero si se pretende parangonar las soluciones de los demócratas con las de los anarquistas, en vista a una posible conciliación, es necesario remontarse a la diferencia sustancial que divide las dos escuelas, y no ya detenerse a discutir sobre el valor relativo de los varios sistemas representativos, del referéndum, del derecho de iniciativa, del gobierno directo, del centralismo, del federalismo, etc. Y la diferencia sustancial es ésta: autoridad o libertad; coacción o consentimiento, obligatoriedad o (perdónense los neologismos) voluntariedad. Es necesario entenderse sobre esta cuestión fundamental del supremo principio regulador de las relaciones interhumanas. o al menos, discutir, entre demócratas y anarquistas; dado que, si no hay entendimiento sobre ella, no puede haber

entendimiento sobre cuestiones especiales de organización, e incluso cuando se llegase a un acuerdo de palabra como aquél al que ha llegado Merlino, se descubriría pronto que el acuerdo se ha hecho usando las mismas palabras con diferente sentido.

Descendamos a la práctica. Supuesto que mañana el pueblo fuera dueño de sí (no se alarme el fisco, ya que se trata de simples suposiciones) ¿deberá tomar un poder constituyente que decretará una nueva constitución, que hará la ley, que organizará la nueva sociedad? ¿O bien la nueva organización social deberá surgir, de abajo hacia arriba, por obra de todos los hombres de buena voluntad, sin que a ninguno le sea dado el derecho de mandar o imponer? En otros términos, para servirnos de la frase consagrada ¿es necesario conquistar o bien abolir los poderes públicos?

Se puede ser partidario de uno u otro método, se puede incluso buscar algo intermedio, como parece que desearía Merlino, pero no se puede, cuando se intenta llegar a una conciliación entre demócratas y anarquistas, callar lo que constituye la diferencia fundamental.

Y por hoy basta. Volveremos sobre las doctrinas y sobre las tendencias de Merlino cuando nos ocupemos, en uno de los próximos números, de su reciente libro: Pro y contra el socialismo.

Malatesta

POR LA CONCILIACIÓN ²³

Quizá me equivoco, pero me parece que vosotros os esforzáis, involuntariamente, en exagerar vuestro disentimiento de socialistas demócratas, por miedo a que, cesando el disentimiento, cese también para vosotros toda razón de existir como partido distinto.

Ahora, que exista o no el partido anarquista, o cualquier otro partido, a mí me parece que debe interesarnos sólo débilmente.

Lo que podemos y debemos desear es que la parte de verdadero que haya en nuestras doctrinas, se abra camino entre las multitudes y primeramente entre aquéllos que están más cercanos a nosotros, los socialistas militantes. Si mañana los socialistas democráticos aceptasen la parte justa de nuestras ideas, podríamos resignarnos a morir como partido. Habríamos cumplido nuestra misión.

Después de todo, los partidos no están destinados a durar eternamente; más bien tienen una vida breve y precaria, sirven para afirmar y divulgar ciertas ideas y generalmente desaparecen o se transforman antes que aquéllas se hagan realidad.

En nuestro caso, antes que tener un partido que tira del socialismo por una parte y otro que tira por otra, haciéndolo pedazos, exagerando ambos y combatiéndose a veces injustamente, yo preferiría un solo partido que permaneciera en la verdad. No me preocupa lo que vosotros decís. Si mañana los socialistas democráticos, yendo al poder, quisieran imponer y tiranizar, deberíais combatirlos. De esta manera habríais prevenido e impedido. A mí, en suma, no me va que regulemos nuestro modo de pensar y nuestra propaganda en oposición a aquello que piensan o dicen —o dirán y harán— los socialistas democráticos; me parecería hacer como aquellos dos individuos que caminando del brazo uno cojease de una pierna y el otro creyera, para equilibrarlo, estar en el deber de cojear de la otra. Dejemos estos juegos de equilibrio y vayamos derecho a nuestra meta.

Por tanto, examinemos la cuestión de la conciliación entre *colectivismo*, *comunismo*, *democracia socialista* y *anarquismo*, con voluntad de conseguir acuerdos.

Vosotros decís que la síntesis y la conciliación entre comunismo y colectivismo, para los anarquistas, se puede considerar como un hecho consumado, es tan cierto como que ellos se llaman hoy, en gran parte, anarquistas socialistas. Por tanto, estamos de acuerdo.

Yo, sin embargo, os hago notar que muchos anarquistas se llaman hoy *socialistas* y no *comunistas* ni *colectivistas*, no porque estén convencidos como estoy convencido yo, que *comunismo* y *colectivismo* no pueden existir por sí mismos, sino que deben complementarse recíprocamente, sino más bien porque o están en la duda o porque, siendo *comunistas* y *colectivistas in pectore*, no creen la cuestión tan importante como para deber hacer de ella un motivo de pelea.

²³ "L'Agitazione", 19 de agosto de 1897.

Para ellos es una cuestión de tolerancia recíproca: yo en cambio parto de la crítica del *colectivismo* y del *comunismo* para llegar a un tercer sistema, o sistema mixto. Vosotros veis la diferencia.

De todas maneras vosotros reconocéis que la discusión que yo he hecho a propósito en el artículo de la "*Revue Socialiste*" es interesante y útil. Pero he aquí que la preocupación de confundirnos con los socialistas democráticos os asalta y vosotros agregáis: pero (la cuestión) no tiene nada que ver con las diferencias que dividen a demócratas y anarquistas. ¡Como si yo en mi artículo me hubiese propuesto tratar solamente estas divergencias!

Pero el colectivismo de los socialistas democráticos –decís vosotros– más que un sistema de distribución de productos del trabajo, es el sistema de la organización socialista por el Estado. Es una afirmación, convendréis conmigo, un poco cruda, y que equipara a socialistas democráticos con los socialistas de Estado. Los socialistas democráticos rechazan y combaten el socialismo de Estado y es necesario tenerlos en cuenta por lo menos en buena intención.

El colectivismo para ellos no es el sistema del Estado gran capitalista y también gran único proletario; sino que es el sistema en que la sociedad (en su gran capacidad colectiva) administra el patrimonio público de los medios de producción y organiza el plan general de producción distribuyendo los productos en razón del trabajo de cada uno. Que este sistema pueda llevar, contra la voluntad de sus sostenedores, a una especie de socialismo de Estado, es otra cuestión: depende de la modalidad del sistema, del modo en que funcione esta sociedad en su capacidad colectiva, de cómo estará organizada.

¿Estará organizada como Estado? ¿Será una simple federación de asociaciones? ¿Cuáles serán las atribuciones y cuál será la composición de la administración colectiva?

Aquí está la cuestión, pero una administración general de los intereses colectivos e indivisibles –vosotros habéis convenido en ello en otra ocasión– debe haberla. Los socialistas democráticos tienen la equivocación –para mí– de acreditar la sospecha de que ellos quieren nada más ni nada menos que un gran Estado, como cuando demuestran su alegría por cada nueva adquisición o empresa que hace el Estado.

Cuando una red de ferrocarril, por ejemplo, pasa de una sociedad privada al Estado, ellos aplauden; porque dicen que del Estado a la colectividad socialista es pequeña la distancia. Ahora esto puede ser, como yo creo, un error, pero es muy distinto decir que el Estado debe organizar definitivamente la producción y aplicar el socialismo.

Estamos siempre en lo mismo. Vosotros os esforzáis (involuntariamente siempre) por hacer aparecer a los socialistas democráticos tan reaccionarios como podéis, para aumentar la distancia entre ellos y vosotros y poder decir que ellos están en vuestras antípodas, o al menos deberían estarlo. Esta posición se ve incluso más claramente en la refutación que hacéis de la segunda parte de mi artículo.

Yo sostenía —y aquí verdaderamente se trataba de conciliar el socialismo democrático y el anarquista— que en suma la libertad no puede nunca ser ilimitada y que una organización de los intereses colectivos es necesaria y que en esta organización va inserta siempre una cierta coacción; que es necesario hacer de esta manera que la coacción sea mínima y que la organización sea lo más libertaria y descentralizada posible, y que los socialistas democráticos en esto están de acuerdo con nosotros; más bien no hay una verdadera oposición de ideas entre ellos y nosotros, pero debemos estudiar juntos los modos prácticos de conciliar los intereses generales e indivisibles de la colectividad con la libertad del individuo. El referéndum, el mandato público y la revocabilidad de los administradores, etc., pueden ser un modo de tener sujetos a los administradores por los administrados, impidiendo la formación de un poder gobernante: estudiemos, por tanto, estas modalidades y actuemos, por así decir, la anarquía por medio de la democracia.

Tampoco esta vez vosotros negáis que la cuestión de la modalidad de la organización de los intereses colectivos es importantísima y merece ser profundizada; pero de pronto revive en vosotros el viejo Adán —el anarquista que busca a toda costa el socialismo para combatirlo— y decís que es necesario remontarse a la diferencia sustancial que divide a las dos escuelas... y ésta es: autoridad o libertad, coacción o consentimiento, obligatoriedad o voluntariedad.

Ahora, yo vuelvo a lo que dije otra vez: en ciertas cosas de interés común e indivisible la obligatoriedad es inevitable. Voluntariedad, libertad, consenso son principios incompletos, que no nos pueden dar por sí solos, ni ahora ni por muchos siglos por venir, toda la organización social. Por otra parte no es exacto que los socialistas democráticos sean factores de autoridad, de coacción, de obligatoriedad en toda línea que no reconozcan el gran valor del principio de la libertad. No es por tanto verdadero que vosotros representáis un principio y los socialistas democráticos el principio opuesto: vosotros toda la libertad, ellos toda la autoridad. La cuestión cuantitativa o más bien de los modos de aplicación; y he aquí por qué yo querría sacaros de las celestes esferas de principios abstractos e induciros a discutir las modalidades de la organización social, seguro como estoy de que en este terreno todos los socialistas tácticamente se entenderían. Pero vosotros sois recalcitrantes, porque, como he dicho desde el principio, consideráis que vuestra misión es combatir la futura tiranía socialista, en vez de prevenirla.

Vosotros decís: suponiendo que el pueblo mañana tenga la superioridad sobre el gobierno, los socialistas democráticos querrán hacerle nombrar un poder constituyente que hará la ley y organizará las cosas a su guisa. Nosotros, socialistas anárquicos, deberemos, pudiendo impedir todo esto y hacer surgir la nueva organización social de abajo hacia arriba por obra de todos los hombres de buena voluntad.

Pero también para el periodo revolucionario es necesaria una organización lo más libertaria posible, a base de voluntad popular, pero no obstante capaz de dar cuerpo y vida al conjunto informe de voluntades, de intereses y deseos que se agitarán sobre todo en tal momento.

Un poder constituyente despótico no sólo provocaría discordias y reacciones, sino que tampoco lograría organizar la vasta y complicada economía social. Pero tanto menos lo lograría el pueblo en masa, agrupado casualmente en los clubs y por las calles.

¿Será posible que no se logre prescindir, por ambas partes, de las exageraciones?

Merlino

IMPOSIBILIDAD DE UN ACUERDO²⁴

Hemos publicado la respuesta que Merlino nos ha mandado a la crítica que hicimos de un artículo suyo publicado en la *“Revue Socialiste”*, para que los lectores se puedan formar su propia opinión más fácilmente.

Replicaré lo más brevemente posible, para no comenzar una nueva y larga polémica, ni para dar base a argumentos sobre los cuales deberemos volver continuamente, porque son la materia de nuestra propaganda, sino simplemente para poner en su lugar cosas que Merlino, según nosotros, ha movido.

Avancemos una observación.

Nosotros no sabemos bien si Merlino continúa o no llamándose anarquista. Lo cierto es, y nos duele, que si él se dice anarquista, no entiende ya el anarquismo como lo entienden los anarquistas, entre quienes él militaba hasta no hace mucho tiempo. Y por ello el nosotros y el nuestro, que Merlino emplea todavía, es acogido con reserva.

Habíamos creído que Merlino habría logrado formar un tercer partido, intermedio entre los marxistas y nosotros –algo como los alemanistas franceses– y nos habríamos alegrado, dado que ello habría dado una organización propia a aquellos elementos que están a disgusto en el partido socialista italiano y habría señalado un paso adelante en la evolución del socialismo en Italia, mientras por otra parte aquellos anarquistas que hubieron podido adherir al nuevo partido no habrían sido, en general, sino individuos ya a punto de abandonarnos y que habríamos perdido de todas maneras. Pero comenzamos a temer, por síntomas múltiples y variados, que también ésta era una ilusión. Merlino, cuando haya perdido toda esperanza de convertir a los anarquistas y de hacerles aceptar, con atenuaciones que según nosotros no tienen ningún valor práctico, las ideas y el método de los socialistas democráticos, pasará sin más a las filas de estos últimos. Y entonces quizá, sufriendo la sugestión del nuevo ambiente, dirá que los anarquistas... no existen.

¡Ojalá me equivoque!

Y ahora respondemos a Merlino, intentando seguir su texto, párrafo por párrafo.

Merlino dice que nosotros nos esforzamos por exagerar nuestro disenso con los socialistas democráticos.

La acusación sería mucho más justa si fuese al revés. Son los socialistas democráticos quienes continuamente –y deshonestamente– se esfuerzan por desnaturalizar nuestras ideas para luego poder decir que no somos socialistas y negar el parentesco intelectual y moral que los une a nosotros. Todavía el otro día el *“Avanti!”* negaba toda relación entre anarquismo y socialismo y decía de nosotros lo que hubiera podido decir de un partido de pequeños burgueses que se rebelase violentamente contra el aumento de los impuestos y la competencia de los grandes capitalistas: ¡De modo que uno podría tomar

²⁴ *“L’Agitazione”*, 19 de agosto de 1897

por anarquistas a los patronos carniceros y panaderos de Nápoles y Palermo cuando protestan y resisten contra las tasas municipales! Y el “*Avanti!*” es todavía uno de los órganos menos intolerantes del partido socialista democrático.

Queremos ser un partido separado, no por el placer de distinguirnos de los demás, sino porque realmente tenemos ideas y métodos diferentes de los otros partidos existentes. Y rechazamos absolutamente la suposición de que nosotros exageramos en un sentido para equilibrar las exageraciones opuestas de los otros. Sostenemos lo que sostenemos porque creemos que es la verdad y no por otra razón. Si nos diéramos cuenta de que en nuestro programa hay una parte de error, nos apresuraríamos a desembarazarnos de ella; y cuando también los otros modificaran sus ideas para encontrarse con nosotros, entonces... nosotros y los otros constituiríamos naturalmente un solo partido. Hoy por hoy, las ideas son diferentes, y es justo y necesario que haya partidos diferentes.

Nosotros no queremos solamente resistir a la posible tiranía de los socialistas en el poder, nosotros queremos hacer que el pueblo se niegue a nombrar o a reconocer nuevos gobernantes y piense por sí mismo en organizarse local y federalmente, sin tener en cuenta las leyes y los decretos de un nuevo gobierno y resistiendo con la fuerza contra quien quisiera imponerse por la fuerza. Y si, por falta de fuerza suficiente, no pudiésemos alcanzar pronto esta nuestra finalidad, entonces, en espera de hacernos más fuertes, ejercitaríamos aquella acción moderadora o activadora según los casos, que ejercitan los partidos de oposición cuando no se dejan corromper y absorber. El consejo de Merlino de entrar en el partido socialista democrático para poder prevenir la tiranía de los socialistas en el poder equivale al de convertirse, por ejemplo, en monárquicos o republicanos para evitar que la monarquía o la República sean demasiado reaccionarias. Este último consejo sería justificado, si se le diera a quien esté dispuesto a acomodarse con la monarquía o la República, como estaría justificado el de Merlino si nosotros aceptásemos el principio de un gobierno socialista y nos llamásemos anarquistas sólo con la finalidad de prevenir que ese gobierno fuese demasiado autoritario. Pero ese no es el caso.

Dice Merlino que muchos anarquistas se llaman hoy genéricamente socialistas y no ya comunistas o colectivistas, no porque quieran un sistema mixto como lo desea Merlino, sino porque, o están inciertos o no dan importancia a la cuestión, o no quieren hacer de ella una razón de división, es cierto. Nosotros mismos somos propiamente comunistas, con la sola condición (sobrentendida, porque sin ella no podría haber anarquía) de que el comunismo sea voluntario y organizado en modo que admita la posibilidad de vivir según otros sistemas. Pero como el colectivismo de los colectivistas anarquistas es también (necesariamente, o no sería anarquista) sometido a la misma condición, la diferencia se reduce a una cuestión de organización práctica que debe ser resuelta mediante acuerdos, y no puede dar lugar a la constitución de dos partidos separados y adversos. Sin embargo esto, como decíamos, no tiene nada que ver con las diferencias entre socialistas anarquistas y democráticos, que son las que aquí nos interesan.

El colectivismo de los socialistas democráticos, a diferencia del colectivismo de la Internacional, no prejuzga la cuestión del modo de distribución de los productos, dado que hay muchos socialistas democráticos que se llaman colectivistas y quieren que dicha distribución sea hecha en razón de las necesidades.

Merlino dice que nosotros confundimos a los socialistas democráticos con los socialistas de Estado, y nosotros en efecto creemos que son tales, aunque no los confundimos por cierto con aquellos burgueses que se llaman también socialistas de Estado y quieren hacer solamente un poco de socialismo con fines fiscales o con el objetivo de alejar o conjurar el peligro del socialismo verdadero. Los socialistas democráticos combaten ese falso socialismo; y si, para evitar equívocos, rechazan (y no todos) el nombre de socialistas de Estado, esto no incluye que ellos quieren que la nueva sociedad esté organizada y dirigida por el Estado, vale decir por el gobierno.

Merlino tiene un modo curioso de conciliar las opiniones. Expresa aquello que deberíamos pensar nosotros y lo que deberían pensar los socialistas democráticos, y llega fácilmente al acuerdo, dado que en realidad dice lo que piensa él según se coloque en diferentes puntos de vista, y no ya lo que pensamos nosotros o los socialistas democráticos.

Así él dice que los socialistas democráticos tienen la equivocación de hacer creer que ellos quieren ni más ni menos que un gran Estado etc. Pero ¿es solamente una sospecha? Nos gustaría oírsele decir a los socialistas democráticos auténticos.

Y así en adelante, dice que nosotros no representamos el principio de libertad, porque él (Merlino) cree que voluntariedad, libertad, consenso, son principios incompletos que no nos pueden dar por sí solos, ni ahora ni por muchos siglos a venir, toda la organización social. Hasta donde dice que nos equivocamos, está bien; pero decir que no pensamos de esa manera, que no representamos las ideas que defendemos, porque él las cree equivocadas, es una lógica singular. El hecho sí es que nosotros creemos justamente que toda la organización puede y debe —ahora, no dentro de muchos siglos— surgir de la libertad, y que más bien la diferencia entre nosotros y los socialistas democráticos permanece entera, hasta que Merlino no nos persuade de que estamos equivocados y nos haga abandonar el programa anarquista. Por ahora la diferencia disminuye sólo entre Merlino y los socialistas democráticos, a medida que aumenta entre Merlino y nosotros.

Es necesario que los intereses colectivos indivisibles sean administrados colectivamente: estamos de acuerdo. La cuestión está en el modo en que esta administración puede ser conducida sin lesionar el derecho de igualdad de cada uno y sin servir de pretexto y de ocasión para constituir un poder que imponga a todos la propia voluntad. Para los socialistas democráticos es la ley, hecha por los diputados elegidos mediante sufragio universal, la que debe proveer a la necesaria administración de los intereses colectivos; para nosotros es el libre pacto entre los interesados o, en su caso, la libre aquiescencia a las iniciativas que los hechos muestran útiles a todos. Nosotros no sólo no lo queremos, sino que no creemos posible un método de reconstrucción social intermedio, que no sería otro que la acción dictatorial de un gobierno fuerte.

Pero Merlino nos invita a descender de las empíreas esferas de los principios abstractos y a discutir las modalidades de la organización social. Nosotros no pedimos nada mejor y por ello queríamos comenzar por convenir cuál debe ser prácticamente el punto de partida de la nueva organización: ¿La elección de una constituyente o la negación de todo poder constituyente delegado? ¿La conquista de los poderes públicos o su abolición?

Los socialistas democráticos miran a un futuro parlamento, o a una futura dictadura, que haya abolido las leyes existentes y haga otras nuevas; y por ello son lógicos cuando habitúan a la gente a considerar el voto como un medio omnipotente de emancipación.

Nosotros en cambio queremos la abolición de los parlamentos y de toda otra clase de poder legislativo, y por ello queremos, para los fines actuales y para los futuros, que el pueblo se niegue a nombrar y reconocer legisladores. Si Merlino nos convence habrá hecho un trabajo de Hércules... pero nosotros creemos que pierde el tiempo.

El acuerdo con los socialistas democráticos, y también con los simples republicanos, lo querríamos también nosotros, pero no en el sentido de cada uno a una parte de sus ideas y fundir los varios programas en un programa intermedio. Querríamos el acuerdo en aquellas cosas en que los varios partidos pueden actuar juntos sin renunciar a sus ideas particulares, como serían, en el caso concreto, la organización económica, la resistencia popular contra el gobierno.

Sobre este terreno Merlino ya ha prestado servicios y, si renunciase a la extravagancia de convertirse al parlamentarismo (dado que en el fondo, es siempre ésta la cuestión) podría prestarlos mucho más grandes.

Malatesta

DECLARACIÓN EN PRO DEL SOCIALISMO LIBERTARIO²⁵

Dado que me preguntáis (y no por primera vez) si me considero anarquista, me siento en el deber de declarar que yo prefiero llamarme socialista libertario.

Se entiende que no puedo impedir que muchos anarquistas me consideren de los suyos, porque no estoy inscrito en el partido socialista democrático y no podría suscribir enteramente su programa y algunos socialistas me consideran casi de los suyos, o al menos me ven con buenos ojos, porque no estoy enteramente de acuerdo con los anarquistas. Y trabajo por la causa a mi manera, contento de contribuir de alguna forma a rebatir en todos el espíritu sectario.

No tengo la ambición de fundar ningún nuevo partido: los que hay son incluso demasiados, y les cuesta mantenerse en pie, circundados como están por la apatía general.

Espero haber satisfecho vuestra justa curiosidad y os estrecho la mano.

Merlino

²⁵ “*L’Agitazione*”, 26 de agosto de 1897.

EL PELIGRO ²⁶

Notemos el hecho, que es sintomático: en el país y en la prensa la corriente antiparlamentaria crece. Se va abriendo camino la idea de que sin el parlamento se estaría mejor.

Pero se va abriendo camino –incluso esto es notorio– entre la parte más reaccionaria del país y de la prensa. Incluso en las comisarías del reino se habla mal del sistema parlamentario. ¡Y se comprende! Si no hubiese parlamento la policía no debería rendir cuentas de sus gestas sino al ministro del Interior. Y entonces... ¡mano libre!

Que estén, por tanto, nuestros amigos en guardia contra el peligro que aparece. En un país vecino más fácil a las mudanzas políticas, a estas horas quizás habríamos tenido un golpe de mano imperialista o napoleónico. En Italia no se ha abolido ni se abolirá el parlamento, ni se lo degrada oficialmente de momento; pero se lo desautoriza poco a poco, lo cual es lo mismo. La gente primero lo aborrece, después lo mira con indiferencia y termina por volverle la espalda.

Clericales, borbónicos y otros partidarios de los regímenes ultramontanos de una parte, anarquistas y otros socialistas de la otra, ayudan a la demolición, creyendo combatir al gobierno, y no se dan cuenta de que lo hacen omnipotente.

Aquellos que no me conocen pensarán que, como todos los convertidos, yo quiero hacer demostración de celo, defendiendo la causa del parlamentarismo. Alguno sospechará incluso que yo quiero granjearme la simpatía de este o de aquel partido y conseguir un puesto de diputado.

Que lo crean. Yo no sólo he hecho votos de permanecer en mi puesto de militante, sino que no me hago ilusiones y estoy lejos de desconocer los vicios del sistema parlamentario: vicios por otra parte que, quien observe, son el reflejo de la sociedad en que vivimos y se revelan incluso en las sociedades obreras y en las organizaciones de cualquier género.

Sin embargo, del parlamentarismo se tiene razón en decir todo el mal posible; pero no se puede negar que es mejor que el gobierno absoluto.

En un gobierno parlamentario a veces la población tiene razón y alguna concesión, de cuando en cuando, obtiene; aunque no fuera más que eso, se tiene la satisfacción de hacer patentes ciertas torpezas y prepotencias del poder público y pedir que se corrijan.

Hace unos días uno de los más notorios y cultos anarquistas italianos me decía a propósito de la violencia de Siena, sobre la discusión referente a la posesión de impresos subversivos a puerta cerrada, haz una interpelación en el parlamento. Yo le hice observar la incoherencia de su deseo con su profesión de fe antiparlamentaria y él me respondió confesándose que ya no era absolutamente contrario al parlamentarismo.

²⁶ “*L’Italia del Popolo*”, 3 y 4 de noviembre de 1897

De los confinados me llegan todos los días cartas de compañeros que denuncian los abusos de que son víctimas y estarían felicísimos si al menos sus lamentos tuvieran un eco en el parlamento.

En suma, me parece que, a menos de negar la evidencia, no se puede negar que el parlamento, si puede ser y es a menudo empleado por el gobierno contra el pueblo, puede ser utilizado por el pueblo contra el gobierno.

Combatirlo *a priori*, con los mismos lugares comunes: que no sirve para nada, que está corrompido, que hace la voluntad del gobierno, me parece un error inmenso y una grave imprudencia.

Pedir que sea abolido pura y simplemente es además una locura y significa hacer el juego a la reacción.

El gobierno se vale justamente del descrédito en que ha caído el parlamento y de la propaganda que nosotros hacemos contra él, para imponérsenos.

Crispi no habría tratado con tanta desenvoltura al parlamento si no hubiese tenido detrás de sí una parte notable del pueblo, que casi lo incitaba a la dictadura.

La dictadura de Crispi trajo a Italia Abba Carima y las leyes de excepción de 1894.

El parlamento es, de todas maneras, por malo que sea, un freno para el gobierno. Las mayores injusticias gubernamentales se cometen sin dar cuenta a nadie.

Habría que pedir que el parlamento no estuviera cerrado nunca, o que por lo menos fuese facultad de un cierto número de diputados convocarlo directamente de urgencia, que se renovase más a menudo, que los electores pudiesen licenciar al diputado traidor, que sobre ciertas cuestiones fueran llamados a deliberar directamente, etc., etc.

En suma, es necesario corregir los vicios del sistema pero no privarse de sus ventajas.

El sistema parlamentario es malo porque es poco parlamentario, poco representativo, porque en él sobrevive todavía demasiado del viejo régimen. El diputado es un déspota frente a sus electores; el gobierno es un déspota hacia los diputados. Hay que invertir las tornas, devolver al pueblo las libertades que le han sido sustraídas recientemente y agregar otras. Hay que perfeccionar el sistema, no destruirlo.

Y prestemos especial atención en este cuarto de hora a no dejarnos aturdir por los gritos que se levantan contra el parlamentarismo de la parte más conservadora y más reaccionaria del país.

Yo he sido anti-parlamentario cuando la gente de bien estaba embelesada con el sistema parlamentario. Hoy que ésta muestra quererlo abandonar para volver atrás, yo me siento impulsado a defenderlo.

Merlino

EL ESPECTRO DE LA REACCIÓN ²⁷

Merlino quiere enmendar los errores pasados, surgiendo hoy en defensa del parlamentarismo.

Esta vez nos agita delante el espectro de la reacción.

Los clericales, los borbónicos partidarios del golpe de Estado, dice, combaten las instituciones parlamentarias para retornar al absolutismo: por tanto, unámonos para defender aquellas instituciones que, por malas que sean, son siempre mejores que los gobiernos absolutos.

El argumento no es nuevo. Por miedo a Crispi, Cavallotti y los demás democráticos de su ralea apoyaron a Di Rudini, y no está bien claro si no lo apoyan todavía; por miedo a los clericales tantos liberales han defendido a Crispi...

¿Por qué no podemos defender a la monarquía saboyana, que los curas quieren abatir o por lo menos expulsar de Roma? De la monarquía –diremos, parafraseando a Merlino– se tiene razón en decir todo el mal posible; pero lo cierto es que ella es mejor que el gobierno de los curas.

Con esta lógica se puede llegar lejos: dado que no hay institución reaccionaria, nociva, absurda, que no encuentre quien la combata a fin de sustituirla por otra peor. Más bien sería necesario que no hubiese ni anarquistas, ni socialistas, ni republicanos (salvo en los países donde existe la República) y nos convirtiésemos todos en conservadores... para salvarnos del peligro de volver atrás. O bien, sería necesario que los republicanos defendieran la monarquía constitucional por temor de ver volver a los austriacos y al Papa-rey; que los socialistas defendieran a la burguesía para garantizarse contra una vuelta al medioevo; que los anarquistas hicieran la apología del gobierno parlamentario por miedo al absolutismo.

¡Oh! ¡Qué bicoca para los que detentan el poder político y económico!

Pero estamos demasiado habituados a estas insidias para quedar presos en ellas.

Cuando surgió la Internacional, vale decir que cuando el socialismo comenzó a convertirse en partido popular y militante, los liberales y los republicanos gritaron que hacía el juego a los intereses del imperio, de Bismarck o de otras monarquías; cuando en Inglaterra los obreros comenzaron a constituirse en partido independiente, los liberales dijeron que estaban pagados por los conservadores, y así siempre, cuando una idea más avanzada ha venido a estropear los huevos en el canasto a aquellos que estaban en el poder. Hoy todavía, cuando los socialistas legalistas votan por uno de ellos y los anarquistas predicán la abstención electoral, los democráticos y los republicanos suelen decir que se favorece indirectamente al candidato del gobierno: lo que puede realmente ser a veces el efecto inmediato de la intransigencia electoral de los unos y del abstencionismo de los otros, pero no es razón suficiente para renunciar a la propaganda de las propias ideas y al porvenir del propio partido.

²⁷ "L'Agitazione", 11 de noviembre de 1897

Los reaccionarios se aprovechan de la corrupción, de la impotencia parlamentaria para levantar la bandera del clericalismo y del absolutismo; es verdad.

¿Pero querría por esto Merlino que nos pusiéramos a intentar esta tan imposible tarea cuanto contraria a nuestras convicciones y a nuestros intereses de partido, de salvar al parlamento del desprecio y del odio popular?

Entonces sí que el pueblo, viendo que el parlamento no tiene otros enemigos que los reaccionarios, se arrojaría enteramente en sus brazos. Si Boulanger en Francia pudo convertirse en un peligro serio, fue porque los anarquistas eran pocos, y la masa de los socialistas, siendo parlamentaristas, participaban del descrédito en que el parlamentarismo ha caído justamente.

Nuestra misión en cambio es la de mostrar al pueblo que, dado que el gobierno parlamentario, tan maléfico como es, es sin embargo la menos mala de las formas posibles de gobierno, el remedio no está entonces en cambiar de gobierno sino en abolir el gobierno.

Por otra parte, el mejor medio de salvarse del peligro del retorno al pasado es el de convertir al futuro cada vez más amenazador para los conservadores y para los reaccionarios.

Si en Italia no hubiese republicanos, socialistas y anarquistas, un golpe de Estado habría ya desbandado a este conjunto de diputados, por poca que sea la incomodidad que procuren a los ministros; y los clericales serían mucho más audaces si la existencia de los partidos avanzados no les hiciese temer que una oleada popular echaría por los aires, con las demás cosas, a toda la jauría vaticanista. No existirían monarquías constitucionales si los reyes no tuvieran miedo de la República; en Francia no habría República si la Comuna de París no hubiese dado que pensar a los partidarios de la restauración; y si en Italia alguna vez se hace una República, será cuando la amenaza creciente del socialismo y del anarquismo induzca a la burguesía a intentar ese último medio para ilusionar y frenar al pueblo.

Pero todo lo dicho es quizás inútil para Merlino. El peligro reaccionario es para él simplemente una ocasión y un pretexto para defender el parlamentarismo, no como un mal menor, sino como una institución necesaria a la sociedad.

Concluye en efecto que el sistema parlamentario es malo porque es poco parlamentario... y que es necesario perfeccionar el sistema, no destruirlo.

Esto nos llevaría a hacer la crítica del sistema parlamentario en sí y a demostrar que los malos efectos que produce no dependen de abusos y errores accidentales, sino de la naturaleza del sistema. Pero Merlino se contenta con afirmar sin aducir razones, y a nosotros el espacio no nos consiente esta vez volver sobre la cuestión que ya hemos tratado muchas veces.

Merlino, más allá del referido peligro, tiene otro argumento en favor del parlamentarismo, y este es *ad hominen*, esto es, dirigido especialmente a los anarquistas como individuos.

Los compañeros confinados, dice él, denuncian a otros los abusos de que son víctimas y estarían muy felices si sus lamentos encontrasen al menos un eco en el parlamento; y le parece que ésta sea una incoherencia con su profesión de fe antiparlamentaria.

Y bien, esto, cuando sucede, podría a la sumo demostrar que los hombres cuando sufren o son solicitados por una necesidad o una pasión, están sujetos a anteponer el interés inmediato a la ventaja general de la causa, y a cometer incoherencias. Y de este género de incoherencias Merlino encontrará cuantas quiera en nosotros, en él mismo y en todos aquellos que tienen aspiraciones e ideales en contradicción con el ambiente en que están constreñidos a vivir. Nosotros no creemos en la justicia de los jueces y combatimos el ordenamiento judicial en su principio y en sus formas; sin embargo cuando nos encarcelan nos defendemos, apelamos y nos valemos de todos los artilugios de procedimiento que nos permitan salir. No admitimos las leyes, y mandamos nuestros diarios al registro y a menudo estudiamos la frase para huir a las armas del fisco. No admitimos el salario y trabajamos por un salario. No admitimos la propiedad privada y estamos contentos cuando tenemos algo; no admitimos la competencia comercial y debatimos el precio de las cosas que compramos o vendemos... y podemos continuar hasta el infinito.

¿Pero es cierto que esta contradicción entre el ideal y el hecho es efecto de incoherencia y debilidad de carácter?

Merlino no creará, esperemos (¡qué diablos, hace tan poco que nos ha dejado!) que somos revolucionarios místicos, a la manera de aquellos sectarios rusos que, convencidos de que el sello es la firma del diablo, como en Rusia no se puede vivir y moverse sin tener en el bolsillo el pasaporte con el correspondiente sello, antes de tocar el diabólico documento, se refugian en las selvas y se condenan voluntariamente a una esclavitud peor que aquella que les impondría el gobierno.

Toda institución, por mala que sea, contiene en sí un cierto lado bueno, un cierto correctivo, que limita sus malos efectos; y nosotros nos volveríamos la vida imposible y serviríamos los intereses de nuestros enemigos si, constreñidos a sufrir todo el mal de las instituciones, no intentáramos aprovechar el poco bien relativo que se puede obtener de ellas. Pero no por esto podemos considerarnos empeñados en defender aquellas instituciones y dejar de hacer todo lo posible para desacreditarlas y abatirlas.

La sociedad, por ejemplo, con su mala organización crea los malhechores y el gobierno nos impide llevar armas o proceder de otra manera a nuestra defensa. Por tanto, si somos atacados de noche y no nos podemos defender, naturalmente estaremos contentos si aparecen dos carabineros para liberarnos y no les diremos, como la mujer de Sganarello, que estamos contentos de ser agredidos. Pero no por esto nos haremos amigos de los carabineros y haremos prácticas para entrar en ese grupo.

Las autoridades municipales han monopolizado los servicios públicos y con la excusa de estos servicios nos oprimen con los impuestos. No podemos pagar los impuestos y luego estar indiferentes a lo que hace el municipio, esperando el día en que el pueblo pueda cuidar por sí mismo de sus intereses; y por esto

gritamos e intentamos provocar la indignación popular cuando el municipio por estúpida imprudencia y sórdida avaricia deja inundar Ancona y tiene una biblioteca en tales condiciones que no sirve a nadie.

Así sucede con el parlamento. Se ha arrogado el derecho de hacer las leyes y nosotros, que de las leyes somos las víctimas, debemos por fuerza contar con él si queremos que estas leyes, en tanto haya leyes, sean lo menos opresivas que sea posible.

Pero como no creemos en la buena voluntad de los diputados y como aspiramos a la abolición tanto del parlamento, como de todo otro gobierno, no nos proponemos nombrar buenos diputados, sino presionar sobre aquéllos que hay, sean cuales sean, agitando al pueblo y metiéndoles miedo. Y cuando falte una eficaz agitación popular, haremos todavía presión sobre cada diputado para que eche en cara al gobierno sus abusos, pero lo haremos porque, o ellos se prestarán a nuestros deseos o no se prestarán y se verá su mala voluntad.

Que se tranquilice Merlino, si tanto le aflige nuestra incoherencia. Nosotros nos alegramos si algún diputado echa en cara a los ministros su infamia; pero no dejamos por ello de considerar al parlamento responsable de lo que hace el gobierno, dado que si él quisiera el ministerio debería obedecer; ni cesamos de tener a ningún diputado en la mala estima que merece quien aprovecha la ignorancia y el borreguismo de los electores para hacerse delegar un poder que no puede resultar sino en daño del pueblo.

Malatesta

ENTRE DOS FUEGOS ²⁸

A un artículo mío, *“El peligro”*, inserto en *“L’ Italia del Popolo”* del 5 de noviembre, ha respondido por una parte Luigi Minuti (*“L’Italia del Popolo”*, 11 de noviembre) y por otro lado mi amigo Malatesta (*L’Agitazione* de Ancona, número 35).

No puedo resistir a la tentación de dar a conocer al lector el enfrentamiento, que es muy instructivo, de estas dos respuestas.

El hecho puesto de relieve por mi en el artículo, El peligro, es que la cruzada contra el parlamentarismo, que en un tiempo hacían los anarquistas y a veces también los socialistas, hoy la hacen los Seghele, los Cesana y otras personas respetabilísimas, pero que como remedio a los males del parlamentarismo proponen mutilarlo, volver atrás.

No querría, decía yo, que la gente mordiera el anzuelo y que, perdida toda confianza en el sistema parlamentario, se reconciliase con el despotismo. Un Boulanger no es posible en Italia. En el golpe de Estado no creo. Pero de hecho el gobierno, habiendo arrojado el descrédito sobre el parlamento, hace lo que le da la gana; y el país casi le aplaude, como aplaudió (como todos recuerdan) a Crispi.

Ese es un hecho que Malatesta reconoce como verdadero y que Minuti no desmiente.

Ante este hecho el republicano intransigente dice: Puede ser que la gente se vuelva republicana.

El anarquista abstencionista dice: *“Puede ser que se vuelvan todos anarquistas”*.

Y ambos se frotan las manos de contento. ¿Y si la gente se hiciera partidaria del gobierno absoluto? ¿O si se hiciera cada día más indiferente a la propia libertad (*je m’en foutaise*, dicen los franceses con una palabra intraducible) o incapaces de ejercerla? Esa es la cuestión.

Mis contradictores deberían examinar el hecho subrayado por mí y demostrar que la propaganda reaccionaria que se hace contra el sistema parlamentario no constituye un peligro, porque el pueblo está dispuesto a implantar la República o la anarquía.

Minuti razona así:

“El pueblo está disgustado del sistema parlamentario. Hagamos la República”.

Bravo, ¿cómo hacerla si el pueblo no se preocupa ni siquiera de la poca libertad que podría tener en la monarquía?

Es justamente el caso de recordar el dicho de María Antonieta:

“falta el pan, que coman tortas.”

²⁸ *“Avanti!”*, 24 de noviembre de 1897

¿Pero no sabe Minuti que con un poco de energía este pueblo podría obtener en la monarquía al menos nueve décimas de las libertades que le prometería –y que no sabe si luego le daría– la República? ¿Que un pueblo resuelto, activo, experto en la agitación pública, impondría hoy al gobierno la abolición completa del confinamiento, el respeto a los derechos de reunión y de asociación, el derecho de huelga y muchas otras cosas?

El parlamento no es que no pueda funcionar bien en el sistema actual; más bien yo creo que no puede ni siquiera funcionar bien en una República capitalista, en la que hubiera pobres y ricos.

Pero el principio de la soberanía del pueblo, del derecho del pueblo a tener una voluntad y a hacerla valer, se puede y debe afirmar desde ahora, de todas las maneras, sin esperar la proclamación de la República.

Errico Malatesta hace un razonamiento análogo al de Minuti. El pueblo se muestra indiferente al gobierno parlamentario, no hace uso de los derechos que tiene y que podría hacer valer contra el gobierno. Por lo tanto, propugnamos la abolición del gobierno. Estas son, textualmente, sus palabras:

Los reaccionarios aprovechan la corrupción y la impotencia parlamentaria para levantar la bandera del clericalismo y del absolutismo: es verdad. ¿Pero querría por esto Merlino que nos pusiéramos a intentar esta obra tan imposible cuanto contraria a nuestras convicciones y a nuestros intereses de partido, de salvar el parlamento del desprecio y del odio popular? Entonces sí que el pueblo, viendo que el parlamento no tiene otros enemigos que los reaccionarios, se arrojaría enteramente en sus brazos. Si Boulanger en Francia pudo convertirse en un peligro serio, fue porque los anarquistas eran pocos, y la masa de los socialistas, siendo parlamentaristas, participaban del descrédito en que el parlamentarismo ha caído justamente.

La verdad es que muchos anarquistas pasaron a militar en las filas de los boulangéristas, justamente porque fueron desviados por la propaganda contra el sistema parlamentario, propaganda puramente negativa.

“Abolir el parlamento, abolir el gobierno, ¿y luego? Y luego cada uno hará lo que quiera y se vivirá en el mejor de los mundos posibles.”

“Nuestra misión (la de los anarquistas) es la de mostrar al pueblo que, dado que el gobierno parlamentario, tan maléfico como es, es sin embargo la menos mala de las formas de gobierno, el remedio no está en cambiar el gobierno, sino en abolir el gobierno.”

Esto lo decís vosotros, pero el pueblo cree que el gobierno de uno solo es mejor que el de pocos y no concibe en absoluto (de esto podéis estar seguros) un estado de cosas sin gobierno.

El pueblo no está convencido de que el sistema parlamentario sea la menos mala de las formas de gobierno y si no hubiera otro argumento para hacerle dudar de lo que vosotros decís, estaría la propaganda republicana, la cual le sugiere, según Minuti, un concepto de gobierno donde el parlamento tenga su razón de ser en el sufragio universal, y su explicación en una asamblea legítima, representante de la soberanía popular.

Un hombre o un partido puede atrincherarse detrás de una frase: “abolición del gobierno”. Pero el pueblo quiere saber cómo hará para vivir, para entenderse en las cosas de interés común. Abolido el municipio (que es un pequeño gobierno), ¿quién pensará en las calles, en la iluminación, en el cuidado de un río como el Tíber y en tantas otras cosas de interés común?

¿Pensarán todos? ¿Cada uno a su modo? ¿O no pensará ninguno? ¿O se encargarán algunos de ocuparse de estos servicios públicos en bien de todos? ¿Serán estos encargados los árbitros de actuar según su parecer o estarán sometidos a la voluntad de la población? ¿La población tendrá una voluntad única o pueden surgir entre ésta pareceres diferentes? ¿Y en este caso se deberá elegir entre uno u otro? ¿Cómo? ¿Se reunirá el pueblo en masa a deliberar sobre cada cuestión presente? ¿O bien se reunirán solamente los representantes o delegados de los varios grupos?

Malatesta no es un anarquista individualista o amorfista. Admite la necesidad de la representación y del voto mayoritario en algunas cosas de interés común indivisible. ¿Qué es esto sino el sistema parlamentario corregido y mejorado, no ya abolido?

Yo tengo una duda: que toda esta guerra que se hace al parlamentarismo, está hecha de palabras. En este caso sería lícita, si no fuese peligrosa.

Comencemos por decirle al pueblo que aparezca, que se sirva de los derechos que tiene (como por otra parte hace “*L’Agitazione*”, a excepción, no sé por qué, del derecho electoral), que pida otros, que luche, que comience... para terminar donde y como mejor pueda.

Merlino

TODAVÍA EL PARLAMENTO ²⁹

Saverio Merlino ha replicado en “*Avanti!*” al artículo que publicó “*L’Agitazione*” número 35 en respuesta a la defensa que él hizo del parlamentarismo en “*L’Italia del Popolo*”. El artículo de “*L’Agitazione*” no estaba firmado, pero Merlino, adivinando bien, me lo atribuyó, y esto me induce a responderle en mi nombre, aunque sobre esta cuestión estamos todos de acuerdo, no sólo nosotros los de la redacción, sino todos aquellos anarquistas que se van constituyendo en partido organizado y esperan poder mostrar con los hechos cómo se puede sustituir una fecunda y educadora acción popular a la acción parlamentaria que, según nuestro parecer, habitúa al pueblo a esperar de lo alto la propia emancipación y lo prepara así para la esclavitud.

Merlino, recordando que admito la existencia del peligro clerical y reaccionario, dice que yo respondo que puede darse que la gente se vuelva anarquista. En absoluto: yo digo que el remedio contra el peligro está en suscitar en el pueblo el sentimiento de la rebelión y de la resistencia, en inspirarle la conciencia de sus derechos y de su fuerza, en habituarlo a hacer por sí mismo, a pretender, a conquistar con su fuerza cuanta más libertad, cuanto más bienestar sea posible, y no ya en rehacer una virginidad al sistema parlamentario, que luego recorrería la misma parábola de decadencia que ya ha recorrido una vez.

Y por ello es necesario trabajar para que la gente se vuelva anarquista o al menos que el número y la potencia de acción de los anarquistas aumenten y los sentimientos y las ideas de la población se acerquen lo más posible a los sentimientos y a las ideas de los anarquistas.

Y todavía: Merlino dice que el pueblo no está convencido de que es necesario abolir el gobierno ¿quién pretende lo contrario? Si el pueblo estuviese convencido, la anarquía sería un hecho. Pero nosotros que estamos convencidos, tenemos el interés y el deber de convencer también a los demás.

El pueblo no está convencido, por ejemplo, de que el catolicismo es un amasijo de supersticiones, que los curas y los burgueses lo sostienen porque es un óptimo instrumento de dominación; y el pueblo no está convencido de que se puede prescindir de los patronos; pero no por esto Merlino nos aconsejaría ponernos a predicar, más bien que la destrucción, la reforma del catolicismo y del capitalismo.

Aparte de este error de interpretación, con el cual se me hace dar como un hecho lo que digo que se debe hacer, Merlino no responde a los argumentos de mi artículo y yo no puedo sino remitir a los lectores a ese artículo.

Y en cambio él insiste sobre la necesidad de una forma de gobierno y de parlamento, para que la sociedad pueda vivir y funcionar. Abolido el municipio, que es un pequeño gobierno, dice él, ¿quién pensará en las calles, en la iluminación, en el cuidado de los ríos y en tantas otras obras de interés común? ¿Pensarán todos? ¿Cada uno a su modo? ¿O no pensará ninguno? ¿O se encargarán algunos de ocuparse de estos servicios públicos por el bien de todos? ¿Serán estos encargados árbitros de obrar a su modo o estarán sometidos a la voluntad de la población? ¿La población tendrá una voluntad

²⁹ “*L’Agitazione*”, 2 de diciembre de 1897

única o pueden surgir entre ésta pareceres distintos? ¿En este caso se deberá elegir entre uno u otro? ¿Cómo? ¿Se reunirá el pueblo en masa para deliberar sobre cada cuestión que se presente? ¿O bien se reunirán solamente los representantes o delegados de varios grupos?

Justamente: yo creo que los encargados de los servicios públicos serán las asociaciones de aquellos que trabajan en cada servicio; que estas asociaciones deberán cuidar al mismo tiempo del bienestar de sus miembros y de la comodidad de la población, y que estarán imposibilitadas de prevaricar por el control de la opinión pública, por los lazos de dependencia recíproca con las demás asociaciones y por el derecho de todos a entrar en las asociaciones y usar de los medios de producción que éstas operan. Creo que no habrá división fija entre quien dirige y quien ejecuta, y que la dirección del trabajo dependerá de derecho y de hecho de los trabajadores, los cuales para cada trabajo se organizarán y se dividirán las funciones del modo que estimen mejor. Creo que donde es necesario delegar individuos para una función dada, se les dará un mandato determinado, limitado, sujeto siempre al control y a la aprobación de la población, y sobre todo que no se empleará nunca la fuerza para obligar a la gente y para cumplir su mandato contra la voluntad de una fracción cualquiera de la población: el derecho de emplear la violencia, cuando se presentase la dura necesidad, deberá quedar siempre íntegro para todo el pueblo y no ser nunca delegado. Creo que cuando sobre una cosa a realizar se tienen opiniones diferentes y si no es posible o no es conveniente, se hará como quiere la mayoría, salvo todas las garantías posibles a favor de la minoría, garantías que se darían en serio, porque, no teniendo la mayoría ni el derecho ni la fuerza de constreñir a la minoría a la obediencia, tendrá que ganarse su aquiescencia por medio de condescendencias y pruebas de buena voluntad...

Y luego creo, más bien estoy seguro, que yo no tengo ni la capacidad ni la misión de hacer de profeta. Yo quiero combatir para que el pueblo se ponga en condiciones de hacer lo que quiere; y tengo confianza en que éste, incluso haciendo mil despropósitos y debiendo a menudo volver sobre sus pasos y experimentando contemporánea y sucesivamente mil formas distintas, preferirá siempre aquellas soluciones que la experiencia le muestre más fáciles y más ventajosas.

Merlino duda de que en el fondo se trate de una cuestión de palabras. Él se habría acercado más a la verdad (quizá se lo he advertido otras veces) si hubiera dicho que es una cuestión de método.

Cuáles serán las formas sociales del porvenir nadie puede precisarlo, y fácilmente nos pondremos de acuerdo sobre los conceptos generales que deberán guiar a una sociedad de seres libres e iguales... después que ésta sea constituida. La cuestión es el modo como se puede llegar a constituirla. Los autoritarios quieren imponer desde lo alto, por medio de leyes, lo que ellos consideren bueno. Los anarquistas, en cambio, quieren con la propaganda destruir el principio de autoridad en las conciencias y con la revolución destruir toda fuerza organizada que pueda constreñir a los hombres a actuar contrariamente a su voluntad.

A propósito, ¿querrá Merlino responder a una pregunta a la que ningún socialista democrático ha querido darme una respuesta explícita? Yo querría saber si, en su opinión, el gobierno o parlamento que él cree necesario para la vida social deberá tener a su disposición una fuerza armada.

En caso negativo, entonces realmente la diferencia entre nosotros sería poca, ya que yo soportaría de buen grado un gobierno... que no pudiera obligarme a nada.

Merlino no sabe comprender por qué "*L'Agitazione*", que llama al pueblo a servirse de los derechos que tiene, hace una excepción con el derecho electoral. Nosotros le hemos explicado las razones varias veces.

El derecho electoral es el derecho de renuncia a los propios derechos y por tanto es contrario a nuestra finalidad; queremos que el pueblo se habitúe a combatir y a vencer directamente, con las propias fuerzas.

Se ha dicho que el derecho electoral es el derecho a elegir el propio patrón. En realidad no es ni siquiera esto: es el derecho de competir por una parte mínima en la lista de una partecita del propio patrón y luego creerse soberano.

Nosotros que queremos que el pueblo sea soberano de verdad, tenemos el máximo interés en impedir que éste tome en serio una soberanía de mentirijillas y se conforme.

Malatesta

USO Y ABUSO DE LA FUERZA ³⁰

Me desagrada usurpar vuestro espacio, pero debo contestar a la pregunta que me dirige E. Malatesta:

“A propósito, ¿querrá Merlino responder a una pregunta, a la que ningún socialista democrático ha querido darme una respuesta explícita? Yo querría saber si, en su opinión, ese gobierno o parlamento que él cree necesario para la vida social, deberá tener a su disposición una fuerza armada.”

Responderé como me respondió una vez Malatesta.

Si la gente es suficientemente razonable, no será necesario usar la fuerza, de lo contrario, se recurrirá a ella. Entiéndase bien que el uso de la fuerza deberá estar reservado a los casos extremos y no deberá estar al arbitrio de un gobierno o de un parlamento el emplearla contra los ciudadanos, como son hoy el ejército o la policía, sino solamente los ciudadanos mismos podrán ser llamados en casos extraordinarios, como ya se usa en Inglaterra y en los Estados Unidos. En suma, es necesario regular el uso de la fuerza, limitar los casos, arrancarlo al arbitrio de una administración o autoridad central cualquiera, pero no se puede excluir *a priori* la necesidad de que la colectividad emplee la fuerza contra el individuo o contra la minoría, en los casos en que haya verdaderamente conflicto de voluntad y de intereses y la separación no sea posible y no se consiga un compromiso: Esto es, de palabra se puede prometer Arcadia, El dorado y la paz perpetua, ¿pero se mantendrá luego la promesa?

He aquí cómo le contesto a Malatesta, y a la vez le hago una pregunta:

¿Los individuos usarán alguna vez la fuerza contra otros? ¿Si otro me da una bofetada, debo reaccionar o presentarle la otra mejilla?

Su respuesta, la preveo, es que debo reaccionar. ¿Y si soy débil? ¿Vendrá la gente a defenderme? ¿Cómo hará la gente, acudiendo durante una pelea, para saber de parte de quién está la razón, para ponerse de su lado? Posiblemente habrá quien tome partido por uno y quien por otro de los contendientes. Por tanto el pueblo debe estar enteramente en armas a cada disputa que se encienda entre dos individuos; y se dividirá en facciones, justamente como en los tiempos de Cerchiy de Donati, de Blancos y de Negros.

Yo he dicho, y repito, que este modo de entender la anarquía puede haber pasado en algún momento por la mente de alguno, pero no es sostenible; y cuanto antes lo corriamos, mejor.

Malatesta dice que no hace de profeta. Así dicen también los socialistas democráticos, cuando se trata de demostrarles los inconvenientes del colectivismo. Por tanto demolamos y no nos cuidemos de nada más. ¿Pero se puede demoler sin saber qué se debe demoler realmente, y por qué? ¿Se puede adelantar a ciegas? No, tanto es verdad, que Malatesta tiene sus ideas.

³⁰ “L’*Agitazione*”, 16 de diciembre de 1897

El sabe o cree que serán encargadas de los servicios públicos las asociaciones de aquellos que trabajan en cada servicio; que deberán cuidar al mismo tiempo del bienestar de sus miembros y de la comodidad de la población.

¿Deberán, porque lo decíais vosotros? Pero vosotros que a menudo notáis, y justamente, que la administración colectivista estaría inclinada a abusar de su autoridad y no podría permanecer democrática, vosotros debéis también saber que una asociación encargada de un servicio público miraría primero por su propio interés y la comodidad de sus miembros, y luego, si acaso, al de la población. Vuestras asociaciones se convertirían en otros tantos cuerpos burocráticos. ¿Cómo podéis creer vosotros que serían nada menos que imposibilitadas de prevaricar por el control de la opinión pública? ¿Cómo se ejercitaría ese control? ¿Qué formas asumiría? ¿Quizá la de una insurrección popular contra cada administración que no obedeciera a la voluntad de la población? Pongamos que la asociación ferroviaria se negase a hacer correr un expreso entre Roma y Ancona: ¿Sería puesta en su lugar por el pueblo en rebelión? ¿Y si la opinión pública estuviera dividida? ¿Si todas las localidades recorridas por el tren pidieran su detención? ¿Si la asociación fomentase voluntariamente la discordia?

Habría, —agrega Malatesta—, los lazos de dependencia recíproca entre las asociaciones. ¿Qué lazos? ¿De qué especie? ¿Pactos, obligaciones, deliberaciones colectivas, comités federales, congresos? Lo que equivaldría a un parlamento.

Y por último estaría el derecho de todos a entrar en las asociaciones y usar de los medios de producción que éstas emplean.

Esto además impediría a las asociaciones funcionar una sola hora. Imaginemos un astillero, donde se está fabricando una nave, invadido por gente que quiere meter las manos por todos lados y sustituyendo a aquellos que trabajan, para mañana, quizá, marcharse y dejarlo desierto.

Figurémonos una farmacia en que se presentan a trabajar los diletantes farmacéuticos, y así en todo lo demás.

A mí me parece que debemos entendernos sobre los elementos del socialismo antes de discutir sobre métodos.

Merlino

ANARQUÍA... ¿CONTRA QUE? ³¹

Yo sé que Merlino, ejemplo raro entre los polemistas y los hombres de partido, no intenta en las discusiones colocar en situación difícil al adversario con artificios retóricos, sino que se esfuerza por llevar luz sobre la materia en cuestión; sé que él propone siempre buscar la verdad y propagar lo que ha llegado a creer verdadero, y por ello me ha maravillado mucho el último artículo que nos ha enviado, en el cual, mientras se propone responder a una pregunta hecha por mi en la esperanza real de saber mejor cuáles son sus ideas, él gira en torno a la cuestión, intenta impresionar al lector con una cierta apariencia de espíritu práctico y... me deja más perplejo que antes.

Yo preguntaba si, según él, aquel gobierno cualquiera, o parlamento, que él cree necesario para el buen funcionamiento de la sociedad, deberá tener a su disposición una fuerza armada.

Y Merlino me responde que el uso de la fuerza deberá ser reservado a los casos extremos y no deberá ser dejado al arbitrio de un gobierno o de un parlamento el emplearla contra los ciudadanos recalcitrantes a una orden dada.

Yo no entiendo nada. Si el gobierno no tiene el derecho de obligar a los ciudadanos a obedecer las leyes, entonces no es más un gobierno, en el sentido común de la palabra y nosotros no tendríamos ya que pedir su abolición: nos bastaría con hacer lo que nos parezca cuando aquello que él quiere no nos conviene.

No debe haber una fuerza armada permanente, dice Merlino, pero los ciudadanos mismos podrán ser llamados en casos extraordinarios, como ya se usa en Inglaterra y en los Estados Unidos. ¿Pero llamados por quién? ¿Por el gobierno? ¿Estarán obligados a presentarse a la llamada? En Inglaterra y en los Estados Unidos hay una policía; y las milicias que el gobierno llama en casos extraordinarios sirven, salvo que no se rebelen, a las finalidades del gobierno. entre las cuales la primera es la de frenar y a ser necesario, masacrar al pueblo. ¿Éste es el régimen político que anhela Merlino?

Pero el uso de la fuerza es regulado y sustraído del arbitrio de una administración central cualquiera, dice Merlino. Que se trate por tanto de un estatuto que deberá fijar los derechos respectivos del ciudadano y los del gobierno y que será respetado... como siempre lo han sido los estatutos.

Nosotros queremos que todos los ciudadanos tengan igual derecho a ser armados y de tomar las armas cuando se presente la necesidad, sin que nadie pueda obligarlos a marchar o a no marchar. Queremos que la defensa social, interés de todos, sea confiada a todos, sin que ninguno haga el oficio de defensor del orden público y viva de él.

Pero, dice Merlino, si soy atacado por uno más fuerte que yo, ¿cómo me defenderé? ¿Acudirá la gente a ayudarme? Y si acude, ¿cómo hará para juzgar de qué parte está la razón? Y como probablemente se producirán opiniones diversas, entonces, ¿por cada disputa habrá una guerra civil?

³¹ "L'Agitazione", 23 de diciembre de 1897

¿Los carabineros, respondo yo, están siempre presentes para defender a quien es atacado? ¿Es seguro que éstos no se ponen nunca de parte del que está equivocado? ¿El juicio de los magistrados ofrece quizás más garantías de justicia que el de la muchedumbre? ¿Y la tiranía es por tanto preferible a la guerra civil? Merlino razona como hacen los conservadores. Él pone ante todo los inconvenientes, todos los conflictos posibles de la vida social y se sirve de ellos para calificar de imposibles y absurdos nuestros ideales, olvidando sin embargo, decimos, cómo se reparan estos inconvenientes y estos conflictos en su sistema.

Merlino teme la guerra civil. ¿Pero qué es un régimen autoritario sino un estado de guerra en que una de las partes ha sido vencida y se encuentra sujeta? Merlino nos dirá que él es libertario y no ya autoritario; pero si alguno, individuo o colectividad, minoría o mayoría, puede imponer a los otros la propia voluntad, la libertad es una mentira, o no existe sino para quien dispone de la fuerza.

Yo no he dicho nunca que la anarquía, especialmente en los primeros tiempos, será Arcadia o El dorado. Habrá por supuesto problemas y dificultades inherentes a la imperfección y al desacuerdo de los hombres; pero si hay probabilidad de que los males sean menores que en cualquier régimen autoritario, esto me basta para ser anarquista.

El bienestar y la libertad de todos, la abolición de la tiranía y de la esclavitud no se pueden obtener sino cuando los hombres se esfuercen por armonizar sus intereses y se plieguen voluntariamente a las necesidades sociales.

Y yo creo que, abolida la propiedad individual y el gobierno, está destruida la posibilidad de explotar y oprimir a los demás bajo la égida de las leyes y de la fuerza social, los hombres tendrán interés, y por tanto voluntad, de resolver los posibles conflictos pacíficamente, sin recurrir a la fuerza. Si esto no ocurriese, evidentemente la anarquía sería imposible; pero serían también imposibles la paz y la libertad.

Merlino no está persuadido cuando digo que contra la voluntad de los hombres la anarquía no se hace. ¿Pero sabe él concebir un régimen que se rija sin y contra la voluntad de los hombres, o al menos de aquellos de entre los hombres que piensan y quieren? ¿Y conoce él un régimen que valga más de lo que valen los hombres que lo aceptan?

Todo depende de la voluntad de los hombres. Busquemos por tanto educarlos para querer la libertad y la justicia para todos, y expulsar de su espíritu el prejuicio de la necesidad del gendarme.

Yo dije que no soy profeta, y Merlino encuentra que yo respondo como hacen los socialistas democráticos cuando se trata de demostrarle los inconvenientes del colectivismo.

El caso no es igual.

Los socialistas democráticos quieren que el pueblo los mande al poder, a hacer las leyes, a organizar la nueva sociedad, y más bien deberían decirnos qué uso harían de ese poder y a qué leyes nos someterían.

Nosotros los anarquistas, en cambio, queremos que el pueblo conquiste la libertad y... haga lo que quiera.

Tener desde ahora ideas y proyectos prácticos es necesario, dado que la vida social no admite interrupción y el pueblo deberá, el día mismo en que se haya desembarazado del gobierno y de los patronos, proveer las necesidades de la vida. Pero estas ideas podrán ser diferentes en los distintos países y en las variadas ramas de la producción y si incluso fueran erradas, el mal no sería grande, en tanto que, no habiendo un poder conservador que obligue a perseverar en los errores, ni una clase constituida que aproveche de estos errores, se podrá siempre cambiar y mejorar todo lo que no pase la prueba. La anarquía es, en un cierto sentido, el sistema experimental aplicado al arte de vivir civilmente.

Y luego, yo no soy sino un individuo, y yo y todos los anarquistas actuales no somos sino una fracción del pueblo, y por tanto podremos decir a los demás aquello que querríamos, pero nunca lo que será, deberá ser necesariamente modificado mediante el concurso de otras tantas voluntades que hoy no sabemos cuáles serán.

Por otra parte, incluso no teniendo ninguna inclinación por el arte profético, yo expresé alguna de mis ideas sobre la futura organización social, y Merlino las ha refutado... más bien puerilmente.

Yo dije, por ejemplo, que los servicios públicos serán realizados por las asociaciones de los trabajadores de los diversos ramos y que estas asociaciones se cuidarán al mismo tiempo del bienestar de sus miembros y de la comodidad de la población. Y Merlino dice que estas asociaciones, a semejanza de los cuerpos gubernativos, cuidarían primero de la comodidad de sus propios miembros y luego, si acaso, de la de la población. Puede darse muy bien, pero como cada trabajador por una parte es miembro de una asociación de producción y por otra es parte de la población, es probable que se diera cuenta pronto de que en el juego de tirar cada uno en su provecho pierden todos y por ello pensaría que vale más ponerse de acuerdo y trabajar todos de buena gana por el bien general. Totalmente diferente es en cambio la posición del gobernante, el cual impone a otros las reglas de trabajo y puede acomodar todo en su provecho y en el de sus amigos.

Yo dije que la opinión pública impediría a las asociaciones prevaricar; y Merlino me pregunta si habrá una insurrección popular contra toda administración que no obedezca la voluntad del pueblo. Y sin embargo no hace muchos días que Merlino ha escrito, y tiene razón, que si el pueblo quisiera podría, incluso en el régimen actual, no obstante las riquezas y los soldados de que disponen las clases dominantes, impedir muchísimos abusos e imponer el respeto de muchas libertades. La tesis que sostiene Merlino debe ser realmente muy mala, ya que se ve obligado a recurrir a las bromas de los reaccionarios.

Yo hablaba de los lazos de dependencia recíproca entre las asociaciones y Merlino no entiende de qué lazos hablo. ¿Pero no está claro que el panadero, por ejemplo, tiene necesidad del molinero que le provee la harina, del campesino que le provee de grano, del albañil que le hace la casa, del sastre que le viste y así hasta el infinito? ¿No está claro que todos tienen interés y

necesidad de ponerse de acuerdo con todos? ¿Pero cómo se establecerán estos acuerdos? Pregunta Merlino. ¿Mediante pactos, obligaciones, comités federales, congresos? Con estos o con otros medios, pero no ciertamente, si los trabajadores pretenden ser libres, mediante parlamentos que hagan la ley y la impongan a todos con la fuerza.

Yo reclamaba, en fin, como garantía contra la formación de monopolios en perjuicio de la población, el derecho de todos a entrar en las asociaciones y a usar de los medios de producción empleados por éstas. Y Merlino responde imaginando un astillero invadido por gente que quiere meter mano por todas partes o una farmacia donde los diletantes vayan a mezclar y confundir todo. ¿No parece escuchar a un reaccionario que, queriendo combatir la propuesta de abrir un jardín al público, dijera que toda la población querría entrar al mismo tiempo en el jardín y moriría pisoteada y sofocada? En la práctica, sin embargo, resulta que cuando se abre un jardín público el derecho para todos de ir a pasear basta para impedir el monopolio, pero no produce en absoluto una muchedumbre que destruiría el placer de pasear. Mi concepto era claro, yo hablaba del derecho que debe tener la gente de proveer por si a un trabajo dado, cuando aquellos que lo hacen quisieran servirse de él como medio para explotar y oprimir a los demás; y no ya el derecho de los desocupados a ir a molestar a quien trabaja.

Pero, en suma, mis ideas pueden estar equivocadas y, como he dicho, no sería un gran mal, porque yo no quiero imponerlas a nadie. Merlino en cambio, que se lamenta de que nosotros no queremos ser profetas y no definimos suficientemente nuestras ideas sobre el porvenir, debería decirnos qué es lo que él quiere.

No cree en la administración de los socialistas democráticos ni en las asociaciones de los anarquistas, y tampoco quiere demoler el presente sin preocuparse del porvenir. ¿Qué quiere él entonces?

Criticar las ideas ajenas es una óptima cosa, pero no basta. Nosotros sabemos que todos los sistemas tienen sus lados débiles: el nuestro como el de los demás. Pero para renunciar al nuestro sería necesario que se nos propusiese uno que tenga menos inconvenientes.

Todo es relativo. Nosotros somos anarquistas porque la anarquía, en el sentido que le damos a la palabra, nos parece la mejor solución al problema social. Si Merlino conoce algo mejor, que nos lo enseñe pronto.

Malatesta

CONTRASTE PERSONAL ³²

Creía que, aunque sólo fuera por la amistad que nos liga, Malatesta y yo habríamos podido polemizar sin llamarnos matón y sinvergüenza uno al otro. Pero me he equivocado. La polémica apasiona y un hombre apasionado no logra, aunque sea el mismo Catón, mantenerse justo y ecuánime. Malatesta además es hombre de partido, está inmerso desde la juventud en las luchas políticas, defiende su pasado, cree quizá que esté en juego en la polémica entre nosotros empeñada su posición de jefe moral del partido anarquista italiano y por lo tanto no consigue, menos que los demás, discutir serenamente.

El sistema elegido por él para combatirme es el siguiente:

Me lanza numerosas cortesías: yo soy un hombre que busco la verdad, que rehuyo las trampas, que no recorro a artificios retóricos para poner en dificultad al adversario, etc., etc. Pero luego se maravilla de que yo dé vueltas en torno a la cuestión, que intente impresionar al lector con una cierta apariencia de espíritu práctico, y me llama reaccionario sin ambages. Merlino razona como hacen los conservadores. Se ve constreñido a recurrir a las bromas de los reaccionarios. Parece escuchar a un reaccionario, etc., etc.

Estas invectivas se comprende bien a qué sirven. Un proverbio dice: llama perro a uno y podrás dispararle. Malatesta no lo hace a posta, pero siente que si logra hacerme considerar reaccionario por los lectores de su diario, quita todo crédito a mis argumentos y que incluso si yo tengo razón y él está equivocado, todos le darán la razón a él. Él por tanto me califica a cada paso de reaccionario. A fuerza de oírsele, el lector se acostumbra a la idea de que me he vuelto un defensor encarnizado del actual orden de cosas y termina por creerlo firmemente y por apasionarse contra mí de tal guisa que ya no puede apreciar serenamente mis argumentos.

Yo podría valerme, contra Malatesta, del mismo método: podría, si quisiese, valiéndome de ciertas recientes declaraciones suyas acerca de la necesidad de luchar por el mejoramiento actualmente posible, darme el gusto de pintarlo a los ojos de sus amigos como un reaccionario, o al menos como un revolucionario que se encamina a convertirse en reaccionario.

Prefiero cerrar la polémica remitiendo al lector que tenga la curiosidad de conocer cuál es la solución, no colectivista-autoritaria ni anárquico-amorfista, que yo propongo al problema social, a un volumen que será publicado dentro de unos días por Treves (nota de la redacción: se trata de *La utopía colectivista*).

En cuanto a Malatesta, le advierto que la primera vez que él, pensando por su cuenta, disienta de sus amigos, éstos lo tratarán, si ya algunos no lo tratan, como él me trata a mí; y él no podrá lamentarse de ellos, porque habrán sido educados en su escuela.

Merlino

³² *"L'Agitazione"*, 29 de diciembre de 1897.

CLARIFICACIONES SOBRE LA POLÉMICA ³³

Me duele que Merlino se haya ofendido con mi respuesta; pero no me parece haber sobrepasado los límites permitidos en una polémica cortés entre personas que se estiman. Noté la similitud existente entre algunos de sus argumentos y aquéllos adoptados ordinariamente por los conservadores y los reaccionarios, así como él había dicho que yo respondía como hacen los socialistas democráticos. ¿Es ofensivo esto? Para mi no hay ninguna ofensa cuando no se duda de la sinceridad del contradictor.

De todas maneras, ya que Merlino quiere cerrarla, yo no insistiré; y esperaré su nuevo volumen para juzgar la solución que él propone al problema social.

De una sola cosa quisiera estuviera seguro Merlino, y es que si él o cualquier otro me convenciese de que estoy equivocado, yo lo confesaría rápidamente, a pesar de mi pasado y de mi presente.

Malatesta

De, L'Agitazione, del 30 de diciembre de 1897.

CONCLUSIÓN

Por una deferencia personal, que alguno ha querido reprocharnos y de la que no nos arrepentimos, y por el honesto deseo de hacer oír a nuestros lectores las dos campanas y ponerlos en condición de poder juzgar con pleno conocimiento, abrimos a Merlino nuestras columnas.

El prefirió declararse ofendido por la crítica de Malatesta y cortar la polémica... para ir luego a atacar, incidentalmente, en nota a un artículo suyo publicado en la revista de Colajanni (Revista Popolare).

Está en su derecho. Él puede atacarnos y criticarnos cuando y donde le parezca; pero no debería creerse con el derecho a falsear nuestras ideas, que él conoce, ya que no hace todavía mucho tiempo que junto con nosotros las profesaba y defendía.

En la nota a que hacemos alusión él dice: Sólo algún anarquista amorfista puede decir con Malatesta: Nosotros los anarquistas queremos que el pueblo conquiste la libertad y haga la que quiera.

Dejemos estar, porque no importa a la cuestión, si se trata de algunos, o de muchos o de todos los anarquistas. ¿Pero por qué Merlino nos llama amorfistas?

Históricamente, esta palabra ha sido empleada o para indicar un modo especial de concebir las relaciones entre hombres y mujeres, o más comúnmente, para distinguir a los partidarios de ciertas concepciones individualistas de la vida social, que estuvieron de moda en los años pasados entre anarquistas y que a nosotros nos parecieron, de acuerdo entonces con Merlino, aberraciones. Y en aquel sentido el apelativo de amorfistas, en boca de Merlino y dirigido a nosotros, no es sino un insulto gratuito.

³³ "L'Agitazione", 13 enero 1898

Etimológicamente, amorfista quiere decir que no admite formas. ¿Qué autoriza a Merlino para pensar que nosotros hemos perdido la razón al punto de creer posible la existencia de una sociedad que no tenga forma?

¡Amorfistas, porque creemos que las formas que asuma la vida social sean el resultado de la voluntad popular, de la voluntad de todos los interesados! ¿Pero entonces Merlino quiere que alguien las imponga al pueblo contra o sin la voluntad del pueblo mismo? ¿Y que las conserve con la fuerza incluso cuando hayan cesado de responder a las necesidades y a la voluntad de los interesados?

Discutamos desde ahora de los variados problemas que pueden presentarse en la vida social y de las varias soluciones posibles; hagamos proyectos sobre el modo de administrar los intereses generales e indivisibles del consorcio humano; preparemos en las asociaciones y federaciones obreras los elementos de la reorganización futura; todo esto es útil, es indispensable, para que el pueblo tenga una voluntad clara y pueda ponerla en práctica. Pero insistamos en que la reorganización social se haga de abajo hacia arriba, con el concurso activo de todos los interesados, sin que nadie, individuo o grupo, minoría o mayoría, déspota o representante, pueda imponer con la fuerza a la gente la que la gente no quiere aceptar.

Merlino nos presenta una especie de esquema de constitución política.

Hay que distinguir dice, los asuntos más importantes y de los cuales todos más o menos entienden, y hacerlos decidir directamente por el pueblo en los clubs o asociaciones, cuyos delegados se reunirían, como en las convenciones americanas, únicamente para concretar la solución definitiva en conformidad con los mandatos recibidos. Para asuntos menos importantes y para aquellos que requieren conocimientos especiales, constituir administraciones especiales –sin lazos jerárquicos entre ellas– sujetas al mandato popular. Antes que nada el pueblo debe concurrir al nombramiento de los administradores públicos; luego éstos deben ofrecer garantías de capacidad, además de haber reglas de administración que impidan las arbitrariedades y los favoritismos; los administradores deben permanecer iguales a todos los demás ciudadanos y recibir en compensación por su trabajo un tratamiento aproximadamente igual al que los ciudadanos todos obtienen de su trabajo; en fin, los interesados deben poderse oponer a los actos injustos de los administradores públicos y llamar a estos últimos a rendir cuenta públicamente de su gestión. Es necesario, sobre la base de la igualdad de las condiciones económicas, elevar un sistema de administración pública emanante directamente del pueblo y no sujeto a ningún centro de gobierno.

¿Pero cómo se debe llegar a esta y a cualquier otra manera de administración de los intereses colectivos? He aquí para nosotros la cuestión importante.

¿Debe la nueva constitución social ser formulada brotando de una constituyente nacional o internacional e impuesta a todos? ¿O debe ser el resultado gradual, siempre modificable, de la vida misma de una sociedad de individuos económica y políticamente iguales y libres?

¿Debe el pueblo, después de abatido el gobierno, nombrar otro, el cual luego debe, según la utopía de los socialistas democráticos, eliminarse a sí mismo; o debe destruir completamente el mecanismo autoritario del Estado y formar un régimen libre por medio de la libertad?

Esto Merlino no la dice y éste es el punto de división entre socialistas democráticos y socialistas anárquicos.

En su conferencia del domingo en Roma, Merlino habría, según el resumen del "*Avanti!*", combatido a los anarquistas libertarios absolutos (¡de nuevo apelativos de sabor equívoco!), porque con su sistema los prepotentes tendrían modo de aplastar a los más débiles y a los más dóciles...

Por tanto Merlino, para ponerles un freno a los prepotentes querría... ¡Mandarlos al poder! ¿O cree él que al poder irían los más débiles y los más dóciles?

¡Oh, santa ingenuidad!

Malatesta

ANARQUISMO

A menudo solemos decir: el anarquismo es la abolición del gendarme, entendiendo por gendarme cualquier fuerza armada, cualquier fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para constreñir a los demás a efectuar aquello que no quieren hacer voluntariamente.

Esta fórmula no da, por cierto, una idea ni siquiera aproximada de lo que se entiende por anarquía, que es sociedad fundada sobre el libre acuerdo, en la cual cada individuo pueda alcanzar el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encuentre en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la constricción física no basta para que el individuo surja a la dignidad de hombre libre, aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos los derechos que quiere que se le respeten en él y se rehúse tanto a mandar como a ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de confianza en sí mismo, como se puede ser tirano por maldad o por inconsciencia cuando no se encuentra una resistencia adecuada. Pero esto no impide que la *abolición del gendarme*, es decir, la abolición de la violencia en las relaciones sociales, sea la base, la condición indispensable sin la cual la anarquía no puede florecer; más aún: no puede ni siquiera concebirse.

Es como cuando se dice: *el socialismo es el pan para todos* y los adversarios con intención aviesa replican “una cuestión de estómago”.

El socialismo es, ciertamente, algo más vasto y mucho más elevado que la simple cuestión alimenticia, que la sola cuestión económica. Y se puede tener ampliamente satisfechas todas las necesidades materiales sin por esto ser transformado en socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en la estrechez de la miseria. Pero esto significa en cambio que no puede existir, que no puede concebirse siquiera, una sociedad socialista si la cuestión económica no se resuelve de modo que deje de ser ya posible la explotación del hombre por el hombre y que se asegure a todos una decente vida material.

Anarquía y Socialismo son dos concepciones sublimes (para nosotros se confunden en una sola) que abrazan toda la vida humana y la empujan hacia las más altas idealidades, pero ambas están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del sable y la abolición del hambre.

Es un error, y más frecuentemente una hipocresía de satisfechos, despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son, sin duda, necesidades inferiores, pero su satisfacción es indispensable para que broten y se desarrollen las necesidades superiores: morales, estéticas, intelectuales.

Nos valdremos de un ejemplo: Un cuadro de Ticiano es algo excelso, bien superior en el concepto humano a las tierras coloradas que han servido para hacerlo, pero sin esas humildes tierras Ticiano no hubiera podido hacer sus cuadros. Una bella estatua vale infinitamente más para el gusto estético que una tosca piedra; pero sin piedras no se hacen estatuas.

Por consiguiente es necesario ante todo abolir el gendarme, ya que solamente cuando queda excluida la posibilidad de la violencia es cuando los hombres llegan a ponerse de acuerdo con un mínimo de injusticia y con un máximo posible de satisfacción para todos.

Las necesidades, los gustos, los intereses y las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos: a menudo son opuestos y antagonicos. Y, por otra parte, la vida de cada uno está de tal modo condicionada por la vida de los demás que sería imposible, aun si fuera conveniente, separarse de todos y vivir completamente por cuenta propia. La solidaridad social es un hecho al que ninguno logra sustraerse: ella puede ser consciente y libremente aceptada y, en consecuencia, obrar en provecho de todos, o impuesta por la fuerza a sabiendas o no, y entonces se explica por la sumisión del uno al otro y por la explotación de los unos por parte de los otros.

Mil problemas prácticos se presentan cada día en la vida social que pueden ser resueltos de diversos modos, pero no de muchos modos a un mismo tiempo: sin embargo, cada hombre puede preferir una u otra solución. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza de imponer a los otros la propia voluntad, escoge la solución que mejor conviene a sus intereses y a sus gustos y los otros la soportan y quedan sacrificados. Pero si ninguno tiene la posibilidad de obligar a los demás a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no sea posible o no se considere conveniente adoptar varias soluciones diversas, se llega necesariamente, por mutuas concesiones, al acuerdo que mejor conviene a todos y que menos lesiona los intereses, los gustos y los deseos de cada cual. Nos lo enseña la historia, nos lo muestra la observación cotidiana de los hechos contemporáneos: donde no ejerce función la violencia todo se acomoda del mejor modo posible, a mayor satisfacción de todos; donde interviene la violencia, triunfa la injusticia, la opresión y la explotación.

¿Pero es de creer que abatido el gobierno, destruido el Estado con todos sus instrumentos de violencia: ejército, policía, magistratura, cárceles, etc., los hombres dotados de ventajas físicas, intelectuales, morales u otras, no logren destacarse e imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, hecha la revolución en el sentido destructivo de la palabra, cada uno respetará los derechos de los demás y aprenderá de inmediato a considerar la violencia, ejercida o sufrida, como cosa inmoral y vergonzosa? ¿No es de temer más bien que muy pronto los más fuertes, los más astutos, los más afortunados, que pueden ser también los más perversos, los más afectados por tendencias antisociales, han de imponer su voluntad por medio de la fuerza, haciendo renacer *el gendarme* bajo una forma u otra?

Nosotros no suponemos, no esperamos, que el solo hecho de haber abatido con la revolución las autoridades presentes, baste para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para destruir todo germen de autoritarismo.

Por largo tiempo todavía habrá ciertamente violencias y por ende injusticias y atropellos; pero si los violentos no logran contar más que con sus propias fuerzas pronto serán reducidos a entrar en razón por la resistencia de los demás y por su propio interés. El gran peligro, que podría anular todos los beneficios de la revolución y hacer retroceder la humanidad, existe cuando los

violentos consiguen utilizar la fuerza de los demás, la fuerza social, en provecho propio, como instrumento de la propia voluntad, es decir, cuando logran constituirse en gobierno, organizar el Estado. El gendarme no es precisamente el violento, pero es el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan hoy por destruir todos los órganos de violencia, tendrán mañana la misión de impedir que éstos renazcan por obra y gracia de viejos y nuevos dominadores.

COMUNISMO

Luigi Fabbri protestaba días pasados contra el uso impropio hecho recientemente en Italia entre los socialistas no anarquistas o anti-anarquistas de servirse de las palabras *Comunismo* y *Anarquía* como términos antagónicos y recordaba cómo en Italia, desde hace casi cincuenta años (Congreso de la Federación Italiana de la Internacional, Florencia 1876), son los anarquistas quienes propagan el *comunismo*, mientras ellos (los llamados *socialistas maximalistas*) se decían *colectivistas* hasta hace poco y han adoptado después el calificativo de *comunistas* por imitación a los rusos, para distinguirse de los traidores de la social-democracia y para manifestar la nueva orientación antilegalitaria que triunfó, o aparentó triunfar, en su Congreso de Bolonia (1909).

En verdad, el nuevo nombre que habrían debido adoptar era el de revolucionarios, puesto que en Bolonia fue cuestión de métodos entre parlamentaristas e insurreccionalistas y no ya cuestión de futuras formas institucionales entre colectivistas y comunistas; pero esto es asunto que interesa a ellos y nosotros no queremos disputarles el derecho de llamarse como quieran.

Solamente les encarecemos que no falseen la verdad, presentándonos a nosotros, a nuestras ideas y a nuestros propósitos bajo un aspecto falso.

El fenómeno no es nuevo. En Italia el *socialismo* nació *anarquista* y nosotros, durante muchos años, fuimos y nos dijimos *socialistas*, entendiendo, como todavía entendemos, que no puede haber socialismo sin libertad, sin anarquía. Después prevaleció entre los socialistas la corriente parlamentarista y colaboracionista, y el socialismo, separándose del anarquismo, descendió a ciertas inteligencias con los gobiernos y con las clases dirigentes, hasta que nosotros acabamos por abandonar el calificativo de socialistas y pareció entonces que socialismo y anarquía (en el fondo dos expresiones diferentes de una misma cosa) fuesen dos cosas opuestas.

Ahora podría suceder fácilmente que, por la preferencia de las tendencias autoritarias entre los que se dicen comunistas, aparezca también el *comunismo* como cosa opuesta al *anarquismo* y que, en el lenguaje común, las palabras *comunismo* y *anarquismo* sirvan para indicar dos tendencias, dos programas, dos partidos opuestos; sin embargo, lo cierto es que el *comunismo* no puede ser sino anárquico, que sin la anarquía, sin la libertad, se puede concebir (en cuanto a realizarlo, especialmente en Italia, es otra cosa), se puede concebir, repetimos, el convento de los católicos, el régimen despótico-paternal de los jesuitas del Paraguay o cualquier despotismo al estilo asiático, pero no un *comunismo* de hombres conscientes, civilizados, evolutivos.

El *comunismo* es un ideal. Sería un régimen, un modo de convivencia social en el que la producción esté organizada en beneficio de todos, de tal manera que utilice mejor el trabajo humano para dar a todos el mayor bienestar y la mayor libertad posibles, y todas las relaciones sociales tiendan a garantizar a cada uno la máxima satisfacción, el máximo desarrollo posible material, moral e intelectual. En el *comunismo*, según la fórmula clásica: "a cada quien según su capacidad y cada cual según su necesidad".

¡Probad un poco de aplicar esta fórmula autoritariamente, por medio de leyes y decretos emanados de un gobierno e impuestos a todos por la fuerza!

¿Cuál es la medida de la capacidad de un hombre y quién puede juzgarlo?
 ¿Cuál es el límite de las necesidades racionales y quién puede determinarlo e imponerlo?

Las facultades de los hombres varían en grado sumo y así también sus necesidades.

Varían de localidad a localidad, de profesión a profesión, de individuo a individuo, de momento a momento. ¿Cómo sería posible, imaginable, una regla aplicable a todos? ¿Y quién sería el genio, el dios, que podría dictar esa regla?

Es posible en un régimen de cuartel, en el cual el individuo es ahogado, en el cual ninguno está satisfecho, donde la igualdad es un formulismo, es aparente y donde en realidad rige la más execrable y estúpida desigualdad y aún así en el cuartel puede existir solamente porque los jefes, los que han conseguido imponerse, se substraen a la regla común y dominan y explotan a la mayoría. Pero no es posible una sociedad comunista si ella no surge espontáneamente del libre acuerdo, si ella no es variable como quieren y lo determinan las circunstancias exteriores, los deseos y la voluntad de cada uno.

La fórmula clásica que hemos citado puede subsistir solamente si se funde con la otra: "*cada uno da y toma lo que quiere*". Y esto presupone la abundancia y el amor.

La abundancia no aumenta, al contrario, disminuye, con el trabajo forzado que pone en oposición de intereses y de sentimientos al obrero que materializa la obra con el que la concibe o la dirige. El amor, el espíritu de fraternidad, la disposición a transigir y tolerarse, no nace, ciertamente, ni se desarrolla, por medio de leyes ni por obra de los gendarmes.

El *comunismo*, para ser posible, para ser en realidad la comunión de las almas y de las cosas y no ya la vuelta a la esclavitud, debe surgir localmente, entre grupos afines, por la experiencia de las ventajas materiales que reporta, por la seguridad que inspira, por la satisfacción de los sentimientos de sociabilidad, de cordialidad, que están en el alma de todo ser humano y que se manifiestan y se desarrollan inmediatamente después de cesar la necesidad de la lucha contra los demás tendiente a asegurar la existencia propia y la de las personas más queridas. El *comunismo*, en fin, debe estar en el sentimiento primero y después en las cosas. Es como en una familia o en un grupo de compañeros que viven juntos. Se vive en *comunismo* si se ama y en proporción a cuanto se ama. Se da más al más débil, al que más necesidades tiene y cada uno está contento y orgulloso de concurrir al bienestar común solamente si existe la armonía, el amor entre los miembros del grupo.

Si se infiltra la fuerza, la autoridad, comienza en seguida la lucha de intereses y la familia se disuelve.

Los *comunistas autoritarios* suelen decir que la autoridad, el gobierno, *la dictadura*, es necesaria al comienzo, “provisoriamente”, en seguida después de la insurrección triunfante, para organizar la sociedad; después estarían también dispuestos a aceptar el anarquismo. Es más bien lo contrario lo que sería justo. Cuando la sociedad comunista estuviese bien organizada y funcionara a satisfacción de todos en todo un país entonces la cuestión de la autoridad no existiría más y la administración de las cosas llevada en interés de todos y con el concurso de todos, no admitiría ningún dominio del hombre por el hombre.

Pero cuando, en cambio, se trata de hacer posible y de organizar el *comunismo*, entonces la autoridad es nefasta porque ahoga toda espontaneidad y todo cambio, porque somete los intereses de los individuos y de las colectividades a aquellos de la casta gobernante, porque, en la mejor de las hipótesis, tendería a imponer con la fuerza el bien que no puede subsistir si no es libremente deseado.

El *comunismo* debe desarrollarse gradualmente, según lo permitan las circunstancias externas y el desarrollo del sentimiento moral.

Para llegar a él, según nosotros, es necesario y suficiente que todos tengamos la libertad y los medios de producción, que ninguno pueda imponer a otros su propia voluntad y nadie pueda obligar a los demás a trabajar para él. Y es para realizar estas condiciones que nosotros creemos necesaria la revolución violenta. Una vez abatido el obstáculo material (el gobierno), que se opone a su realización, toda violencia sería inútil, dañosa y criminal.

EL MOMENTO DE LA ACCIÓN

La necesidad de la hora es la insurrección, la insurrección armada.

Lo decimos nosotros y lo dicen también los socialistas... Después nos reprochamos mutuamente el no hacer otra cosa que hablar.

Y hasta ahora es esto realmente cierto para los unos y para los otros.

Pero lo que importa no es el pasado, aunque sea cercano: lo que interesa es el mañana.

¿Seguiremos todavía charlando? Es necesario prepararse, es cierto: y nosotros no pretendemos que los nuestros hayan hecho todo lo que debían hacer. Pero nosotros incitamos a los compañeros y a los trabajadores a estar preparados y la mayor incitación es la de mostrarles que el único medio para substraerse a la opresión actual y a la reacción mayor que nos amenaza es el de abatir violentamente las actuales instituciones.

¿Qué hacen los socialistas? Nosotros no desconocemos el mérito grandísimo que ellos tuvieron durante la guerra, pero nos parece exagerado querer servirse de lo que hicieron contra la borrachera nacionalista como justificativo para todo lo que hacen y para todo lo que dejan de hacer.

Puesto que los partidos subversivos no son el Estado y no poseen arsenales, ni bancos, ni libertad de movilización militar y no pueden por lo tanto accionar como se debe para movilizar y armar un ejército regular, es necesario que cuenten con lo que hacen los grupos y los individuos.

Y grupos e individuos accionan a medida que se desarrolla en ellos el estado de ánimo necesario para la acción, a medida que se desarrolla en ellos el espíritu de iniciativa y desaparece esa tendencia a esperar las órdenes y la obra de los jefes, que mal suele llamarse el *espíritu de disciplina*.

Hoy entre los trabajadores italianos existe indudablemente un deseo de revolución profunda, radical, expropiadora.

Este estado de ánimo de las masas, además de los hechos que, naturalmente, son siempre el factor principal, se debe a todo lo que los socialistas dijeron e hicieron durante la guerra. ¿Y después? Vinieron las elecciones y los socialistas comprendieron que el único medio para arrastrar a los electores proletarios hacia las urnas era el hacerles creer que se servirían del mandato parlamentario como medio para realizar la revolución inmediata; y así tuvimos discursos electorales que parecían llamados a las armas.

Fueron elegidos en cantidad extraordinariamente grande... ¡y advirtieron que no estaban preparados! ¿Y no lo sabían antes? ¿Y por qué prometían todo eso que bien sabían no poder cumplir?

Pero dejemos pasar. Nunca es demasiado tarde para proceder bien. ¿Qué hacen ahora?

Excomulgan todo movimiento *intempestivo*, sujetan todo arranque de indignación popular, piden disciplina a la consigna de... roncar. ¡Y todo esto porque es necesario prepararse!

Y para prepararse, para inducir a los trabajadores a armarse, el grupo parlamentario se esfuerza en valorizar la obra del Parlamento, haciendo creer al pueblo que si no paga el pan más caro es gracias al parlamentarismo.

Para inducir a los trabajadores a armarse, recomienda a los electores que se preparen... para las próximas luchas electorales por la conquista de las Comunas.

¿Les parece a aquellos de entre los socialistas que realmente quieren la Revolución, y son muchos, les parece que de verdad y en serio pueda uno pensar en armarse cuando espera obtener quien sabe qué cosas mandando socialistas al Concejo Comunal? Y sobre todo, ¿les parece que puede pensar en predicar y preparar el armamento uno que sólo lucha por ser concejal?

Un poco de psicología no estorbaría aquí.

Pues bien: nosotros no reprochamos a los socialistas el no hacer; nosotros, les pedimos únicamente que no impidan a los otros el hacer.

Si sus dirigentes, sus organizadores, temen los *movimientos inconsultos*, si temen las responsabilidades, dejen hacer a los *irresponsables*, a los *desorganizados*, a la muchedumbre anónima, a la “chusma”, que si triunfa se convertirá en la “santa canalla”. Si sale bien dirán que el mérito es de ellos, y nosotros probablemente los dejaremos decir. Respecto al mérito, a nosotros nada nos importa.

¡DISCIPLINA!

Disciplina: he ahí la gran palabra con la cual se paraliza la voluntad de los trabajadores conscientes.

Y disciplina pedimos también nosotros, porque sin acuerdo, sin coordinación de los esfuerzos aislados para una acción común y simultánea no hay posibilidad material de victoria.

Pero no debe ser disciplina aborregada, ciega devoción a los jefes, obediencia a quien ordena siempre no moverse.

La disciplina revolucionaria es la coherencia con las ideas aceptadas, la fidelidad con los compromisos contraídos, el deber sentido de compartir con los compañeros de lucha los trabajos y los riesgos.

Hablemos claro.

Vistas las fuerzas materiales con que cuenta el gobierno, hoy para vencer se necesita un movimiento general o que iniciado en un punto se propague rápidamente por toda Italia. Se necesita poseer armas. Se necesita la complicidad o la pasividad de una parte del ejército, se necesita el acuerdo para que los servicios públicos sean paralizados en su ayuda al gobierno y puestos en cambio a los fines de la revolución. Es necesario poner en imposibilidad de actuar a las autoridades y a aquellas personas consideradas como más aptas para organizar y cuidar la defensa del orden burgués. Es necesario interesar en seguida a las masas en la revolución haciéndole sentir con los hechos que ella es la dueña, que la riqueza es de todos y que corresponde a todos custodiaria y usarla con inteligencia. Se necesitan otras muchas cosas que los revolucionarios saben, o deben aprender, y sobre las cuales deben ponerse de acuerdo.

¿Pero cómo actuar?

Aquellos que quieren o dicen querer una revolución “disciplinada”, la conciben como la concebiría un Jefe de Estado Mayor, como la concebían los viejos conspiradores mazzinianos y, ¿por qué no decirlo? un poco también como la concebíamos nosotros mismos en la vieja Internacional cuando organizábamos los movimientos de 1874 y 1878 y tantos otros que el público no conoce porque no llegaron a tener siquiera un principio de ejecución. Un comité central, que nombra sub-comités, etcétera, que recoge los fondos, procura y distribuye los medios, hace los planes, fija el día, manda las órdenes y... generalmente no se hace nada.

A última hora alguno ha traicionado, muchos han tenido miedo, algunos han sido arrestados, las órdenes no llegaron o fueron mal interpretadas, han surgido mil dificultades imprevistas y todo un plan fatigosamente elaborado termina en un *fiasco*, algunas veces heroico, pero *fiasco* siempre.

Y si el antiguo método conspirador no resultaba en aquellos tiempos, más difícilmente resultaría en los nuestros. Hoy el gobierno dispone de mayores medios para desbaratar cualquier conspiración: arresta a los jefes, moviliza la prensa mercenaria, manda falsos telegramas, etcétera.

Por otra parte, además de los espías y de aquellos a los que agarra el miedo, están también los indisciplinados por temperamento, que a menudo se cuentan entre los más ardorosos, quienes se rebelan si se les da una orden, pero que luego actúan con impulso propio, energía y verdadera disciplina si se les dice: *“Haced como os parezca.”*

Hoy la gente no quiere ya obedecer. Para nosotros es un bien, para otros será un mal, pero de cualquier modo es un hecho con el cual hay que contar.

Por lo tanto, para hacer ahora la revolución, si se la quiere hacer de veras, es necesario adoptar otro método.

Es necesario ponerse de acuerdo sobre lo que se debe hacer y en cuáles circunstancias; y cuando las circunstancias previstas se presentan, accionar en seguida sin esperar órdenes de nadie e ignorando aquellas órdenes que fueran contrarias a la acción convenida.

Esto si es el partido quien empieza. Pero si en cambio la acción comienza en la muchedumbre, tanto mejor: nosotros debemos seguir a las masas y empujarlas hacia la conquista de nuestros fines.

Si en esta forma se hubiera procedido con motivo de los movimientos contra la carestía de la vida la situación sería ahora bien distinta.

REVUELTAS Y REVOLUCIÓN

El congreso anarquista de Bolonia, indignado de ver, en un momento en que los ánimos estaban agitados por las noticias que llegaban a Ancona, postergada por tiempo indeterminado una reunión entre los elementos subversivos que las circunstancias hacían urgente y necesaria para tomar los acuerdos factibles que la situación reclamaba, acusó a los organismos que habían causado ese aplazamiento de la aviesa intención de no querer crear obstáculos al gobierno.

El órgano de la *Confederación General del Trabajo "Battaglie Sindacale"* protesta... y se comprende. Por lo demás, podría también tener razón en cuanto a las intenciones, puesto que ninguno puede leer con seguridad en lo íntimo de las conciencias.

Pero intención o no, lo cierto es que la *Confederación* interviene siempre a tiempo para desvalorizar, frenar, extinguir todo movimiento que amenace volverse peligroso para el *orden* reinante, haciendo así al gobierno un señalado servicio que la prensa burguesa le paga con merecidos elogios.

Y también ahora la *Confederación*, fiel a su tradición, en lugar de explicar por qué se postergaba por *tiempo indeterminado* una reunión de la cual podía nacer un acuerdo práctico entre las fuerzas subversivas precisamente en el momento en que este acuerdo era más urgente, nos responde por medio de "*Battaglie Sindacale*":

"Con igual mala fe podríamos acusarlos (a los anarquistas) de servir inconscientemente a la causa de la contrarrevolución burguesa por su incitación a revueltas aisladas que provocan, como ha acontecido precisamente en Ancona, las más horribles represiones de parte de la policía, contra la cual no tenemos posibilidad de oponernos eficazmente."

¡Nuestras incitaciones a revueltas aisladas!

Es una calumnia que podría parecer también una denuncia. Pero esos señores de la *Confederación* son siempre hábiles diplomáticos y en forma condicional dicen siempre las cosas, aun guardando la apariencia de no decirlas. Dejemos, pues, a "*Battaglie Sindacale*" y aprovechemos de su tonta, sino calculada, insinuación para repetir una vez más nuestro pensamiento sobre este palpitante argumento de las revueltas aisladas.

Nosotros queremos la revolución, la revolución victoriosa; en consecuencia, todas las revueltas que quedan aisladas, y por esto mismo impotentes, nos disgustan en cuanto son un desperdicio de fuerzas que podrían ser mejor utilizadas en el movimiento general definitivo que todo hace prever próximo. Y, si fuera posible, quisiéramos que todos quedaran tranquilos, que se hicieran los muertos, para resurgir después, de improviso, todos juntos, de un extremo a otro de Italia, por no decir del mundo, y abatir de un solo golpe gobierno y burguesía. La victoria sería segura y costaría poca o ninguna sangre de una y otra parte.

Pero nos plazca o no, las revueltas estallan lo mismo. Y sucede hoy en Italia lo que ha sucedido siempre en la víspera de todas las grandes revoluciones: una serie de protestas, de tentativas, de conflictos con la fuerza pública, de atentados contra la autoridad, de conmociones, de revueltas que se tornan siempre más frecuentes y más importantes y que culminarían en el movimiento general y definitivo.

Todo esto demuestra que en Italia, ahora mismo, la revolución no es ya la aspiración, más o menos utópica, de un grupo o de un partido que la desea, la predica y la prepara, convencido de que es ese el único medio de abatir un régimen detestado. Hoy es la masa misma de la población que no se resigna más; hoy la tensión de ánimo del proletariado es tal que a cada momento, en toda ocasión, con cualquier pretexto y tal vez sin pretexto la impaciencia estalla en hechos.

¿Cuál es el deber de los revolucionarios conscientes y cuál el de los socialistas, de los anarquistas, de los republicanos en tal situación?

Nosotros recomendamos a los trabajadores prepararse, estar prontos. Pero mientras se gana algo en preparación, se pierde después otro tanto o más en cada fracaso parcial y se corre el riesgo de que la gente se canse o de que toda la tensión actual se agote en pequeños movimientos.

Nosotros no podemos, ningún partido puede obrar como obraría el comando supremo de un ejército que prepara en silencio sus fuerzas y después las pone todas juntas en acción, en el momento que juzga oportuno.

Aplazar el movimiento siempre para más tarde es, hoy, un error tal que en los resultados prácticos equivale a una traición.

Los movimientos estallan espontáneos: es necesario, de inmediato, valorizarlos, apoyarlos, extenderlos. A cada movimiento de una cierta importancia –Turín, Viareggio, Bari, Ancona– es necesario responder con la huelga general en toda Italia, huelga general que puede comenzar por razones tácticas como un tranquilo movimiento de protesta, pero que debe tender a transformarse rápidamente en un movimiento insurreccional.

Esto pedimos a los compañeros, a los socialistas, a los trabajadores todos. Y es en esta solidaridad activa con todos los rebeldes, con todas las víctimas, en este deber aceptado libremente de accionar de inmediato, a fin de obtener las ventajas de la simultaneidad, los beneficios del concierto sin peligros del previo acuerdo, que nosotros hacemos consistir la “disciplina”.

Pues si se espera para moverse la orden de los “organismos centrales”, la orden no vendrá jamás. Un poco porque las noticias llegan con retardo y el gobierno obstaculiza las comunicaciones, y un poco porque normalmente “los jefes” tienen miedo a las responsabilidades.

LAS LEYES HISTÓRICAS Y LA REVOLUCIÓN

El apreciado camarada “Minin”, publica en “*Cronaca Sovversiva*” del 10 de Julio, un artículo lleno de inquietudes y que intitula “Cuidado con los traspiés”. Quizás a estas horas nuestro amigo esté persuadido de que ninguno de nosotros (anarquistas que creemos en la utilidad de la organización de partido) entiende atenuar para nada su anarquismo y confundir el movimiento sindicalista con el movimiento anárquico y menos aún someter éste a aquél. Ninguno, digo: tampoco aquellos anarquistas que despliegan su mayor actividad en la *Unión Sindical* y en otras organizaciones obreras, ya que ellos lo hacen simplemente para tener un más vasto campo de propaganda y para conquistar a la causa de la Anarquía la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras, simpatía y apoyo necesarios para hacer la revolución y más necesarios aún después de la revolución, para hacer así que esa revolución sea verdaderamente emancipadora y no remate en la organización de un nuevo Estado, de un nuevo gobierno que, naturalmente, sería opresivo como todos los gobiernos no pueden dejar de serlo a menos que dejen de existir.

De todas maneras es bueno que haya quien vigile todo imaginable peligro de desviación y asuma la tarea de vestal, empeñada en la conservación del fuego sagrado. Y yo, aún disintiendo en algún particular, pero apreciando el alto sentimiento inspirador, al grito de alarma de “Minin” no hubiera hecho otra cosa que aplaudir si no fuera por el llamado que hace —en su conclusión— a ciertas pretendidas leyes históricas según las cuales nuestra misión sería la de... luchar para nuestros adversarios.

Dice “Minin”:

“Interpretada por los filósofos, por Juan Bautista Vico y por José Ferrari, la historia confía a cada generación su parte de tarea renovadora. ¿La generación crítica está superada? Entonces ha llegado la hora de la generación que debe iniciar la demolición de lo viejo, de lo irracional y de lo inicuo. Es la nuestra. No querrá, esperamos, eludirla hipotecando la función reconstructiva de nuestros herederos”.

Ahora, por mi parte, confieso que yo tengo el máximo respeto por los filósofos en general y por aquellos de la historia en particular, pero estoy siempre en guardia cuando se trata de aplicar a la vida sus conclusiones (estaba por decir sus fantasmagorías, pero he temido faltar el respeto).

Vico y Ferrari eran, ciertamente, hombres llenos de doctrina, pero tenían también mucha fantasía y yo abrigo la vaga sospecha de que ellos, inconscientemente, hayan forzado un poco la historia para adaptarla a sus esquemas mentales. Es, por lo demás, lo que hacen más o menos inconscientemente todos los hombres, aun los menos filósofos, cuando relatan “objetivamente” los hechos. Doy aviso a los historiadores... y también a nuestros correspondientes.

En consecuencia, esto de dividir la sucesión de los hombres en el tiempo, en generaciones que tendrían ciertas y predestinadas misiones históricas, me parece del todo arbitrario. No existen “generaciones” que se suceden cada quince o treinta años, como pretenden ciertos filósofos de la historia; pero en

todo momento hay en la humanidad hombres de todas las edades que luchan por diversos objetivos y según sea la preponderancia de ciertas fuerzas y de ciertas voluntades la sociedad avanza o retrocede riéndose de las “leyes históricas”, que pueden explicar bien o mal (más bien mal que bien) los hechos producidos, pero que no sirven para prever los hechos futuros. ¿Las generaciones? Pero, dígame, por ejemplo, ¿cuál es mi generación? ¿Aquella de los viejos y jóvenes camaradas con los cuales luchaba cuando tenía veinte años, o esta de los camaradas, más bien jóvenes que viejos, con los cuales lucho ahora que tengo setenta? No es que una “generación” cumpla una dada misión histórica, sino que, cuando una cosa ha sido hecha, se da al conjunto de los hombres que vivían en la época en que esa se realizó el nombre de “generación”. Y “la filosofía” relata, calcula y formula la ley. Ni más ni menos que, como observaba cierta vez Saverio Merlino, hacen “los matemáticos” que estudian las viejas extracciones de la lotería, descubren “las leyes” que la gobiernan, prevén los números que tendrán que salir en las próximas extracciones... y regularmente pierden o hacen perder a los simples que creen.

* * *

Pero todas estas son quizás inútiles divagaciones. Lo que me importaba decir es que para nosotros sería un error gravísimo, un error mortal, preocuparnos solamente de la destrucción, dejando la tarea de la reconstrucción a otros que necesariamente serían nuestros contemporáneos y no ya la “generación” que nos ha de seguir.

Nosotros no habremos vencido sino en cuanto acertemos a reconstruir y sólo hasta el punto al cual llegue nuestra capacidad reconstructiva.

La vida, especialmente la vida económica, no admite interrupciones. Es necesario comer todos los días y si no consiguiéramos con nuestros métodos y con nuestros hombres asegurar la alimentación y todo lo demás, lo harían los socialistas con sus métodos dictatoriales y centralizadores y la revolución sería ahogada al nacer.

O se organiza *rápido* la vida social anárquicamente o tendremos que reconocer la necesidad de un gobierno. Y con un gobierno estaríamos todavía en el comienzo: resurgiría la necesidad de una “generación” demoledora, con la subsiguiente “generación” reconstructora.

Y no es esto, ciertamente, lo que quiere el camarada “Minin”.

REFORMAS Y REVOLUCIÓN

Un A. Ca. que escribe en el semanario socialista "*Brescia Nova*" se ocupa de mí y de los anarquistas pero lo hace de una manera tan ambigua, sin medida ni orden que yo no tentaré siquiera una refutación directa. Volveré, no obstante, sobre cuestiones que han confundido la mente de A. Ca. porque la repetición puede ser útil a la propaganda y también porque tengo la esperanza de que A. Ca. pueda, no ya convencerse, pero por lo menos comprender y luego discutir, si le place, de manera racional.

En el curso de la historia humana acontece generalmente que los descontentos, los oprimidos, los rebeldes, antes de concebir y de desear una transformación radical de las instituciones políticas y sociales se limitan a pedir algunas transformaciones parciales, algunas concesiones de parte de los dominadores, algunas mejoras. La esperanza en la posibilidad y en la eficacia de las reformas precede a la convicción de que para abatir el dominio de un gobierno o de una clase es necesario negar las razones de aquel dominio, esto es, hacer la revolución.

En el orden de los hechos las reformas se realizan o no se realizan, y realizadas consolidan el régimen existente o lo minan, ayudan al éxito de la revolución o lo obstaculizan, benefician o perjudican al progreso general, según su propia y específica naturaleza, según el espíritu con que han sido concedidas y, sobre todo, según el espíritu con que han sido pedidas, reclamadas, arrancadas.

Naturalmente los gobiernos y las clases privilegiadas están siempre guiadas por el instinto de conservación, de consolidación, de acrecentamiento de sus potencias y de sus privilegios y cuando consienten algunas reformas ello sucede, ya porque juzgan que aquellas les benefician en sus fines, ya porque no se sienten lo suficientemente fuertes como para resistir y ceden por miedo a algo peor.

Por otra parte, unas veces los oprimidos piden y acogen las mejoras como un beneficio graciosamente concedido, reconociendo la legitimidad del poder que pesa sobre ellos y entonces éstas hacen más daño que bien, sirviendo ya para retardar la marcha hacia la emancipación, ya también para detenerla o desviarla. Otras veces, en cambio, los oprimidos reclaman e imponen sus mejoras con su propia acción y las acogen como victorias parciales logradas sobre la clase enemiga y sirviéndose ellas como estímulo y acicate para lograr conquistas mayores, representan entonces una gran preparación y ayuda para el total derrumbe del privilegio, eso es, para la revolución. Ya que siempre llega el momento en que, aumentando las pretensiones de la clase dominada y no pudiendo los dominadores ceder más sin comprometer su dominio, estalla necesariamente el conflicto violento.

No es cierto, pues, que los revolucionarios sean sistemáticamente contrarios a las mejoras y a las reformas. Ellos están en oposición con los reformistas, por una parte, porque el método de éstos es el menos eficaz para arrancar reformas a los gobiernos y a los propietarios, los cuales no ceden sino por miedo, y por la otra, porque a menudo las reformas que ellos prefieren son aquellas que mientras aportan a los trabajadores una ventaja discutible e

inmediata sirven luego para consolidar el régimen vigente y para interesar a los trabajadores mismos en la perpetuación del régimen. Así las pensiones, los seguros del Estado, la coparticipación en las utilidades de las industrias, etc., etc.

Excluidos los reformistas burgueses que reconocen la legitimidad del capitalismo y de los cuales no me ocuparé aquí por estar al margen de esta polémica; excluidos también los reformistas de Estado que, en substancia, no harían más que transmitir el privilegio y la dirección de la sociedad de los propietarios privados a una clase de burócratas, quienes luego sólo pensarían en consolidar el poder en sus propias manos y tal vez en volverse ellos mismos los propietarios, existen una clase de reformistas, que podrían llamarse revolucionarios reformistas, de los cuales estamos separados simplemente por una diferente interpretación de los acontecimientos. Pero estos reformistas, intencionalmente más afines a nosotros, son en la práctica, en las actuales condiciones de Italia, los más dañinos y los más peligrosos; menos dañinos y menos peligrosos, no obstante, que aquellos que se dicen revolucionarios y que se oponen a la revolución toda vez que se presenta la ocasión propicia de hacerla. Hoy, más o menos en todas partes, pero tal vez en Italia más que en todo otro país, buscar y proponer reformas constituye un verdadero anacronismo. Hoy la burguesía no sabe y no puede regir más los destinos de la sociedad: no puede resolver los problemas que ella misma ha creado y que insensatamente ha reagravado con la guerra, no puede y no quiere satisfacer las necesidades de los trabajadores, cada vez más crecientes; y los trabajadores no quieren ser, por más tiempo, dirigidos por los patrones, no quieren trabajar más para los explotadores, no quieren obedecer más y no obedecen más ni a los patrones ni al gobierno.

El conflicto es inminente. El conflicto está en pie. Retardar su solución es algo que a nadie beneficia. O todos los hombres amantes de la libertad y del progreso se unen para hacer la revolución, o sea para ayudar al traspaso de la gestión de la producción y del cambio de las manos de los capitalistas a las de los trabajadores y la nueva sociedad nacería entonces, relativamente, en el orden y en la calma, o, en cambio, si aquellos que más podrían producir el desenlace final del movimiento expropiador, ya en embrión, lo quieren tergiversar, transigir y postergar, la revolución estallará lo mismo, un poco más tarde, pero entre mayores dificultades, con mayores dolores, entre el desorden y la sangre.

Elijase lo uno o lo otro.

MAYORÍAS Y MINORÍAS

A. Ca. de “*Brescia Nova*” (el cual resume a su manera el pensamiento ajeno y pone después entre comillas su resumen como si se tratase de una traducción literal) pierde completamente la brújula cuando quiere ocuparse de las ideas de los anarquistas sobre la cuestión relativa al derecho de las mayorías y las minorías.

Según él, no queriendo los anarquistas *la dictadura* (él nos hace decir *dictadura proletaria* mientras nosotros estamos protestando continuamente contra esta expresión que es tan mentirosa como aquella de *gobierno popular* usada por los demócratas) debe postergar la revolución hasta que todo el género humano haya concebido el ideal anarquista, o bien suponer que después de veinticuatro horas de revuelta todos se vuelvan inmediatamente anarquistas.

Tratemos de hacerle comprender.

Naturalmente la insurrección que debe abatir el poder gubernativo y hacer posible la expropiación de la burguesía y todo el trastocamiento revolucionario se hará y vencerá... cuando haya fuerzas suficientes. Muchos o pocos, mayoría o minoría, favorecidos o no por las circunstancias se vence... cuando se vence. La lucha activa se desarrolla siempre entre minorías: de un lado el gobierno usa para su obra de represión la parte más inconsciente del proletariado y todos los medios que la posesión del poder social pone a su disposición y del otro los revolucionarios que amalgamando los intereses y las pasiones de las masas, reforzándose poco a poco con la propaganda y con la organización, tratan de utilizar todas las circunstancias favorables para abatir el gobierno.

Pero, ¿y después?

Para los no anarquistas, para los autoritarios, socialistas o no socialistas, la cosa es simple: ellos entienden ponerse en el puesto de los gobernantes caídos y servirse, como hace cualquier gobierno, de la fuerza social, de la fuerza de todos, para imponer con la violencia el programa propio, lo que significa, en la práctica, los intereses propios y aquellos de los propios amigos y de la propia clientela.

Los anarquistas, en cambio, entienden conquistar la libertad para todos, la libertad efectiva, se entiende, lo cual supone los medios para ser libres, los medios para poder vivir sin ser obligados a ponerse bajo la dependencia de un explotador, individual o colectivo.

Nosotros no reconocemos el derecho de la mayoría para dictar la ley a la minoría, aun si la voluntad de la mayoría fuese, en cuestiones un poco complejas, realmente verdadera. El hecho de tener mayoría no demuestra absolutamente que uno tenga razón; antes bien la humanidad ha sido siempre impulsada adelante por la iniciativa y la obra de los individuos y de las minorías, mientras que las mayorías han sido y son, por propia naturaleza, lentas, conservadoras, obedientes a los más fuertes, a los que se encuentran en posiciones ventajosas precedentemente adquiridas.

Pero si no admitimos para nada el derecho de las mayorías de dominar a las minorías, rechazamos aún más el derecho de las minorías de dominar a las mayorías. Sería absurdo sostener que se tiene razón porque se es minoría. Si en todas las épocas ha habido minorías avanzadas y progresistas, han existido también minorías atrasadas y reaccionarias; si existen hombres geniales que se adelantan a los tiempos, hay también dementes, imbéciles y especialmente inertes que se dejan arrastrar inconscientemente por la corriente en que se encuentran.

Por lo demás no es cuestión de tener razón o no tenerla: es cuestión de libertad, libertad para todos, libertad para cada uno a condición de que no se viole la igual libertad de los demás.

Ninguno puede juzgar, de manera segura, quién tiene razón o sinrazón, quién está más cerca de la verdad y qué camino conduce mejor al mayor bien para cada uno y para todos. La libertad es el solo medio para llegar, mediante la experiencia, a lo verdadero y a lo mejor: y no existe libertad sino hay la libertad del error.

Para nosotros, pues, es necesario llegar a la pacífica y proficua convivencia, entre mayorías y minorías mediante el libre acuerdo, la mutua condescendencia, el reconocimiento inteligente de las necesidades prácticas de la vida colectiva y la utilidad de las transacciones que las circunstancias hacen necesarias.

Nosotros no queremos imponer nada a nadie, más no queremos tampoco aceptar imposición alguna.

Felices de ver hacer por otros lo que no podemos hacer nosotros, dispuestos a colaborar, con los demás en todas aquellas cosas que reconozcamos no poderlas hacer mejor, nosotros reclamamos, nosotros queremos, para nosotros y para todos, la libertad de propaganda, de organización y de experimentación.

La fuerza bruta, la violencia material del hombre contra el hombre debe cesar de ser un factor en la vida social.

Nosotros no queremos y no soportaremos *gendarmes*, ni rojos, ni amarillos, ni negros.

¿De acuerdo?

LOS PARTIDOS DE LA REVOLUCIÓN

Nuestro L. F. lamentaba recientemente los sucesos acaecidos en Milán entre anarquistas y socialistas y hacía, aunque forzando un poco la nota, un ardiente llamado a la concordia frente al enemigo en común.

Después nosotros llamábamos la atención de los republicanos sobre una noticia policial aparecida en el diario “*L’Iniziativa*” y una vez más demostrábamos deseos de concordia y cooperación hacia los republicanos que quieren hacer la república seriamente y la entienden como un régimen de justicia y libertad.

Todo esto ha crispado los nervios de nuestro buen y feroz *n. g.* el que nos trata graciosamente por nuestros “buenos sentimientos” y nos pregunta:

“¿A qué conduce? ¿A la revolución? ¿Para la dictadura de Lazzari o para la república de Pirolini?”

Expliquémonos claro.

“*Umanità Nova*” es el órgano de todos los anarquistas y por lo tanto en sus columnas tienen derecho de expresión todas las manifestaciones del pensamiento anarquista, aun las de aquellos que conceptúan la anarquía como un bello sueño, tal vez irrealizable o realizable sólo cuando la presente corrompida humanidad haya dado lugar, no se sabe por qué proceso de generación espontánea, a la nueva humanidad dotada en todos y cada uno de sus miembros de las más miríficas virtudes.

Pero los redactores ordinarios de “*Umanità Nova*”, y entre ellos el que ahora hace de director, son revolucionarios, es decir, que creen que cada árbol no puede dar sino el fruto que por la naturaleza está designado a ofrecer, que la sociedad capitalista y estatal tiende inevitablemente a reducir las masas proletarias a la miseria económica y a la abyección moral y que para poder crear un ambiente social en el que sea posible el libre desarrollo de la individualidad y la iniciación de una nueva civilización, de una nueva y mejor humanidad, es menester, ante todo, arrasar con la fuerza el orden de cosas actual aprovechándose para ello de las crisis propias del régimen capitalista y de la voluntad activa de las minorías conscientes y rebeldes.

Es natural entonces que nosotros consideremos la cuestión principalmente desde el punto de vista de los intereses revolucionarios, relegando a nuestros colaboradores —anarquistas sinceros y conscientes— la tarea de vigilar la pureza de la doctrina.

Después de todo, las discusiones sobre la utilidad y la necesidad de la revolución están ahora demás.

La revolución existe y va hacia su crisis definitiva. Que no lo vean los gobiernos y las clases privilegiadas (*pero después de todo, ¿es cierto que no la ven?*) se explica fácilmente por la tradicional ceguera de los gobernantes en la víspera de su caída. Que haya anarquistas —y entre los más atiborrados de estudios históricos y sociológicos— que tampoco lo vean puede explicarse con otras razones que no son del caso traer a colación.

De cualquier manera esto no altera el hecho fundamental: la revolución se agita, se estremece y está por estallar. Si no estallase, ello significaría que las fuerzas en juego en el seno mismo del movimiento se han neutralizado y han dado pie a la reacción para rechazarnos y poder vivir todavía hasta la próxima crisis. ¿Puede haber alguien entre los adversarios del régimen burgués que no comprenda cómo hoy por hoy el interés supremo debe ser el de salvar la revolución?

Pero la revolución, ¿para qué? ¿Para la dictadura de Lazzari o para la república de Pirolini?

Pero pasemos esto por alto. Pirolini recién se acordará de que para hacer la república es necesario echar al rey cuando el rey ya se haya ido y el buen Lazzari es demasiado viejo para infundirnos miedo.

Hay peligros mayores, que *N. G.* tal vez conozca y se abstiene de hacer notar; ¿pero queremos nosotros por temor de que la revolución no resulte como la deseamos someternos indefinidamente a la dictadura burguesa?

Pero con todo esto nosotros no estableceremos la anarquía sobre la faz del mundo de un día para otro.

Y nosotros, para que ella sea lo más anarquista posible debemos multiplicar nuestros esfuerzos, intensificar nuestra propaganda, consolidar nuestras organizaciones, penetrar hasta el seno mismo de las masas y procurar atraerlas todo lo posible hacia nuestro camino.

Ciertamente, la revolución próxima, la revolución inminente, no será anarquista sino en proporción de nuestro número, de nuestro valor y de nuestra preparación.

La anarquía no se hace por la fuerza; quererla imponer así sería la más garrafal de las contradicciones. La anarquía triunfará en toda su plenitud cuando todos seamos anarquistas. Y dado que en las condiciones actuales es imposible que todos se vuelvan anarquistas, es condición previa al triunfo de la anarquía la revolución que rompa violentamente el actual estado de cosas y haga en esta forma posible la asunción de las masas a condiciones tales que las vuelva capaces de comprender y vivir la anarquía.

Lo que se puede y se debe hacer por la fuerza es la expropiación de los capitalistas y el poner a disposición de todos, los medios de producción y toda la riqueza social, y naturalmente el derrumbe del poder político que está para defensa de la propiedad.

Lo que podemos y debemos defender también con la fuerza es nuestro derecho a la más amplia libertad de organización autónoma y a la experimentación de nuestros métodos. Lo demás será hecho paulatinamente por el desarrollo progresivo de nuestras ideas en el seno de las masas.

Todo esto no podemos hacerlo nosotros solos porque no somos suficientemente fuertes, y no sería tampoco deseable que lo hiciéramos solos porque entonces nos veríamos fatalmente en la situación de gobernantes y traicionaríamos en esa forma a nuestros propósitos específicos. Por otra parte, como la vida económica no admite interrupciones y es menester comer todos los días,

donde y cuando nosotros no fuéramos capaces de proveer con nuestras fuerzas al aprovisionamiento y a las otras necesidades más urgentes, debemos sentirnos más felices que otros lo hagan por nosotros, reservándonos la función de crítica, de contralor y de propulsión.

La revolución, para ser verdaderamente emancipadora, no debe ser la obra particular de una escuela o de un partido sino que debe ser obra de las masas, de cuanta mayor cantidad de masa sea posible.

¿Comprende ahora N. G. por qué nosotros hacemos un llamado a todos los trabajadores por encima de cualquier distinción de partido? ¿Comprende por qué los burgueses que temen la revolución se esfuerzan por hacernos aparecer como enemigos de los socialistas? ¿Comprende por qué esos jefes socialistas y republicanos que no desean ni el socialismo ni la república tratan de boicotearnos?

Nosotros estamos convencidos que todos los trabajadores rebeldes, no obstante las diferencias de denominación y las diversas filas en que militan tienen en el fondo los mismos sentimientos, el mismo ardiente deseo de emancipación humana. Y nosotros nos sentimos hermanos todos y deseamos luchar lo más posible de acuerdo con todos.

Si a menudo voluntariosamente atacamos a ciertos dirigentes socialistas es porque los vemos trabajar en contra de la revolución y los más interesados en hacer a un lado a estos traidores del socialismo son justamente los socialistas verdaderos y sinceros.

Si atacamos a ciertos jefes republicanos es porque sabemos que no desean hacer la república, porque los hemos visto enviar a la matanza a sus más ingenuos secuaces mientras ellos quedaban en casa para entrar en maquinaciones políticas con los ministerios, para enriquecerse y para hacer de espías; y de estos jefes, que han manchado y traicionado su bandera, los republicanos sinceros son los más interesados en desembarazarse.

Reflexionen los trabajadores socialistas y republicanos y verán de qué parte están sus amigos y sus enemigos.

NOSOTROS Y LOS SOCIALISTAS

Todos nuestros lectores, todos los que nos conocen, saben con cuanta pasión nosotros queremos y predicamos la concordia entre los trabajadores subversivos: el *frente único* del proletariado contra la burguesía y contra el gobierno.

Sin embargo a cada momento siempre que se presenta la ocasión de hacer algo, nos encontramos en conflicto con los exponentes del partido socialista.

Es bueno explicarse una vez más.

Nosotros somos revolucionarios porque creemos que sólo la revolución, la revolución violenta, puede resolver la cuestión social. Nosotros creemos que en este período la revolución es más fácil que nunca y que retardarla significa fatigar a los trabajadores, quienes se encuentran en un estado de tensión de ánimos que no puede durar siempre y es dar tiempo al gobierno para organizar mejor las fuerzas represivas y a la burguesía para encontrar nuevamente su equilibrio. Nosotros creemos, además, que la revolución es un acto de voluntad –voluntad de individuos, voluntad de masas–; que ella necesita para realizarse de ciertas condiciones objetivas pero que no se realiza necesariamente, fatalmente, por obra sola de factores económicos y políticos.

¿Tienen deseos los dirigentes socialistas de hacer la revolución?

Entre ellos hay los que francamente se dicen *reformistas*. Esos dicen que la revolución no puede hacerse porque el proletariado no está maduro, porque no se podría asegurar el aprovisionamiento, porque faltan materias primas, porque las fuerzas del gobierno son tantas que sería locura afrontarlas, etc.

Es una opinión que nosotros creemos equivocada, pero que puede sostenerse con buenas razones. Y nosotros, no sólo no guardamos animosidad contra quien la profesa, sino que reconocemos que su crítica es muy útil para inducir a los revolucionarios a intensificar su preparación y a preocuparse más de lo que seguramente lo hacen de los problemas que se presentarán urgentes y pavorosos al día siguiente de la victoria material del proletariado.

Hay otros, que a menudo son los mismos, quienes se dicen *fatalistas* y creen que la revolución madura por sí misma, que la sociedad burguesa decae y se deshace naturalmente y será sustituida por la sociedad comunista por la fuerza misma de las cosas, que la voluntad humana no cuenta para nada y no puede retardar ni acelerar el curso de las cosas. Con cuánta lógica éstos hacen su propaganda o realizan un actividad cualquiera es asunto que no discutiremos ahora; pero si ellos no se muestran distintos de lo que dicen ser, a nosotros no nos queda otra cosa que hacer que discutir académicamente el asunto con ellos, cuando tengamos tiempo y ganas. Pero si después en la práctica olvidan ser fatalistas y trabajan por la revolución, nosotros pasaremos con placer por encima de todas sus preocupaciones filosóficas y doctrinarias.

Pero hay dirigentes socialistas que se dicen revolucionarios y hasta insurreccionalistas en los mítines, que acarician el ardiente deseo de revolución que hoy agita al proletariado... y después cuando se presenta la ocasión echan agua sobre el fuego que ellos mismos encendieron. Hablan de

preparación militar, de grupos de acción, etc; y después, no bien la gente parece tomar en serio sus palabras, se acuerdan de que falta trigo, falta el carbón, falta... la goma.

Es con estos últimos que nosotros estamos en conflicto.

Nosotros estamos prontos siempre para contraer una alianza con todo revolucionario de verdad, revolucionario en el sentido que cree posible y quiere realizar la revolución en seguida, en la primera ocasión favorable que se presente.

A los otros les pedimos que den honestamente su opinión y que no tomen actitudes de revolucionarios para después retirarse y traicionar cuando la ocasión se presenta propicia.

FRENTE ÚNICO PROLETARIO

Es doloroso que todavía hoy, en esta víspera de armas, cuando el viejo mundo vacila y no hace falta más que un empuje resuelto para abatirlo definitivamente, haya aún trabajadores que combatan y que casi odien a otros trabajadores por el solo hecho de pertenecer a organizaciones y partidos y distintos y rivales.

Hoy no existe otra esperanza de salvación para la burguesía y el gobierno que la división de los trabajadores. Traiciona la causa de la emancipación humana quienquiera que por cualquier razón avive el fuego de la discordia y no busque de unir en un solo haz a todas las fuerzas de la revolución.

Nosotros somos anarquistas y combatimos exclusivamente por el triunfo de nuestro ideal. Pero el primer paso que debe conducirnos a nuestro radiante ideal es el derribamiento de las actuales instituciones y por lo tanto son nuestros cooperadores todos aquellos que contra esas instituciones combaten.

Si otros, por espíritu de rivalidad y deseo de predominio, tratan de pintarnos como sectarios, nosotros igualmente extendemos la mano a todos los hombres sinceros y solo combatimos aquellos métodos que nos parecen contrarios a la revolución y aquellos hombres que evidentemente traicionan la causa que dicen servir.

Hay en Italia dos instituciones máximas proletarias que tienden ostensiblemente a la destrucción del sistema capitalista: la *Confederación General del Trabajo* y la *Unión Sindical Italiana*.

Nuestras mayores simpatías están, ciertamente, con la Unión Sindical, puesto que entre sus dirigentes hay gran número de compañeros nuestros y sus métodos de acción directa responden mejor a nuestra táctica.

Pero en la *Confederación del Trabajo* hay también muchos compañeros nuestros y las masas afiliadas a la *Confederación* —y esto es lo que más importa— son trabajadores auténticos animados en realidad por el mismo espíritu que anima a las masas afiliadas a la *Unión Sindical*. Se necesita, sobre todo, que estas masas de una y otra organización se hermanen y luchen juntas.

Si los reglamentos de la *Confederación* son tales que impiden la sincera expresión de la voluntad de los asociados, se combate esos reglamentos y se busca de cambiarlos; si muchos de entre los dirigentes de la *Confederación* son, como a nosotros nos parece, colaboracionistas que se esfuerzan por extinguir todo deseo de revuelta y por sofocar todo movimiento, se combate contra estos dirigentes y se hacen todos los esfuerzos necesarios para que las masas no se dejen conducir como ovejas por los malos pastores.

Pero es menester que las masas permanezcan unidas y sería error fatal querer disgregar una organización para reforzar otra. Es necesario impeler a las organizaciones penetrando en ellas y llevando hasta ellas nuestro espíritu.

Que lo recuerden los trabajadores: cuando los patronos los explotan no hacen cuestión de partidos y son todos iguales para hacerles pasar hambre; cuando los carabineros les abren el pecho con el plomo regio no les preguntan antes a cuál partido pertenecen.

Que sirva esto por lo menos de lección.

LOS ANARQUISTAS Y EL MOVIMIENTO OBRERO

Los lectores habrán visto en la sección “*Notas Romanas*” de nuestro número del 15 de Junio una deliberación sobre las relaciones entre los anarquistas y el movimiento obrero que levantará críticas y que, en todo caso, tendrá necesidad de ser aclarada. Por ejemplo: ¿qué significan esos “grupos internos adheridos a la *Unión Sindical Italiana*” que los anarquistas debían ayudar a formar? Nosotros, lo hemos dicho tantas veces, tenemos las más vivas simpatías por la *Unión Sindical Italiana* y sabemos perfectamente que en ciertas regiones de Italia es a la actividad desplegada por nuestros compañeros en su seno que se debe la rápida propagación de nuestras ideas y de nuestros métodos. Y la misma simpatía extendemos a todas las organizaciones obreras, como por ejemplo, al Sindicato de Ferroviarios, a la Federación de Trabajadores del Mar, etc., cuando hacen obra de resistencia contra los patronos y el gobierno o cuando afirman prácticamente la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países.

Pero precisamente por esta nuestra simpatía y por los esfuerzos que nosotros hacemos y exigimos a los compañeros que hagan por el movimiento obrero es necesario guardarse bien del peligro de confundir el movimiento anarquista con esta o aquella organización obrera y el anarquismo con el sindicalismo, sea lo que fuere que este último pueda significar como programa en sí.

Veamos el fondo de la cuestión.

Cualquier movimiento para resistir y luchar contra los patronos tiende a despertar en los trabajadores la consciencia de la injusticia de que son víctimas, los acicatea a desear y a pretender condiciones de vida siempre mejores, les hace experimentar la fuerza que se obtiene con la unión y la solidaridad, pone en evidencia y agudiza el antagonismo de intereses que existe entre quien trabaja y quien hace trabajar y es por lo tanto ensayo y preparación de la total transformación social a la cual nosotros aspiramos.

Pero con todo, el movimiento obrero no es por sí mismo revolucionario, no por sí mismo podría conducir a la revolución. Al contrario, si falta en él la obra activa de hombres y partidos que se inspiran en ideales superiores a los ideales actuales e inmediatos y que piensan servirse del movimiento obrero como un medio para propagar sus ideas y para arrastrar a las masas hacia la lucha radical y definitiva contra las instituciones vigentes, la organización obrera se vuelve fácilmente un elemento de conservación social, de conciliación y de colaboración entre clases y tiende a crear una aristocracia y una burocracia obrera que se constituye en el grupo inicial de una nueva clase privilegiada, dejando a la gran masa en un estado definitivo de inferioridad.

Abundantes pruebas de esta degeneración del movimiento obrero existen en América y también en Italia con la *Confederación General del Trabajo*. Y ha sucedido siempre que las organizaciones obreras, surgidas por obra de hombres animados de una ferviente aspiración al bienestar común y plenos de espíritu de sacrificio y por lo tanto netamente revolucionarios, a medida que se han vuelto fuertes, han degenerado porque se ha desarrollado en ellos el espíritu de cuerpo, los intereses específicos de la organización han sido antepuestos a los intereses generales, las pequeñas ventajas inmediatas

obtenidas han sido preferidas a las grandes conquistas futuras que, entretanto, exigen luchas y sacrificios.

Esto se explica fácilmente. Una organización obrera no puede estar compuesta solamente por obreros intelectualmente y moralmente emancipados que tienen un programa ideal y luchan por su triunfo. En tal caso ella sería simplemente un duplicado de varias agrupaciones políticas y resultaría inútil, ya sea como medio de lucha actual contra los patronos, ya sea como medio de propaganda.

Cada organización obrera hace llamados a las masas y busca de enrolar en su seno cuanta más gente le sea posible. Para esto es necesario mantenerse en un terreno de generalidades y hacer llamado sobre todo a los intereses inmediatos de los trabajadores: pedir las mejoras posibles hoy, no sobrepasar de mucho el nivel de las aspiraciones presentes entre las varias corporaciones en las diversas localidades, tratar con los patronos y la autoridad, hacer en resumidas cuentas, obra de reformistas.

Y el reformismo es un pozo en cuyo fondo existen toda clase de intrigas y de traiciones.

Afortunadamente hay hombres conscientes del peligro y siempre en guardia, hay masas de espíritu rebelde y generoso que desdeñan las pequeñas mejoras y están prontas para la lucha final, pero el peligro existe y para evitarlo es necesario que en medio y por encima de las organizaciones obreras haya el movimiento político, la agrupación idealista para la cual la revolución social (anárquica por lo que a nosotros concierne) sea el fin y todo lo restante nada más que un medio. Y entonces, para nosotros, las desconfianzas y las rivalidades entre las distintas organizaciones nos parece algo de importancia secundaria. Favorezcamos las organizaciones que más se acercan a nosotros, combatamos las que traicionan, según nosotros, la causa de la revolución, pero también sostengamos la necesidad de que los compañeros traten de infiltrarse por todas partes llevando nuestra propaganda y el espíritu nuestro.

Las masas son, más o menos, las mismas en cualquier organización que se encuentren y aquellas que están fuera de toda organización no son siempre las menos avanzadas.

Deber nuestro es trabajar en las masas, en todas las masas. Y sobre todo deber nuestro es ser siempre nosotros mismos: anarquistas y revolucionarios.

LUCHA ECONÓMICA Y SOLIDARIDAD

Recibimos de Genova una carta que demuestra una vez más cómo la lucha económica si no está inspirada por un alto ideal de solidaridad humana y queda confinada a los límites de los intereses actuales e inmediatos de los trabajadores, no sólo no puede conducir a la emancipación definitiva, sino que tiende por el contrario, a crear antagonismos y luchas entre trabajadores y trabajadores a entero beneficio de la conservación del orden burgués.

Son los empleados telegráficos genoveses, quienes reclaman la exclusión de las mujeres de las oficinas de expedición. Ellos protestan contra el hecho de que:

“se tenga en las oficinas a tantas señoritas que trabajan solamente para comprarse perfumes, polvos, medias de seda, mientras que a tantos millares de desmovilizados, después de haber combatido por el bien y la grandeza de las carteras de sus señores, se les arrebata el puesto que les sería necesario para matar el hambre de sus hijos.”

Y en su artículo dicen:

“Sí. ¡fuera las mujeres!

¿La razón? Ante todo, las mujeres en la administración no son todas obreras. Hay muchas mujeres en otras categorías de empleos (mucho más altos) que de la palabra proletariado tienen un sacro horror y que en las agitaciones fueron siempre las que traicionaron la causa o las que comprometieron seriamente el éxito final: los telefonistas y los bancarios tienen la palabra a este respecto. Considérese que las mujeres en las oficinas no representan ninguna unidad activa, sino ciertamente un elemento de continua discordia, con consideraciones distintas para uno y otro sexo. Hágase un plebiscito entre todos los que están condenados a trabajar con elemento femenino y el “*Avanti!*” se convencerá, como también todos los socialistas, que hay una aversión justificadísima hacia esa mano de obra que no sirve más que de competencia al hombre y de elemento facilísimo a la defección y por esto tenido para contrabalancear los movimientos que se pueden verificar en la clase proletaria.

“Una empleada no podrá ser nunca una buena madre de familia: o una cosa o la otra; no se puede estar en dos puestos.

“Téngase en cuenta que la mujer por sus especiales condiciones físicas no puede ser empleada en servicios pesados, nocturnos o de gran responsabilidad (telégrafo, ferrocarriles, etc.). De aquí el mal humor de la otra parte obligada a servir de tapadera a cubrir las deficiencias de este personal.

“Pues, al hogar las mujeres a educar mejor a sus hijos y póngase en su puesto a toda esa juventud desocupada que diariamente es rechazada. ¿Por qué se prefiere la hermana al hermano? ¿Es propiamente caballerosidad?!! ¿Es ideal socialista? ¡No! Nosotros no lo creemos porque la mujer pulula precisamente en los grandes institutos burgueses y en las oficinas del Estado, donde es tenida como material para

contraponer a nuestras sagradas reivindicaciones y no sólo por ello sino sobre todo porque tiene la sonrisa más simpática y la condescendencia más fácil que el sexo masculino.

“No hablemos del rendimiento que pueden dar: ellas están enfermas las más veces por los naturales trastornos a que se ven sujetas las mujeres y especialmente cuando están en cinta ya no aparecen por seis meses”.

Dejando aparte las consideraciones de orden fisiológico y social sobre la productividad y la misión social de la mujer que nos llevarían a una discusión que no cabe en este artículo, ¿quién podría negar razón a gente que tiene hambre, que ve languidecer a sus hijitos y cuya sola esperanza de ocuparse es la de hacer echar a otro del puesto que ocupa si con envidia y rabia compara su posición desgraciada con la de trabajadores (o trabajadoras) más afortunados y procura, aunque sea también con argumentos que sirven a los patrones, hacerlos echar con el fin de sustituirlos?

Pero entonces no dejan tampoco de tener razón aquellos desventurados que por una u otra causa no consiguen jamás quitarse el hambre sino cuando hay huelga y pueden por poco tiempo hacer de rompehuelgas.

No dejan de tener razón los obreros de un país cuando se oponen a la entrada y a la ocupación de los extranjeros.

No dejan de tener razón los obreros hábiles cuando procuran reducir a monopolio su oficio y no quieren aprendices, no quieren mujeres, no quieren compañeros que no sean de su corporación, etc.

No deja de tener la ama de llaves cuando maldice a los ferroviarios, si por culpa de una huelga de éstos debe pagar las patatas más caro que de costumbre.

No dejan de tener razón todos los que miran a las necesidades urgentes, a los daños y a las ventajas inmediatas y que por esto traicionan la causa general, la causa del porvenir.

Y no dejan de tener razón tampoco aquellos que, tímidos, perezosos o satisfechos, se la toman con los revolucionarios que trastornan su tranquilidad.

Y nosotros no negamos razón a ninguno de éstos.

Nosotros comprendemos a los empleados telegráficos cuando envidian las medias de seda de las señoritas, pero comprendemos también a la señorita que no quiere quedar más en casa para hacer de sirvienta al señor macho, que tal vez vuelve borracho a casa y la apalea.

Comprendemos al huelguista que golpea con toda razón al *carnero* (¡pero cuanto mejor haría golpeando al patrón!), pero comprenderíamos igualmente al desgraciado que pudiese decir a los huelguistas: vosotros no os ocupabais de mí cuando me moría de hambre, vosotros no pensabais en dividir el trabajo conmigo cuando estaba desocupado; hoy yo no me cuido de ayudaros a vencer una huelga cuyo resultado será para mí un agravamiento de mi miseria.

La verdad es que en una sociedad como esta que sufrimos, fundada sobre el egoísmo individual, sobre la lucha de cada uno contra todos y de todos contra cada uno, no es cierto, en tanto nos quedemos dentro de los límites de la moral y del orden burgués, que los intereses de los trabajadores sean solidarios, no es cierto que la lucha por la vida sea naturalmente una lucha de clases.

Los intereses de los trabajadores se vuelven solidarios cuando ellos aprenden a amarse entre sí y *quieren* estar todos bien: la lucha de cada uno para sí se vuelve lucha de clase cuando una moral superior, un ideal de justicia y una mayor comprensión de las ventajas que la solidaridad puede procurar a cada individuo viene a fraternizar a todos aquellos que se encuentran en una posición análoga.

Naturalmente, en régimen individualista, en régimen de competencia, el bien de uno está hecho del mal de los demás. Si una categoría de trabajadores mejora de condición los precios de sus productos aumentan y todos aquellos que no pertenecen a su categoría se ven perjudicados.

Si los obreros ocupados consiguen impedir que sean licenciados por los patrones y se convierten así en algo parecido a propietarios de sus puestos los desocupados ven disminuidas las probabilidades de empleo.

Si por nuevas invenciones, o por el cambio de las modas, o por otras razones, un oficio decae y desaparece unos serán perjudicados y otros favorecidos; si un artículo viene del exterior y se vende a un precio inferior al que cuesta producirlo en el país los consumidores ganan, pero los que fabrican este artículo se ven en la ruina.

Y en general todo nuevo descubrimiento, todo progreso en los métodos de producción, aunque en el porvenir pueda llegar a ser aprovechado por todos, comienza siempre por producir un desarreglo de intereses que se traduce siempre en sufrimientos humanos.

Ciertamente tienen razón los telegrafistas de Genova. En el trabajo y en las recompensas se debiera tener en cuenta las necesidades y ocupar con preferencia a quienes más necesitan de una ocupación; pagar más a quienes tienen más personas, hijos, ancianos padres o parientes inhabilitados que mantener; dar los trabajos más livianos a los más débiles, los más fáciles a los menos dotados, proporcionando la compensación no a la productividad sino a las necesidades de los trabajadores.

Pero esta es moral que no podrá encontrar su aplicación más que en una sociedad comunista –comunista más en el espíritu que en las formas concretas de organización–.

Y es por esto que nosotros, persuadidos de que los antagonismos entre hombre y hombre no podrán superarse sino transformando completamente el sistema social y aboliendo la posibilidad de explotación del trabajo ajeno, nos interesamos mediocrementemente en las luchas gremiales, en las luchas económicas cuando ellas no se elevan a cuestiones de reivindicaciones de orden moral y de intereses generales.

Tiene razón cada uno en defender su pan cotidiano y en procurar hacerlo lo menos escaso posible; tiene razón cada uno en querer comer y estar lo mejor posible desde ahora, sin esperar la revolución; pero nosotros que no representamos intereses particulares de individuos o de gremios nos ocupamos con preferencia de las agitaciones, de los movimientos que tienden a extender el sentimiento de solidaridad y a preparar la revolución.

Francamente: los empleados telegráficos que hacen antifeminismo porque el antifeminismo conviene a sus intereses no nos resultan simpáticos.

Admiramos, en cambio, a aquellos trabajadores que saben unir a la lucha por sus intereses actuales e inmediatos la lucha por intereses generales y la lucha por razones ideales.

Así los ferroviarios y los trabajadores del mar que, con riesgo propio se rehúsan a transportar hombres y elementos que sirven a fines liberticidas; así aquellos trabajadores de los campos o de las fábricas que por medio de propias oficinas de colocación y de la limitación de la jornada de trabajo intentan hacer participar a todos en el trabajo disponible; así aquellos trabajadores que, como hoy los mineros ingleses, mientras exigen e imponen a los patrones aumentos que sean tomados de la ganancia patronal y no sean descargados sobre las espaldas de los consumidores; así todos aquellos obreros que se rehúsan o se rehusaran a hacer trabajos nocivos, a fabricar casas que se desmoronan para desgracia de los pobres y sólidas prisiones y cuarteles en provecho del gobierno, a adulterar sustancias alimenticias, a imprimir mentiras contra sí mismos y sus amigos, etc., etc.

Todo esto sirve para elevar la consciencia de los trabajadores y para preparar la revolución moral y material que debe iniciar el mundo nuevo.

Las luchas, en cambio, inspiradas en mezquinos intereses y combatidas con medios mezquinos son dañosas a la preparación revolucionaria y ni siquiera sirven después, en la práctica, para resolver las cuestiones inmediatas.

Los empleados telegráficos no lograrán hacer expulsar a las mujeres, como los carreros no lograrían eliminar los camiones o los ferrocarriles. Podrían lograr, en cambio, hacer emplear a los desocupados si recurrieran, solidarizándose con todos los trabajadores rebeldes, a medios enérgicos, capaces de preocupar seriamente al gobierno.

LIBERTAD DE PRENSA Y PRODUCCIÓN CONSCIENTE

Nosotros hemos dicho muchas veces que los obreros gráficos debieran rehusarse a componer y a imprimir cosas contrarias a la clase obrera, y en general todo aquello que ellos no encuentran justo y verdadero, e insistimos aún sobre esto que debiera ser considerado como una deuda de honor por cada gráfico consciente, para cada gráfico que se siente hombre, con sus ideas y sus pasiones, y no una simple máquina para borrar papel.

Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos: del mismo modo que los demás obreros debieran rehusarse a fabricar armas, a falsificar substancias alimenticias, a construir casas que se desmoronen a la primera lluvia, del mismo modo, en fin, que cada obrero debiera rehusarse a hacer de cómplice del amo para engañar y defraudar al público, así cada gráfico debiera considerar que deshonor el contribuir a la difusión de la mentira defendiendo a los opresores y a los explotadores del trabajo ajeno.

Pero he ahí que los peores negros reaccionarios surgen indignados en nombre de la libertad.

“¡Bonita libertad de imprenta! –gritan ellos.– Vosotros os llamáis anarquistas, pero quisierais la libertad solamente para vosotros; para los demás la mordaza, etcétera, etcétera, etcétera”.

No, esos “liberales”, que si pudieran nos harían podrir en la cárcel por el simple delito de pensar, cuando no hubiera hechos más concretos que atribuirnos, con nosotros se equivocan.

Nosotros les dejaremos plena y completa libertad de prensa, puesto que aborrecemos toda clase de tiranía, aún si ella fuera ejercida en nombre del proletariado, del socialismo o del anarquismo.

Nosotros creemos nefasta y absurda toda clase de censura, porque creemos que nadie puede estar seguro de poseer la verdad y que no hay verdadera libertad sin la libertad del error.

Sin embargo, verdad o error, –compréndanlo los periodistas reaccionarios– deben ser propagados por quienes los profesen.

Ellos son escritores y ciertamente escriben (¡quién sabe qué disparates estoy por decir!) según su consciencia.

¿Admitirían ellos que un director o un editor les hiciera escribir cosas contrarias a sus convicciones?

Y si ellos se consideran deshonorados cuando escriben, por dinero, cosas que sus consciencias creen malas, ¿por qué no aceptar lo mismo para los gráficos?

En una sociedad como la que nosotros queremos todos encontrarían los instrumentos de trabajo y los medios para aprender a usarlos, pero nadie podría imponer a los demás trabajar para sí y producir cosas que ellos consideren inútiles o dañinas.

Cuando los obreros gráficos se rehusaran a servir a la reacción, los reaccionarios podrán aún imprimir; pero tendrán que aprender a hacerlo ellos mismos, con sus propias manos.

¿Nos hemos explicado?

REVOLUCIÓN Y PRODUCCIÓN

Recientemente nosotros decíamos a los trabajadores que si quieren hacer triunfar la revolución definitivamente:

“deben prepararse para grandes sacrificios, para un trabajo intenso y proficiente, para una vida ejemplar, para duras privaciones hasta el día en que el capitalismo sea definitivamente abatido en el interior y en el exterior y la solidaridad humana establecida en todos los países...”

“En espera de aquel día, a fin de asegurar el éxito de la revolución todas las máquinas existentes y toda la tierra disponible deben dar el máximo rendimiento, deben ser explotadas al más alto grado para reestablecer las reservas que poco a poco se agoten y para obtener de la tierra cosechas abundantes y siempre más abundantes!”

“*La Giustizia*” de Reggio Emilia responde:

“Si en Rusia se ha debido recurrir a la militarización de los obreros y a la dictadura en las fábricas y no obstante esto la producción ha disminuido hasta el punto descrito en el informe de Rykof, ¿cómo puede “Umanità Nova” imaginarse que, justamente en el desorden inevitable y en el tumulto de las pasiones desencadenadas por la guerra civil, las multitudes se volverán improvisadamente capaces de cumplir con espontaneidad todos los deberes y los sacrificios que ella señala?”

“¿Cuándo se ha visto jamás en la historia algo semejante? ¿Cuándo jamás las guerras y las revoluciones no causaron una más o menos grave y larga parálisis de la producción?”

En Rusia, según nosotros, la militarización de los obreros y la dictadura en las fábricas no constituyen un remedio, sino, por el contrario, una de las causas de la menor producción.

¡Lo que se hace por la fuerza se hace siempre de mala gana y mal!

Y si en la historia no se ha visto jamás aumentar la productividad después de una revolución es, ciertamente, porque ninguna revolución ha dado jamás los instrumentos de trabajo a los propios trabajadores. O más bien, el aumento se ha producido solamente en raras ocasiones en que gente habituada a trabajar para otros se vio de improviso en condiciones de trabajar para sí mismas. Así en Francia, después de la revolución, un gran número de campesinos llegaron a ser patrones de un pedazo de tierra y comenzaron a trabajarlo por su cuenta.

Naturalmente un cambio político que deja en substancia las cosas tal como estaban antes no puede producir en las masas esa revolución moral, esa onda vibrante de entusiasmo que es necesaria para instaurar una nueva sociedad fundada sobre el amor y la solidaridad.

LOS DOS CAMINOS

¿REFORMAS O REVOLUCIÓN? ¿LIBERTAD O DICTADURA?

I

Las condiciones actuales de la sociedad no pueden durar eternamente y ahora ya puede decirse que no han de durar mucho. En esto convienen todos, al menos todos los que piensan.

Conservadores en el verdadero sentido de la palabra ya no existen más.

Hay, ciertamente, quienes procuran aprovechar del momento, alargar lo más posible el goce de sus privilegios y que no se preocupan de que después de ellos venga el diluvio. Y hay también ceñudos reaccionarios que quisieran empujar el mundo hacia atrás, sofocar en sangre todo conato de liberación y someter las masas al régimen del sable. Pero todo es inútil. La reacción puede servir para teñir aún más de rojo sanguíneo el alba que surge, pero no logrará impedir la catástrofe inminente.

Las masas ya no quieren someterse.

Mientras se creyó que los sufrimientos eran un castigo o una prueba impuesta por Dios y que en el otro mundo serían pagados con usura de todos los males soportados aquí abajo, era posible la constitución y la duración de un régimen de iniquidad en el que unos pocos impusieran su voluntad a los demás y los explotaran y oprimieran a su placer.

Pero esta fe, que no ha sido nunca empero muy eficaz, porque no ha impedido jamás que la gente cuidase de sus intereses terrenales (y por esto la religión no ha logrado impedir las rebeliones ni sofocar completamente el progreso), esta fe, decía, ha disminuido mucho y está en camino de extinguirse. Los sacerdotes mismos, para salvar la religión y salvarse a sí mismos con ella, están obligados a darse el aire de querer resolver la cuestión social y suavizar los males de los trabajadores.

Desde el momento en que los trabajadores comprenden su situación en la sociedad es imposible que ellos consientan por siempre en trabajar y sufrir, producir durante toda la vida por cuenta de los patronos y no tener más perspectiva que la desolación de una vejez sin asilo y sin pan asegurado. ¿Es posible que siendo los productores de toda la riqueza, sabiendo que pueden producir para satisfacer ampliamente las necesidades de todos, quieran resignarse eternamente a una vida miserable, amenazada siempre por el espectro de la desocupación y del hambre? Es imposible que, mejor instruidos, afinados por el contacto de la civilización, aunque hecha a beneficio de otros, habiendo experimentado la fuerza que pueden darles la unión y la audacia, ellos se resignen a permanecer como clase inferior y despreciada y no pretendan una gran parte de los goces de la vida.

Quien es proletario hoy sabe que está, por regla general, condenado a serlo por toda la vida, salvo que haya un cambio general en el orden social; sabe que este cambio no puede venir sin el concurso de los demás proletarios y por ello busca en la unión la fuerza necesaria para imponerlo.

Los burgueses y los gobernantes que los representan y los defienden saben todo esto muy bien y buscan la manera de no ser sumergidos en un terrible cataclismo social, de proveer a la situación en alguna forma, tanto más cuanto que no faltan burgueses inteligentes que comprenden que la presente constitución social es absurda y en el fondo dañina a los mismos intereses de sus beneficiarios.

En consecuencia, ahora o más tarde, brusca o gradualmente, es necesario cambiar las cosas. Pero ¿cuál será este cambio y hasta qué punto llegará?

La sociedad actual está dividida en propietarios y proletarios. Ella puede cambiar aboliendo la condición de proletario y haciendo a todos copropietarios de la riqueza social, o puede cambiar conservando esta condición fundamental pero asegurando a los proletarios una vida mejor.

En el primer caso los hombres se volverían libres y social-mente iguales, organizarían la vida social conforme a los deseos de cada uno y en esta forma todas las potencialidades de la naturaleza humana podrían desarrollarse en lujurante variedad. En el otro caso, los proletarios, bestias útiles y bien alimentadas, se acomodarían en la posición de esclavos contentos de sus benignos patrones.

LIBERTAD O ESCLAVITUD; ANARQUÍA O ESTADO SERVIL.

Estas dos soluciones posibles dan lugar a dos tendencias opuestas que están representadas en sus manifestaciones más consecuentes, la una por los anarquistas y por los llamados socialistas reformistas la otra. Con esta diferencia: que mientras los anarquistas saben y dicen lo que quieren, esto es la destrucción del Estado y la organización libre de la sociedad sobre la base de la igualdad económica, los reformistas, por el contrario, se encuentran en contradicción con ellos mismos, porque se dicen socialistas y su acción tiende en cambio, a sistematizar y perpetuar, humanizándolo, el sistema capitalista y, en consecuencia, niegan al socialismo que significa ante todo abolición de la diferencia entre hombres en propietarios y proletarios.

Tarea de los anarquistas –y de todos los verdaderos socialistas diremos– es el oponerse a esa tendencia hacia el estado servil, hacia un estado de esclavitud atenuada, que castraría a la humanidad sus mejores dotes, –privaría a la civilización progresista de sus flores más bellas– y sirve entretanto para mantener el estado de miseria y de degradación en que se encuentran las masas, persuadiéndolas a tener paciencia y a confiar en la providencia del Estado y en la bondad e inteligencia de los patrones.

Toda llamada legislación social, todas las medidas estatales dirigidas a “proteger” el trabajo y a asegurar a los trabajadores un mínimo de bienestar y de seguridad y así también todos los medios empleados por los capitalistas inteligentes para ligar al obrero a la fábrica por medio de premios, pensiones y otros beneficios, cuando no son una mentira y una trampa, son un paso hacia ese estado servil que amenaza a la emancipación de los trabajadores y al progreso de la humanidad.

Salario mínimo establecido por ley, limitación legal de la jornada de trabajo, arbitraje obligatorio, contrato colectivo de trabajo con valor jurídico, personería jurídica de las asociaciones obreras, medidas higiénicas en las fábricas prescritas por el gobierno, seguro estatal para las enfermedades, la desocupación y los accidentes del trabajo, pensiones a la vejez, coparticipación en las utilidades, etc., etc., son todas medidas para hacer que los proletarios queden siempre proletarios y los propietarios siempre propietarios; medidas todas que dan a los trabajadores (cuando lo dan) un poco más de bienestar y seguridad, pero que les privan de ese poco de libertad que tienen y tienden por otra parte a perpetuar la división de los hombres en patrones y siervos.

Está bien ciertamente que esperando la revolución –y sirve también para hacerla más fácil– los trabajadores traten de ganar más y de trabajar menos horas y en mejores condiciones, está bien que los desocupados no se mueran de hambre, que los enfermos y los viejos no sean abandonados, pero esto, y más aún, los trabajadores pueden y deben obtenerlo por sí mismos, con la lucha directa contra los patrones, mediante su organización, con la acción individual y colectiva, desarrollando en cada individuo el sentimiento de la dignidad personal y la consciencia de sus derechos.

Los beneficios del Estado, los beneficios de los patrones son presentes envenenados que llevan consigo el germen de la servidumbre. Es necesario rechazarlos.

Reconociendo que todas las reformas dejan subsistente la división de los hombres en propietarios y proletarios y por ende el derecho de algunos a vivir del trabajo de los demás y que no producen otro resultado, si han sido obtenidas y aceptadas como benéficas concesiones del Estado y de los patrones, que el de atenuar la rebelión de los oprimidos contra los opresores y el de conducir a la constitución de un estado servil en el cual la humanidad se vea definitivamente dividida en clases dominantes y clases oprimidas, no nos queda otro camino de salida que la revolución: una revolución radical que arrase todo el organismo estatal, que expropie a los detentadores de la riqueza social y que ponga a todos los hombres sobre un mismo pie de igualdad económica y política.

Esta revolución debe ser necesariamente violenta, aunque la violencia sea por sí misma un mal. Debe ser violenta porque sería locura esperar que los privilegiados reconocieran el daño y la injusticia de sus privilegios y se decidieran a renunciar voluntariamente a ellos. Debe ser violenta porque la transitoria violencia revolucionaria es el solo medio para poner fin a la mayor y perpetua violencia que tiene esclava a la gran masa de los hombres.

Vengan sin embargo las reformas si es que pueden venir. Ellas pueden ser de beneficio momentáneo y servir para estimular en las masas deseos siempre mayores y mayores pretensiones si los proletarios conservan vivo el sentimiento de que los patrones y los gobernantes son sus enemigos, de que todo aquello que ceden les es arrancado por la fuerza o por el miedo a la fuerza y será prontamente quitado si el miedo cesa. Pero si, en cambio, las reformas fueran obtenidas por acuerdos y colaboraciones entre dominados y dominadores no servirían más que para remachar las cadenas que atan a los trabajadores al carro de los parásitos.

Por lo demás, hoy parece estar superado el peligro de que las reformas adormezcan a las masas y consigan consolidar y perpetuar la organización burguesa. Sólo por la traición consciente de aquellos que con la prédica socialista han logrado conquistarse la confianza de los trabajadores podrían estas reformas adquirir otro valor.

La ceguera de la clase dirigente y la evolución natural del sistema capitalista acelerada por la guerra han hecho que cualquier reforma aceptable para los propietarios sea impotente para resolver la crisis que mina al país. En consecuencia la revolución se impone, la revolución se acerca.

Pero, ¿cómo se debe hacer, cómo debe desenvolverse esta revolución?

Naturalmente, es necesario comenzar por la acción insurreccional que desaloje el obstáculo material, las fuerzas armadas del gobierno, que se opone a cualquier transformación social.

Para llevar a cabo la insurrección es deseable, y puede ser indispensable, que se encuentren unidas, ya que aquí estamos en régimen de monarquía, todas las fuerzas antimonárquicas. Es necesario prepararse lo mejor posible moral y materialmente y es necesario sobre todo aprovechar todos los movimientos espontáneos del pueblo y tratar de generalizarlos y transformarlos en movimientos definitivos, para evitar así el peligro de que, mientras los partidos se preparan, la fuerza popular se agote en hechos aislados.

Pero después de la insurrección victoriosa, después de la caída del gobierno, ¿qué se debe hacer?

Nosotros, los anarquistas quisiéramos que en cada localidad los trabajadores, o más propiamente aquella parte de los trabajadores que tiene mayor influencia y mayor espíritu de iniciativa, tomara posesión de todos los instrumentos de trabajo, de toda la riqueza, tierra, materias primas, casas, máquinas, artículos alimenticios, etc., y esbozara lo mejor posible la nueva forma de vida social; quisiéramos que los trabajadores de la tierra que hoy trabajan para los patrones no reconocieran más ningún derecho a los propietarios y continuaran e intensificaran el trabajo por propia cuenta, entrando en relaciones directas con los obreros de productos; que los obreros de las industrias, ingenieros y técnicos incluidos, tomaran posesión de las fábricas y continuaran e intensificaran el trabajo por cuenta propia y de la colectividad, transformando en seguida todas aquellas fábricas que hoy producen cosas inútiles o dañinas en productoras de las cosas que urgen más para satisfacer las necesidades del pueblo; que los ferroviarios continuaran haciendo marchar los trenes, pero para el servicio de la colectividad; que comités de voluntarios o de electos por la población tomara posesión, bajo el contralor directo de las masas, de todas las habitaciones desocupadas para alojar lo mejor posible a todos los más necesitados; que otros comités siempre bajo el contralor directo de las masas, proveyeran el aprovisionamiento y a la distribución de los artículos de consumo; que todos los actuales burgueses sean puestos en la necesidad de confundirse con la multitud de aquellos que fueron proletarios y trabajar como los otros para gozar de los mismos beneficios que los demás.

Y todo eso en el mismo día, o en el inmediato siguiente, de la insurrección victoriosa, sin esperar órdenes de comités centrales o de cualquier otra autoridad.

Eso es lo que quieren los anarquistas y es pues lo que naturalmente ocurriría de ser la revolución verdaderamente una revolución social y no un simple cambio político, que después de algunas convulsiones retrotraiga las cosas al estado anterior.

Puesto que, o se quita inmediatamente a la burguesía el poder económico, o ésta retornará en breve al poder político que la insurrección le haya arrancado. Y para poder quitar a la burguesía el poder económico es necesario organizar inmediatamente la nueva ordenación económica basada sobre la justicia y la igualdad. Las necesidades económicas, por lo menos las más esenciales, no admiten interrupción y es necesario satisfacerlas de inmediato. Los “comités centrales” no hacen nada o hacen algo recién cuando ya no se necesita más de su obra.

Hay muchos revolucionarios que al contrario de los anarquistas no tienen confianza en el instinto constructivo de las masas, creen tener ellos la receta infalible para asegurar la felicidad universal, temen la posible reacción, temen tal vez más todavía la competencia de otros partidos y otras escuelas de reformadores sociales y quieren por esto apoderarse del poder y sustituir al gobierno “democrático” de hoy con un gobierno dictatorial.

Dictadura pues: pero ¿quiénes serían los dictadores? Naturalmente, piensan ellos, los jefes de sus partidos. Dicen todavía, por hábito contraído o por deseo consciente de evitar las explicaciones claras, dictadura del proletariado, pero esta es una excusa que ya está desacreditada.

He aquí como se expresa Lenin:

“La dictadura significa el derrumbe de la burguesía por obra de una vanguardia revolucionaria (pero esto es la revolución y no ya la dictadura), en contraste con la concepción de que sea previamente necesario obtener una mayoría en las elecciones. Por medio de la dictadura se obtiene la mayoría y no ya por medio de la mayoría la dictadura”

Y está bien; pero si es una minoría la que, posesionándose del poder, debe conquistar después la mayoría, es una mentira hablar de dictadura del proletariado. El proletariado es evidentemente la mayoría.

“La dictadura significa el empleo de la violencia y del terror”.

¿Por obra de quién y contra quién? Ya que a la mayoría se le supone hostil y que dentro del concepto dictatorial no puede confiarse en la muchedumbre desencadenada que toma en sus manos la cosa pública, evidentemente: “la violencia y el terror” deberán ser ejercidos contra todos aquellos que no se pliegan a la voluntad de los dictadores por medio de los gendarmes al servicio de esos dictadores.

“La libertad de prensa y de reunión equivaldría a autorizar a la burguesía a envenenar la opinión pública.”

¿Entonces después del advenimiento de la “dictadura del proletariado” que debiera ser la *totalidad* de los trabajadores, habrá todavía una burguesía que en vez de trabajar tendrá los medios de envenenar “la opinión pública” y una opinión pública susceptible de ser envenenada extraña a aquellos proletarios que debieran constituir la dictadura? ¿Habría censores omnipotentes que juzgarán lo que se puede o no se puede imprimir y comisarios a los cuales será necesario pedir permiso para tener una reunión? Inútil es decir cuál sería la libertad dejada a quienes no se sometían a los dictadores del momento.

“Solamente después de la expropiación de los expropiadores, después de la victoria, el proletariado atraerá hacia sí a las masas de la población que antes seguían a la burguesía.”

Pero, todavía una vez más, ¿qué es entonces ese proletariado que no son las masas trabajadoras? ¿*Proletario* no significa, entonces, aquel que carece de propiedad, sino quien tiene ciertas ideas y pertenece a un determinado partido?

Dejemos pues esta falsa expresión de “*dictadura del proletariado*”, apta para producir tantos equívocos, y discutamos sobre la dictadura tal cual es verdaderamente, esto es el gobierno absoluto de uno o más individuos que, apoyándose en un partido o en un ejército, se apoderan de la fuerza social e imponen “con la violencia y con el terror” su voluntad.

Cual sea esta voluntad depende de las personas que en la práctica consigan posesionarse del poder. En nuestro caso se supone que será la voluntad de los *comunistas* y, por ende, una voluntad inspirada en el deseo del bien de todos.

Esto es ya algo muy dudoso, puesto que generalmente los hombres mejor dotados de las cualidades necesarias para posesionarse del poder no son los más sinceros y los más devotos a la causa pública; y si se predica a las masas la necesidad de someterse a un nuevo gobierno no se hace más que allanar el camino a los intrigantes y a los ambiciosos.

Pero supongamos, sin embargo, que los nuevos gobernantes, los *dictadores* que debieran realizar los fines de la revolución sean verdaderos comunistas, llenos de celo, convencidos de que de su obra y de su energía depende la felicidad del género humano. Serían hombres del tipo de los Torquemada y de los Robespierre que, con fines de bienestar, en nombre de la salud privada o pública, sofocarían toda voz discordante, destruirían todo hábito de vida libre y espontánea; y después, impotentes para hacer verdaderamente el bien, impotentes para resolver los problemas prácticos por ellos sustraídos a la competencia de los interesados, tendrían de buen grado o por fuerza que dejar el puesto a los restauradores del pasado.

La gran justificación de *la dictadura* sería la incapacidad de las masas y la necesidad de defender la revolución de las tentativas reaccionarias.

Si verdaderamente las masas fuesen rebaño bruto, incapaces de vivir sin el bastón del pastor, si no hubiese ya una minoría suficientemente numerosa y consciente capaz de arrastrar a las masas con la prédica y con el ejemplo, entonces comprenderíamos mejor a los reformistas, los cuales temen la

sublevación popular y alientan la ilusión de poder, poco a poco, a fuerza de pequeñas reformas, que no son más que pequeños remiendos, minar el Estado burgués y preparar el camino al socialismo; comprenderíamos mejor a los *educacionistas* que no avalorando lo bastante la influencia del ambiente esperan poder cambiar la sociedad cambiando antes a todos los individuos: no podríamos comprender absolutamente a los partidarios de la dictadura que quieren educar y elevar a las masas “con la violencia y con el terror” y que para eso deberían lógicamente elevar a primeros factores de educación a los gendarmes y a los censores.

En realidad ninguno podría instituir la dictadura revolucionaria si antes el pueblo no hubiese hecho la revolución, mostrando así en los hechos su capacidad de realizarla; y entonces *la dictadura* no haría más que sobreponerse a la revolución, desviarla, sofocarla y matarla.

En una revolución política cuyo único objetivo es el de derrocar al gobierno dejando en pie toda la organización social existente puede una *dictadura* posesionarse del poder, poner a sus hombres en el puesto de los funcionarios arrojados y organizar desde arriba el nuevo régimen.

Pero en una *revolución social*, en la cual son derribadas todas las bases de la actual convivencia social, en la cual la producción indispensable debe ser reemprendida enseguida por cuenta y beneficio de los trabajadores, en la cual la distribución debe ser inmediatamente regulada según la justicia, la dictadura no puede hacer nada. El pueblo tendrá que proveerse a sí mismo en las diversas comunas o la revolución fracasará.

Quizás, en el fondo, los partidarios de la dictadura (y ya algunos lo dicen abiertamente) no desean ahora nada más que una revolución política, vale decir que quisieran sin más posesionarse del poder y después, gradualmente, transformar la sociedad por medio de leyes y decretos. En tal caso ellos tendrían probablemente la sorpresa de ver en el poder a otros en vez de sí mismos; y en todos los casos debieran antes que nada pensar en organizar la fuerza armada (los gendarmes) necesaria para imponer el respeto a sus leyes. Entre tanto la burguesía, que quedaría siendo substancialmente la detentadora de la riqueza, pasado el momento crítico de la ira popular, llenaría de nuevo la policía de agentes propios, explotaría el desagrado y la desilusión de aquellos que esperaban la inmediata realización del paraíso terrestre... y retomaría el poder atrayéndose a los dictadores o sustituyéndolos por hombres suyos.

Ese miedo a la reacción, empleado como justificativo del régimen dictatorial, depende precisamente del hecho de que se trata de hacer la revolución dejando subsistente todavía una clase privilegiada en condiciones de retomar el poder.

Si en cambio se comienza por la expropiación completa, no habrá entonces más burguesía y todas las fuerzas vivas del proletariado, todas las capacidades existentes, serán empleadas en la obra de la reconstrucción social.

Por lo demás en un país como Italia (para aplicar lo ya dicho al país en que desenvolvemos nuestra actividad), en un país como Italia donde las masas están saturadas de instintos libertarios y rebeldes, donde los anarquistas representan una fuerza considerable, más que por su organización por la influencia que pueden ejercer, una tentativa de dictadura no podría ser puesta en práctica sin desencadenar la guerra civil entre trabajadores y trabajadores y no podría triunfar sino por medio de la más feroz tiranía.

Entonces, ¡adiós comunismo!

No hay, pues, más que un solo camino posible de salvación: el de la libertad.

DICTADURA BURGUESA Y “DICTADURA PROLETARIA”

Con el título *“Insurrección, Libertad y Dictadura”* Andrés Viglongo me dedicó hace una semana en el *“Avanti!”* de Turín dos columnas de prosa que tenían la intención de ser una respuesta a un precedente artículo mío sobre la preparación insurreccional.

Y yo he vacilado en contestarle porque me parece inútil discutir cuando el contrincante elude el tema, se va por las ramas y hace imposible cualquier discusión. Lo hago ahora porque algunos de mis amigos, persuadidos de que el público da razón a quien habla último, me hacen ver que se sentirían afligidos por mi silencio. He de hacer, pues, ciertas observaciones a lo que Viglongo escribe en defensa de la *“dictadura del proletariado”*.

El argumento principal con el que los comunistas autoritarios defienden la dictadura es la necesidad de sostener la revolución contra las fuerzas reaccionarias que intentaran sofocarla.

Ante todo, repito, por enésima vez, que para claridad de la discusión se necesitaría abandonar esta mentira de “dictadura del proletariado” y hablar francamente de *dictadura* del propio partido, de dictadura de los jefes del partido comunista, ya que es esto realmente lo que los comunistas quieren. Y entonces se presentaría inmediatamente la cuestión de personas. ¿Quiénes serían, en Italia, los hombres a los cuales se les podría, con seguridad, confiar la suerte de la revolución? Y encontrados, por hipótesis, los hombres que ofrecerían absoluta confianza de sinceridad y de capacidad, ¿qué garantía tenemos de que la suma del poder quedaría realmente en las manos de aquellos que hoy, en los conciliábulos del partido, han sido designados?

Sería una discusión ardua, peligrosa, imprudente, esa sobre las personalidades que en Italia emergen en el campo revolucionarios o que están al acecho para aprovechar las circunstancias. Y para nosotros sería también una discusión inútil, ya que para nosotros, anarquistas, el problema rebasa toda cuestión de personas.

Después de la victoria insurreccional se necesitará actuar y defender la revolución: de acuerdo.

Pero los peligros a cuyo encuentro marcha la revolución no vienen sólo y principalmente de los reaccionarios que conspiran para la restauración e invocan la ayuda extranjera; vienen también de la posibilidad de que degeneren la revolución misma, vienen de los arribistas, de aquellos que siendo o habiendo sido revolucionarios conservan sin embargo una mentalidad y una sentimentalidad burguesas y procuran conducir la revolución hacia fines enteramente diversos de los igualitarios y libertarios.

Si se cree que el proletariado es incapaz de defenderse de los reaccionarios, de los ex-burgueses, sin someterse a una dictadura que después, con un nombre u otro, terminaría siendo necesariamente una dictadura militar, es necesario también admitir que es incapaz de resistir las invasiones del poder y sus consecuencias reaccionarias. Y entonces, ¡adiós revolución!

“El dilema –dice Viglongo siguiendo a Lenin– no es entre dictadura y libertad, sino entre dictadura del proletariado y dictadura de la burguesía.”

Es un prejuicio *marxista*, si no de Marx, creer que el poder político, el Gobierno, sirve siempre y en cualquier lugar a los intereses de la clase de donde proviene: sirve ante todo a los intereses de los gobernantes y crea a su alrededor y en su defensa una clase privilegiada.

Observando los acontecimientos a través de la historia se descubre que ha sido siempre el poder político quien ha creado el privilegio económico, ha sido siempre el hombre armado quien ha obligado a los demás a trabajar en su provecho.

Si el proletariado se dejara atar al yugo de una dictadura con la ilusión de que ésta defendería sus intereses le sucederá lo que al caballo de la fábula, el cual, para correr mejor detrás del ciervo, se hizo poner silla y freno... y quedó esclavo del hombre.

La *dictadura* comenzará por construir un cuerpo armado a su servicio, el cual podrá ser también útil para la defensa contra posibles invasiones o posibles tentativas reaccionarias, pero tendrá por misión esencial la de imponer a los recalcitrantes la voluntad de los dictadores y prolongar lo más posible su permanencia en el poder. La dictadura confiará todas las funciones públicas a vasallos de ella, dará posiciones privilegiadas a los propios amigos y creará una clase de militares profesionales y de burócratas que por fuerza de las cosas sostendrán al gobierno que los ha elevado y, cuando sea menester, los sustituirá con personas que no tengan ya mancha alguna de origen revolucionario. Después los salarios elevados, las posiciones ventajosas, la posibilidad de aprovechar los cargos gubernativos conducirán a la reconstitución de la propiedad individual... y estaremos en el principio otra vez.

Yo no quiero insistir sobre lo que sucede en Rusia porque se sabe poco verdaderamente auténtico y sobre todo porque me repugna lanzar a fondo las críticas en un momento en que la revolución rusa es el blanco de los ataques y de las calumnias de toda la jauría reaccionaria de Europa y América. Diré solamente, para satisfacción de Viglongo, que yo no doy fe a lo que dicen los enemigos, pero que no acepto tampoco ciegamente los panegíricos de los amigos. De ordinario la verdad está a mitad de camino. Dejemos, pues, que el experimento ruso se cumpla y como no es posible esperar con los brazos cruzados a que ese experimento dé sus frutos definitivos, pensemos desde ya sobre lo que es menester hacer en Italia.

En resumen. Si los comunistas quieren cooperar con nosotros, o si prefieren mejor aceptar nuestra cooperación para la obra de preparación y para el acto insurreccional, nosotros estaremos siempre listos. Después de la insurrección victoriosa, si quieren dejarnos con nuestra libertad, podremos todavía entendernos para que cada uno haga su propia experiencia con el mínimo de rozamientos posible, sino pensaremos nosotros en hacernos respetar.

Si en cambio los comunistas ponen como punto esencial para cooperar con los anarquistas la aceptación por parte de éstos de su programa y la sumisión a su partido, será entonces mejor no hablar más del asunto y dejar que cada uno obre por sí.

LA PSICOSIS AUTORITARIA DEL PARTIDO SOCIALISTA

La dirección del Partido Socialista por siete votos contra cinco:

“hace suyos los veintiún puntos de la tesis de Moscú sobre la constitución de los partidos comunistas, por cuyos puntos se debe proceder a una radical depuración, alejando del partido a los elementos reformistas y oportunistas, según la forma y el modo que surja de la discusión del próximo Congreso”.

La orden del día votada por los otros cinco, aún aceptando la tesis formulada en Moscú:

“afirma la necesidad de conformar el criterio político de cada Sección de la *Tercera Internacional Comunista* a las razones históricas y a las contingencias concretas y de hecho del propio país sometiéndolo a la aprobación de la misma Internacional y reafirma por lo tanto la necesidad de mantener la unidad del Partido Socialista Italiano sobre la base y en los límites justamente impuestos por el 21° punto, según el cual no podrá ser miembro de la *Tercera Internacional* quien rechace los principios y no acepte voluntariamente la disciplina”.

“Entiende que los casos individuales de indisciplina deben ser rigurosamente vigilados y penados, dando a la dirección del Partido un poder más centralizado que el que ha venido ejerciendo hasta ahora.”

Queda, pues, para el congreso, que tendrá lugar a fines de Diciembre, decidir si habrá escisión y depuración en masa, o bien simple expulsión individual de los elementos más comprometidos y más comprometedores.

Nosotros nos alegraríamos si terminase el equívoco en que se debate el Partido Socialista y si el actual organismo mastodóntico, hecho a base de elementos que se contradicen y se paralizan recíprocamente, fuese sustituido por agrupaciones homogéneas con propósitos conocidos y de confianza.

Entre tanto, observemos que el Partido Socialista sigue siempre estando enfermo por ese autoritarismo que desde sus orígenes debilitó su contextura interna y comprometió su orientación.

El autoritarismo es una enfermedad del espíritu hecha a base de soberbia y de complejo de inferioridad. Es una pretensión de infalibilidad propia y una fe en la falibilidad de los demás que hace a uno, por una parte secuaz, servil y ciegamente obediente de quien es o se cree superior y, por la otra, intolerante hacia toda oposición que venga de quien se considera *inferior*.

Y el Partido Socialista, malgrado que gusta llamarse *científico*, *crítico*, etc., ha mostrado siempre la necesidad de jefes intelectuales por cuyo verbo jurar y de dirigentes prácticos a quienes obedecer.

El jefe supremo era Marx y teóricamente sigue siéndolo. En toda la literatura socialista y en toda la propaganda oral se recurre a Marx y al “*Manifiesto de los Comunistas*” de 1848 como a un Profeta y a un Evangelio; y más que sostener las propias razones con argumentos racionales se discute si tal afirmación o tal táctica está conforme o no con los ‘*textos sagrados*’.

Es lo que hacen los católicos, lo que hacen los mazzinianos, lo que hacen los juristas, lo que hacen todos los religiosos y todos los autoritarios, que son, pues, la misma cosa en su conformación espiritual.

Pero Marx está muerto desde mucho tiempo ya y, como sucede siempre con los profetas que hablaron en jerga, sus secuaces lo han interpretado de diversos modos, de tal suerte que mal se puede en su nombre llegar a justificar una doctrina y una táctica unitaria. Por eso, ante las exigencias de la política práctica, se fue haciendo a un lado a Marx y así amenazaba con ser olvidado.

Pero vino Lenin y como tenía el prestigio de la fuerza triunfante, todos —entiendo decir todos o casi todos los socialistas que no se han pasado al enemigo—, lo reconocieron como el más verdadero y mayor intérprete de Marx y se pusieron detrás de él.

Ahora se trata de interpretar a Lenin y a las tesis que hizo votar al *Segundo Congreso de la Tercera Internacional*.

Pero Lenin es ultra-autoritario: él manda, *e il modo ancor moffende*.

Sucede con Lenin lo que con todos los *parventus*, con todos los recién llegados al poder o a la riqueza.

El *nuevo rico* es siempre más odioso, más insoportable que el señor de nacimiento. Éste, habiendo nacido y vivido en el privilegio, cree tener derecho a su posición, cree que el mundo puede ir diversamente y en consecuencia explota y oprime con perfecta tranquilidad de consciencia y con un sentimiento de seguridad que le da, salvo casos de especial maldad individual, una cierta moderación y una cierta afabilidad de modos que, desgraciadamente, a menudo lo hacen simpático a sus sometidos. El nuevo rico, en cambio, *el piojo resucitado*, siente prisa de goces, tiene necesidad de ostentación y parece que quisiera sofocar con el lujo y con la altanería el remordimiento de consciencia y el miedo a volver a ser pobre.

Lo mismo ocurre con el poder político. Los viejos revolucionarios llegados al gobierno son más tiránicos que aquellos salidos de las clases gobernantes tradicionales; los “liberales” son, a la postre, más reaccionarios y más villanos que los conservadores.

En Rusia no podía ocurrir diversamente.

Gente que había sido perseguida toda la vida, amenazada siempre por el gendarme y por el carcelero y a menudo por el verdugo, consigue de un solo golpe aferrar el poder y tener a su propia disposición gendarmes, carceleros y verdugos! ¿Qué maravilla entonces si queda embriagada, si sufre rápidamente la deformación psíquica profesional y se pone a mandar como un zar y cree poder mandar hasta donde no llegan sus propios esbirros?

Lenin se imagina poder tratar a Turati como a un cabo indisciplinado de su guardia roja!

Es un error.

Marx, con su manía autoritaria y centralizadora, fue una de las causas de la disolución de la *Primera Internacional*, a cuyo origen había contribuido poderosamente.

Lenin y sus amigos, que han fundado ahora la *Tercera Internacional*, terminarán matándola por la misma manía autoritaria y centralizadora.

Sólo que, como hoy los tiempos caminan más rápidamente, mientras Marx pudo ver su obra en pleno desarrollo antes de darle muerte, Lenin corre el peligro de matar a la *Tercera Internacional* antes de que realmente nazca.

A nosotros esto nos disgusta porque la *Tercera Internacional*, que hubiera podido ser una potente palanca de progreso, por sus pretensiones dictatoriales y por haber conservado en su seno el germen de la corrupción de la acción parlamentaria amenaza ya, si no llega a ser superada por la revolución en acción, con llegar a tener el mismo fin ignominioso que ha tenido la *Segunda Internacional*.

¡Finalmente!

¿Qué es la “*dictadura del proletariado*”?

¡Finalmente hay uno que habla claro!

Hasta ahora cuando decíamos que eso que los socialistas llaman dictadura del proletariado no es en realidad otra cosa que la dictadura de algunos hombres que, con el apoyo de un partido, se sobreponen y se imponen al proletariado, se nos trataba poco menos que de calumniadores.

Contra todas las probabilidades y contra todos los hechos ciertos se venía sosteniendo que en Rusia estaba ya resuelto ese problema de la cuadratura del círculo que sería un gobierno representativo verdaderamente de los intereses y de la voluntad de los gobernados.

Por consiguiente Moscú se había convertido en la Meca del proletariado: de allá venía la luz y, junto con la luz, también las órdenes perentorias sobre las ideas que debían profesar y sobre la conducta que debían observar aquellos que, con permiso de sus superiores, quisieran declararse comunistas.

En consecuencia de ese maravilloso descubrimiento efectuado en Rusia de un gobierno hecho a imagen y semejanza del pueblo y para el bien del pueblo (o proletariado como se quiera decir), todo lo que venía de Rusia parecía tener una virtud taumátúrgica y bastaba llamar *soviet a la rusa* a cualquier consejo o comité para que éste fuese elevado a factor supremo de revolución.

Más he ahí que el encanto se ha roto.

Esta vez no somos ya nosotros quienes develamos el secreto: nosotros, anarquistas, ‘maldicientes’ e irreverentes por excelencia. Esta vez es el diario oficial del Partido Socialista Italiano, el órgano más autorizado, hasta ahora, del verbo de Moscú.

Es el “*Avanti!*” del 26 del corriente el que dice:

“En Rusia, bajo el régimen soviético, el Partido dirige verdaderamente toda la política del Estado y toda la actividad pública, así de los individuos como de las colectividades estando todo subordinado a la decisión del Partido, de manera que verdaderamente la *dictadura del proletariado* es la dictadura del partido y por consiguiente del Comité Central”.

Ahora, pues, sabemos lo que nos toca esperar: la dictadura de la Dirección del Partido Socialista, o de la del por nacer *Partido Comunista*, o derechamente la de D'Aragona y sus cómplices!

Pero los dirigentes del Partido Socialista, los aspirantes a *la dictadura*, debieran comprender que esto, al menos en Italia, no es posible: no es posible porque estamos nosotros, los anarquistas y los sindicalistas.

Si nosotros estuviéramos con los socialistas en la misma proporción de fuerzas en que, tal vez, se encontraron nuestros compañeros de Rusia, el hecho sería simple: los dictadores se desembarazarían de nosotros por todos los medios empleados por todas las dictaduras, horcas y cárceles y seguirían adelante hasta que fuesen barridos por la revolución o por la reacción.

Pero nosotros somos ya una fuerza con la cual es preciso contar y estamos además en rápido desarrollo, favorecidos por las circunstancias y por eso que el “*Avanti!*” llama ‘*el temperamento abundante de las masas trabajadoras.*’ Y estamos bien decididos a no someternos.

No es el caso que nosotros creamos que las masas tengan siempre razón y que queramos seguir las siempre en sus mutables actitudes. Nosotros tenemos un programa, un ideal que hacer triunfar y por esto nos distinguimos de la masa y somos hombres de partido. Nosotros queremos accionar sobre el conjunto, impulsarlo por el camino que creemos mejor; pero como el nuestro es un fin de liberación y no de dominio, nosotros queremos habitar a las masas a la libre iniciativa y a la libre acción.

Nosotros creemos que la libertad educa a la libertad y a la solidaridad y por esto aborrecemos cualquier orden autoritario, así en la sociedad común, como en cualquier partido o asociación particular.

Los socialistas quisieran preparar el pueblo a la libertad por medio de la autoridad.

Ahora bien; si por una hipótesis que nosotros rechazamos fuese verdad que para hacer triunfar la revolución y para ordenar la nueva sociedad se necesita concentrar en pocas manos los poderes públicos, si fuese verdad que es menester que alguien mande, entonces, entendiéndolo bien los socialistas, quisiéramos ser nosotros quienes mandaren y no nos someteríamos, sino por la fuerza, al mando de quienes, según nosotros, están en un error.

En consecuencia de esto una revolución hecha con criterio autoritario y con fines dictatoriales conduciría necesariamente a la Italia a una guerra entre revolucionarios y revolucionarios.

Esto no lo queremos nosotros; esto no lo debieran querer los socialistas.

Por eso, teorías aparte, y juzgando las cosas con sentido realista, convendría que los socialistas renunciaran a toda pretensión dictatorial y aceptaran el concepto libertario de la revolución: de una revolución que se desarrollaría variadamente según las varias condiciones materiales y morales de las diversas regiones, de las diversas comunas, de las diversas corporaciones; que tomaría un color diverso según la prevalencia, en los diversos lugares, de un partido o del otro y que llegaría a un fin común por medio de la armonización gradual de los intereses y de las voluntades y no ya por la imposición autoritaria proveniente de arriba.

Si los socialistas aceptasen este programa –libertad para todos– muchas sospechas recíprocas desaparecerían y podríamos cooperar hoy para abatir el régimen vigente y ayudarnos también mañana para un más feliz desarrollo del devenir revolucionario.

LA DICTADURA DE... MALATESTA

Victorio Ambrosini cae en la farsa.

Habiendo dicho yo que si se demostrase, *contra la firme convicción de los anarquistas*, que para hacer triunfar la revolución y ordenar la nueva sociedad fuese necesario que unos pocos concentraran en sus manos los poderes públicos, y mandaran, seríamos entonces nosotros quienes quisiéramos mandar –constituyendo esto entonces el deseo, más aun el deber, de todo el que cree tener la razón y piensa que la razón se puede o se debe imponer con la fuerza– Ambrosini se ensaña con la frase, sueña en una rivalidad, entre yo y Serratti y a la alternativa *dictadura de Serratti o de Malatesta* opone la dictadura del jefe futuro del futuro partido comunista italiano, el cual después de todo podrá también resultar ser... él mismo, el buen Ambrosini.

Verdaderamente la sola respuesta oportuna hubiera sido una tomadura de pelo, pero habiendo estado yo lejos de Milán he sido precedido en esa alegre tarea por nuestro *Simplicio* y ahora estoy obligado, si no quiero hacer a Ambrosini la descortesía de ignorarlo, a tratarlo en serio.

Simplicio supone en Ambrosini un *artificio polémico*, pero tal vez se equivoque. Ambrosini tiene la mentalidad autoritaria, la mentalidad de capitán de tropa, que no concibe que se pueda vivir sin las órdenes de servicio, las prisiones simples y de rigor y, de tanto en tanto, algún fusilamiento por el pecho o por la espalda y es perfectamente capaz de haber creído, de buena fe, que yo aspiro, malgrado la contradicción que no lo consiente, a la dictadura anárquica, a la dictadura mía. Ya que yo aspiro a la dictadura –se habrá dicho él– ¿por qué no podrá también aspirar Malatesta?

Ambrosini viene a confirmar lo que yo, lo que nosotros, hemos dicho repetidamente y esto es que en la cuestión de la dictadura lo más importante viene a ser siempre la elección de personas. ¿Quién será el dictador?

Sigamos adelante y quién sabe cuántos Ambrosini revelarán sus pretensiones, diciéndonos naturalmente que son ellos los que gozan de la confianza del proletariado.

Desde luego que quien ejerza después la dictadura será quien tenga la fuerza, la ocasión y la fortuna necesaria para ello. Pero la voluntad del proletariado –y esto es lo que me importa aclarar– no entra para nada. Ambrosini dice:

“El proletariado para ejercitar la dictadura tiene necesidad de un partido suyo y el partido a su vez tiene necesidad de una persona que encarne la dictadura misma. Pero es necesario que el partido y el dictador reciban el mandato por la confianza del proletariado y que merezcan esa confianza. (¿O es que se quiere después tener un superdictador para juzgar si los depositarios de la confianza del proletariado merecen en realidad esa confianza?) A nosotros nos parece, en tanto, que el partido socialista tal cual está organizado actualmente, difícilmente recibiría tal mandato del proletariado... Así que, concluyendo, decimos: entre la dictadura de Serratti y la de Malatesta, nosotros creemos que el proletariado escogerá... la de otro, eso es la de aquel que sepa fundar y guiar al partido comunista italiano”.

¡La confianza del proletariado!

Pero ¿qué entiende Ambrosini por “el proletariado”? Si son aquellos que piensan como él, entonces está bien; pero entonces todo *pretencioso* encuentra fácilmente diez personas que le responden y le acuerdan “la confianza del proletariado”.

Si en cambio el proletariado es, como parecería justo, el conjunto de todos los proletarios, entonces pobre de Ambrosini y pobres de nosotros. El proletariado, consultado por el único medio posible bajo régimen autoritario, es decir por las elecciones, acordaría “su confianza” a Turati o al fraile Sturzo o peor aún y no ciertamente a los partidos más avanzados que, hasta que no hayan triunfado, serán siempre una ínfima minoría numérica.

Ya en una controversia pública en Turín Ambrosini declaró que *el dictador* sería electo: lo que demuestra que él tiene en su cabeza la más agradable confusión posible.

Volvemos, pues, a los plebiscitos napoleónicos.

Unos cuantos se posesionan del poder con la fuerza armada, masacran o aprisionan a todos los adversarios... y después convocan al pueblo a elecciones y allí, bajo la presión de las bayonetas, éste acuerda su confianza a los usurpadores.

Ya D'Aragona nos mostró recientemente cómo se obtiene el voto de la gente, después de haberla puesto en el caso de no poder votar más que en una sola forma. Pero D'Aragona, al menos, no masacra ni aprisiona a nadie.

Querido Ambrosini, tú me llamas *papá* y tal vez quieras decir con esto que tú eres un joven a la altura de los tiempos. Pero la verdad es que lo que tú y yo decimos son cosas que eran resabidas en la época (prehistórica, dice *Simplicio* para hacerme rabiar) en que yo era un muchacho.

MIRANDO EL PORVENIR

Una extensa discusión se ha venido desarrollando en los periódicos sobre nuestro programa anarquista, sobre el camino que los anarquistas quieren seguir en la obra de destrucción del régimen burgués y de reconstrucción de la nueva sociedad, especialmente en lo que atañe a las afinidades y diferencias que éste puede tener con el camino que los socialistas revolucionarios preconizan continuamente.

He de sintetizar mi pensamiento al respecto. No diré novedad alguna, desde luego; yo no puedo hacer otra cosa que responder viejos argumentos a argumentos mil veces repetidos. Pero esto es inevitable, puesto que la propaganda como la enseñanza, no puede y no debe ser más que una repetición, hasta el punto en que la gente se convenza, y entonces la propaganda de una dada idea se hace superflua.

Anarquistas y socialistas somos igualmente enemigos de la sociedad burguesa. Unos y otros queremos abolir el capitalismo, abolir la explotación del hombre por el hombre, queremos que las riquezas naturales y el trabajo humano sirvan para satisfacer las necesidades de todos y nunca para provecho exclusivo de los usurpadores de los medios de producción. Socialistas y anarquistas queremos que los hombres cesen de vivir a costa del dolor ajeno, de ser lobos que se devoren entre sí y que la sociedad entre los hombres sirva para asegurar a todos el mayor bienestar posible, el mayor desarrollo material, moral e intelectual.

Nosotros, anarquistas y socialistas queremos pues, substancialmente la misma cosa y, aun cuando parecemos adversarios y enemigos, somos naturalmente hermanos.

Pero diferimos, decía Zibordi hace poco, sobre *el medio para demoler* y sobre *el modo de reconstruir*.

Perfectamente: pero es menester no equivocarse sobre los medios que nosotros preconizamos y sobre el modo cómo entendemos actuar la transformación social y llegar a la realización de nuestro ideal.

Nosotros los anarquistas, estamos todos, o casi todos, convencidos de que la sociedad burguesa basada sobre la violencia, no caerá sino bajo los golpes de la violencia de los proletarios y en consecuencia tendemos a una preparación moral y material que pueda conducir a una insurrección victoriosa.

Malamente se trata de hacer creer que nosotros quisiéramos provocar huelgas, escaramuzas, conflictos violentos a cada momento.

Nosotros queremos vencer y por esto no tenemos ningún interés en gastar nuestras fuerzas y las del proletariado poco a poco. A pesar de las mentiras de los periódicos policiales, es sabido por todos que en los episodios sangrientos de estos últimos tiempos no hubo nunca un verdadero y efectivo conflicto, sino siempre agresiones no provocadas y a menudo asesinatos premeditados de parte de la fuerza pública.

Nuestra prédica, dando esperanza y confianza en un movimiento de acción general, tiende a evitar los hechos particulares, disipadores de fuerzas, y a impulsar hacia una preparación metódica que pueda asegurar la victoria.

Pero esto no quiere decir que nosotros debamos frenar, cuando ocurren, los ímpetus de la ira popular. La historia es movida por factores más potentes que nosotros y no podemos pretender que ella espere nuestra comodidad. Sin embargo, continuando nuestra preparación, nosotros entendemos accionar toda vez que la ocasión se presenta y sacar de cada agitación espontánea el máximo de resultados posibles a los fines de la insurrección libertadora. Y como estamos convencidos también de que el Parlamento y todos los órganos estatales no pueden servir como instrumentos de liberación y que todas las reformas hechas en el régimen burgués tienden a conservar y reforzar el régimen mismo, nosotros somos decididamente contrarios a toda participación en las luchas electorales y a toda colaboración con la clase dominante; nosotros queremos ahondar el abismo que separa el proletariado del patronato y aguzar siempre más la guerra de clases.

En todo esto nosotros estamos netamente en oposición con los socialistas reformistas, pero podríamos encontrarnos perfectamente de acuerdo con los socialistas llamados *maximalistas*. Y en efecto, ha habido un período en el cual parecía asegurada una cordial cooperación entre nosotros y los llamados maximalistas; y si las relaciones se han ido después enfriando, ha sido porque va disminuyendo en nosotros la confianza en su verdadera voluntad revolucionaria. A pesar del absurdo de querer hacerse enviar al Parlamento cuando se declaraba que en el Parlamento no se podía hacer nada, nosotros creíamos en las buenas intenciones del "*Avanti!*" y de la participación en los comicios electorales. Pero después... sucedió lo que ha sucedido y nosotros, en la duda, nos hemos preguntado si todo aquel fuego revolucionario era efecto de transitoria excitación o si era simple añagaza electoral.

De cualquier manera, si los dirigentes socialistas quisieran hacer algo, saben que nosotros no nos quedaríamos atrás. En tanto nos dirigimos directamente a los jóvenes y a las masas socialistas que quieren verdaderamente la revolución.

LA RECONSTRUCCIÓN ANÁRQUICA DE LA SOCIEDAD

Pasemos ahora a la cuestión de explicar lo que entendemos hacer después de la insurrección victoriosa.

Esta es la cuestión esencial, ya que es nuestro modo de *reconstruir* lo que constituye propiamente el *anarquismo* y lo que nos distingue de los socialistas. La insurrección, los medios para destruir, son cosas contingentes y en rigor se podría ser anarquista aun siendo pacifista, como se puede ser socialista siendo insurreccionalista.

Se ha dicho que los anarquistas son antiestatales y es justo: pero ¿qué es el Estado? *Estado* es palabra sujeta a cien interpretaciones y nosotros preferimos emplear palabras claras que no den lugar a equívocos.

Malgrado que pueda parecer nuevo a quien no ha penetrado el concepto fundamental del anarquismo, la verdad es que los socialistas son partidarios de la violencia, mientras que nosotros somos contrarios a toda violencia, salvo cuando ella nos es impuesta por razón de defensa contra la violencia ajena. Estamos por la violencia hoy porque es el medio necesario para abatir la violencia burguesa; estaremos por la violencia mañana si se nos quisiera imponer violentamente un medio de vida que no nos conviniere. Pero nuestro ideal, la Anarquía, es una sociedad fundada sobre el libre acuerdo de la libre voluntad de los individuos. Estamos contra la *autoridad* porque la autoridad es la violencia, en la práctica, de los pocos contra los muchos; pero estaríamos lo mismo contra la autoridad si ella fuese, según la utopía democrática, la violencia de la mayoría contra la minoría.

LOS SOCIALISTAS SON DICTATORIALES O PARLAMENTARIOS

La dictadura, aunque se denomine *dictadura del proletariado*, es el gobierno absoluto de un partido, o más bien de los jefes de un partido que imponen a todos su programa especial, cuando no sus especiales intereses. Ella se anuncia siempre como provisoria, pero, como todo poder, tiende siempre a perpetuarse y a engrandecer el propio poder, y termina por provocar la revuelta o por consolidar un régimen de opresión.

Nosotros, anarquistas, no podemos dejar de ser adversarios de toda y cualquier dictadura. Los socialistas, que preparan los ánimos para soportar la dictadura, deben pensar al menos en asegurarse de que vayan al poder los dictadores que ellos desean, ya que, si el pueblo está dispuesto a obedecer, existe siempre el peligro de que obedezca a los más *hábiles*, es decir a los más malvados.

QUEDA EL PARLAMENTO, LA DEMOCRACIA

La limitada extensión de un artículo no nos consiente ahora rehacer la crítica del parlamentarismo y demostrar como él no puede jamás interpretar las necesidades y las aspiraciones de los electores y termina necesariamente por crear una clase de politiqueros con intereses propios, distintos de los del pueblo y frecuentemente contrarios.

Nosotros, aun en la mejor y utópica hipótesis de que los cuerpos electos consigan representar la voluntad de la mayoría, no podríamos reconocer jamás en la mayoría el derecho de imponer la propia voluntad a la minoría por medio de la ley, es decir por medio de la fuerza bruta.

EL LIBRE ACUERDO

Pero, ¿quiere decir esto que nosotros no queremos organización, coordinación, división y delegación de funciones?

Absolutamente no. Nosotros comprendemos toda la complejidad de la vida civil y no queremos renunciar a ninguna de las ventajas de la civilización; pero queremos que todo, aun las necesarias limitaciones de la libertad, sea el

resultado del libre acuerdo, en el cual la voluntad de cada uno no es violentada por la fuerza de los otros, sino atemperada por los intereses que todos tienen en ponerse de mutuo acuerdo y no solamente por los hechos naturales independientes de la voluntad humana.

La idea de la libre voluntad parece espantar a los socialistas. Pero, en todo lo que depende de los hombres, ¿no es siempre la voluntad la que decide? ¿Y por qué, entonces, la voluntad de unos más bien que la de otros? ¿Y quién decidiría la voluntad que tiene derecho a prevalecer? ¿La fuerza bruta? ¿Aquella que hubiera conseguido asegurarse un cuerpo de gendarmes suficientemente fuerte?

Nosotros creemos que se podrá lograr el acuerdo y llegar al mejor modo de convivencia social solamente en el caso de que ninguno pueda imponer su voluntad con la fuerza y de que cada uno pues deba buscar, por necesidad misma de las cosas, además de que lo busca por impulso fraternal del espíritu, el modo de conciliar los deseos propios con los deseos de los demás. Un maestro de escuela, permítaseme el ejemplo, que tenga el derecho de golpear a los discípulos y que se haga obedecer con la palmeta ahorra todo trabajo intelectual para comprender el ánimo de los niños que se le ha confiado y los cría salvajes; un maestro, en cambio, que no puede o no quiere golpear, trata de hacerse amar y lo consigue.

Nosotros somos *comunistas*; pero no del comunismo impuesto por los esbirros, No. Ese ‘comunismo’ no sólo violaría la libertad que nos es querida, no solamente no lograría producir efectos benéficos porque le faltaría el concurso cordial de las masas y porque tendría que contar tan sólo con la acción estéril y pernicioso de los burócratas, sino que, ciertamente, conduciría a la rebelión, la cual, siendo por las circunstancias *anticomunista*, peligraría con acabar en una restauración burguesa.

LA LUCHA POR LA ANARQUÍA

¿Esta diferencia de programa entre nosotros y los socialistas nos hará enemigos al día siguiente de la revolución e inducirá a los anarquistas, que probablemente estarán en minoría, a preparar una nueva insurrección violenta contra los socialistas?

No, necesariamente.

La Anarquía, lo hemos repetido frecuentemente, no se hace por la fuerza y nosotros no podríamos querer imponer a los demás nuestras concepciones sin dejar de ser anarquistas. Pero nosotros, anarquistas, queremos vivir anárquicamente en cuanto a las circunstancias exteriores y nuestras aptitudes nos lo permitan.

Si los socialistas nos dejaran libertad de propaganda, de organización, de experimentación; si no quisieran obligarnos con la fuerza a obedecer sus leyes cuando nosotros supiéramos vivir ignorándolas, entonces no habría ninguna razón de conflicto violento.

Una vez conquistada la libertad y asegurado el derecho a disponer de los medios de producción, nosotros contamos, para el triunfo de la Anarquía, con la sola superioridad de nuestras ideas. Y, entretanto, podemos concurrir todos, cada uno con sus métodos, al bien común.

Pero si, en cambio, los *gobernantes socialistas* (o los de cualquier otra 'etiqueta') quisieran, por la fuerza de los gendarmes, someter a los disidentes a su dominio, entonces... sería una vez más la cotidiana lucha por la anarquía y la igualdad.

EMMA GOLDMAN

LAS MINORÍAS FRENTE A LAS MAYORÍAS (1911)

Si fuera a realizar un resumen de las tendencias de nuestro tiempo, diría simplemente: cantidad. La multitud, el espíritu de masa, domina por doquier, destruyendo la calidad. Toda nuestra vida —producción, política y educación— descansa en la cantidad, en los números. El obrero, que en un tiempo se enorgullecía de la minuciosidad y calidad de su trabajo, ha sido reemplazado por estúpidos y torpes autómatas, quienes realizan ingentes cantidades de objetos, sin valor en sí mismos y generalmente perjudiciales para el resto de la humanidad. De esta manera, estos objetos, en vez de suponer una vida confortable y pacífica, conllevan simplemente una mayor carga para el ser humano.

En política, no cuenta otra cosa que la cantidad. En proporción a su incremento, sin embargo, los principios, los ideales, la justicia y la honradez son completamente anegados por el aluvión de números. En la lucha por la supremacía de los diversos partidos políticos intentando superarse unos a otros en juego sucio, en fraude, en astucias y en turbias maquinaciones, tienen la certidumbre de que quien tenga éxito, es seguro que será aclamado por la mayoría como el triunfador. Este es el único dios, el éxito. Y a qué precio, a qué terrible costo para el individuo, sin duda. No debemos ir muy lejos para encontrar pruebas que confirman este lamentable hecho.

Nunca hasta ahora la corrupción, la completa podredumbre de nuestro gobierno, fue tan evidente; jamás el pueblo norteamericano tuvo que hacer frente al carácter traidor de ese cuerpo político que ha proclamado durante años ser absolutamente intachable, como el soporte fundamental de nuestras instituciones, los verdaderos protectores de los derechos y libertades de las personas.

Incluso, cuando los crímenes de estos partidos son tan descarados que incluso un ciego podría verlos, sólo necesitan reunir a sus secuaces y su supremacía está asegurada. Así, las víctimas, embaucadas, traicionadas, ultrajadas cientos de veces, deciden, no en contra sino a favor del vencedor. Desconcertados, algunos se preguntan cómo puede la mayoría traicionar las tradiciones de libertad norteamericana; dónde se encuentra su criterio, su capacidad de raciocinio. Justamente es esto, la mayoría no puede razonar; no puede juzgar. Carentes absolutamente de originalidad y coraje moral, la mayoría siempre deja sus destinos en manos de otros. Incapaces de asumir responsabilidades, siguen a sus líderes incluso hacia la destrucción. El doctor Stockman tenía razón:

“El mayor enemigo de la verdad y de la justicia entre nosotros son las mayorías compactas, la maldita mayoría compacta”.

Sin ambiciones o iniciativas, la masa compacta odia sobre todo a la innovación. Siempre se ha opuesto, condenado e incluso acosado al innovador, al pionero de una nueva verdad.

La proclama más repetida de nuestro tiempo es, entre todos los políticos, los socialistas incluidos, que la nuestra es una época de individualismo, de minorías.

Sólo aquellos que no miran bajo la superficie podrían aceptar este punto de vista. ¿No han acumulado unos pocos las riquezas del mundo? ¿No son ellos los dueños, los reyes absolutos de la situación? Su éxito, sin embargo, no es gracias al individualismo, sino a la inercia, a la cobardía, a la profunda sumisión de las masas. Estas últimas sólo quieren ser dominadas, ser dirigidas, ser obligadas. En torno del individualismo, no ha existido una época en la historia de la humanidad donde tuviera menos posibilidades para expresarse, menos oportunidades para reafirmarse de manera normal, sana.

El educador individual imbuido con la honestidad de la determinación, el artista o el escritor de ideas originales, el científico o el explorador independiente, los no acomodados, pioneros del cambio social, diariamente son empujados contra la pared por hombres cuya habilidad para aprender y crear se ha deteriorado con el tiempo.

Educadores del tipo de Ferrer no son tolerados en ningún lugar, mientras que los dietistas de alimentos predigeridos, como los profesores Eliot y Butler, son los exitosos perpetuadores de una era de ceros a la izquierda, de autómatas. En el mundo literario y teatral, los Humphrey Wards y los Clyde Fitches son los ídolos de las masas, mientras muy pocos conocen o aprecian la belleza y el genio de un Emerson, Tóreau, Whitman; un Ibsen, un Hauptmann, un Butler Yeats o un Stephen Phillips. Ellos son como estrellas solitarias, más allá del horizonte de las multitudes.

Editores, empresarios teatrales y críticos no se preguntan sobre la calidad inherente en el arte creativo, sino si tendrá buenas ventas o si satisfará el paladar de las personas. ¡Ay, este paladar es como un vertedero; engullirá cualquier cosa que no requiera la masticación mental! Como consecuencia, lo mediocre, lo ordinario, lo vulgar representa la principal producción literaria.

¿Es necesario que diga que en el arte nos enfrentamos con los mismos penosos hechos? Uno sólo tiene que inspeccionar nuestros parques y vías públicas para darse cuenta de lo horroroso y vulgar del arte manufacturado. Ciertamente, sólo un gusto mayoritario podría tolerar tales atrocidades en el arte. Falso en su concepción y bárbaro en su ejecución, las estatuas que infectan las ciudades norteamericanas tienen tanta relación con el verdadero arte como la tendría un tótem con Miguel Ángel. Y sin embargo, éste es el único arte con éxito.

El verdadero genio artístico, que no se amolda a las opiniones aceptadas, quien ejercita la originalidad y se esfuerza por ser fiel a la vida, llevan una oscura y desdichada existencia. Su trabajo tal vez algún día será del agrado de la turba, pero no antes de que su corazón quede exhausto; no antes de que el explorador haya cesado y una muchedumbre sin ideales y una turba sin visión haya hecho de la muerte la herencia del maestro.

Se afirma que los actuales artistas no crean porque, lo mismo que Prometeo, se hallan encadenados a la piedra de la necesidad económica. Esto, sin embargo, ha sido cierto en las artes en todas las épocas. Miguel Ángel dependía de su santo patrón, no menos que el escultor o el pintor en la actualidad, salvo que el entendido en arte en aquellos días se encontraba muy lejos de las exasperantes multitudes actuales. Se sentían honrados con que se les permitiera rendir culto en el sepulcro de su maestro.

El mecenas artístico de nuestro tiempo sólo conoce un criterio, un valor, el dólar. No les preocupa la calidad de una gran obra, sino la cantidad de dólares que supondrá su venta. De esta manera, el financiero de Mirbeau en *"Les Affaires sont les Affaires"*, decía indicando algunas borrosas composiciones en colores: "Mira qué grande es; costó 50.000 francos". Igual que nuestros advenedizos. Las fabulosas cantidades pagadas por sus grandes descubrimientos artísticos deben compensar la pobreza de sus gustos.

El pecado más imperdonable en la sociedad es la independencia intelectual. Que esto debe quedar terriblemente patente en un país cuyo símbolo es la democracia, es muy significativo del tremendo poder de la mayoría.

Wendell Phillips afirmó hace cincuenta años:

"En nuestro país de absoluta y democrática igualdad, la opinión pública no sólo es omnipotente, sino omnipresente. No existe refugio frente a esta tiranía, no existe escondrijo donde no nos alcance, y el resultado es que si usted toma la vieja linterna griega y busca entre cien personas, no encontrará a un solo norteamericano que no tenga, o quien, por lo menos, no imagine que tiene, algo que ganar o perder en su ambición, en su vida social o en sus negocios, frente a la buena opinión y los votos de aquellos que lo rodean. Y la consecuencia es que, en vez de ser una masa de individuos, expresando valientemente cada uno sus propias creencias, como una nación se compara con otras naciones, somos una masa de cobardes. Más que cualquier otro pueblo, tememos a los demás".

Evidentemente, no hemos ido muy lejos de las condiciones a las cuales tenía que hacer frente Wendell Phillips.

Ahora como entonces, la opinión pública es el tirano omnipresente; hoy como ayer, la mayoría representa a una masa de cobardes, prestos a aceptar a aquel que refleje su propia pobreza espiritual y mental. Esto explica el crecimiento inaudito de un hombre como Roosevelt. Él encarna los peores elementos de la psicología de la muchedumbre. Como político, sabe que a la mayoría poco le importan los ideales o la integridad. Lo que quieren es la apariencia. No importa que sea un espectáculo canino, un combate de boxeo, el linchamiento de un negro, el acorralamiento de algún pequeño criminal, el espectáculo del matrimonio de una solterona adinerada o la proeza acrobática de un ex presidente. A las más horrorosas contorsiones mentales, el mayor de los regocijos y aplausos de las masas. Así, Roosevelt, el más pobre en ideales y de espíritu vulgar, continúa siendo el hombre del momento.

Por otro lado, los hombres que sobresalen frente a tales pigmeos políticos, los hombres educados, con cultura, con capacidad, son condenados al silencio como afeminados.

Es absurdo defender que la nuestra es una era de individualismo. La nuestra es simplemente la patética reiteración de un fenómeno histórico: cada intento de progreso, de ilustración, de libertad científica, religiosa, política y económica, emanan de la minoría y no de las masas. Hoy, como siempre, las minorías son incomprendidas, acosadas, encarceladas, torturadas y asesinadas.

El principio de la hermandad expuesto por el agitador de Nazaret preservaba el germen de la vida, de la verdad y de la justicia, en tanto fue la guía de unos pocos. Desde el momento en que la mayoría se apropió de él, este gran principio se convirtió en la doctrina y el precursor de sangre y fuego, propagando por doquiera sufrimiento y desastre. El ataque a la omnipotencia de Roma, dirigido por las colosales figuras de Huss, Calvino y Lutero, fue como un rayo de luz en medio de las oscuridades de la noche. Pero tan pronto como Lutero y Calvino se transformaron en políticos y comenzaron a servir a los pequeños potentados, a los nobles y a las muchedumbres, comprometieron las grandes posibilidades de la Reforma. Conquistaron el éxito y a las masas, aunque esas masas habían demostrado ser tan crueles y sanguinarias en la persecución del pensamiento y la razón como lo era el monstruo católico. ¡Ay de los heréticos, de las minorías, de quienes no se pliegan a sus dictados! Tras un celo infinito, paciencia y sacrificio, la mente humana finalmente está libre del fantasma religioso; la minoría ha continuado buscando nuevas conquistas, y las mayoría se ha ido rezagando, estorbadas por las verdades que con el paso del tiempo devinieron en falsedades.

Políticamente, la especie humana todavía podría estar en la más absoluta esclavitud, si no llega a ser por los John Ball, los Wat Tyler, los Tell, las innumerables inmensas individualidades quienes disputaron centímetro a centímetro frente al poder de reyes y tiranos. Aunque sin estos pioneros individuales, el mundo nunca se hubiera estremecido en sus pilares por esta tremenda ola, la Revolución Francesa. Los grandes eventos generalmente están precedidos por hechos aparentemente minúsculos. Así, la elocuencia y el ardor de Camille Desmoulins parecía la trompeta frente a Jericó, arrasando el emblema de la tortura, del abuso, del horror: la Bastilla.

Siempre, en cualquier época, las minorías han sido las portadoras de las grandes ideas, de los esfuerzos libertadores, que por cierto no es para las masas, un peso muerto que no las deja moverse.

La verosimilitud de esta situación se confirma en Rusia con mayor fuerza que en otro cualquier lugar. Miles de vidas han sido sacrificadas por ese régimen sanguinario, y todavía el monstruo en el trono no ha quedado satisfecho. ¿Cómo tales cosas son posibles cuando las ideas, la cultura, la literatura, cuando las emociones más profundas y delicadas se encuentran sometidas bajo un yugo de hierro? La mayoría, que compacta e inmóvil, adormece a las masas, al campesinado ruso, después de siglos de lucha, de sacrificios, de miseria inenarrable, todavía cree que la cuerda con que se ahorca “a un hombre con las manos blancas” (Manera popular rusa de denominar a los intelectuales.) trae suerte.

En las luchas norteamericanas por la libertad, la mayoría no ha sido más que un escollo. Hasta estos momentos, los planteamientos de Jefferson, de Patrick Henry, de Tomas Paine, son negados y malvendidos por sus herederos. Las masas no quieren nada de ellos. La grandeza y el coraje que se idolatra en Lincoln ha hecho olvidar a los hombres que crearon el trasfondo del contexto de esa época. Los verdaderos santos patronos de los hombres de color estaban representados en un puñado de luchadores en Boston, Lloyd Garrison, Wendell Phillips, Toreaue, Margaret Fuller y Theodore Parker, cuyo coraje y firmeza culminó en ese gigante oscuro, John Brown. Su celo incansable, su elocuencia y perseverancia minaron la fortaleza de los señores del Sur. Lincoln y sus secuaces sólo se incorporaron cuando la abolición se había convertido en una cuestión práctica, reconocida como tal por todo el mundo.

Hace aproximadamente cincuenta años, una idea, como un meteoro, hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea de tan amplio alcance, tan revolucionaria, tan global como para propagar el terror en los corazones de los tiranos de cualquier lugar. Por otro lado, esta idea es el presagio de la alegría, del consuelo, de la esperanza para millones de personas. Los pioneros conocían de las dificultades que hallarían en su camino, sabían de la oposición, de la persecución, de las privaciones que tenían que hacer frente, pero orgullosos y sin temor iniciaron su marcha avanzando, siempre avanzando. Actualmente, esta idea se ha convertido en una proclama popular. Hoy en día casi todo el mundo es socialista: los hombres ricos, tanto como sus pobres víctimas; los defensores de la ley y la autoridad, tanto como sus desafortunados acusados; los librepensadores, tanto como los perpetuadores de las falsedades religiosas; la dama a la moda, tanto como las chicas con camisetas. ¿Por qué no? Ahora que la verdad de hace cincuenta años se ha convertido en mentira, ahora que ha sido podada de toda su imaginación juvenil, y se le ha hurtado su vigor, su fortaleza, su ideal revolucionario, ¿por qué no? Ahora que ya no es una bella visión, sino un “esquema práctico, factible”, vinculada con la decisión de la mayoría, ¿por qué no? El astuto político incluso canta alabanzas a las masas: la pobre mayoría, la ultrajada, la injuriada, la inmensa mayoría, si con ello lo siguen.

¿Quién no ha oído esta letanía anteriormente? ¿Quién no conoce este estribillo reiterativo de todos los políticos? Que a las masas se les chupa la sangre, se las roba y explota, lo sé tanto yo como los cazadores de votos. Pero insisto que no son el puñado de parásitos, sino la masa en sí misma la responsable de este horrible estado de la cuestión. Se aferran a sus amos, aman el látigo y son los primeros en gritar ¡crucifixión!, en el instante en que una voz de protesta se alza contra la sacrosanta autoridad del capitalista o cualquier otra decadente institución.

Así, por cuánto tiempo existiría la autoridad y la propiedad privada si la predispuesta masa no se convirtiera en soldados, en policías, en carceleros y en verdugos. Los demagogos socialistas saben tan bien como yo que mantienen el mito de las virtudes de la mayoría, ya que como medio de vida buscan perpetuarse en el poder. ¿Y cómo lo pueden adquirir sin las masas? Sí, la autoridad, la coerción y la dependencia son atributos de las masas, pero nunca la libertad o el libre desarrollo del individuo, nunca el nacimiento de una

sociedad libre. Como me siento entre los oprimidos, los desheredados de la tierra; como conozco la vergüenza, el horror, la indignidad que supone la vida de las personas, por ello repudio a la mayoría como fuerza creativa de algo bueno. ¡Oh, no, no! Porque conozco muy bien que una masa compacta nunca se ha alzado por la justicia o la igualdad. Ha reprimido la voz humana, ha subyugado el espíritu humano, y ha encadenado el cuerpo humano. En tanto masa, su objetivo siempre ha sido convertir la vida en uniforme, gris y monótona como un desierto. En tanto masa, siempre será la aniquiladora de la individualidad, de la libre iniciativa, de la originalidad. Creo, por tanto, con Emerson, que:

“las masas son toscas, patéticas, perniciosas en sus exigencias e influencias, y no necesitan ser aduladas sino educadas. Espero no concederle nada, sino perforarla, dividirla y separarla, extrayendo las individualidades de ella. ¡Masas! La calamidad son las masas. No deseo para nada a las masas, sino sólo a los hombres honestos y a las encantadoras, dulces y consumadas mujeres”.

En otras palabras, la viviente y la verdad vital del bienestar social y económico convertido en realidad sólo a través del celo, coraje y no acomodaticia determinación de las inteligentes minorías, y no a través de las masas.

MATRIMONIO Y AMOR (1911)

Existe un concepto generalizado acerca del matrimonio y el amor, y es que son sinónimos, que surgen por los mismos motivos o causas y cubren las mismas necesidades humanas. Como muchos de los pareceres del sentido común, éste no descansa sobre hechos reales, sino sobre supersticiones.

Matrimonio y amor no tienen nada en común; están tan lejos el uno del otro como los dos polos; son, en realidad, antagonistas. Sin duda hay algunos matrimonios que han sido resultado del amor. No tanto porque el amor pueda imponerse sólo a través del matrimonio, sino más bien porque son pocos quienes pueden liberarse por completo de la norma establecida. Existe hoy en día un gran número de mujeres y hombres para quienes el matrimonio no es nada más que una absurda comedia a la que se someten en aras de la opinión pública. De cualquier modo, si bien es cierto que algunos matrimonios están basados en el amor, y siendo igualmente cierto que en algunos casos el amor se prolonga en la vida matrimonial, yo sostengo que lo hace a pesar de, y no gracias a, el matrimonio.

Por otro lado, es totalmente falso que el amor sea consecuencia del matrimonio. En alguna rara ocasión llega a nuestros oídos el caso milagroso de una pareja de casados que se enamora después del matrimonio, pero si nos remitimos a una mirada detenida, encontraremos que se trata de una mera adaptación a lo inevitable. Ciertamente el acostumbamiento del uno al otro está muy lejos de la espontaneidad, intensidad y belleza del amor, sin las cuales la intimidad del matrimonio debe resultar degradante tanto para la mujer como para el hombre.

El matrimonio es ante todo un arreglo económico, un contrato de seguros, que sólo se distingue de un contrato normal de seguro de vida en que obliga más y exige más. Sus beneficios son insignificanemente pequeños si se los compara con la inversión hecha. Al contratar una póliza de seguros, pagamos por ella, quedando siempre en libertad de interrumpir los pagos. Sin embargo, si la prima de una mujer es un marido, ella tendrá que pagar por esa prima con su nombre, su privacidad, su autoestima, su vida misma, "hasta que la muerte los separe". Más aún, el seguro matrimonial la condena a una dependencia de por vida, al parasitismo, a la completa inutilidad, tanto individual como social. También el hombre paga su peaje, pero como su mundo es más amplio, el matrimonio no lo limita tanto como a la mujer. Siente sus grilletes más que nada en el aspecto económico.

Las palabras de Dante sobre el Infierno se aplican con igual fuerza al matrimonio: "Aquél que entra aquí deje atrás toda esperanza".

Que el matrimonio es un fracaso es algo que nadie, excepto los más obtusos, podría negar. Basta echar una mirada sobre las estadísticas de divorcio para darnos cuenta de cuán amargo puede ser realmente un matrimonio fracasado. Ni podrá hacerlo tampoco el estereotipado y filisteo argumento de que la permisividad de las leyes de divorcio y la creciente libertad de la mujer justifican el hecho de que: primero, uno de cada doce matrimonios termina en divorcio; segundo, desde 1870 los divorcios han aumentado de 28 a 73 por cada cien mil personas; tercero, que desde 1867, el adulterio, como motivo de

divorcio, se ha incrementado 270,8 por ciento; cuarto, que el abandono conyugal se incrementó en 369,8 por ciento.

Súmese a estos alarmantes trazos iniciales todo un vasto acopio de material, dramático y literario, que aclara aún más este tema. Robert Herrich en *"Together"*, Pinedo en *"Mid-Channel"*, Eugene Walter en *"Paid in Full"*, y muchísimos otros escritores que examinan la esterilidad, la monotonía, la sordidez, la insuficiencia del matrimonio como elemento de comprensión y armonía.

El estudioso de lo social que reflexione no se conformará con la superficialidad vulgar de la justificación para este fenómeno. Tendrá que profundizar muchísimo en las vidas mismas de los sexos para saber por qué el matrimonio resulta ser tan desastroso.

Edward Carpenter dice que detrás de cada matrimonio está el entorno, de toda una vida, de los dos sexos; entornos tan distintos entre ellos que el hombre y la mujer tendrán que seguir siendo extraños. Separados por una insalvable muralla de supersticiones, costumbres y hábitos, el matrimonio no tiene la potencialidad de desarrollar el conocimiento mutuo y el respeto por el otro, sin los cuales toda unión está condenada al fracaso.

Henrik Ibsen, que detestaba toda simulación social, fue probablemente, el primero en darse cuenta de esta gran verdad. Nora abandona a su esposo, no porque esté cansada de sus responsabilidades ni porque sienta la necesidad de reivindicar los derechos de la mujer —como lo diría una crítica torpe e inepta—, sino porque se hace consciente de que durante ocho años ha vivido con un desconocido y ha parido sus hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradante que una proximidad de por vida entre dos desconocidos? Nada necesita saber la mujer del hombre, excepto sus ingresos. En cuanto al conocimiento de la mujer, ¿es que hay que conocer algo, aparte de su agradable apariencia? No hemos superado aún el mito teológico sobre la carencia de alma de la mujer, donde ella es un mero apéndice del hombre, sacada de su costilla para beneficio del señor, un señor con tanta fortaleza que temía a su propia sombra.

Tal vez la baja calidad del material del cual proviene la mujer sea responsable de su inferioridad. De cualquier modo, la mujer no tiene alma. . . ¿qué hay que saber sobre ella? Además, mientras menos alma tenga una mujer, mayores serán sus activos como esposa y más fácilmente se asimilará a su marido. Es esta esclavitud resignada a la superioridad del hombre la que ha mantenido la institución conyugal aparentemente intacta por tanto tiempo. Ahora que la mujer está haciéndose dueña de sí misma, ahora que se está tomando a sí misma como ser independiente de la gracia de su dueño, la sagrada institución del matrimonio se ve gradualmente minada, y no habrá lamento sentimentaloides alguno que pueda mantenerla en pie.

Prácticamente desde su misma infancia se le dirá a cualquier niña común y corriente que el matrimonio ha de ser su objetivo final, y por eso, su preparación y educación irán directamente enfocadas a esa meta. Así como a la callada bestia se la engorda para el matadero, a ella se la preparará para eso.

Pero, extrañamente, se le permitirá saber mucho menos de su función como madre y esposa que lo que sabe el artesano más común de su oficio. Es indecente y asqueroso que una chica respetable sepa algo de la relación marital. Ah, cuánta inconsistencia en la respetabilidad, que necesita de los votos matrimoniales para transformar algo asqueroso en el más puro y sagrado acuerdo, al que nadie osaría cuestionar o criticar. Sin embargo, esa es exactamente la actitud del defensor promedio de la institución matrimonial. La futura esposa y madre, preservada en una ignorancia completa de aquello donde radica su único valor en el campo competitivo, el sexo.

De este modo, entra en una relación con un hombre, relación que durará toda la vida, sólo para encontrar que se siente conmocionada, disgustada y ofendida más allá de todo límite, por el más natural y saludable de los instintos, el sexo. Valga decir que un gran porcentaje de la infelicidad, tristeza, angustia y sufrimiento físico que se padecen en el matrimonio se debe a una ignorancia criminal sobre materias sexuales, lo que es ensalzado como una gran virtud. No es en absoluto una exageración cuando digo que más de un hogar se ha roto por este hecho deplorable.

Por el contrario, si la mujer es libre y lo suficientemente capaz como para aprender los misterios del sexo sin la sanción del Estado o la Iglesia, quedará condenada como totalmente inadecuada para convertirse en la esposa de un “buen” hombre, significando por “bueno” una cabeza vacía y dinero en abundancia. ¿Puede haber algo más violento que la idea de que una mujer adulta, saludable, llena de vida y pasión, tenga que negar las exigencias de la naturaleza, reprimir sus deseos más intensos, minar su salud y quebrantar su espíritu, atrofiar su imaginación, abstenerse de las profundidades y glorias de la experiencia sexual hasta que un hombre “bueno” llegue a su lado para tomarla como esposa? Esto es precisamente lo que significa el matrimonio. ¿Cómo puede acabar un arreglo tal, que no sea en fracaso? Este es un factor en el matrimonio, y no es el menos importante, que lo diferencian del amor.

Nuestros tiempos son de pragmatismo. El tiempo en que Romeo y Julieta desafiaban la ira de sus padres por amor, en que Gretchen se autoexpuso al chismorreo de sus vecinos por amor, no lo era. Si en alguna rara ocasión los jóvenes se permiten el lujo del romance, son rescatados por sus mayores, que les enseñan y disciplinan hasta que se pongan “razonables”.

La lección moral que se inculca a la niña no es que un hombre la despierte al amor, si no más bien: “¿Cuánto?” El único y fundamental Dios de la vida práctica americana es: ¿Puede el hombre ganarse el sustento? ¿Puede mantener a una esposa? Eso es lo único que justifica el matrimonio. Gradualmente esto va impregnando cada pensamiento de la chica; sus sueños no son de luz de luna y besos, de risas y lágrimas; sueña con salidas de compras y mostradores de gangas. Esta pobreza espiritual y sordidez son los elementos inherentes a la institución matrimonial. El Estado y la Iglesia no aprueban otro ideal, simplemente porque éste es el único que necesitan el Estado y la Iglesia para el control de hombres y mujeres.

Sin duda que hay personas que siguen considerando el amor por encima del dinero. Y esto es especialmente cierto para aquel grupo cuyas necesidades económicas le han obligado a hacerse económicamente independiente.

El tremendo cambio en la posición de la mujer, forjado por ese poderoso factor, es verdaderamente espectacular, cuando reflexionamos en el corto tiempo transcurrido desde que entró al terreno industrial. Seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, a ser robadas, a ir a huelga, y siempre, a morirse de hambre. ¿Algo más, mi señor? Sí, seis millones de mujeres de todas las edades en cada esfera, desde el más elevado trabajo intelectual hasta la más difícil labor rutinaria en las minas y en las vías del ferrocarril. Sí, incluso detectives y policías. Sin duda, la emancipación es completa.

Pero a pesar de todo esto, sólo un número muy reducido del enorme ejército de mujeres asalariadas consideran el trabajo como cuestión permanente, con la misma perspectiva que lo hace el hombre. No importa cuán decrépto esté, se le ha programado para ser autónomo e independiente económicamente.. Sí, sí, ya sé que nadie es realmente independiente en nuestra rutina económica; pero aún así, aún el más insignificante espécimen de hombre odia, de todos modos, ser un parásito, ser conocido como tal.

La mujer considera su condición de trabajadora como transitoria, pudiendo ser echada a un lado por el primer postor. Esta es la razón por la cual es extremadamente más difícil organizar a las mujeres que a los hombres: “¿Por qué tendría yo que incorporarme a un sindicato? Me voy a casar, voy a tener un hogar”. ¿No se le ha enseñado desde la infancia a considerar esta idea como su más profunda vocación? Aprende, demasiado bien y pronto, que el hogar, aunque no sea una prisión tan grande como la fábrica, tiene puertas y barrotes más sólidos, con un guardián tan leal que nada podrá escapársele. La parte más trágica es, no obstante, que el hogar no la libera de la esclavitud salarial; sólo aumenta sus tareas.

De acuerdo a las últimas estadísticas presentadas a una comisión «sobre trabajo y salario y hacinamiento de la población», el diez por ciento de las trabajadoras asalariadas, sólo de la ciudad de Nueva York, son casadas, y aún así, tienen que seguir trabajando en tareas que son las peor pagadas en el mundo. Agreguemos a este horrible aspecto las fatigosas tareas domésticas, y ¿qué queda entonces de la protección y esplendor del hogar? De hecho, aún las chicas de clase media casadas no pueden hablar de su hogar, ya que es el hombre quien crea todo lo que la rodea. No es relevante que el esposo sea un bruto o un encanto. Lo que yo quisiera demostrar es que el matrimonio le garantiza a la mujer un hogar sólo por gracia de su marido. Allí ella se mueve en el hogar de él, año tras año, hasta que su visión de la vida y de los temas humanos pasa a ser tan plana, estrecha y monótona como su entorno. No puede sorprender que se transforme en una amargada, mezquina, pendenciera, chismosa, insoportable, que aleja al hombre del hogar. No podrá irse, aunque lo desease; no existe lugar donde ir. Además, el corto período de vida matrimonial, de renuncia completa a todas sus propias facultades, incapacita totalmente a una mujer común y corriente para actuar en el mundo exterior. Se volverá descuidada en su apariencia, torpe en sus movimientos, dependiente en sus decisiones, cobarde en sus juicios, una carga y una lata, que provocará en la mayoría de los hombres odio y desprecio. Una atmósfera maravillosamente inspiradora para dar vida ¿no es así?

Y en cuanto al niño, ¿cómo podrá ser protegido, si no es por el matrimonio? Después de todo ¿no es esa la consideración más importante? ¡Cuánto simulacro, cuánta hipocresía hay en esto! El matrimonio protegiendo a la infancia, con miles de niños desamparados y abandonados. El matrimonio protegiendo a la infancia, cuando los orfanatos y reformatorios están sobre poblados, y la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Niños debe ocuparse en rescatar a las pequeñas víctimas de sus “amantes” padres, para entregarlos a un cuidado más cariñoso, la Sociedad Gerry. ¡Es una burla todo esto!

El matrimonio tiene la facultad y el poder de “llevar el caballo al agua” pero, ¿lo ha hecho beber alguna vez? La ley pondrá al padre bajo arresto, y le vestirá con ropas de convicto; ¿pero ha calmado esto, alguna vez, el hambre del niño? Si el padre no tiene trabajo, o esconde su identidad ¿qué hará el matrimonio entonces? Invocar a la ley para traer al hombre ante la «justicia», y ponerlo a salvo detrás de puertas cerradas; pero el trabajo que realice ese padre no va a beneficiar al niño sino al Estado. El niño recibe tan sólo una memoria marchita del traje a rayas de su padre.

En cuanto a la protección de la mujer, ahí radica lo peor del matrimonio. No es que realmente la proteja, pero la idea misma es en sí tan ofensiva, tal ultraje e insulto a la vida, tan degradante de la dignidad humana, como para condenar para siempre a esta institución parasitaria.

Es como aquella otra disposición paternalista... el capitalismo, que priva al hombre de su patrimonio, impide su desarrollo, envenena su cuerpo, lo mantiene en la ignorancia, en la pobreza y en la dependencia, y termina instituyendo instituciones benéficas que sacan provecho hasta del último vestigio del amor propio de un hombre.

La institución del matrimonio hace de la mujer un parásito, absolutamente dependiente. La incapacita en su lucha por la existencia, anula su conciencia social, paraliza su imaginación, y entonces le impone su benévola protección, lo que es realmente una trampa, una parodia de la naturaleza humana.

Si la maternidad es la máxima realización de la naturaleza femenina, ¿qué otra protección requiere aparte del amor y la libertad? El matrimonio no hace más que ensuciar, envilecer y corromper su realización. ¿No le dice acaso a la mujer “sólo a través de mí podrás tú dar la vida”? ¿No la condena, acaso, al encierro, degradándola y avergonzándola si ella se rehúsa a comprar su derecho a la maternidad vendiéndose a sí misma? ¿No autoriza el matrimonio la maternidad sólo a través suyo, incluso si la concepción tiene lugar en situaciones de odio u opresión? Con todo, aún si la maternidad fuese el resultado de la libre elección, del amor, del extremo placer, de una pasión insolente, ¿no termina poniendo una corona de espinas sobre una inocente cabeza y grabando con letras de sangre el horrible epíteto, bastardo? Aún si el matrimonio diera cabida a todas las virtudes que pretendidamente se le atribuyen, sus delitos contra la maternidad lo excluirían para siempre del reino del amor.

El amor, el más fuerte y más profundo elemento en toda vida, heraldo de la esperanza, de la felicidad, del éxtasis; el amor, trasgresor de toda ley, de toda convención; el amor, el más libre, la impronta más poderosa del destino humano; ¿cómo puede una fuerza tan irresistible ser sinónimo de ese precario e insignificante hierbajo engendrado por el Estado y la Iglesia, el matrimonio?

¿Amor libre? ¡Cómo si el amor pudiese otra cosa que no fuese libre! El hombre ha comprado cerebros, pero ni todos los millones del mundo han podido comprar amor. El hombre ha sojuzgado cuerpos, pero ni todo el poder en la tierra ha podido sojuzgar el amor. El hombre ha conquistado naciones enteras, pero ni todos sus ejércitos podrían conquistar el amor.

El hombre ha encadenado y puesto grilletes al espíritu, pero se ha visto totalmente indefenso ante el amor. En lo alto de un trono, con todo el esplendor y la pompa que sus riquezas le puedan ofrecer, el hombre estará pobre y abatido, si el amor lo pasa por alto. Y si llegara a quedarse, la más pobre chabola resplandecerá de calidez, vida y color. Es que el amor tiene el mágico poder de hacer rey a un vagabundo. Sí, el amor es libre, en ninguna otra atmósfera puede habitar. En libertad se da a sí mismo sin reservas, generosamente, totalmente. Todas las leyes de los estatutos, todas las cortes del universo, no podrán desterrarlo una vez que el amor ha echado raíces. Pero, si ocurriese que el suelo fuera infértil, ¿cómo podría el matrimonio hacerle dar frutos? Es como la última lucha desesperada de la vida fugaz contra la muerte.

El amor no necesita protección; él es su propia protección. En la medida en que sea el amor el que engendre vida, no habrá niños abandonados, ni hambrientos, ni faltos de afecto. Yo sé que esto es verdad. Conozco mujeres que han tenido hijos en libertad del hombre que amaban. Hay pocos niños nacidos en el matrimonio que disfrutan del cuidado, la protección, la devoción que una maternidad libre puede ofrecerles.

Los defensores de la autoridad temen el advenimiento de una maternidad libre, porque les quitará su presa. ¿Quién va a luchar en las guerras? ¿Quién va a generar riquezas? ¿Quién va a hacer de policía, de carcelero, si las mujeres se negaran a criar hijas en forma indiscriminada? ¡La estirpe, la estirpe! grita el rey, el presidente, el capitalista, el cura. La estirpe debe ser preservada, aunque la mujer se vea degradada a la condición de mera máquina... Y la institución matrimonial es nuestra única válvula de seguridad ante el despertar sexual de la mujer. Pero estos esfuerzos desesperados por mantener el estado de servidumbre no darán resultado. Vanas serán también las proclamas de la Iglesia, los fanáticos ataques de los gobernantes, vano incluso el brazo de la ley. La mujer no quiere ser más cómplice en la producción de una estirpe de seres humanos enfermizos, débiles, decrepitos, desgraciados que no tienen la fuerza ni el coraje moral para liberarse del yugo de la pobreza y la esclavitud. Desea, en cambio, menos y mejores hijos, engendrados y criados en el amor, a partir de una decisión libre; no obligada, como lo impone el matrimonio. Nuestros pseudo moralistas todavía tienen que aprender el sentido profundo de responsabilidad hacia el hijo que el amor en libertad ha despertado en el seno de la mujer, que incluso preferiría renunciar para siempre a la gloria de la maternidad antes que dar vida en una atmósfera en que sólo se respira

destrucción y muerte. Y si decide ser madre, será para entregarle al hijo lo más entrañable y mejor que su ser pueda ofrecer. Desarrollarse con el hijo será su máxima; sabe bien que sólo de esa manera podrá ayudar a construir auténticos hombres y mujeres.

En el retrato que, con pinceladas maestras, hace de la Sra. Alving, Ibsen debe haber tenido en mente la idea de una madre libre. Ella era la madre ideal porque había superado el matrimonio y todos sus horrores, porque había roto sus cadenas y liberado su espíritu para que renaciera y retornase en una personalidad, regenerada y fuerte. Ay! Fue demasiado tarde para poder salvar la alegría de su vida, su Oswald; pero no lo fue tanto como para darse cuenta de que el amor en libertad es la única condición para vivir una vida plena. Aquél que, como la Sra. Alving, ha debido pagar con lágrimas y sangre por su despertar espiritual, repudiará el matrimonio como una imposición, una banalidad, una burla vacía. Sabrá, bien sea que el amor dure un brevísimo lapso de tiempo o por toda la eternidad, que es la única base creativa, inspiradora, elevadora, para una nueva estirpe, un nuevo mundo.

En nuestra jibarizada condición presente, el amor es realmente un desconocido para la mayoría de la gente. Mal comprendido y esquivo, rara vez echa raíces; y si lo hace, muy pronto se marchita y muere. Su delicadeza no puede soportar no soporta el estrés y la tensión del trajín cotidiano. Su alma es demasiado compleja para adaptarse a la fangosa trama de nuestro tejido social. Lloro, gime y se lamenta con aquellos que lo necesitan, pero no están capacitados para ascender a la cima del amor.

Algún día, algún día, hombres y mujeres ascenderán, alcanzarán la cima de la montaña, allí se reunirán grandes, fuertes y libres, dispuestos a recibir, a participar y a bañarse en los dorados rayos del amor. Qué fantasía, qué imaginación, qué genio poético podría prever, aunque fuese sólo aproximadamente, las potencialidades de una fuerza tal en la vida de hombres y mujeres. Si el mundo alguna vez diese a luz a lo que es una auténtica camaradería y unidad, el padre será el amor, nunca el matrimonio.

MI MAYOR DESILUSIÓN CON RUSIA

La idea del Estado, el principio autoritario, se encuentra en bancarrota tras la experiencia de la Revolución Rusa. Si tuviese que resumir mi argumento completo en una frase, diría: La tendencia inherente del Estado es a concentrar, reducir y monopolizar todas las actividades sociales; la naturaleza de la revolución es, por el contrario, crecer, ensancharse y diseminarse en círculos cada vez más amplios. En otras palabras, el Estado es institucional y estático; la revolución es fluida y dinámica. Estas dos tendencias son incompatibles y mutuamente destructivas. La idea del estado asesinó a la Revolución Rusa y deberá tener el mismo resultado en todas las otras revoluciones, a menos de que prevalezca la idea libertaria.

Sin embargo, yo voy aún más lejos. No son sólo el Bolcheviquismo, Marxismo y Gubernalismo los que son fatales para la revolución así como para todos los progresos humanos vitales. La principal causa de la derrota de la Revolución Rusa yace aún más profunda. Hemos de encontrarla en la misma concepción socialista de Revolución.

La idea dominante, casi generalizada, de revolución en particular la idea Socialista es que la revolución es un cambio violento de las condiciones sociales a través del cual una clase social, la clase trabajadora, se impone y domina a otra clase, la clase capitalista. Es la concepción de un cambio puramente físico y como tal involucra sólo un cambio en la escena política y el reordenamiento institucional. La dictadura burguesa es remplazada por la dictadura del proletariado o de su "vanguardia": el Partido Comunista. Lenin toma el sitio de los Romanovs, el Gabinete Imperial es rebautizado como Soviet del Comisario del Pueblo, Trotsky es nombrado Ministro de Guerra y un trabajador se convierte en el Gobernador Militar General de Moscú. Esa es, en esencia, la concepción Bolchevique de la revolución tal y como se traduce en la práctica. Y con un par de alteraciones menores es también la idea sostenida por todos los demás Partidos Socialistas.

Esta concepción es inherente y fatalmente falsa. La revolución sí que es un proceso violento. Pero si ésta resulta sólo en un cambio de dictadura, en un intercambio de nombres y personalidades políticas, entonces difícilmente vale la pena. Definitivamente no vale toda la lucha y sacrificio, la enorme pérdida en vidas humanas y valor cultural que resultan de toda revolución. Si esa revolución fuese a traer alguna vez mayor bienestar social (que no ha sido el caso en Rusia), tampoco valdría el espantoso precio pagado: meras mejoras pueden ser aplicadas sin necesidad de una sangrienta revolución. No son paliativos ni reformas lo que se busca alcanzar con la revolución tal como la concibo yo.

En mi opinión reafirmada mil veces por la experiencia rusa la gran misión de la revolución, de la *revolución social*, es una transvaloración fundamental de los valores. Una transvaloración no sólo de los valores sociales, sino de los humanos. Éstos últimos son incluso primordiales, ya que son la base de todos los valores sociales. Nuestras condiciones e instituciones descansan en estas ideas profundamente asentadas. Cambiar esas condiciones y a la vez dejar esas ideas y valores de fondo intactos implica una transformación meramente

superficial que no podrá ser permanente o traer mejoras reales. Es un cambio sólo de forma, no de substancia, como Rusia comprobó tan trágicamente.

Es a la vez el gran error y la gran tragedia de la Revolución Rusa el haber apuntado (liderando el partido político regente) a cambiar sólo las instituciones y condiciones mientras que ignoraba completamente los valores humanos y sociales involucrados en la Revolución. Peor aún, en su loca pasión por el poder, el Estado Comunista incluso buscó reforzar y profundizar las mismas ideas y concepciones que la Revolución había venido a destruir. Apoyó y alentó las peores cualidades antisociales y destruyó sistemáticamente la recién despierta conciencia acerca de los nuevos valores revolucionarios. El sentido de justicia e igualdad, de amor a la libertad y de fraternidad humana esos fundamentos de la regeneración real de la sociedad fueron suprimidos al punto de su exterminio por parte del Estado Comunista.

El sentido de igualdad, instintivo en el hombre, fue etiquetado como un débil sentimentalismo; la dignidad humana y la libertad se volvieron supersticiones burguesas; la santidad de la vida, la cual es la misma esencia de la reconstrucción social, fue condenada como no-revolucionaria, incluso como contra-revolucionaria. Esta perversión de los valores fundamentales traía consigo la semilla de la autodestrucción.

Con la concepción de que la Revolución era sólo un medio para conseguir el poder político, era inevitable que todos los valores revolucionarios debieran estar subordinados a las necesidades del Estado Socialista; es más, serían aprovechados para promover la seguridad del poder gubernamental recientemente adquirido.

Las Razones de Estado bajo la máscara de los intereses de la Revolución y del Pueblo, se convirtieron en el único criterio de acción, incluso de sentimiento. La violencia, trágica consecuencia inevitable de la agitación revolucionaria, se convirtió en una costumbre establecida, un hábito, y fue enseguida entronada como la institución más poderosa e ideal.

¿No fue el mismo Zinoviev quien canonizó a Dzerzhinsky, la cabeza de la sangrienta Tcheka, como Santo de la Revolución? ¿No se le dieron acaso los mayores honores públicos de parte del Estado a Uritsky, el fundador y sádico jefe de la Tcheka de Petrogrado?

Esta perversión de los valores éticos pronto se cristalizó en el todopoderoso eslogan del Partido Comunista: el fin justifica los medios. De manera similar, en el pasado la Inquisición y los Jesuitas adoptaron este lema y subordinaron a él toda moral. Y este lema se vengó de los Jesuitas tanto como se vengó de la Revolución Rusa. Al despertar de este eslogan le siguió la mentira, el engaño, la hipocresía y la traición, el asesinato, abierto y secreto. Debiera ser de sumo interés para los estudiosos de la psicología social que dos movimientos tan ampliamente separados en el tiempo y en las ideas como los Jesuitas y el Bolcheviquismo alcanzaran resultados exactamente iguales en la evolución del principio de que el fin justifica los medios. El paralelo histórico, casi enteramente ignorado hasta ahora, contiene una lección de la mayor importancia para todas las revoluciones porvenir y para el futuro completo.. de... la... raza... humana.

No hay mayor falacia que la creencia de que los objetivos y propósitos son una cosa, mientras que los métodos y tácticas son otra. Esta concepción es una potente amenaza para la regeneración social. Toda la experiencia humana nos enseña que los métodos y los medios no pueden separarse del objetivo final. Los medios empleados, a través de los hábitos personales y las prácticas sociales, pasan a formar parte del propósito final; lo influyen, lo modifican, y finalmente los medios y los objetivos se tornan idénticos. Lo sentí desde el día de mi llegada a Rusia, primero vagamente y luego cada vez más clara y conscientemente. Los maravillosos e inspiradores objetivos de la Revolución se fueron nublando y oscureciendo tanto por los medios utilizados por el poder político regente que era difícil distinguir los medios temporales del propósito final. Psicológica y socialmente, los medios necesariamente influyen y alteran a los objetivos. La historia completa del hombre es una prueba continua de la máxima de que despojar a los métodos de los conceptos éticos implica hundirse en las profundidades de un profundo proceso de desmoralización. Ahí yace la tragedia de la filosofía Bolchevique así como fue aplicada en la Revolución Rusa. Que la lección no sea en vano.

Ninguna revolución puede triunfar como factor de liberación a menos que los medios utilizados para llevarla a cabo sean idénticos, en tendencia y espíritu, a los propósitos que se desea alcanzar. La revolución es la negación de lo existente, una protesta violenta contra la inhumanidad del hombre hacia el hombre y todas las esclavitudes que eso conlleva. Es la destrucción de los valores de dominación sobre los cuales se ha construido un complejo sistema de injusticia, opresión y errores, sustentado en la brutalidad y la ignorancia. Es el heraldo de nuevos valores, es quien conduce la transformación de las relaciones más básicas del hombre con el hombre, y del hombre con la sociedad. No es una mera reformadora, que parcha algunos males sociales; no es un mero cambio de formas e instituciones; no es una redistribución del bienestar social. Es eso, pero es aún más, mucho más. Es, en primer lugar y más que nada, el transvalorados que porta nuevos valores. Es la maestra de la nueva ética, inspirando al hombre con un nuevo concepto acerca de la vida y sus manifestaciones en las relaciones sociales. Es la regeneradora mental y espiritual.

Su primer principio ético es que tanto los propósitos como los medios utilizados deben ser idénticos. El fin último de todos los cambios sociales revolucionarios es establecer la santidad de la vida humana, la dignidad del hombre, el derecho de cada ser humano a la libertad y el bienestar. Si no fuese ése el objetivo esencial de la revolución, entonces el cambio violento de la realidad social no tendría justificación alguna. Porque las alteraciones sociales externas pueden ser y han sido alcanzadas mediante el proceso normal de la evolución. La revolución, por el contrario, implica no sólo cambios externos, sino internos, básicos, fundamentales. Ese cambio interno de conceptos e ideas, permeando estratos sociales cada vez más amplios, finalmente termina en la agitación violenta que se conoce como revolución. ¿Debiera ese clímax invertir el proceso de transvaloración, ponerse en su contra, traicionarlo? Eso es lo que sucedió en Rusia. Por el contrario, la revolución misma debiera acelerar y llevar a cabo el proceso del cuál ella es la expresión culmine; su misión principal es inspirarlo, llevarlo a las mayores alturas, darle pleno espacio a su expresión. Sólo así la revolución puede ser fiel a sí misma.

Llevado a la práctica, esto significa que el período de la revolución actual, la tan llamada *'etapa de transición'* debe ser la introducción, el preludio de las nuevas condiciones sociales. Es el umbral a la nueva vida, la nueva casa del hombre y la humanidad. Como tal, el espíritu de esta nueva vida debe ser armonioso con la construcción del nuevo edificio.

El hoy es el padre del mañana. El presente proyecta su sombra hacia el futuro. Esa es la ley de la vida, individual y social. La revolución que se despoja a sí misma de los valores éticos sienta de ese modo las bases de la injusticia, el engaño y la opresión de la sociedad futura. Los medios utilizados para preparar el futuro se convierten en su Piedra angular. Somos testigos de la trágica condición de Rusia. Los métodos de la centralización estatal han paralizado la iniciativa individual y el esfuerzo; la tiranía de la dictadura ha intimidado a la gente y la ha llevado a la sumisión servil, y más que nada, extinguió el fuego de la libertad; el terrorismo organizado ha depravado y embrutecido a las masas y ha sofocado todas las aspiraciones idealistas; el asesinato institucionalizado ha degradado la vida humana, y ha eliminado todo el sentido de la dignidad del hombre y del valor de la vida humana; la coacción en cada paso ha hecho del esfuerzo una amargura, del trabajo un castigo, ha transformado la existencia completa en un esquema de engaño mutuo, y ha reavivado los instintos más bajos y brutales del hombre. Una herencia lamentable para comenzar una nueva vida de libertad y hermandad.

No puede ser suficientemente enfatizado que la revolución será en vano a menos que esté inspirada en sus ideales primordiales. Los métodos revolucionarios deben estar en sintonía con los medios revolucionarios. Los medios utilizados para llevar a cabo la revolución deben estar en armonía con sus propósitos.

En resumen, los valores éticos que la revolución quiere instalar en la nueva sociedad deben tener su inicio en las actividades revolucionarias del tan llamado *período de transición*. Esto último puede servir como un puente real y fiable hacia una vida mejor sólo si está construido del mismo material que la vida que queremos alcanzar. La revolución es el espejo del día por venir; es el niño que llegará a ser el Hombre de Mañana.